

VIR BOJ

PENTA
GRAMA

EDICIÓN PARA INTERNET

Derechos de edición reservados para el Autor: VIR BOJ
N.º registro: NA-0197/06

Diseño y Maquetación: CÍCERO

*A los parias de espíritu
que trabajan la belleza.*

1

Hilarión Iparragirre paseaba por aldeas y ciudades, silbando, plazas y calles, practicando lo que consideraba la ilusión de su vida: afilar cuchillos, navajas y tijeras.

Al menos durante treinta días al año. En vacaciones.

Este acto sublime de libertad le costó tres novias y el matrimonio, pero nunca dejó de hacerlo. Nada ni nadie lo separó de su bici, de su piedra de afilar y de su silbato flauta, chiflo de hueso, regalo de un afilador que llenó su alma de niño de música.

–Do, re, mi, fa, sol, la, si, do... do, si, la, sol, fa, mi, re, do. ¡El afiladorrrrr... y paraguero! Re, la, fa, re..., la, fa, re. ¡Se afilan cuchillos..., navajas..., tijeras! Do, mi, sol, do ... do, sol, mi, do.

Octava tras octava, arpegio tras arpegio, caminaba Hilarión entre urbanitas y aldeanos, quienes, a su paso, saludaban como a quien ha pasado a mejor vida y ha vuelto para contar lo que en el otro lado de la vida, tras la muerte, hay. Saludaba y sonreía como el rey mago que lanza caramelos, dulces, desde la cabalgata navideña. Silbaba, caminaba cincuenta metros, se paraba, y volvía a sonar el chiflete. Si algún

niño se acercaba, extraía de la faltriquera el cuchillo, para, con las chispas que hacía saltar al roce con la piedra de afilar, impresionarlo, hasta arrancar del niño el bello milagro del asombro, repitiendo, en los destellos del mirar infantil, la extraña sensación del nacimiento del fuego. Hilarión era experto en miradas. Sabía que ese momento era único e irrepetible. Un mirar misterioso de belleza inusitada, un ser nuevo y diferente del acero y la piedra.

Al oír el silbato del afilador, los vecinos abrían de par en par los balcones, por el simple placer de escuchar el sonido, convertido en mariposa y flor, al posarse en espejos, búcaros y bordados. Una melodía extraña que ni tan siquiera llega a la categoría de estribillo, de verso. Un canto volandero que ni tan siquiera llega a tarareo.

Hilarión, consciente de ello, sonreía; pero para él era eso y mucho más. Tanto o más que el gorjeo Libertad, de *Schiller*, musicado por *Ludwig Van Beethoven*. Nunca supo por qué razón el vulgo, la gente menuda, el pueblo llano, asociaba silbido de afilador a buen tiempo: lluvia y tormenta, cuando hace falta agua; sol y viento seco, cuando calor.

—Mañana buen tiempo —oía decir a su paso a los más viejos del lugar.

Y debía ser cierto; mas nunca comprobó, porque mañana estaba en otro lugar.

—¡El afilador y paraguero! ¡Se afilan cuchillos, navajas, tijeras! Do, re, mi, fa, sol, la, si, do..., do, si, la, sol, fa, mi, re, do...

Se sentía el hombre más importante del mundo. Se sentía libre de horario y mandato. Nadie mandaba sobre él, salvo los lugareños en las aldeas, y vecinos en barrios.

Las abuelas gritaban:

—¡Afilador..., espera un poco... que bajo!

El afilador respondía:

—¡No hay prisa, señora! ... ¡Aquí la espero!

Hilarión era consciente de que el oficio se había transformado en

vetusta pieza de museo y eso lo hacía más feliz. Los cuchillos ya no se afilan. Se compran nuevos, o se corta el pan con otro de sierra que regala la caja de ahorros y Monte de Piedad, con puntos acumulados por pagar con plástico, con tarjeta de crédito. Tampoco se arreglan paraguas porque el supermercado regala uno fabricado en Taiwan, en Vietnam o China, por la compra superior a cuarenta euros. Su entrañable oficio es absurdo. Ha pasado a ser una cosa absurda para todo el mundo, menos para él, y para viejos que lo miran con nostalgia; y para los niños, que descubren el misterio del fuego virgen en las chispas que produce a raudales una piedra con roce, repitiendo la fascinación que en su día produjo este fenómeno en el hombre primitivo, y en Hilarión.

2

Hace muchos años, cuando los habitantes del barrio llenaban la iglesia de los franciscanos, Hilarión acompañaba a su tío Garikoitz en el coro de la iglesia. No para cantar sino para afinar el órgano. El tío de Hilarión, Garikoitz Sarasate, hermano de su madre, tenía un oficio curioso. Se dedicaba a afinar pianos y órganos. Instrumentos musicales. Aunque parezca mentira es verdad; existía y existe un oficio llamado afinador de pianos. Para ello es necesario, como es natural, tener un oído muy fino, un diapasón y conocimientos de música. Estas cualida-

des las tenían tanto Garikoitz Sarasate como su sobrino. Garikoitz había colgado, tiempo atrás, la sotana de jesuita, por desavenencias con Dios y sus representantes en la tierra, sus superiores, con quienes no estuvo de acuerdo, aunque obedeció, sin rechistar, la orden de trasladarse al Perú para enseñar música en colegios de los hijos de papá. Él se había hecho jesuita para ser misionero de los indios y enseñarles a tocar y tañer instrumentos musicales y a cantar y rezar al Dios de los pobres y no al Dios de los ricos.

Aguantó diez años en Lima y se despidió, aburrido y desesperado de esperar otro destino, que nunca llegó; y volvió al caserío de sus padres.

Ofreció sus servicios de músico, de afinador de instrumentos, en conservatorios, iglesias, conventos y colegios, y lo llamaban para afinar, porque demostró ser buen profesional. Los músicos que, en su opinión, son personas sensibles, maniáticas y excéntricas, y de mucho genio (por propio conocimiento), no querían problemas de oído, y lo contrataban.

Garikoitz Sarasate encontró refugio en su hermana mayor, Leire, tras diez años de ausencia del caserío. Casada con un labrador robusto, y madre de tres sobrinos preciosos. Uno de ellos, Hilarión, que heredó las cualidades necesarias para afinar instrumentos. El tío Garikoitz adoraba a su sobrino, y, en cuanto la hermana lo permitía, se lo llevaba a los afinamientos, para que aprendiera desde pequeño el oficio, con la ilusión de hacer de él un músico célebre el día de mañana.

El padre de Hilarión, Sebastián Iparraguirre, había volcado sus ilusiones, más, si cabe, que su cuñado Garikoitz, en el niño, un ser despierto, un ser inquieto y “más listo que el aire”, en expresión del padre. El padre le enseñaba lo que él sabía: a cortar leña con la tronadora, a plantar sarmientos en las viñas, y las cosas del campo; pero su ilusión era que fuera jesuita como su tío. Pensaba que tenía en su hijo “qué sé yo qué”, como decía la madre muchos años más tarde, cuando recordaba y contaba historias a los nietos. Hilarión siempre supo que para su

padre era muy importante y eso hizo que arriesgara todo lo necesario y más, para que estuviera orgulloso de él, así en la tierra como en el cielo. Cuando el padre fue al cielo, comenzaron sus problemas.

Estuvo presente en la conversación que mantuvo con su madre poco antes de morir:

–¿Tú crees que habrá algo allí arriba? –preguntó el padre.

–Infierno, seguro que no hay –respondió la madre–; porque, si Dios es padre, ¿qué padre quiere un infierno para su hijo? ¿Para qué quieres más infierno que esto? Cielo, no sé si habrá. Y si no hay, pues a dormir todo el día sin estos dolores y sin tomar la pastillica de dormir.

–Bueno, si es así...

Minutos más tarde la madre cerró los ojos del padre para siempre. Hilarión nunca se había planteado cuestiones transcendentales; pero desde ese momento de su adolescencia comenzó a mirar las cosas desde la otra cara posible, desde el lado contrario. Empezó a dudar que todo fuera cierto porque sí, porque siempre ha sido así. Pero eso fue más tarde.

Volvamos a tres tiernos añitos, cuando pasan cosas importantes, que marcan el cerebro de personas en las que, de mayor, aparecen reacciones inexplicables.

Hilarión, como queda dicho, fue a la iglesia del convento de los franciscanos a afinar el órgano con el tío Garokoitz. Mientras el tío arrancaba los primeros acordes para comprobar los fallos, el niño contemplaba cómo, bajo el coro, un fraile tiraba de una soga que descendía del alto techo, que hacía sonar la campana pequeña del campanario para convocar a los fieles. Se deslizó sigilosamente por las escaleras del coro y se colocó frente al fraile campanero, tras sortear el cúmulo de ancianas que acudían a la llamada. Al fraile le colgaba un cordón trenzado blanco, con nudos, parecido al cordel que hacía resonar la campana, y el sobrino del afinador tiró de la cuerda blanca imitando al fraile, espe-

rando que la cabeza hiciera de campana o badajo y sonara. La cabeza del fraile esbozó una sonrisa riendo la gracia del niño.

Por aquello de que lo poco da gusto, pero mucho enfada, el fraile intentó quitar las manos regordetas del niño del cordón del cinto, pero el niño no las soltaba por nada del mundo. El fraile acabó de sonar la campana del tejado y el niño seguía estirando del cordel de su hábito. El fraile caminó hacia el confesionario de la entrada de la iglesia, arrastrando como una lapa al niño, que no soltaba el cordón. Abrió la puerta del confesionario e introdujo al niño. El fraile lo pellizcó para forzar que soltara el cordón, pero el niño no sólo no lo soltó, sino que formó una escandalera mayúscula con los berridos causados por dolor del pellizco. El tío Garikoitz no oyó los berridos porque en esos momentos probaba acordes con toda la potencia del órgano. El fraile salió del confesionario con el niño colgando, y no se le ocurrió mejor idea que sacarlo a la calle para que no se oyeran los gritos desafortunados en el interior de la iglesia. En el espacio entre las dos puertas, interior y exterior, de la iglesia, aprovechando que en ese momento no pasaban feligreses, le soltó un sopapo que lo dejó más amargo que el acíbar y la hiel. Lo levantó en el aire por las solapas de la chaqueta, lo miró fijo, y gritó:

—¡Cállate!

El niño, al ver la cara de loco del fraile, calló en seco. El fraile aprovechó la ocasión para abandonar al niño en la calle, cerrar la puerta, y esconderse tras la celosía del tenebroso confesionario, donde esperaban una docena larga de viejas para pedir penitencia por sus maldades reconocidas.

El niño se halló solo y con hipo, frente al mundo, mientras su tío, seguía enfrascado. En ese momento, el niño Hilarión oyó el silbido de afilador a diez metros, se acercó, y con la cara llena de lágrimas y mocos, contempló las chispas que saltaban de la piedra de afilar. El afilador vio al niño solitario y lloroso bajo el carro de afilar y se agachó, silbando

muy suave... do, re, mi, fa, sol, la, si, do..., do, si, la, sol, fa, mi, re, do. Lo tomó en brazos, y mientras limpiaba las lágrimas y mocos, y le daba un beso, preguntó:

–¿Cómo se llama este niño tan guapo?

–A... a... rión.

El afilador no entendió nada, pero siguió preguntando.

–Y... ¿cuántos años tiene?

–Tres –respondió el niño, mientras señalaba tres dedos regordetes de la mano izquierda.

Una mujer joven se acercó al afilador y la preguntó:

–Señora, ¿este niño es suyo?

–No. No lo conozco. Nunca lo he visto.

Minutos más tarde, Garikoitz Sarasate, tropezándose en la puerta de la iglesia con el lego que sostenía una docena o más de cuchillos grandes de cocina, se tranquilizó al ver al sobrino sonando flauta de Pan de afilador, mientras este afilaba cuchillos de la joven que no era la madre del niño perdido y hallado en la puerta del templo.

El tío Garikoitz lo cogió en brazos y agradeció al afilador haberse ocupado del niño. Intentó quitarle la flauta para devolverla. El niño, como antes con el cordón de nudos del fraile, no soltaba el silbato ni a la de tres; máxime, saliendo música como salía de sus labios, y de aquel hueso de varios agujeros con forma de galleta alargada.

–Es mi sobrino. Estaba conmigo en el coro, pero se me ha escapado a la calle mientras afinaba el órgano.

El fraile de los cuchillos acarició al niño. El niño, al verlo, soltó un bramido, asustado, y señalando al fraile, gritó:

–¡Malo, malo, malo!

El afilador sacó otro silbato de su zurrón y silbó de nuevo al niño. El niño paró el llanto y, sonriendo, silbó con su flauta. El afilador le dijo:

–Para tí, recuerdo del tío Camiño.

–Muchas gracias –respondió el tío Garikoitz–. Muy amable. El niño nunca olvidará esta flauta, ni a quien se lo regaló, ¿verdad Hi?

Tío Garikoitz, llamaba Hi a Hilarión, porque, al afinador de pianos, ese nombre, para niño tan pequeño, se le antojaba, más que nombre, carga de la caballería, descarga de mortero o torpedo: ¡Pa-paraba-papá-papá! ¡A la carga! ¡Hilarión, Hilarión, Hilarión! –imaginaba.

Más adelante, Hilarión exigió su nombre completo; que su tío lo llamara Hi ante los demás, le parecía ridículo y un poco afeminado; sobre todo, para un hombretón como él. Nunca lo consiguió, porque para su tío Garikotz siempre fue niño, aun cercano a los sesenta; probablemente, porque Garikoitz Sarasate pensaba, creía, y así lo manifestaba infinidad de veces, “nadie hace caso a lo que piensas o dices hasta que cumples sesenta años”.

Garikoitz Sarasate manifestó que el niño perdido nunca olvidaría el regalo del afinador, seguramente, por compromiso, sin saber que ese momento, como más tarde la conversación de sus padres antes de morir, marcaría a su sobrino para toda la vida.

3

Las cosas no iban bien en la familia Iparraguirre. Malas cosechas y tiempos difíciles. Decidieron vender alguna parcela y marchar a Perú. El exjesuita los puso en contacto con bardos afincados en Lima y emigraron con los tres hijos. Se instalaron en una casa de campo, donde el padre trabajó de capataz en la hacienda de un bardo, que, años atrás, se vio obligado a hacer lo mismo que él; y había triunfado, después de dejar el pellejo y el de muchos indios. Hilarión, a los seis años, descubrió el nuevo mundo; y transcurridos veinte más se quedó sin padre y estudió, pero no se hizo jesuita. Durante los veranos trabajó de afinador de pianos con su tío, quien costeaba el viaje de ida y vuelta a Lima del ayudante. El dinero que ganó, sirvió para pago de lecciones del flamante estudiante de la Universidad Católica de Lima.

La madre, Leire Sarasate, halló el momento propicio de volver a Bardenia con sus hijos, menos Hilarión, que tardó varios años en hacerlo definitivamente.

Tuvo tres novias de diferente nacionalidad y aprendió idiomas. Necesitaba recorrer mundo tanto como respirar, y viajó, entre otros países, a Nueva Zelanda, donde conoció a la que más tarde sería compañera y madre de su prole.

Como padre, lo hizo relativamente bien; pero, como esposo, fue desastroso. Como profesional, se portó; más, como ciudadano y como amante de la libertad, tuvo que echar mano de la música para sobrevivir, para no cometer más barbaridades de las imaginables.

En Canadá perfeccionó el gallo que aprendió con la primera novia seria, gala, hija de diplomático.

En Australia perfeccionó el inglés que chapurreó con una novia demasiado joven para él, norteamericana de Idaho, de origen bardo. Inglés que completó con su futura esposa, Anika, escultural mujer, dulce criatura de origen irlandés, por parte de padre, y cheroki por parte de madre.

En Alemania perfeccionó el idioma alemán que había aprendido con Sigfrid, la novia que más le gustó pero que tuvo que abandonar porque era tan entusiasta de Wagner que ponía La Valquiria a todas las horas.

Hilarión llegó a odiar a Wagner tanto como al acordeonista que se apalancaba todos los días bajo su balcón, tocando música militar.

El bagaje acumulado con sus estudios de Economía y Marketing, los idiomas que dominaba, y la experiencia adquirida en distintos sectores de industria y comercio, hicieron de él individuo cotizado en los medios. Además era franco en el hablar y no tenía empacho en declarar, en entrevistas de trabajo, que había aprendido mucho más de errores cometidos y de empresas en las que había trabajado, que en la universidad; y, sobre todo, porque había aprendido, lo que no debe hacerse, en empresas que oficialmente van viento en popa a toda vela, perdiendo dinero a espuestas, dineros que los diferentes Gobiernos inyectan en ellas sin piedad, por razones mil.

El responsable del departamento de Industria y Comercio del Gobierno tuvo conocimiento de la existencia de este singular elemento de la fauna barda, y a pesar de las encarnizadas luchas internas que tuvo que ganar para nombrarlo director de un proyecto, lo hizo. Lo colocó al frente de sociedad de Desarrollo Exterior, jugándose el puesto, ya que

había sido designado previamente el hijo de un personaje importante del Partido.

Hilarión aceptó porque quería pasar los últimos años de su vida laboral en puesto de trabajo más relajado, más seguridad, bien remunerado, alta cotización con vistas a jubilación, donde tendría medios necesarios para desarrollar sus ideas, dando todo cuanto había aprendido por esos mundos de Dios, en beneficio de su tierra, a la que adoraba, y en la que había trabajado los últimos años en aventuras empresariales de todo tipo, como director de Mercados Exteriores.

Su nueva misión: la apertura, en diversas ciudades europeas, de establecimientos “La Tienda de Bardenia”, sucedáneo de embajada, para vender Bardenia en la Europa del futuro, en la Europa de los Pueblos.

Ideó un plan, una estrategia, y lo puso en marcha. Llamó a varios personajes conocidos y formó un equipo variopinto, que, visto en fotografía de grupo, más parecían los payasos del circo que gente sesuda y brillante en todos los terrenos que abarca el Marketing y la Economía: El Maño, Chupete y el Tete. Apodos de los tres socios del proyecto.

Dionisio era aragonés, “Maño” para los amigos, residente en la ilustre capital de *Catalonya*, catedrático responsable de Marketing informático. A la ceremonia de presentación, se presentó como un pincel: traje mil rayas, zapatos de charol, corbata a rayas, rojas y amarillas (*Aragonia*), montura de lentes verde musgo fosforito, marcando ostensiblemente su pronunciado estrabismo izquierdo (menos que las de repuesto, de metal bruñido, rosa primavera), conjunto diseñado para la ocasión. Semejaba un emparedado de almidón. Su mujer le ordenó que vistiera traje, que, por falta de costumbre, lo convirtió en una especie de guiñol.

Jaques, el segundo del equipo, experto en análisis financieros. Pegado al habano día y noche. Él mismo llamaba al cigarro habano su “chupete”. Galo de nacimiento, pero ciudadano de donde hiciera falta, si se podía ganar un duro, más tarde, un euro. Generoso en ayudar a sus

amistades y conocedor de altos dignatarios, políticos, financieros, jueces y magistrados, de diverso pelaje.

El último célebre miembro del equipo era Tete, para los amigos. Sardo, del sur de la Cerdeña; gitano señorito, traficante de palabras, imaginativo, y vendedor del cielo al diablo.

Equipo inicial que tomó posesión oficial, ante el asombro de las autoridades, proclives genéticamente a contratar, para puestos de responsabilidad, primero bardos, segundo bardos, y, finalmente, bardos; todos bien preparados, familia del Partido, pero bardos; tal vez para simular que han sido desplazados de todos los puestos de decisión, política y económica, por advenedizos, forasteros que siguen controlando los mecanismos de poder, con fachada religiosa, desde tiempos de la Dictadura. Salvo que, dichos advenedizos y familia, extranjeros blanquecinos de oración, impongan otro, traído de su vivero económico religioso.

Hicieron un estudio de promoción de productos industriales, alimentarios y servicios, y lo bautizaron con el patriótico nombre de “La Tienda de Bardenia”. Si funcionaba el invento, más tarde fundarían “La Tienda de Catalunya”, “La Tienda de Al Andalus” y así sucesivamente.

PLAN DE EMPRESA “LA TIENDA DE BARDENIA”

RAZÓN DE SER DE LA EMPRESA

La sociedad tiene como fin fundamental hacer conocer los productos y servicios de Bardenia.

Para ello se actúa en dos ámbitos diferentes:

A) Prestigio

Mediante instalación de local representativo en las ciudades más im-

portantes de Europa, y otros Continentes, con franquicias, bajo la denominación de la “Tienda de Bardenia”, y que contendrá:

- Restaurante de prestigio con los platos típicos de Bardenia.
- Pequeño autoservicio de productos que tengan la denominación de origen y calidad.
- Área de Información y Turismo; Servicios Bancarios y Telecomunicaciones.
- Agencia de viajes, Salón de conferencias, Sala de exposiciones y espectáculos musicales, etc.
- Página Web que conectará con la información institucional.

B) Representación

“La empresa comercial de productos de Bardenia, siempre complementarios y no competitivos, con denominación de origen y calidad contrastada, que se venderán bajo la marca genérica de “La Tienda de Bardenia”.

La sociedad estará compuesta por fabricantes, complementarios entre sí pero no competitivos entre ellos, que tengan productos con denominación de origen y calidad reconocida; además de entidades financieras e institucionales de Bardenia.

La decisión de responsabilizarse del proyecto le costó a Hilarión Iparraguirre un esfuerzo tan grande, que, una vez tomada, cambió hasta de piel. Eso sí, asumió la responsabilidad del cargo solamente por cinco años, prorrogables sin previo aviso.

Le costó tomar esta decisión un año, año sabático, refugiándose en el caserío de su tío Garikoitz, ubicado en lo más profundo del valle, alternando con estancias intermitentes en Las Bardenas, donde se instaló en la primavera con tienda de campaña para, a la intemperie, contar las es-

trellas, cantando a la luna; amaneciendo, como se despierta la naturaleza en esas latitudes, entre la señal del cuco, el gorjeo de paloma turca, croar de ranas y gorigori monacal; envuelto en cantos de pájaros y estrellas mil.

Tomada la decisión, marchó a comunicarlo a su tío Garikoitz al sanatorio donde estaba recluido hacía varios años. El director del centro lo recibió con inmensa alegría.

—Estaba a punto de descolgar el teléfono para llamar y comunicarte la desaparición de tu tío. Se ha esfumado, y nadie se explica ni cuando ni cómo. Hemos esperado dos días a ver si aparecía, pero, al no dar señales de vida, he llamado a la policía para que inicien la búsqueda. La policía nos ha pedido una prenda suya y le hemos dado un jersey de franela que había en su armario, y las sábanas de su cama.

—¿Y para qué quiere la policía esas prendas?

—Las sábanas, para que huelan los perros buscadores de fugitivos y de muertos. Y el jersey, para el mago buscador de desaparecidos, que ayuda a la policía judicial en casos imposibles. El mago se concentra cerrando los ojos; toca y huele el jersey, y, seguidamente, coloca un péndulo colgado de una cadena de oro sobre un mapa, y el péndulo indica el camino, el lugar exacto dónde se encuentra el objeto robado o persona.

—Será una broma.

—De broma, nada, monada. El mago es cliente de este sanatorio, y está científicamente probado que tiene poderes.

Hilarión miró de soslayo al director del Sanatorio y comprobó que hablaba en serio, y creía cuanto decía. Pensó que los años de profesión como psiquiatra, y el trato con personas desequilibradas, habían hecho mella en el cerebro del director, y se limitó a decir:

—Comprendo.

—No sabemos dónde puede haberse metido —añadió el psiquiatra—.

Ultimamente ha hecho cosas raras, pero nunca se ha marchado sin avisar. Nos tememos lo peor. Se habrá enfadado conmigo.

—Olvídese. Yo sé dónde encontrarlo. Si no llamo por teléfono, no se preocupe. Lo habré encontrado y estará conmigo.

—De acuerdo. Lo dejo bajo tu responsabilidad, pero, si es usted tan amable, firme este documento donde se hace responsable de él.

—¿Dónde hay que firmar?

—Aquí.

Firmó, y se marchó.

Tío Garikoitz era para entonces un octogenario.

Hilarión tenía muy claro que hay personas por las que parece no haber pasado el tiempo, más bien todo lo contrario: el paso del tiempo rejuvenece su espíritu. Sabía que el cuerpo es de material diferente del espíritu, sobre todo, el de un músico; y que, en la mayoría de personas, la decrepitud del cuerpo va unida a la del espíritu, porque no se puede olvidar que cuando el cuerpo muere, deja de funcionar el espíritu, que ha venido en llamarse alma, ya que, una vez muerta la persona, no da señales de vida más que para quien cree brujerías, espiritismo, apariciones, mundo extrasensorial, sobrenatural y religioso. Era consciente de que estas normas regían en buena parte del ser humano, con una excepción: los músicos, que, según había aprendido de su tío, tienen las virtudes de la luz.

Tío Garikoitz fue por su propio pie al sanatorio, voluntariamente, sin consultar con nadie dos años atrás y le dijo al Director:

—Vengo a ingresar. Estoy loco.

El director, Don Andrés Arnotegi, viejo conocido de Garikoitz Sarasate por razones musicales, asombrado, respondió, preguntando a Garikoitz Sarasate:

—¿Tú crees que estás en tus cabales? Un loco nunca dice que está loco. Eso debe decirlo los demás.

–Y tú, que en este caso eres los demás, ¿qué dices?

–Yo, no digo nada. Me limito a escuchar.

–Y, después de escuchar, harás un diagnóstico ¿no?

–Unas veces, sí; otras, no.

–¿Para ese diagnóstico, tanto estudio en el extranjero?

–Unas veces, sí; otras, no.

Garikoitz se rascó la cabeza, y se dijo: “Este está como una jaula de grillos. Con razón baja las escaleras deslizándose por la baranda, cantando “no tengo edad para amarte”, como si todavía no hubiera cumplido los dieciséis.”

–Si te empeñas, puedes quedarte –siguió recetando el psiquiatra–. De esa manera me harás compañía y recordaremos viejos tiempos, cuando tocábamos el acordeón, el piano, el violonchelo, la *viola d’amore*, y el saxofón, en parrandas garrafoneras y celebraciones. Formaremos un coro. Tal vez la música sirva para calmar nuestras mentes y la de los enfermos. Aunque ya sabes que la gente de la calle piensa que estas son las oficinas y que los locos están afuera.

–En verdad estás, hermano –replicó, ceremoniosamente, Garikoitz–. Yo soy uno de ellos. Es por eso que estoy aquí. Como no quiero estar loco, vengo a las oficinas.

–No te he seguido bien el argumento, pero, si tú lo dices, así será.

Don Andrés Arnotegi hizo diagnóstico de esquizofrenia paranoica y asignó a Garikoitz Sarasate Gaiarre habitación en la sacristía de la iglesia del Sanatorio “para que con su música de *armonium* aplaque los espíritus celestes y los demonios terrenales. Para que la música sacra discurra por las veredas y vericuetos de mentes enfermas y, al menos, esas mentes gocen del refrigerio de la música, que sabido es, amansa las fieras” –escribió en el informe médico del afinador de pianos.

Por estas y otras razones el director de la institución psiquiátrica tenía gran disgusto ese día. La desaparición de su amigo y masajista

mental era una desgracia personal y colectiva. Desde que Garikoitz Sarasate tocaba el *armonium* en el coro, en los recreos, la iglesia se llenaba de fieles e infieles y el consumo de fármacos había caído en picado, tanto que el gasto en medicinas era menos del cincuenta por ciento, casi la mitad.

Es por ello que el doctor Arnotegui había decidido cambiar el *armonium* por órgano, financiado con dinero ahorrado en drogas. El dolor de la desaparición iba parejo al temor de que el afinador de pianos hubiera absorbido, en su afán misionero, el desvarío de los pacientes y hubiera dado en loco de verdad. Pero, ante todo, estaba dolido, porque había desaparecido sin decir nada.

Garikoitz había desaparecido la semana anterior a su jubilación definitiva como director del sanatorio. Él también iba a quedarse a vivir en el sanatorio, tras de la jubilación, porque tenía un amigo llamado Garikoitz Sarasate, y porque fuera no encontraba sentido ni a la vida ni a la muerte. Y, precisamente ahora, en ese momento crucial, el músico loco lo había dejado solo.

Todo esto no dejaba de ser imaginaciones suyas. El psiquiatra estaba un poco ciego y no había visto la nota que Garikoitz le había dejado encima de la mesa: “Dentro de poco no me veréis y dentro de poco me volveréis de ver. Vendré a buscarte después de la Resurrección. Garikoitz.”

Hasta el atardecer, el director no se tranquilizó. Hilarión lo llamó por teléfono y, Andrés Arnotegi sobresaltó su espíritu al saber que la llamada era del sobrino de Garikoitz, lo que, según lo convenido, quería decir que no había hallado a su tío. Inmediatamente le vino a la cabeza que estaría colgado de un árbol seco con la lengua fuera, y meado, con la partitura de alguna cantata dedicada a él, con título macabro: “Cantata en mi bemol: “La primavera, el cuerpo altera”, dedicada al psiquiatra más tonto del mundo.”

Todas estas ideas tenebrosas azotaron en millonésima de segundo el

cerebro y la conciencia del psiquiatra, pero afortunadamente no era esa la noticia:

–¿Está vivo?

–Vivito y coleando. Me dice que cambie usted de gafas; que ha dejado una nota encima del escritorio del despacho.

El director se fijó en el papel adhesivo amarillo pegado al dietario y, efectivamente, leyó la nota, y dijo:

–Pregúntale qué quiere decir con esas frases del evangelio “dentro de poco no me veréis y dentro de poco me volveréis a ver”. Si se cree Jesús Cristo, es mejor que no vuelva. Me jubilo la semana que viene y no quiero tener a Dios todo el día encima, en plan pelma.

–¿Quiere que se ponga?

–No, que me volverá más loco de lo que estoy. Ya sabe dónde encontrarme.

–Bueno, bueno. Estaremos en contacto.

–Recuerdos.

Y colgó.

Hilarión sabía dónde encontrar a su tío y lo encontró sentado en el banco de roble, envuelto en manta de cuadros amarillos y negros, con la txapela calada hasta las cejas, rodeado de margaritas, lirios blancos, amapolas silvestres y los primeros rayos de sol en los ojos, en el lugar secreto que había sido el refugio de tío y sobrino durante muchos años, sin que ni la propia familia supiera de su existencia. Era su secreto mejor guardado. Un corral perdido en el monte, que, para quienes, raramente, pasaban por aquellos andurriales, era eso, un corral abandonado, donde en verano pastaba algún caballo en el prado; y, en invierno, se apreciaba, de vez en cuando, humo por la chimenea; y se daba por sentado que era el pastor que se defendía de los vientos gélidos y nevabas pertinaces. Los únicos que tenían conocimiento del lugar y, por razones obvias, lo guardaban entre papeles de alto secreto, eran la policía, el

ejército y los servicios secretos, que lo vigilaban desde tierra, mar y aire, vía satélite, porque sospechaban que aquel caserón, derruido y abandonado, era la tapadera de múltiples movimientos de terrorismo internacional, desde Tupamaros, Fatah y, pasando por IRA, ETA y Al Qaeda de Bin Laden.

Los ruidos y movimientos que producía aquel bosque eran tan extraordinarios, que durante veinticinco años fueron grabados todo sonido, toda palabra, toda música y oración que se emitieron desde aquellos espacios.

Los poderes fácticos mundiales contrataron intérpretes de claves secretas, criptógrafos digitales, especialistas en cirílico, sánscrito, árabe, quechua, aimará, gaélico y bardo, pensando que la música emitida era clave mensajera, como lo fuera en su día entre esclavos negros, en Norteamérica, canciones a la luz de la hoguera, y en el sudar de los trabajos de esclavo negro.

Esa idea volvía locos a los servicios secretos mundiales. No llegaban a entender de dónde extraían y transformaban la energía necesaria para el funcionamiento y mantenimiento de aquel macro sistema de emisión y recepción de sonidos y luces en el espacio. Sabían que bajo aquella apariencia de corral abandonado había construido un caserío con dobles paredes de más de un metro de grosor, más parecido a museo de instrumento musical, que lugar de citas clandestinas, porque lo habían fotografiado desde el aire con rayos infrarrojos, gamma, zeta, beta, iota, kappa, lambda, fi, ji, psi, y ómicron; y Omega, como se denominaba al sistema operativo de control del caserío, que Garikoitz Sarasate compró para huir del “mundanal ruido” y gastar el dinero que le sobraba en algo práctico para él y para su sobrino.

Allí estaba tío Garikoitz, contemplando la salida del sol, que en profundidades de valle montañoso asoma tarde, porque ya se sabe que el sol va escalando minuto a minuto el firmamento hasta llegar al cenit a

las doce del mediodía; y que la altura alcanzada hace que, si las nubes no lo impiden, haga brillar sus rayos en cualquier parte que esté en ese momento en su recorrido luminoso. Aunque en realidad es todo un espejismo, porque quien gira alrededor del sol es la tierra, y no a la inversa, aunque lo proclamen las sagradas escrituras y eminencias como San Agustín y Santo Tomás de Aquino así lo creyeran –piensa Garikoitz Sarasate, que en esos momentos medita en esas cosas tan fuera de lugar y tiempo.

–Hace frío –se limitó a decir Garikoitz cuando vio a su sobrino frente a él.

Lo había visto hacía un cuarto de hora bajar por el camino mal empedrado, con zapatos y ropa de vestir.

–Hace frío, pero hará un día precioso de primavera –respondió Hilarión–. Calentará.

–Estamos en primavera.

Un caballo nuevo que Hilarión no conocía se acercó a él, dándole con el hocico en la espalda.

–¿De dónde has sacado este animal tan hermoso? –le preguntó el sobrino.

–Tuve que robárselo a la dueña de la caballeriza que hay junto al sanatorio para venir hasta aquí.

–¿No era más fácil que me llamas y yo hubiera ido a buscarte?

–Por no molestar...

Hilarión sabía que era mejor no seguir por ese camino, pues no iba a conseguir respuesta; y se limitó a acariciar a la yegua.

–¿Has desayunado? –preguntó Hilarión.

–No. No tengo hambre.

–Voy a preparar el desayuno.

–¿Has decidido que vas, o que no vas? –demandó, sin pestañear, el afilador de pianos.

–¿Tú, qué crees?

–Que no vas.

–Voy.

–Cometes un grave error. No aprenderás nunca.

–Deja que me equivoque.

–Una vez más. El que quiera peces, que se moje el culo –añadió, ras-cándose la oreja izquierda, el exjesuita.

–Solamente he firmado por cinco años.

–Te sobran cuatro y medio.

–Siempre estoy a tiempo de rectificar.

–Si has firmado cinco años, cinco años debes cumplir, para bien o para mal.

–Esa es mi intención. Pero, como lo pones tan negro...

–Tú no eres hombre para esos trabajos en la Administración. No soportarás la obediencia ciega a la que están acostumbradas esas gentes para mantener el puesto de trabajo y medrar.

–Trabajaré para el país.

–Qué ingenuo es. El país es una excusa. Esos trabajan para el país, porque cobran bien. Tú, ofréceles el doble, y verás cómo se van a la competencia.

–Me hace ilusión realizar ese proyecto.

–No son ahora los mejores tiempos para ese trabajo. ¿Cómo vas a llamarlo?

–La Tienda de Bardenia.

–¿Y dónde vais a poner la primera?

–En Bardelonya.

–Bueno, si es allí... tal vez funcione.

–Pero antes hay mucho trabajo que realizar. Redactar el proyecto, buscar los socios, anteproyecto, logotipo, registros, sondeos... un sinfín de cosas.

–¿La administración pone algún dinero o sólo palabras? –inquirió, sonándose la moquita, el afinador de pianos

–Hasta el cuarenta y cinco por ciento del presupuesto, que es lo que le permite la ley.

–Dices, hasta. Atento, que eso puede ser nada.

–De palabra se han comprometido al máximo. No pueden hacerlo por escrito hasta que no haya una propuesta formal y un proyecto real.

–El resto, ¿los empresarios?

–Empresarios y entidades financieras.

–No saldrá adelante.

–¡Joder, tío! Estás en plan negativo. Siempre me has dado ánimo en todas mis aventuras y ahora te ha dado por nones.

–Ojalá me equivoque. Hay mucha gente por medio y demasiados intereses. Difícil. Muy difícil.

–¿Desayunamos?

–Desayunamos.

–¿Qué quieres escuchar?

–Es lunes.

–Entonces lo de siempre: el *Bolero de Ravel*.

4

1.2 POLÍTICA GENERAL DE LA EMPRESA

Es muy importante basarse en el concepto de Calidad; por ello la decoración del establecimiento y el diseño de la etiqueta de los productos a comercializar deben reunir las características de comunicar este concepto

Nuestra posición será de especialistas dentro del segmento medio alto, alto; por ello, los precios deben estar en función del mismo. Para ello debemos:

Buscar factores diferenciales de los productos actualmente existentes en el mercado.

Calidad percibida, por lo que habrá que cuidar de una forma especial, junto a la calidad del producto, el envase y las etiquetas.

Nuestro precio deberá estar situado en el segmento medio alto; nunca en el segmento de precios económicos o marcas blancas. Nuestro precio debe ser asequible de acuerdo con nuestro posicionamiento, pero no bajo.

El aspecto exterior del viejo caserío, que Garikoitz Sarasate había adquirido treinta años atrás, era ruinoso, rayano en el abandono. Pero con mucha paciencia y mucho trabajo lo fue arreglando por dentro, manteniendo por fuera el aspecto destartado de una borda de pastores abandonada en el monte para uso de quien se refugia, de vez en cuando, del frío y de la lluvia. Vallado con las piedras primitivas, más alambre de espino herrumbroso, daba aspecto de indefensión; pero, en realidad, era muy difícil traspasar la valla de piedra de metro y medio de altura, más el espino. Un camuflaje perfecto. Si a esto añadimos el acceso, imposible para vehículos normales, y con dificultad para todoterrenos o tractores, resultaba ser plaza militar inexpugnable. Es sabido que las fábricas de motos han conseguido aparatos capaces de trepar paredes y acantilados y que cuerpos de seguridad del estado poseen todos esos medios y más; pero llegar al caserío de Garkoitz Sarasate no era un paseo placentero con vehículo, aunque podía constituir un placer para quien ama el riesgo. Requería buena dosis de voluntad, preparación física, habilidad, conocimiento, y alguna razón muy particular para hacerlo. Si a esto se añade, que, cuatro perros, de aspecto fiero, enseñaban mandíbulas a animal o planta, sonido o estrella, extraña en cinco mil metros a la redonda, se puede llegar a entender que aquella borda no era ningún placer ni motivo de curiosidad para cualquier montañero despistado que transitaba por la zona, camino de la cumbre de, aproximadamente, mil quinientos metros de altitud. Ni para tractorista que transportaba cazadores o pescadores furtivos de becada, rana bermeja, trucha, cangrejo autóctono, jabalí o ciervo.

El riachuelo nacido en las alturas lamía los pies del caserío y alegraba con su sonido la mañana, la tarde y la noche, además de aportar truchas frescas y puras, como las aguas, y cangrejos autóctonos,

únicos supervivientes en la región desde que las autoridades piscícolas tuvieron la brillante idea de echar cangrejos de América, que hicieron desaparecer la fauna piscícola autóctona, no se sabe si por experimento o porque quien lo hizo ganó un viaje a Manhattan, Las Vegas o a las Bahamas.

La primavera había hecho de los frondosos cerezos silvestres lo que Hilarión Iparragirre Sarasate quería hacer de aquel lugar: llenarlo de flores y de amor cuando el tío Garikoitz dejara las riendas, cuando el afinador de pianos tuviera a bien abandonar el mundo de música terrenal, para pasar a la música celestial, que era para lo que había reconstruido aquella casa de piedra, anterior a Carlo Magno y a Napoleón, que pasaron por allí camino del Sur.

Desde el Sur, ni Abderramán ni conquistador alguno llegó hasta allí. Los árabes no pasaron entre montes de hayas y robles, ya que, en ese terreno, sus caballos y jinetes no podían desarrollar sus habilidades con arcos y cimitarras, ni al paso ni al trote ni al galope. Por ello, y por hacer honor a los musulmanes guerreros, el afinador de pianos vestía chilaba azul de tuaregs. No, así, de romano; aunque romanos y galos hollaron aquellas tierras y para dejar constancia de su paso construyeron calzada y puente (destartalados por el paso del tiempo y el abandono), que, más tarde, sirvieron para cruzar el riachuelo a tractores en la recogida de troncos de haya, abeto y roble, cuando cuadrillas de hacheros hacían limpia del bosque talando haya, roble y abeto, previamente marcados por el capataz del valle; y con lo recaudado por la venta de esta madera, en subasta pública, se consolaba la tristeza de las escuálidas arcas de ayuntamientos copropietarios de los bosques, que repartían alguna migaja de esos dineros entre sus habitantes.

Quienes anduvieron por aquellos andurriales como Pedro por su casa, fueron los hombres de Cromañón, y sus parientes anteriores y posteriores.

En la zona alta del cono natural, cortado a bisel, que forma el paraje, existen multitud de monumentos megalíticos, menhires y cromlechs, donde primitivos pobladores de aquellas fértiles tierras enterraban a los muertos y celebraban con grandes banquetes entre los monumentos funerarios.

Ese entorno idílico cobijó, alternativamente, entre la ciudad y la selva, a Garikoitz Sarasate Gaiarre, hermano de Leire Sarasate Gaiarre, cuñado de Sebastián Iparragirre Eslava y tío de Hilarión Iparragirre Sarasate, Eslava, Gaiarre.

Su primera intención no fue otra que la de huir del ruido de la ciudad moderna y, siendo músico como era, de escuchar la música natural del bosque, de las montañas, de las estrellas y de la luna. Y de alabar al Señor por haberle hecho partícipe de tanta belleza, y dotado de sensibilidad para captarla; y, si lo conseguía, transformar aquel paraje único en auditorio musical, para gloria del Altísimo.

Una vez finalizado el acondicionamiento del interior a su gusto (y no necesitó mucho esfuerzo para ello; la propia estructura primitiva del caserío es de una belleza sobria fuera de lo corriente), pensó que necesitaba una capilla con acústica tan buena como la mejor iglesia o catedral; y él, que conocía muy bien los negocios del sonido, construyó, con la ayuda de su sobrino, en el prado de enfrente, un pequeño templo de piedra de diez metros de largo por siete de ancho, por cuatro de pórtico, que hace un total de setenta y cuatro, número sagrado y mágico para Garikoitz Sarasate.

Las piedras talladas las proporcionó un muro derruido, donde en su día estuvo el corral y debieron dormir ovejas, yeguas y caballos. El techo, cubierto de pizarra, también abandonada de anteriores construcciones, daba a la capilla un aspecto de cabaña pastoril, si tenemos en cuenta que lo cubrió de musgo, y el musgo se encargó de atraer todas las especies vegetales y animales voladoras a posar sobre sus suaves al-

fombras, para, una vez allí posados, escuchar y aprender músicas que debajo, en la capilla, componía y hacía sonar Garikoitz Sarasate. La capilla de piedra era el laboratorio de la “altura, volumen e intensidad del sonido” que amasaba y lanzaba, volviendo locos a los satélites artificiales americanos, Pentágono y corte celestial. No así a satélites rusos y compañía, cuyos sistemas de detección estaban afinados con el mismo diapasón que utilizaba Garikoitz Sarasate.

La música que hacía sonar en la capilla de sillería era producida por instrumentos comprados en tiendas estatales soviéticas, cuando todavía existía una forma de vivir que se llamaba socialismo real. Más tarde, incorporó instrumentos nuevos, traídos, de los rincones más apartados del mundo, por Hilarión, que en viajes de trabajo buscaba instrumentos típicos de países lejanos, tribus recónditas, consiguiendo satisfacer (nunca del todo, pues los músicos creadores son insaciables), al tío Garikoitz que se volvía tarumba buscando instrumento y medio físico adecuado para expresar los sonidos y melodías que rondaban por su cabeza.

Un afinador de pianos e instrumentos musicales como Garikotz convertía su mente y su cuerpo en instrumento musical, como si de una caja de música se tratara.

El afinador de pianos sabía que la música, además de un arte, es una ciencia. Eso convertía a Garikoitz Sarasate en un artista y en un científico. Él sabía que para meter entre cinco líneas paralelas, y sus espacios correspondientes, la belleza del universo y amarrarla, hay que conocer mucho de física y de sueños, de vacíos, de materiales, de luz y de infinitos. Él sabía, como todos sabemos, que al cantar o silbar cerca de un vaso de cristal, el vaso suena por simpatía. Y eso, que parece una tonteería cualquiera, es ni más ni menos lo que la ciencia física llama *Principio de Resonancia*:

“Cuando dos objetos poseen frecuencias iguales y uno de ellos está en vibración, el otro, sin ser tocado, vibra simpáticamente.”

—Así que, explicaba a su sobrino Hilarión, cuando cantamos, no son simplemente las cuerdas vocales las que producen el sonido, sino las vibraciones simpáticas que resuenan en las cavidades de nuestra cabeza. Otro tanto ocurre con los instrumentos contruidos y elaborados, por hombres: es el cuerpo hueco del violín, al vibrar simpáticamente con la cuerda frotada por un arco, quien produce el sonido.

Por estas inapelables razones, Garikoitz Sarasate quiso convertir aquel anfiteatro natural, de cinco mil metros de diámetro por mil quinientos metros de altura, en *Viola d'amore*, instrumento con cuerdas “simpáticas” colocadas debajo de las cuerdas normales.

Y Garikoitz Sarasate convirtió aquel monte en auditorio natural, aprovechando la simpatía de árboles y pájaros, viento y madera, del vidrio, de las rocas y arbustos. Donde fallaba algún elemento, o requería ayuda, colgó cristal, crin de yegua guapa y latón, diverso en forma, color y grosor, a modo de exvoto o abalorio mágico (cementerio indio a color), que hacía el trabajo por simpatía. Treinta años de estudio buscando la piedra filosofal del sonido, del espacio mezclado con la luz y con la imaginación, hicieron de Garikoitz Sarasate un personaje etéreo, abandonado a la suerte de la creación, de aspecto impecable e impoluto, aunque, más tarde, las desgracias y dolor lo convirtieron en loco de cabello alborotado, escopeta en ristre. En su delirio de belleza y agonía, hacía pruebas de la eficacia del invento, de pretensiones cósmicas, en primavera, verano, otoño e invierno.

En primavera, los tallos tiernos y las flores nuevas hacían de platillos sutiles, de triángulos musicales temblorosos. Las gotas de rocío, filtran y reverberaban sonidos imperceptibles, lanzándolos al infinito en ondas, que sólo eran captados por los habitantes de aquella isla de belleza: animales, vegetales y espíritus primitivos.

En otoño temblaba hasta el misterio. El colorido de hayedos y robledales acompañaba a almas como Henri Purcell en las Suites, Antonio

Vivaldi en concierto violín y orquesta, Johan Sebastián Bach, Haydn, Mozart, Beethoven y músicos, por riguroso turno, según el placer que proporcionaba a Garikoitz y a Hilarión.

Solamente una pequeña parte de ellos era percibida por aparatos sofisticados de satélites espaciales americanos.

En invierno, la nieve y el hielo convertían aquel anfiteatro natural en copa de cristal frágil, en un tulipán blanco, donde vibraban hasta los pensamientos.

Esto es lo que tenía al Pentágono, NASA y OTAN, en estado de alerta continua, en un sin vivir: no podían explicar de donde salía semejante potencia energética si por aquellos montes no había ni un solo cable, ni de alta ni baja tensión, que alimentara aquel derroche de señales acústicas, melodías, sinfonías, mensajes cifrados en siete idiomas, etc.

Pero lo que sacaba de quicio a los altos mandos militares, y, sobre todo, al Capitán General de la “Cosa Antiterrorista Mundial”, de origen galo, que la pieza que más le gustaba del repertorio musical universal, el Bolero de Ravel, sonaba todos los lunes por el espacio infinito intergaláctico. Aquel sonido armonizado de timbal, flauta, saxofón, fagot, viola, violines, violonchelos, y todo el instrumental de dicha pieza única, nacía allí y sonaba por el espacio. El galo desconocía que Garikoitz Sarasate amaba al bardo *Maurice Ravel* desde que, en el noviciado, los jesuitas los despertaban los días de fiesta con esa pieza musical, en vez de las carracas criminales de los días de labor.

Garikoitz sentía que el tiempo se acababa y quería ceder poderes a su sobrino Hilarión para que hiciera partícipe a la humanidad de los misterios que él había desvelado. Pero los nuevos planes de Hilarión lo obligaban a morirse al menos cinco años más tarde.

5

2. ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN

2.1 PRODUCTOS

Será necesario realizar un estudio del mercado potencial de todos y cada uno de productos a comercializar. Para ello se comprarán determinados informes Nielsen.

2.2 CAPACIDAD DE PRODUCCIÓN

Será necesario analizar la capacidad de producción de cada una de las empresas.

2.3 CONSUMIDOR

Hombre / Mujer de 30 a 50 años, de segmento socioeconómico medio alto, alto, hábitat urbano, socialmente activa y dinámica.

2.4 COMPETENCIA

Nuestro objetivo como especialistas y estrategia de nicho, es conocerla para “diferenciarnos de ella”.

2.5 COYUNTURA ECONÓMICA

Las magnitudes macroeconómicas indican una recuperación económica, un mantenimiento de los tipos de interés, aunque el nivel de desempleo se situará en las tasas actuales con ligeras mejorías.

El mercado de consumo se hará más selectivo y especializado.

2.6 DISTRIBUCIÓN

La distribución se seguirá concentrando tanto en centrales de compra como en las propias sociedades, llegando a nivel medio europeo, donde un 10% de los centros de compra hacen el 76% del volumen de facturación.

El número de grandes clientes son 150. El número de distribuidores que se estima necesarios es de 22.

Hay que tener claro el concepto de distribuidor. Sus características básicas deben ser:

Muy introducido en la zona de concesión

Equipo de ventas suficiente y para nuestros productos

Solvencia comprobada adecuada

Compra en firme.

Delegación propia.

Apoyo logístico

Poder recoger los pedidos de grandes clientes (aunque nunca negociar con ellos).

Los tres vistosos elementos que Hilarión había elegido para realizar el cometido, arduo y difícil cometido, ya hemos dicho que eran un maño, un galo y un sardo, y que en los círculos del Partido en el poder había “movida” porque no pertenecían a familia alguna que controla el poder y el dinero, que suelen ser las mismas de siempre; a lo que hay que añadir, que estas familias son familias de bien, de comunión diaria, aunque tengan amantes, querindongas y manías de este pelo, que para eso son los que mandan.

Hilarión y su equipo eran conscientes del entramado económico-religioso porque “Chupete”, que pertenecía al sector, lo confirmaba a pie juntillas, porque él tenía sus queridas y sus rezos, como todos y todas de su entorno.

El sardo no era de familia noble, pero se llevaba al huerto todo lo que caía, que no era poco, para ser plebeyo raso. Tenía olfato muy desarrollado y labia poética extraordinaria, que mareaba a casadas, solteras y viudas.

El maño, científico puro, tozudo cerrojo y conservador hasta decir basta, no se comía una rosca, ni estaba interesado. Sonreía cuando se percataba de que sus compañeros de equipo se comían alguna rosquilla, alegrándose del bien ajeno, y celebraba con resignación su inutilidad congénita de mostrarse cariñoso fuera de casa, con su Manuela de toda la vida, desde su pueblo natal hasta la universidad y desde la universidad hasta la extremaunción.

En sentido extraprofesional sólo tenían en común que les gustaba la música. El galo tocaba el saxofón; el sardo, la guitarra, la flauta y lo que le pusieran por delante; el maño, la guitarra y las castañuelas, cuando

bailaba la jota aragonesa con *trapico* de cuadros bien prieto a la cabeza para que no se le escaparan las ideas.

Al galo le gustaba el jazz y tocar en clubes, en juergas nocturnas, y las putas. Al sardo, el tablao flamenco, el cante, la poesía, las putas, pero más la conquista de casadas de buen ver, con experiencia en el vicio de amar, y con ganas de desquitarse de los cuernos de los maridos. Al maño, acompañar a la guitarra al sardo, y su Manuela, que llevaba de bracete a misa los domingos y fiestas de guardar, aún sin ser de familia noble; y no le importaba que a su Manuela se le cayera la baba cuando veía en la tele a George Cloony, un actor de cine que volvía locas a muchas, pero que era el tercero en el *rancking*, en la lista oficial de hombres deseados por las mujeres para echar una cana al aire, infiel a su cornudo correspondiente, ya que antes que este eran deseados por más mujeres uno más viejo que el Cloony de marras, y otro más joven, según los mentideros metrosexuales.

A los tres les gustaba la música clásica, la música gregoriana y el jazz. Ese punto común los salvó del desastre en los primeros momentos, porque cuando discutían sobre cómo llevar a buen fin el proyecto, y no se ponían de acuerdo, escuchaban música y se relajaban mientras pensaban las ideas de los otros.

El más duro de pelar era el maño, hombre de números, análisis de balances y cuentas de explotación, no de calle, de trabajo a pie de obra, de embaucador, de creador de ilusiones y necesidades, como lo era el sardo. El galo andaba a medio camino entre los dos, pero apoyaba al sardo:

–Porque si no vendes, para qué coño quieres una empresa; si no compran lo que vendes, la empresa te va a durar tres telediarios –repetía una y otra vez al maño, cuando quedaban a solas sin el sardo.

–Sí, pero hay que poner las bases para que sea lo más rentable posible y tenga futuro –respondía el maño, sin bajar del burro–. Ya sabemos

que todo es cuento, pero al menos tenemos que saber qué cuento quiere la gente que le cuenten.

Y ahí se ponían de acuerdo.

Hilarión disfrutaba con la compañía de estos elementos que había elegido para el proyecto. Él tenía que contactar con 150 empresas, hablarles del proyecto, y, mientras tanto, el sardo debía localizar los distribuidores para seleccionar a veintidós.

El maño y el galo esbozarían el proyecto, técnicamente, mientras Hilarión entrevistaba a los responsables de grandes empresas, y, simultáneamente, el sardo localizaría a los mejores distribuidores posibles, con su innato olfato comercial, apoyado por los datos que aportaban el maño y el galo.

Se pusieron en marcha tras elaborar el anteproyecto, que, aunque aprendieron de memoria, el maño lo plastificó hoja por hoja y proporcionó a cada uno de los miembros del equipo para que lo pusieran en sus despachos en tabloncitos de asunto urgente, intentando recordarles lo complicado que es ganar dinero, y lo importante que es que los comerciantes ganen dinero para que el mundo funcione, a pesar del hedor de los muertos en el camino, y de los buitres que sobrevuelan continuamente la carroña creada por el sistema. Lo curioso del asunto era que el texto estaba escrito sobre papel rayado con pentagramas y una calavera, advirtiendo de lo necesario que es el arte, y más en concreto, la música, para que el universo no se venga abajo, para que los comerciantes puedan ganar dinero y los habitantes del planeta tierra alimentarse y consumir. La calavera recordaba que, mientras, en algunas latitudes, tres cuartas partes de la Humanidad sobreviven con un trago de agua y mucha arena en el estómago.

En cuanto a ideas políticas y sociales, el equipo técnico era plano, correcto, es decir, conservador, tirando a retrógrado.

—La riqueza es quien sacará al pobre de la miseria. La unidad de la

Patria, el valor y el trabajo hará que cumplamos nuestros designios en lo universal.

Al sardo solo le faltaba un poco de escayola y colocar el brazo en la posición adecuada para comparecer ante *Benito Musolini, Adolfo Hitler, Petain y el Caudillo*.

El técnico galo no era ni fu ni fa, es decir, veía menos que un gato de escayola cuando de asuntos sociales nacionales e internacionales se trataba:

–La paz es la felicidad para hacer negocios y vivir bien.

Aunque reconocía que la guerra suele ser uno de los motores de los negocios en las economías occidentales, en las democracias, y que mantienen ejércitos y altos presupuestos para el buen desarrollo tecnológico del buen matar a negros en África, moros en Oriente medio y próximo, en Asia y en Oceanía, donde haga falta azuzar revuelta tribal bien equipada con armas modernas, fabricadas por manos profundamente democráticas.

–Pero eso es parte de la vida. Una cosa más –remarcaba.

Chupete resumía así su experiencia como empresario:

–Tuve una empresa y me arruiné. Querían cobrar puntualmente y pedían aumento de sueldo. Y para todos no llegaba. Ampliamos el negocio, y cuanto mayor era la empresa, más números rojos tenía.

Al maño no le gustaba hablar de temas trascendentales y callaba y escuchaba la opinión de los demás. Apoyaba las ideas de orden y tranquilidad, pero en un “lapsus linguae” se le escapó que su padre había sido anarquista y se lo habían cargado por esa razón:

–No tenían dónde caerse muertos y algo tenían que ser ¿no? Porque encima de ser pobre, ser de derechas, sería el colmo de los colmos.

En este sentido, la parte borde, por no decir extremista, en aquel entorno, era Hilarión, quien, para el sardo era una bella persona, pero terrorista; para el maño, una persona inteligente, con ideas particu-

lares; y para el galo, una persona coherente con sus ideas, fruto de la complicada situación de Bardenia.

Aunque ninguno estaba de acuerdo con la forma de ver la política del otro, no les impedía trabajar para ganar dinero, desarrollando un proyecto que automáticamente les llevaría a otro proyecto y, más tarde, a otro; y así a llenar sus flacos bolsillos, que habían tenido que pagar la universidad de los hijos (y los tenían a todos en casa, sin pegar palo al agua, o con contratos basura, o de becarios por cuatro reales) y no habían levantado cabeza desde entonces.

Hilarión mamó las ideas revolucionarias de su tío Garikoitz, que vio cómo malvivían en la miseria y eran machacados sin piedad, en Perú, los nativos, mientras enseñaba a los hijos de machacadores, canciones como “con flores a María, que madre nuestra es”. Y esto se le acentuó cuando fue a vivir a Lima y comprobó que lo que su tío decía era más verdad que el evangelio, que en eso también creía, al principio, porque su tío también creía.

Garkoitz Sarasate dejó los hábitos porque no estaba de acuerdo con casi nada. En sus ratos libres organizó a catequistas pobres, quienes acabaron en la cárcel torturados, y algunos muertos, por reclamar un pedazo de pan para los suyos.

Al padre Garikoitz no lo mataron ni lo metieron en la cárcel porque era jesuita, y porque el Presidente del Gobierno era íntimo amigo del Primado de la Iglesia, que, lógicamente, con la historia que arrastraban los jesuitas en Perú, era jesuita. Y si no hubieran sido jesuitas habría sido igual, porque las grandes familias peruanas, desde el descubrimiento de América, desde la conquista, habían llevado a estudiar a sus hijos a los jesuitas y, ahora, todos los que mandaban, todos los estamentos del poder, estaban educados en los colegios de jesuitas. Y algunos jefes revolucionarios también habían estudiado en colegios jesuitas; y cuando estos secuestraban a alguien, el Presidente del país tenía que

recurrir a los jesuitas para que intermediaran y consiguieran que no ejecutaran al secuestrado.

Garikoitz Sarasate aprendió los idiomas de los pueblos indígenas, y, en vacaciones, marchaba a la selva y a las montañas a predicar la palabra de Dios, que no era otra que la de organizarse para vencer la explotación que sufrían los indígenas, y masacres del capitalismo rabioso, que los mataba a trabajar por cuatro miserables monedas. Garikoitz Sarasate era una bellísima persona que no tenía nada suyo, pero que a sus indios no se los tocara nadie, porque era capaz de cualquier cosa.

Y por eso tuvo que dejar Perú y afinar pianos en Bardenia, donde la situación no era tan extrema, al menos a primera vista.

Cuando abandonó los hábitos, el escándalo en la familia y en el pueblo fue mayúsculo, menos para su hermana Leire, que conocía los problemas de su hermano por carta y era su paño de lágrimas. Ella, la mayor; y él, el más pequeño de siete. Al morir la madre en el parto, Leire quedó como hermana y como madre de Garikoitz, quien siempre tuvo por su hermana Leire un fervor mayor que a la virgen y a todos los santos juntos.

–Has hecho santamente –le dijo ella–. Si no estás a gusto, has hecho muy bien. Ya nos arreglaremos.

Afinando pianos se ganaba bien la vida y pronto se independizó del amparo de Leire, más clueca que las cluecas del gallinero. Para ello tuvo que convencerla de que fueran con su familia al Perú, porque allí los bardos tenían muy buen cartel y, en ese momento, era más fácil para ellos ganarse la vida allende los mares. Y, como sabemos, la familia Iparragirre Sarasate emigró a Lima.

El ex jesuita, presentado al gobernador por el capellán castrense, afinó el piano de su mujer; y el gobernador lo presentó al capitán general de la Región para que afinara el piano de su esposa, y las costillas presentaron al ex jesuita a las familias de la alta sociedad oficial; y de

ser, según los poderes fácticos del Perú “un miserable y cretino exaltador de masas, comunista y revolucionario”, pasó a ser el soltero mas deseado por las mujeres y las hijas de las mujeres de alto copete, para quienes llevarse a la piltra a un fraile virgen y tan guapo y tan sensible y tan inteligente y de tan de todo, era un vicio fuera de posibles. Y morbo de sueño erótico, mientras el cabestro de su marido roncaba como un cerdo o estaba beneficiándose a la furcia nueva que había puesto a su disposición el dueño de los prostíbulos de más categoría de la ciudad, que, claro está, pagaba el tributo de protección de esa manera.

–Cómo está Garikoitz, chica.

–Está para hacerle un favor.

–¿Sabes si tiene novia o está casado?

–No tengo ni idea. Era jesuita.

–Eso ya lo sé.

–Un hombre así tiene que estar casado. Las solteras tienen que ansiar rifárselo.

–Nosotras no tenemos nada que hacer.

–Eso ni lo sueñes. Estamos en la flor de la vida. Y con experiencia, que es lo que quieren los hombres.

–Pero este no es un hombre cualquiera.

–Mejor. Más a mi favor.

–Tenemos que hacer algo para llevarlo al huerto.

–Si lo consigues tú, que eres mucho más bruja que yo, me lo pasas, ¿vale?

–Y un jamón con chorreras. Que te crees tú eso. El buen turrón no se reparte. ¿O tú me has pasado alguno de los que te has tirado, so guarra?

Así dialogaban las señoras de alta cuna y de baja cama, esperando la ocasión para comerse al pianista, que sabía de las intenciones de sus clientas, porque era ex fraile pero no tonto, y en las misiones de verano

tenía problemas para quitarse de encima a las nativas, que sentían igual que las señoras importantes, pero con una pequeña diferencia: se lo decían a la cara y en público, y se metían en su cama de dos en dos y de tres en tres, y casi no le dejan montar la revolución, de tanto montar hembras; y si le hubiera ido la marcha, también machos.

Su compañero de catequesis, Julen, jesuita también, aprovechaba los machos que Garikoitz rechazaba, porque a él le iba un montón; y más, salvajes, como aquellos indios. Ejercía tanto de amante, que Garkoitz empezó a dudar de su compañero de catequesis; llegó a pensar que sacrificaba los veranos más por amores tórridos que por la catequesis.

—¿Puedo hacer una llamada, señor gobernador?

—Una y todas las que quiera, señor Sarasate. Paga el Gobierno.

—¿Puedo hacer una llamada, señor capitán general?

—Una y un ciento, señor Sarasate. Paga el Ejército.

De esta manera el afinador de pianos tuvo a su entera disposición los teléfonos particulares y oficiales más importantes del país.

Desde allí hacía las llamadas más comprometidas a todos los lugares del orbe, sin gastar un duro, cubierto de garantías policiales y de espionaje. Lo último no es rigurosamente cierto, pues cambió cuando uno de los equipos de inteligencia captó una llamada desde el despacho del gobernador, que, como es sabido, hay equipos especializados de inteligencia para espiar a sus superiores y a la competencia de sus superiores y hasta al mismo Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, y así sucesivamente, escuchas en círculo que acaba siendo vicioso y podría ser divertido si no fuera porque en el camino hay regeros de sangre, muertos y gritos desgarradores de torturas mil, como con ocasión de la llamada interceptada que nos ocupa. Una sola frase repetida en diez idiomas diferentes, por la misma voz, a diez teléfonos diferentes de diez países dife-

rentes, sin registrar, porque el gobernador había exigido expresamente a sus espías que no grabaran sus llamadas, por el más elemental principio de seguridad y para evitar chantaje en negocios cuenta aparte, y esgrimía sus razones:

–He accedido a ser Gobernador a pesar de... arriesgando la vida..., obligado a viajar siempre en un coche blindado... forrado de chalecos antibala y guardaespaldas hasta para mear..., alguna compensación debe tener tanto riesgo y llevar una vida tan arrastrada y de tanta penuria.

Cuando el gobernador se enteró del pinchazo de su teléfono, llamó al jefe de Inteligencia, y en el salón del trono (donde su mujer tocaba el piano al ser la sala menos usada y de mejor resonancia), allí, junto al piano, cogió por banda y por el cuello al jefe de espías. Garikoitz oyó la conversación sin querer: en ese momento iba a penetrar en la instancia por la puerta falsa, la tercera vez ese mes, por deseo expreso de la “señora”, cuyo esposo empezaba a estar mosca al ver la factura de tres o cuatro visitas mensuales:

–Mortadelo –era el nombre en clave del jefe de espías–, ya no faltabas más que tú para tocarme los cojones. Explícate. ¿Qué es eso de llamadas en inglés, galo, bardo, quechua, alemán y no sé cuantos idiomas más desde mi despacho a medio mundo, pidiendo la cabeza del Presidente Norteamericano, del de la Coca Cola, del Pentágono, de Mac’Donals y yo que sé de cuanta gente más, si no pagan el impuesto revolucionario? Eres tonto o comes mierda; si en este gobierno no sabe idiomas ni el traductor oficial. Cuando viene algún inglés, tenemos que llamar a la escuela de idiomas para que vengan a traducir al traductor, que tenemos en nómina, y que no hay forma de echarlo a la calle porque la ley lo protege, porque es funcionario con plaza en propiedad, fija e intransferible; y no querrás que incumpla la Constitución públicamente, ¿no? ¿Te parece que infringimos pocas leyes con vosotros los espías, y con los dineros de los fondos reservados? Que

sois más caros que la mortaja. Total, para espiar a jefes como yo, que doy mi vida por la Patria.

–Tranquilo, Tronco –era el nombre en clave de los servicios secretos para el gobernador–. Habrá sido un error.

–Hazme un informe detallado de todo este asunto. Repito: de-ta-lla-do.

–A sus órdenes, gobernador.

–Puedes retirarte.

El jefe de los espías salió del salón del trono y Garikoitz apartó la oreja de la puerta falsa. Esperó unos minutos y tocó tres veces con solemnidad:

–Toc, toc-toc, ¿se puede?

–Adelante.

Garikoitz Sarasate entró serio, como corresponde a un afinador de pianos y a un artista que entra en un salón de trono, y dijo:

–Buenos días, señor gobernador

–¿Otra vez usted aquí? ¿Qué pasa, que mi mujer toca el piano con las tetas o qué?

–O qué –respondió el afinador del piano.

–Perdone, señor... Sarasate... –el gobernador no dijo Garikoitz, porque era imposible que su cerebro asimilara palabras en bardo: en su interior más profundo pensaba que todos esos nombres eran de terroristas, porque era más corto que las mangas de un chaleco–. Usted perdone. He tenido un mal día.

–Yo no tengo nada que perdonar. En todo caso, su esposa.

En ese preciso instante, cuando el gobernador no se sabe qué otro improprio iba a soltar por esa boca llena de dientes negros por el sarro de los puros habanos que fumaba sin parar (con la colilla de uno encendía otro y llenaba el gobierno civil de tufo de casino), sonó la puerta con un repiqueteo como de campanario trapense: toc-toc, toc-toc, toc-toc.

–Adelante –berreó el gobernador con una voz rabiosa y salida de saliva negra.

Se abrió ligeramente la puerta, y se dejó ver una cabeza canosa pegada a una nariz afilada que dijo:

–¿Da usted su permiso?

El gobernador, al ver a la persona que asomaba su venerable testuz, contestó, rebajando el tono de voz, haciendo aparecer en su rostro perruno una especie de sonrisa amable:

–Pase usted, señor Andrea.

El señor Andrea pasó con una caja de herramientas y un capazo con cintas, y añadió:

–A la paz de Dios.

–¿Qué tal está usted, señor Andrea? –inquirió el gobernador.

–Mal.

–¿Qué le pasa?

–¿Qué me pasa?

Y el señor Andrea quedó mudo mirando al techo, atascado por algo que no podía soltar ante testigos, que en ese momento era sólo Garikoitz Sarasate.

–No se preocupe. Diga lo que tenga que decir. El señor... Sarasate es de confianza.

–¿Qué me pasa? ... ¡Que estoy hasta los cojones!

–¿Y eso?

–Que no voy a venir más a arreglar las persianas.

–¿Por qué?

–¿Por qué?... Porque... no me pagan. Todavía no me han pagado los tres últimos arreglos. Y es mucho dinero para mí. Ya sé que para ustedes, que ganan millones al mes, es una tontería; pero para mí es mucho dinero; y tengo que dar de comer a mi nieta y pagar la universidad de la criatura... que me he hecho cargo de ella porque mi hija se ha separado

y el mangarrán de mi yerno no le pasa ni un duro a mi pobre hija. Y aquí estoy, en el gobierno, trabajando y sin cobrar.

El pobre hombre soltó el discurso con tal rabia que el gobernador quedó clavado en su sitio sin decir palabra. Encendió otro puro, nervioso perdido, y dijo:

–Vamos a ver si he entendido bien. Usted no ha cobrado las tres últimas facturas. ¿No es así?

–Así es.

–Y... ¿por qué?

–¿A mí me lo pregunta? ¿Por qué no se lo pregunta a ese gafoso de mierda que tiene para retrasar pagos? Me ha pedido cuarenta veces las facturas. Se las hago. Se las traigo, y cada vez me dice una cosa nueva...que si el número de factura...que si el IVA... que si la firma... que si el CIF... que si tiene que aprobar usted el pago...que si la partida presupuestaria, o como se diga, está agotada... que si patatín que si patatán. La cosa es no pagar.

–Llámele ahora mismo y dígame que se presente inmediatamente.

–Llámele usted si quiere, porque si voy yo no le voy a decir nada... le voy a dar una somanta de hostias y en paz, que le aproveche.

–Un momento.

El Gobernador salió al pasillo. Dio unas palmas y gritó:

–¡Qué se presente inmediatamente Nerón!

–Con ese nombre no me extraña que sea tonto del culo –añadió el persianero nervudo, soltando el capazo con las cintas y dejándolas caer al suelo.

A Garikoitz le entraron unas ganas de reír de muerte y tuvo que darse la vuelta para que no se le notara. Poco a poco se acercó al piano y empezó a hacer sonar las notas para disimular.

El señor Andrea se percató de que el pianista permanecía en la estancia, y dijo, dirigiéndose a él:

–Ya lo siento. Tengo un mal día.

–Comprendo.

Un objeto ralo y oscuro con gafas se precipitó por la puerta y cuadrándose dijo:

–Usted dirá, Excelencia Ilustrísima.

–¿Por qué no se le ha pagado a este hombre?

–No hay presupuesto.

–¿Cuánto se le debe?

–No lo sé. Tengo que revisar la contabilidad.

–Quinientas setenta y cuatro mil quinientas, sin IVA. Si me paga al contado, le hago rebaja. Si rompe las facturas, le cobro sin IVA. Aunque a mí me da igual: no hago declaración.

–¡Haga el favor de pagar a este hombre ahora mismo con un talón al portador, IVA incluido, y póngalos en la cuenta de extras por dietas, desplazamientos o lo que le salga de los cojones, pero quiero ver dentro de cinco minutos el cheque en las manos de este hombre!

–¿En cheque o en pagaré?

–¡En droga, como a los chivatos, majadero! ¡Salga de aquí y vuelva con el cheque antes de que lo mande fusilar!

–Sí, mi Excelencia Ilustrísima. Lo cargaré a los fondos reservados.

–¡¡¡Fuera!!! Señor Andrea, si este desgraciado no le ha pagado antes de diez minutos, venga a mi despacho y entre sin llamar. Buenos días.

El gobernador salió del salón del trono pegando un portazo; el piano sonó por simpatía y Garikoitz Sarasate tuvo que apretar los pedales del piano con todas sus fuerzas para que no se desafinara más, y apretar los dientes para no decir nada.

De ese encuentro nació una amistad entre el señor Andrea y Garikoitz que duraría toda la vida de Andrea, que a puro de fuerte, trabajador, revolucionario y voluntarioso, casi no se muere, casi muere más

tarde que Garikoitz, si no fuera porque la fuerza negra del destino los hizo morir juntos.

Andrea terminó siendo uno de los mayores y más eficaces enlaces del contra espionaje.

Pero con quien se llevaba a las mil maravillas era con Hilarión. En los veranos que Hilarión ayudaba a su tío, y lo sustituía, intimó con Andrea. Aquel viejo, para Hilarión, era genial, porque contaba historias terroríficas de guerra y chascarrillos jocosos de las gentes del pueblo, a quienes calificaba de zorros escurridizos, que se odian amablemente; pero, sobre todo, le entusiasmaban dos cosas: la colección de culebras en la carpintería, embotadas en frascos de cristal en formol; y que no dejaba títere con cabeza en lo referente a gente importante. Denunciaba la hipocresía del sistema, bebía vino todas las tardes con la cuadrilla y reía sin cesar. Hilarión pasaba interminables horas con aquel viejo. Le contaba chistes, cuentos del Machupichu, y cantaba canciones de Atahualpa Yupanqui, que al viejo le entusiasmaban...

–Cántame, cántame esa del patrón.

Hilarión cantó:

*Pobrecito mi patrón,
piensa que el pobre soy yo...
Las penas son de nosotros,
las vaquitas son ajenas.*

–¿Sabías, Andrea, que la letra original de la canción no era esa?

–No. ¿Cuál era?

–Las penas son de nosotros, Las vaquitas de Antxorena.

–Ese patrón, por el apellido, era “orijundo” –y reía la gracia de cambiar orijundo por oriundo, orejudo– de mi pueblo. Hay muchos Antxorena.

–Seguro.

–Ahora tienen casa grande y los llaman “los americanos”. Son estos o algún antecesor. Los nuestros, como todos, en cuanto se montan en el machito, son igual que los demás, unos explotadores.

–O peor.

–Vamos a dejarlo en empate, igual.

–El dinero vuelve loca a la gente.

Era otra de las cosas que para Hilarión hacía admirable a aquel viejo: no daba importancia al dinero más que para lo necesario. Repartía a manos llenas cuanto le regalaban los gerifaltes, a quienes arreglaba persianas desde hacía muchos años. Su cartera de clientes era increíblemente selecta, no porque se hubiera dedicado a promocionarse, sino porque los gerifaltes lo recomendaban unos a otros. Andrea les caía tan bien y hacía tan bien su trabajo que no necesitó hacer propaganda. Él lo explicaba, riéndose a mandíbula batiente, enseñando sus dientes en forma de cuña, así:

–Como las pobres mujeres de los ricos apenas ven a sus maridos y tienen criadas para que les arreglen a los niños y choferes que los lleven al colegio y los traigan, se aburren como ostras. Entonces llega un tipo como yo, simpático, guapo, joven y charlatán, y se quedan que no saben qué hacer para que no se vaya de casa y las entretenga, mientras hace un trabajo a buen precio, que eso también es importante, porque los ricos son más agarrados que un chotis; por eso tienen dinero; a parte de lo que roban, claro.

–¿Les hacías algún favor? Ya sabes...

–No, de triquitraque, nada. Yo siempre he tenido muy claro aquello de que donde tengas la olla no metas la polla..., porque te escaldas la polla y luego ¿cómo vas a casa y cómo le explicas a tu santa lo sucedido? Y no era por falta de ganas. Más de una estaba más buena que el pan de untar, y, curiosamente, las más buenorras parecían las más ca-

chondas y las que en mayores compromiso me pusieron. Se ve que la guapura aumenta las ganas del folleteo.

–Cuenta, cuenta.

–Nada. En la escalera.

–¿Te las tirabas en la escalera?

–¡Ja, ja, ja!–rió con ganas el persianero.– Que malo eres, Hilarión; por no decir, qué cabrón. Donde tengas la olla no metas la polla.

–Eso ya lo has dicho antes, y ¿qué? ¿Qué pasaba en la escalera?

–Espera que me eche un trago.

–Venga, no te hagas de rogar y suelta el lagarto.

Tras el trago, continuó:

–Tú sabes que para arreglar las persianas hace falta una escalera, porque el cajón donde se enrolla la cinta está arriba. Normalmente, en cada casa hay una escalera de mano; por eso, yo dejo la mía en la furgoneta; y si no tienen, bajo a por ella; y si tienen, uso la de la casa.

–Hasta ahí, llego.

–Coloco la escalera y me subo; pero, habitualmente, son escaleras viejas, y se mueven más que la compresa de una coja.

–Andrea, deja a las cojas en paz y vete al grano.

–Pues nada, que me subo a la escalera, y la buenorra se da cuenta de que me puedo romper la crisma en cualquier momento, y se acerca mirándome, no a los ojos sino al paquete, y me dice: “Andrea, ¿le ayudo?” Mientras echa la mano al muslo o al culo, para empezar. Y uno nota, porque se nota la diferencia entre la forma de agarrarte la pierna un bañil o un guardil, y la de una señora con ganas de revolcón. A mí se me suele subir la sangre a la cabeza, y algo más, pero rezo un Señor mío Jesúscristo y tres avemarías, como la penitencia que me echaba el cura de mi pueblo cuando me confesaba, y les digo: “Sí, por favor, pero es mejor que sujete la escalera..., es que..., sabe usted..., me tira mucho el pantalón en la parte de la bragueta.” Y automáticamente suelta las ma-

nos de mi culo y sujeta la escalera para que no me caiga, como si fuera la tabla de salvamento de un naufragio. Alguna que es más descocada y valiente, sin importar tirarte allí mismo y comprobar cómo hace presión el instrumento en la bragueta, te dice: “Andrea, cómo eres...”; y tú a morderte los dientes, a sudar la gota gorda y a responder: “Señora, si no me la sujeta, me voy a meter un hostión que me voy partir en dos, y no voy a poder arreglar la persiana.” Eso no suele solucionar nada, porque cuando terminas de colocar la persiana, al bajar de la escalera, la tía te espera con más ganas que antes; parece que lo del “hostión que te rompes la crisma” las excita más, y tienes que hacer mil dibujos y sacar mil excusas para no terminar dando aullidos. La excusa que mejor me funcionaba era decir que me había dejado alguna herramienta en la furgoneta, y escapar; y a la vuelta, decir a algún sirviente, soldado o policía, que me ayude a sujetar la escalera. Pero más tarde encontré una fórmula más eficaz.

—¿Qué fórmula?

—Como ya tenía una lista de “salidas de madre”, cuando iba a casa de alguna de ellas, llevaba de ayudante a Antxón.

—Claro, él sujetaba la escalera y asunto terminado, ¿no?

—No, qué va..., se las tiraba él. Quedaba a la tarde en un hostel de Cariñena y se ponía morado de chingar señoras. Desde que Antxón vino de ayudante, la facturación se multiplicó por diez. Hasta que el pobre Antxón agarró anemia y se quedó con las garrillas como palillos. Lo llevé al sanatorio y le diagnosticaron SIDA, que alguna prostituta había dejado en algún gerifalte y este, a su vez, lo dejó en su mujer, y esta en el pobre Antxón, que el pobre no tenía tiempo de estar con putas.

—¿Y se recuperó?

—No. Se murió. Se murió de pena y de SIDA. De pena, porque la gente es muy hija puta. En cuanto se enteraron que tenía SIDA, huyeron todos como de la peste; incluidos los que decían ser amigos suyos. Así

que se murió, y ya no cogí sustituto; y cuando alguna se ponía en plan follador, le soltaba a bocajarro: “Señora, conmigo está usted perdiendo el tiempo porque soy maricón. ¡Y a mucha honra!”

6

3. DIAGNÓSTICO DEL ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN

3.1 CAMBIOS PREVISIBLES

3.1.1 EN PRODUCTOS

Habría que realizar un estudio de su adaptación al posicionamiento antes indicado.

3.1.2 EN EL MERCADO

El mercado futuro nos lo dará el estudio de los datos Nielsen.

3.1.3 EN EL CONSUMIDOR

Cada vez nuestro público objetivo estará más formado y mejor informado. La incorporación de la mujer al trabajo o a otras ocupaciones sociales hará que se concentre más las compras semanales para este tipo de productos.

La información técnica en las etiquetas y folletos serán leídas y contrastadas.

El concepto ecológico todavía no será razón suficiente para decidir una compra o pagar un mayor importe; sin embargo, sí, en lo natural.

Será más importante la posición del consumidor de determinada marca como especialista, que las que tendrán grandes compañías de multinacionales generalistas.

3.1.4 EN LA COMPETENCIA

Las multinacionales irán copando los mercados generalistas con grandes inversiones en publicidad.

Determinadas multinacionales empezarán a crear sus departamentos de especialidades o nichos por su rentabilidad.

Las pequeñas empresas generalistas seguirán compitiendo en el mercado de primer precio con tarifas bajas, cerrando unas y apareciendo otras.

Las empresas pequeñas copiarán con rapidez nuestro nuevo concepto de producto, con un precio menor, por ello es importante consolidar nuestro posicionamiento de especialista tanto en el canal de venta como en el consumidor.

3.1.5 DISTRIBUCIÓN

La concentración seguirá produciéndose con la entrada de multinacionales europeas, con la compra de las empresas actuales.

3.1.6 EN EL ENTORNO

El incremento del consumo interior irá creciendo de forma paulatina mes a mes con un mayor consumo en productos de mayor precio.

La cesta de la compra incrementará su importe.

3.1.7 EN LA LEGISLACIÓN

Todos los productos deberán ir adaptándose a la normativa europea; por ello será importante asistir a las ferias internacionales como ANUGA o SIAL para ver las últimas novedades, tendencias, normativas.

Para sondeos de opinión sobre el proyecto en el mundo empresarial, Hilarión empezó por el sector de la alimentación por varias razones. La primera: vender Bardenia a través de productos agrícolas, a través del buen yantar, era lo más sencillo; y segunda: garantía de éxito, a poco bien que se hiciera, ya que comer mal en Bardenia es difícil. Es parte esencial de su cultura y forma de vivir.

Para ello necesitaba contactar con un buen cocinero. Problema fácil de resolver. Los hay muchos y muy buenos. Y como de la panza sale la danza –pensaba Hilarión– haremos felices al mundo entero con

la verdura, carne, pescado, pinchos, asados y demás maravillas de nuestra huerta, cabaña y mar brava transformada en maravilla primorosa por cualquiera de los afamados cocineros, que se romperán la cara por venir a participar en el proyecto, en el que el Gobierno se implicará entusiásticamente, aportando el cuarenta y cinco por ciento de la inversión necesaria para echarlo a andar, y el apoyo moral necesario, que de ello tenía constancia fehaciente, ya que por esas razones lo habían contratado. La única sombra en la elección del profesional de hostelería era que, además de buen cocinero, debía tener mentalidad empresarial, espíritu emprendedor, capacidad de riesgo, con visión clara de futuro. Tampoco parecía difícil misión, ya que los principales cocineros tenían su restaurante propio, y, los que conocía, eran a cuál más imaginativo, inteligente y trabajador ¿qué mas quieres Baldomero?– soñaba Hilarión.

En el ámbito de conservas vegetales y animales había que elegir empresa prestigiosa y, en primer lugar, entregar anteproyecto para su estudio y análisis; en segundo lugar, explicarlo. El departamento de agricultura le facilitó un listado de las empresas más solventes, líderes en los sectores alimentarios. Él prescindió de ese informe por temor a que estuviera viciado por el amigismo y el nepotismo, moneda corriente en círculos políticos. Telefonó al gerente de una de las empresas más importantes del sector, con cinco fábricas de conservas vegetales y platos precocinados, que conocía desde años mozos, cuando en el verano venía de Lima con el viaje pagado por su tío, para sustituirlo dos meses afinando pianos y tomarse otro de vacaciones para satisfacer sus aficiones de afilador por pueblos y villorrios.

Este amigo de juventud estudió y trabajó en empresas del sector alimentario, y, finalmente, recaló en ese grupo empresarial llegando a ser Director Gerente, mandado por el Consejo de Administración.

El conocimiento de un abanico de personas de ese nivel fue una de

las razones poderosas, que esgrimió ante sus críticos el político que había decidido que Hilarión fuera quien llevara a cabo este proyecto. En realidad, Hilarión no consideraba ningún mérito este concepto, ya que era una cuestión simple, era una cuestión de edad. El que la mayoría de personas de su edad estuviera en el candelero era simple y sencillamente una cuestión elemental: rondaba los cincuenta. Los que mandan en el mundo tienen de esos años para arriba, mejor dicho, son los utilizados por los dueños del dinero y poder para manejar el cotarro. Como la muerte, es cuestión de tiempo –pensaba Hilarión.

Así pues, telefoneó a Zacarías Canalejo; explicó a grandes rasgos el motivo de la llamada, a parte de saludarlo y recordar viejos tiempos, y lo invitó a una copa en la Plaza, para entregarle copia del anteproyecto para su estudio.

La entrevista fue larga. La cita era a las seis de la tarde y lo que suponía el tiempo de tomar una caña o una copa, se convirtió en una noche toledana o, para ser más exactos, barda, de tiempos ya pasados.

–¡Qué bueno que viniste con la música mantecona, muchachito!
–gritó Zacarías Canalejo, mientras abrazaba a Hilarión.

Esta frase era el grito de guerra que en su juventud empleaban cuando se veían durante los veranos. Como Hilarión venía de Perú, con acento peruano, Zacarías lo saludaba con esa frase que debió aprender de alguna película de la revolución mejicana. Hilarión se sacaba de la manga otra frase y contestaba así, con acento caribeño, después de soltarse del abrazo:

–¿Cómo estás, mi amol?

Zacarías se ponía tierno como un bollo suizo, porque, aunque estaba casado y tenía tres hijos machotes, tenía en la reserva ciertas tendencias cariñosas hacia los hombres, y más en concreto hacia Hilarión, que si hubiera respondido a sus requerimientos, quizá no habría procreado los tres machotes, sino más bien habrían creado un nido pajarero multicolor.

Zacarías era hombre parlanchín, alegre, que anulaba al contrario con verbo fluido y golpes de brazo de extraña y suave factura, que, a quien no lo conocía, podría llegar a pensar en alguna caída de plumas o extensión de plumaje de pavo coqueto.

Treinta años de retraso eran muchos años para contarse en una hora sus historias personales; historias que de jóvenes ponían al día cada verano, pero que por las circunstancias de la vida no habían podido actualizar.

–Estás hecho un chaval, Zaca. El tiempo no ha pasado por tu piel.

–No me digas esas cosas, que me derrites, Hilarión; que conservas el cuerpo como el nombre, fuerte y sonoro.

–¿Cuántos hijos tienes?

–Tres machotes como tú. El mayor se llama como tú, Hilarión. Me ha salido un poco rana, pero ya enderezará. Tiene mucho carácter, como su madre. Y, ¿tú?

–Yo sigo soltero y sin compromiso.

–Bandido, qué golfo es.

–Es broma. Me casé con una cheroki y tuve un cherokito y dos cherokitas.

–Eres un sinvergüenza, mi amor.

Los camareros del de la Plaza, que conocían a Hilarión, ya que todas sus citas importantes de trabajo terminaban en aquella barra, miraban a Hilarión, cuchicheando desde la esquina, sorprendidos por el cariz que tomaba la conversación. Hilarión se percató y cambió de tema para que no pensaran que era su novio de juventud.

–¿Y el trabajo qué tal?

–Ahora bien, pero lo hemos pasado muy mal. A estas alturas de la vida ya hemos pasado todas las crisis importantes de trabajo, de matrimonio, hijos y salud; ya estoy bien, preparado para jubilarme y descansar, porque estoy muy desgastado.

–Pero si todavía somos cincuentones.

–No importa. Estoy esperando para jubilarme anticipadamente. He sido jefe de personal, director comercial, y ahora gerente; y eso es peor que una tortura china a plazos. Las empresas no quieren más que resultados. Mientras todo va viento en popa, eres cojonudo; en cuanto fallan los números, rendimientos, beneficios, te crucifican como a San Andrés, boca abajo, en aspa, con las piernas bien abiertas para que tengas los captelines bien a la vista y pueda hacer puntería con los dardos o con las flechas.

Hilarión no recordaba si San Andrés estaba o no crucificado cabeza abajo, pero imaginó a Zacarías en pelota picada, crucificado, boca abajo, en aspa, y le dio una ataque de risa que dejó al supuesto mártir, helado.

–¿Qué te hace tanta gracia?

–No, nada..., que al imaginarte en pelotas, con el pizarrín boca abajo, me ha venido a la memoria aquel año que fuimos en autostop a la costa brava, a donde casi no llegamos, y cuando llegamos te quedaste dormido, como un tronco, entre las piernas de James. Cuando despertaste, dijiste: “Cómo me duele la cabeza. Qué hueso más grande tienes, James”. Y James, con la sorna y pachorra que le caracterizaba, respondió: “Zacarías, te estás apoyando en mi chorra.” Tú pegaste un salto y se te cayó el traje de baño.

–Recuerdo perfectamente. Estudiantes sin un duro en el bolsillo. Pero lo pasábamos divinamente con cualquier cosa; sobre todo con los amigos. Y emborrachándonos.

–Ahora nos quejamos de la gente joven, pero nosotros éramos unos animales bebiendo.

–Pero no nos drogábamos.

–Y el alcohol, ¿qué es más que una droga?

–Pero es distinto.

–La única diferencia es que es líquido.

–Pero no crea adición como la cocaína o las pastillas de diseño.

–Bueno, bueno, vamos a dejarlo, que nos llevaría lejos, y ahora lo que nos interesa es hablar de la Tienda de Bardenia.

–Me parece una buena idea.

Copa tras copa explicó el proyecto. Llegó la hora de cerrar el establecimiento, y, como es natural, hablaban de todo menos de la Tienda de Bardenia. Se hizo muy tarde, pero dejaron a los judíos y a palestinos arreglados para darse un beso; a los norteamericanos sin hamburguesas, comiendo menestra de verduras de la Ribera y chuletón de buey, firmando el acuerdo de Kioto, y aceptando el Tribunal Internacional de delitos contra la Humanidad; en prisión al Presidente del imperio americano, que no sería ejecutado porque se había abolido la pena de muerte en Texas y en el resto de los Estados. Y dejaron Africa, América y Oceanía hechos unos zorros, como ellos, que quedaron para el arrastre de tanto arreglar lo imposible de arreglar.

–Llámame.

–Te llamaré. Venceremos –respondió Zacarías, dando un portazo dentro del coche, donde cayó como un fardo de sarmientos secos y se durmió sin poderlo poner en marcha.

7

INFORME SECRETO. Top secret.

Ode an die Freude.

Texto: Friedrich Schiller.

Música: Ludwig Van Beethoven (1770-1827).

Oda a la Alegría.

Recitativo (3/4).

*¡Oh, amigos, no en esos tonos!
Entonemos cánticos más agradables
Y llenos de alegría.
Allegro assai (4/4)
Alegría, hermosa chispa divina,
hija del Elíseo,
ebrios de entusiasmo entramos,
¡diosa celestial!, en tu santuario.
Tus hechizos vuelven a unir
lo que la moda había con rigor separado.
Todos los hombres se hacen hermosos
allí donde tus suaves alas se ciernen.*

*Quien haya tenido la fortuna
de ser amigo de un amigo;
quien haya conquistado una mujer cariñosa,
una al nuestro su júbilo.
¿Quién sobre la faz de la tierra
puede llamar suya a un alma?
El que no lo pueda, que se retire,
llorando, de esta hermandad.
Todos los seres beben la alegría
a los pechos de la naturaleza .
Todos, los buenos y los malos,
siguen su senda de rosas.
Besos y pámpanos nos dio ella
Y un amigo fiel hasta la muerte.
Al gusano fuele concedida la voluptuosidad
y el querubín entra ante la presencia de Dios.
...
¡Abrazaos, millones de criaturas!
Ese ósculo para el mundo entero.
...
Alegría, hermosa chispa divina,
hija del Elíseo.*

–No me extraña que Beethoven, desde que conoció estos versos, quisiera ponerles música.

–Tardó mucho tiempo. Año tras año, borrador tras borrador, esperó hasta el momento culminante de su creación.

Estos versos y esta conversación, entre tío y sobrino, circularon entre los servicios secretos especializados, y figuraba en el informe que el

jefe del servicio, Mortadelo, pasó a Tronco, en cumplimiento estricto del mandato recibido.

–¿No adjuntas disco? ¿O lo tengo que comprarlo yo? –demandó el gobernador, alias Tronco, al jefe del espionaje, alias Mortadelo.

–No. Son documentos clasificados, y no se pueden desclasificar sin el permiso del gobierno central.

–¿Has traído el papel higiénico?

–No. ¿Por qué? No entiendo.

–Para limpiarme el culo con tu informe secreto. Vete, y que no vuelva a verte hasta el día del juicio final.

–Son canciones en clave.

–¿En clave de do o en clave de re menor sostenido? Desaparece de mi vista, que no quiero verte ni en pintura.

–Allá con las consecuencias. Yo ya he cumplido con mi obligación.

–Buenas noches, Mortadelo.

–Buenas noches, Tronco. Pero repase la letra de la Bella Molinera. Descubrirá el secreto.

–Desaparece de mi vista, Bello Molinero, que tengo sueño, y tu mujer ya se habrá dormido delante de la tele, esperándote.

No obstante, antes de meterse a dormir, picado por la curiosidad del absurdo documento secreto, el gobernador volvió a ojear el informe:

Die schöne Müllerin.

Texto. Wilhelm Müller. Música: Franz Schubert (1797-1828).

La bella Molinera.

1. CAMINAR

*Viajar, caminar es el anhelo
del molinero.*

*¡Mal molinero debe ser
aquel al que no guste
caminar!
Lo aprendemos del agua,
del agua,
que sigue su curso en incesante marcha.
También la vemos en las ruedas,
en las ruedas,
que nunca reposan
y jamás se cansan
de girar.
Hasta las piedras, por pesadas que sean,
hasta las piedras,
al girar en rededor,
pretenden marchar
aún más veloces.
¡Oh, caminar, mi delicia!
¡Oh, viaje, mi anhelo!
Señora y señor del molino,
dejadme partir tranquilo
y viajar.*

–¿Dónde estará la clave? Ahora, los espías, que infringen todas las normas legales, porque la seguridad está por encima de la ley, me van a salir poetas, músicos y hermanitas de la Caridad. Cada vez es más difícil gobernar.

–¿Qué dices, Garikoitz? –susurró la esposa del gobernador.

–Duerme y calla, que no va contigo –respondió el mandatario–. Soy tu marido, no el afinador de tu piano.

–Como hablabas de música...

El Gobernador se metió en la cama y su mujer siguió soñando.

8

4. OBJETIVOS DE LA TIENDA DE BARDENIA

4.1.1 PARTICIPACIÓN DEL MERCADO

Se establecerá una vez realizados los estudios pertinentes.

4.1.2 OBJETIVOS DE VENTAS

Se adjuntan objetivos de ventas anuales generales y estimados, que será necesario ajustar una vez realizados los estudios necesarios y se harán por meses y trimestres, tanto por productos como por facturación media, incluidas las previsiones de participación indicadas en el punto anterior.

Así mismo se calcularán los costos *standard* de los productos y los márgenes brutos mix de aportación que variará cada mes en función de la venta que se realiza de cada producto.

4.2 OBJETIVOS SECUNDARIOS

4.2.1 DESARROLLO DE NUEVOS PRODUCTOS

Se estudiarán la incorporación de ciertos platos precocinados.

4.3 SOBRE DISTRIBUCIÓN

La concentración de centros de decisión de compra, cada vez es mayor y esta tendencia es igual en todos los mercados europeos.

El 80% de las promociones para el año siguiente deben estar planificadas en el mes de diciembre anterior.

Para calcular el número de vendedores para este tipo de clientes se establecen las siguientes variables:

Nº de visitas/día.....	5
Frecuencia de visitas	40 días
Días de trabajo	220

$$150 \times 40 = 6000$$

$$220 \times 5 = 1.100 = 5,5 \text{ vendedores}$$

A esto hay que incrementarle las visitas a distribuidores, con la visita de dos días al mes.

Esto nos lleva a la necesidad de establecer un vendedor (con el perfil indicado anteriormente) por áreas Nielsen, es decir, 6 VENDEDORES.

4.4 OBJETIVOS DE COMUNICACIÓN

Emplearemos los medios de revistas técnicas para llegar a los grandes jefes de ventas.

Como comunicación directa, emplearemos catálogos y el envío periódico de la revista La Tienda de Bardenia.

Al nivel de consumidor nuestra comunicación directa será en el Punto de venta y con sorteos para viajes a Bardenia.

Zacarías Canalejo analizó la información previa del proyecto. Su opinión era clave. Se trataba de vender país a través de diversos productos alimenticios; al menos, ésta era la excusa principal de cara a la galería.

Para Zacarías no era mala idea, ya que la buena mesa es una de los fuertes de Bardenia y está probado que es mucho más fácil convencer a alguien después de una buena comida, cosa habitual en Bardenia, de las bondades de nuestro producto, sea material o espiritual, que a fin de cuentas todos vendemos algo.

Todas estas razones esgrimía Hilarión a Garikoitz Sarasate, que escuchaba con atención, como era habitual en él, con el fin de recabar su opinión y, de paso, informarle de sus propósitos.

–No intentes convencerme de lo que estoy convencido. Lo único que digo es que no tú eres la persona adecuada para llevar adelante un asunto como este.

–¿Por qué?

–Porque eres músico.

Hilarión pensó, pero no lo dijo: “¡Qué tendrá que ver el culo con las tómporas!”

–Para tu información, tengo que decirte que he pensado poner al frente del proyecto, músicos. Los principales actores, técnicos y empre-

sarios de este proyecto, serán personas que amen la música. Ese será el criterio clave de selección.

–Será un fracaso.

–¿Por qué?

–Porque los músicos somos un desastre. No servimos para este mundo.

–Vaya por Dios; y lo dice un tipo que ha conseguido vivir hasta los ochenta y pico...por cierto ¿cuántos has cumplido?

–Veintiocho.

–Sigues sin querer reconocer la edad que tienes.

–No lo hago por mí ni por coquetería. Lo hago, porque, si dices los años que tienes, te tratan como a un trasto viejo. Y eso sí que no.

–¿No te hiciste el loco y te reclusiste en el sanatorio porque el mundo te hastiaba?

–Eso es otro asunto, y no te metas en camisa de once varas.

–Vaya por Dios.

–Para ese proyecto necesitas un buen cocinero. Buen cocinero y buena persona. Está esperándote David, el hijo del restaurante Nido. Si lo convences (sobre todo a su padre), tendrás un problema importante resuelto.

–Gracias. No había pensado en él, pero es un elemento de primera categoría. El único problema es que has olvidado un detalle: es músico, toca el piano, el acordeón, y canta en la iglesia de su pueblo como solista tenor.

–Este es diferente.

–Ya, comprendo. Mañana iré a hablar con él.

Hilarión confiaba a su tío sus ideas y todos sus pasos, porque era un crítico implacable y un sabio que tenía el culo pelado de tratar todo tipo de personajes de alto nivel de la Administración y de la Iglesia. Hilarión estaba convencido de que quien sobrevive en ese mundo oficial sober-

bio, rígido, traidor (de cuchillada trapera por la espalda, o de costadillo, mientras te abrazan) es sabio o acaba en sanatorio. Su tío era uno de ellos. Con la tremenda ventaja de haber terminado en sanatorio, tocando el órgano, sin estar loco. Garkoitz Sarasate, para Hilarión Iparragirre Sarasate, era el mayor sabio que pisaba la faz de la tierra.

–Dale recuerdos de mi parte. A su padre dile que ande con cuidado, que no se meta en política. Que no haga caso a nadie de la familia. Que es muy libre de mantener sus ideas, pero que no las utilice para beneficiarse de un plato de lentejas. En su pueblo es muy peligroso. Que no haga caso de las promesas de los políticos del Gobierno. Lo quieren utilizar, y en ello le va la vida.

–¿Por qué no vienes conmigo y se lo dices tú? No creo que sea el mensaje más adecuado para alguien a quien quieres confiar el restaurante de la Tienda de Bardenia, donde el Gobierno pone el cuarenta y cinco por ciento.

–El Gobierno, no. Los bardos. No olvides que el dinero no es suyo, aunque lo utilicen como si fuese suyo, en beneficio propio. ¿Ya te has preguntado quién está detrás de este proyecto? No hace falta que me respondas. Prefiero que no lo hagas. El tiempo lo dirá.

–¿Vas acompañarme o no?

–Sí. Te acompañaré.

Hilarión llamó por teléfono a David Eslava; explicó los deseos de su tío y los suyos. David los invitó para el día siguiente en el restaurante familiar de aquel pueblo perdido entre las montañas, entre hayas, robles y aire fresco. El restaurante era nido cálido en medio de una naturaleza exuberante.

El padre de David se abrazó a Garikoitz y permanecieron largo rato abrazados. Cuando el cuerpo permitió que se miraran frente a frente, Garkoitz Sarasate soltó la primera andanada, extraño en él, porque siempre esperaba a que fueran los otros quienes atacaran. Debía estar

muy preocupado para hacerlo de esa manera. Hilarión se sorprendió, pero meses más tarde pudo comprobar que su tío estaba, como casi siempre, en lo cierto.

—¿Quién te ha metido en la cabeza ser concejal de este pueblo? ¿Te han prometido ser parlamentario en la próxima legislatura (si ganan), para cobrar una fortuna al mes, y no hacer más que dar la cara por ellos? Mándalos a la mierda.

El padre de David, que conocía muy bien al viejo afinador de pianos, contestó:

—Sigues el mismo de siempre. Genio y figura, hasta la sepultura. Todavía no has llegado y ya estás atacando.

—Estoy muy preocupado. No está el horno para bollos.

—Si lo dices tú, que eres el jefe de la banda...

—Mide tus palabras, forastero; o lleno tu cuerpo de plomo.

Y se abrazaron de nuevo.

—¿Qué nos vas a dar de comer?

—¿Prefieres carne o pescado?

—Pescado.

—Déjalo de mi cuenta.

David fue a la cocina y volvió con un plato de anchoas frescas, como aperitivo, una botella de vino blanco y otra de tinto, de categoría.

—¿Blanco o tinto?

—Tinto —respondió Garikoitz—. Yo, al menos. Dicen que para el pescado hay que beber blanco. Pero no me lo creo.

—No hagas caso de nadie —afirmó el padre de David—. Bebe lo que te apetezca. Yo también prefiero tinto.

Llenó los vasos de vino tinto, y, levantando la copa, exclamó el afinador de pianos:

—¡Brindemos por los viejos tiempos!

David llevó foie de pato fresco con tostadas, y un plato de jamón se-

rrano, que inundó la estancia de olor a campo, y cogollos de lechuga. La mesa se llenó de alimentos, de aperitivo. Escanció de nuevo vino en las copas; se sentó, y brindaron, otra vez, por el cariño que unía a los dinosaurios bardos.

Charlaban alegremente mientras daban buena cuenta de las viandas de aperitivo, y, cuando se acabaron, una camarera preciosa recogió los platos y bandejas y otra camarera más bonita todavía, si era posible, colocó una bandeja enorme con un rodaballo hecho al horno, que David se encargó de limpiar, repartir en cada plato la ración de pescado correspondiente. Allí, en aquella mesa, estaba la demostración fehaciente de que nadie puede dejar de sucumbir ante un argumento gastronómico tan convincente como aquel tabernáculo del buen yantar, plagado de delicias y de buen hacer.

Tomaron postre, a gusto de cada uno; bebieron café y copa de licor, mientras se fumaban un puro habano, sin todavía atacar el negocio que los había llevado a la mesa. Durante toda la comida pusieron a caldo a los políticos y sobre todo a los que matan a los políticos, asunto en el que todos estaban de acuerdo, aunque con matices por parte del viejo Garikoitz, que conocía muy bien y había sufrido en propias carnes persecución de quienes él denominaba, con desprecio, “lacayos del Imperio Yankee”, aunque matizaba la expresión cuando se trataba de Bardenia.

Hilarión y David hablaban de los hijos. De los estudios y del futuro de la juventud. De sus fobias y miedos, y del manto protector que necesitan, que no despegan hasta muy tarde, permaneciendo a la sombra de la familia hasta el escándalo; y de cosas tan manidas y sabidas por todos, que no encontraron ninguna dificultad en ponerse de acuerdo. Llegaron a una conclusión: “Estamos haciendo a los hijos gilipopochas.”

En la sobremesa, Garikoitz había discutido y advertido al padre de David de todo lo que consideraba oportuno; y no se pusieron de

acuerdo, como nunca se habían puesto. Garikoitz era de mayor edad y condición que su contrincante, pero sólo le sirvió para escuchar lo que no le gustaba escuchar:

–Si estás con los que matan, dilo abiertamente.

–No has escuchado nada de lo que he dicho. Yo no estoy con los que matan. Estoy con los que quieren encontrar soluciones para que no se mate, que no es lo mismo. Y vamos a dejarlo para otro día. No hemos venido a hablar de esto.

Hilarión ya había expuesto prácticamente todos los aspectos del proyecto a David, mientras los más viejos de la mesa discutían de los problemas crudos y de fondo de la violencia. David mostró su entusiasmo por el proyecto y mucho interés en participar. Hilarión volvió a explicar el proyecto al padre de David, que, como buen montañés, escucho hasta la última palabra sin abrir la boca.

–¿Da usted su permiso para que su hijo David se enrole en esta aventura? –preguntó Hilarión.

–Yo, cuando me casé, no pedí permiso a nadie –se limitó a responder el viejo.

–¿Cuál es el siguiente paso que hay que hacer? –preguntó David.

–Te llamaré para una reunión con los responsables del Gobierno, empresarios y técnicos. Mientras tanto, piénsalo bien. Te pondré al corriente de los detalles.

Los viejos se abrazaron en silencio para despedirse, sin saber que sería la última vez que lo harían. Los jóvenes se dieron la mano.

9

Hilarión envió a cien empresas el preproyecto para su estudio, previa llamada telefónica. En la documentación enviada hablaba de participación del Gobierno hasta el cuarenta y cinco por ciento. Esta simple frase provocó una gran tormenta en los somnolientos ámbitos políticos y administrativos; y sonaron todos los teléfonos interiores y exteriores de todos los ministerios. Aquella semana, en las oficinas del Gobierno, la compañía telefónica hizo el agosto.

El proyecto, amparado de palabra por el Gobierno, salió a relucir en el Parlamento. “¿Quién es ese individuo, ese tal Hilarión Iparragirre Sarasate, que se atreve a comprometer fondos asignados por el Parlamento a la sociedad de desarrollo en un proyecto donde están implicados el ministerio de industria, agricultura, comercio, turismo y cultura?”

Los ministerios, le había advertido su tío, son rígidos como las cinco líneas del pentagrama, que siguen rígidas hasta el infinito, como buenas líneas paralelas que son, aunque en su caminar por el tiempo cambien de color, se tiñan de grana o de sangre.

Tras escuchar el ruido de fondo, Hilarión empezó a imaginar su proyecto como un pentagrama. El terreno empresarial, paralelo al de los ministerios, son las notas atrapadas entre las líneas del pentagrama

y tienen cierta capacidad de movimiento ascendente y descendente. Las notas, largas y cortas, fuertes y suaves, corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas; pero unidas y ordenadas, pueden hacer que haya música, armonía, y hasta sueños musicales, “entre ensalada y potage, entre ollas y fogones”, como diría Santa Teresa de Jesús..., trajinaba Hilarión en sus pensamientos.

Las llamadas telefónicas de los ministerios lo dejaron patidifuso, electrizado. Jamás hubiera imaginado al Gobierno como ente de cinco cuerpos, cinco monstruos capaces de semejante barullo. Para él, el Gobierno era un ente, una sola cosa, pero tuvo que explicar el proyecto Tienda de Bardenia, por activa y por pasiva, y por perifrástica, a personajes públicos y mastodontes encorsetados y trajeados; a gordos de sebo y gordos normales; a flacos sarnosos y flacos de complejión física; menopáusicas separadas y sin separar, divorciadas, mal casadas, insatisfechas y solteronas pasado el arroz, meapilas, funcionarios impolutos y personal vario, y, otro tanto, del género funcional masculino y neutro.

Al final, todos querían participar en esa maravillosa idea, después de recibir las explicaciones; pero Hilarión acabó más mosca que su tío Garikoitz, a quien no dijo nada para no complicarse más la existencia.

Por parte del empresariado ocurrió tres cuartos de lo mismo, pero lo comprendía. Los empresarios empeñan su propio dinero, de sus familias, de socios o de bancos (que son como los gobiernos, que manejan el dinero de los demás), pero, al menos, muchos no lo ganan a la sopa boba, por ley y por decreto.

Al final de la primera ronda de conversaciones multilaterales, la agenda parecía concurso de personajes importantes, y personajillos que bucean bajo los importantes, que hubiera sido para morirse de risa si no fuera porque con todos ellos estaba obligado a crear una melodía, un coro y una obra de arte llamada La Tienda de Bardenia. Le faltaba la clave. No sabía si poner clave de do, de fa o mandarlos a que buscaran

entretenimiento a otra parte, o como diría el sensible afinador de pianos, mandarlos a la mierda. Decidió asumir el reto y bandear personal, con intención de utilizar lo que hubiera de bueno en cada uno, para crear una obra musical de gran desarrollo; pero no sabía si de allí podría salir novena sinfonía o una misa fúnebre.

De cualquier manera, quería sacar de aquello algo hermoso. Lo que no sabía era que lo único posible de crear, si lo conseguía, era la tragicomedia de Calisto y Melibea con Misa de Requien incluida. Tal vez sainete con música gregoriana de fondo; lo que no parece a primera vista muy compatible, mientras no cambien de decoración los frailes. Pero todo es posible en el mundo de la música y de la imaginación. Con el aliento de su protector, el asentimiento de su amigo Zacarías Canalejo, y la disposición de su equipo técnico, Hilarión Iparragirre Sarasate convocó la primera reunión.

El maño estaba nervioso; el sardo estaba impaciente por vender el cielo azul en el desierto; y el analista del Chupete, que, como buen profesional pasado por toda clase de ruinas, no creía ni en lo que veía.

Presentes, los anteriormente citados, más el director general de Turismo, que, al parecer, fue quien había ganado la batalla entre los miembros del Partido reinante, para colgarse la medalla al mérito; y varios empresarios, que Hilarión había elegido por iniciativa propia, más David y Zacarías, como puntales.

Se presentaron todos a quienes había llamado, más otros que no conocía. Pronto pudo comprobar que eran parientes del director general. Hilarión eligió un terreno neutro, una sala de reuniones a medio camino de todos los puntos de Bardenia, para que no se quejaran los que no vivían en la capital. La sala no era del Gobierno ni de ningún grupo de empresas, era privada. La entidad hostelera propietaria del local no tenía nada que ver con el proyecto, para evitar suspicacias, que ya habían observado que en esos negocios nadie se fiaba de nadie y había tenido

que escuchar sugerencias muy sutiles que apuntaban a que “si tal o cual participa en esto, yo no participo”.

Hilarión no sabía muy bien cómo se las habían arreglado los que escribieron la Sagrada Biblia, el Antiguo Testamento y los Santos Evangelios para hacer selección de los pecados capitales, de las bienaventuranzas y de los diez mandamientos, pero tuvieron que hacerlo después de alguna consulta para llevar a cabo algo parecido a la Tienda de Bardenia.

La mesa la presidía el equipo técnico, con el bardo y el sardo a la cabeza, flanqueados por el maño Dionisio y el galo. Hilarión pronunció el exordio, cediendo la palabra al director general de Turismo, quien se deshizo en elogios apoyando incondicionalmente el proyecto.

Cada personaje del equipo técnico hizo exposición de la parte que le competía, con precisión de conceptos, de manera clara y concisa.

Acabada la exposición, Hilarión abrió la parte de debate, como figuraba en la orden del día enviado previamente a todos, menos a los desconocidos.

El primero en abrir debate, fue quien, inmediatamente, manifestó ser cuñado del director general, pues habló de esta guisa:

–Voy a hacer de abogado del diablo.

El sardo susurró al oído de Hilarión:

–Déjame a mí.

–Está claro –continuó el abogado del diablo–, que nuestro Gobierno apoyará el proyecto, en lo que confiamos plenamente, pues este señor que representa al Gobierno, es mi cuñado. Mas, ¿quién garantiza que La Tienda de Bardenia es negocio rentable?

–No sé si usted es empresario o representa a alguna empresa –respondió el sardo.

–No. No soy empresario, pero represento a la empresa familiar. Soy abogado y tengo un despacho profesional.

–Usted debería saber –prosiguió el sardo– que negocio implica riesgo, y que nadie puede garantizar el éxito de ninguno a priori, porque, como usted debe saber, insisto, en un negocio hay muchos elementos que pueden cambiar.

–Pero pueden hacerse previsiones aproximadas.

–Naturalmente. Para eso estamos aquí. El fin de esta reunión es determinar los estudios necesarios a realizar para analizar, estudiar el negocio en toda profundidad. Es necesario hacer un estudio de viabilidad con los datos actuales y reales de las empresas concretas que están interesadas en el proyecto. Y conocer costos del estudio. Y definir la cuota inicial que cada uno debe aportar para el análisis de mercados etcétera.

–Pero ya empezamos gastando dinero los empresarios.

–Alguien debe pagar a los profesionales del análisis por su trabajo, señor. Si el director general es su primo o su cuñado, tiene buena ocasión para pedir que sea su ministerio quien pague el estudio.

–La filosofía del ministerio, y, por ende, la sociedad de desarrollo que financiará el proyecto, es, que estudios previos deben pagarlos futuros socios, para que los empresarios demuestren su verdadero interés asumiendo riesgos. Una vez demostrada la viabilidad del proyecto, la sociedad de desarrollo aportará lo que el Consejo determine, que puede llegar a ser hasta cuarenta y cinco por ciento de la inversión.

Hilarión tomó la palabra para enderezar la discusión, y no caer en lo más negativo de los posibles.

–¿Quién de ustedes está dispuesto a colaborar y aportar la cuota que se designe como inicio?

David levantó la mano y dijo:

–Yo.

Siguieron varios empresarios. Algunos se abstuvieron explicando su postura: debían llevar la decisión a sus respectivos consejos de adminis-

tración. Se aceptó la explicación y se siguió discutiendo las ventajas e inconvenientes del proyecto. Al final, se levantó la sesión, con el apoyo mayoritario. Se despidieron cortésmente, como corresponde a la categoría de los reunidos, y cada cual fue a contar el resultado de la reunión a sus empresas.

El sardo estaba eufórico:

–¡Está hecho!

Chupete, como ya apodaban todos al galo, no mostró ningún signo de alegría ni de tristeza. Se limitó a decir, dirigiéndose al sardo:

–Eres el optimismo en persona. Contigo todo es fácil. Todo está hecho. El tiempo lo dirá.

El maño, que había dejado en el estudio previo las pestañas y toda su experiencia como asesor de empresas de alimentación, estaba más cabreado que un mono al sol, por las dudas que el pariente del político había vertido sobre el proyecto:

–¿Qué se ha creído ese abogaducho de mierda, que no sabe por donde le pega el aire?

Hilarión intentó calmarlo.

–Tranquilo. No te preocupes. Como es pariente del político, tenía que hacerse notar, pero puede servirnos de enlace con Turismo. Un problema menos.

–O un problema más. El más tonto siempre tiene que poner el que más pega. Ya has visto al gerente de la empresa más importante de vinos; ha aprobado la idea, el dinero previo y ha dicho claramente que no era el momento de poner palos en la rueda del proyecto. Eso es ser empresario, no como ese idiota de abogadillo. Toda la vida haciendo estudios de empresas, y ahora tiene que venir un inútil, un tonto, a bombardearlo todo.

–Todo no va a ser parabienes. Alguien tenía que hacer de crítico –comentó el analista galo.

–Estoy de acuerdo. Pero prefiero que lo haga alguien que sepa de lo que se está hablando.

–Tranquilo. El primer asalto parece que lo hemos ganado.

–Esto, está hecho –afirmó–, una vez más, el sardo.

–Al tiempo –objetó Chupete.

Los cuatro marcharon a celebrar el éxito relativo de la reunión al restaurante de David, cuyo apoyo fue unas de las razones por las que a quienes gustaba la idea La Tienda de Bardenia se decidieran a llevarla adelante: un buen empresario de hostelería que manipula bien productos, garantizaba el éxito, la propaganda y la venta.

Zacarías Canalejo asistió y animó con su opinión positiva sobre el proyecto, a expensas de confirmación por el Consejo. Consideraba el asunto “decisión estratégica” en la promoción de producto, por el simple hecho de participarse en la Tienda de Bardenia:

–Es una propaganda barata. Tener expuestos los productos en un lugar donde pasarán muchos consumidores a visitar la Tienda, actos culturales, informarse sobre Bardenia y contratar viajes turísticos, son propaganda importante. Si, además, la red comercial es eficaz, miel sobre hojuelas.

El maño se quedó con las palabras y la cara de Zacarías, sin saber que era amigo de Hilarión:

–Eso es un empresario con visión de futuro. No ese abogadillo.

Al pobre maño le aconsejaron sus colegas que no participara en las siguientes reuniones, porque le podía dar un infarto cerebral, o de miocardio, en cualquier momento. Aceptó la idea. Él no estaba para aguantar tontos.

–Acepto la crítica por razones concretas –concluyó el maño–. No generalidades. Y mucho menos en público.

–Tranquilo. Me encargaré de que tu ciencia infusa sea reconocida en Europa entera –dijo sonriente el vendedor de ilusiones sardo.

Este daba el negocio por aceptado y con luz verde para iniciar su trabajo, que no era, como hemos dicho, ni más ni menos que vender la burra; burra que convertía en paloma, a quien adivinaba que gustaban las palomas; y en arcángel, a quien soñaba con angelitos.

Vistas las dificultades de la primera reunión, decidieron ir juntos, el bardo y el sardo, a visitar empresarios importantes, que no fueron convocados a la primera reunión, considerada como test inicial.

En la comida, David dio algunas pistas de los vínculos familiares habidos entre algunos políticos y empresarios, asunto a tener muy en cuenta, en su opinión, para el desarrollo del Plan de Empresa.

Uno de los empresarios se había confesado abiertamente pariente del director general de Turismo, pero lo que no sabía el equipo técnico, y David explicó con detalle y meridiana claridad, en una servilleta de papel, el organigrama familiar y de amistades de la familia en cuestión.

El director general era hermano del director de la Cámara de Comercio, quien, a su vez, era esposo de la ministra de Industria, que a su vez era prima de un primo del valedor de Hilarión.

Además del parentesco, tenían otra cosa en común: iban a misa todos los días y comulgaban con los ojos bajos, y las manos cogidas delante de la bragueta, en el caso de los hombres, y de la falda, en el caso de las mujeres, cuando no usaban pantalón. David lo sabía porque había sido quien preparó el ágape conmemorativo de la fiesta de Beatificación del fundador de la Institución, que amparaba su espíritu religioso y, fue a misa, pero no comulgó, en la iglesia que regentaba la Institución donde se celebraba el evento.

Tomaron buena nota del entramado, pero esto sólo era la punta del ovillo que más tarde fueron descubriendo.

Al día siguiente, visitaron a Zacarías Canalejo, para sondear la opinión que le había merecido la reunión y conocer las cinco industrias, que, en un radio de cien kilómetros, poseía el grupo que dirigía.

Zacarías les dedicó el día y los puso al corriente de cosas que ignoraban de la industria alimentaria, y de diferentes grupos de presión, como son las entidades financieras que apoyan una u otra facción política, según quien mande.

Su grupo, en concreto, pertenecía al grupo empresarial, que no era del gusto de los que, en ese momento, mandaban en Bardenia.

—Aunque las Cajas de Ahorros parezcan iguales, no lo son; apoyan diferentes ideas políticas y es patente en los miembros del consejo de administración de las entidades, quienes, a primera vista, son señores y señoras honorables, pero esconden debajo de la bragueta o de las bragas una navaja traperera con diferente marca de acero, con las siglas de cada partido político, grabadas a fuego lento.

Zacarías fue desnudando a todos los participantes del consejo de administración de su grupo empresarial y a los de la competencia, que era quien mandaba en ese momento en Bardenia.

El sardo y el bardo se asombraron del puticlub que había montado tras las grandes instituciones financieras, políticas y religiosas de Bardenia.

El sardo, más de derechas que el Papa de Roma con cruz y corona, y su sucesor inquisitorial, aunque no iba ni a misa ni a comulgar, exclamó:

—Como en todas partes. Pero aquí, en Bardenia, ¡es la hostia! Si queremos triunfar, tenemos que ir misa y a comulgar a la catedral, al menos, domingos y fiestas de guardar, para que nos vean bien los jefes de la Cosa Divina.

—¿De qué cosa? —inquirió Hilarión que, por su bondadosa forma de ser no se había percatado de la importancia del detalle

—¿De qué va a ser? Del Andamio Divino. ¿O no lo ves? Y mostró una estampa del Beato en cuestión, de quien David les había dado una estampa, cumpliendo la orden que había recibido de repartir entre fami-

liares y allegados, antes de confirmarle como cocinero para el aperitivo. Para la comida tenían el cocinero más importante del mundo culinario. Preparaba menús para reyes y princesas, pero era ateo perdido, golfo y pecador, y había que tener mucho cuidado con él, porque podía levantar la mujer al más pintado. Al cocinero, de prestigio internacional, el instituto religioso tenía que soportarlo porque era de primera categoría y ante eso hasta la misma Iglesia tiene que doblegar la cerviz, hasta convertirlo y hacerlo volver al redil, que, bien promocionado en la tele, podría dar mucho juego a la causa, al menos para que no hablara mal de ella en medios de comunicación, que era bastante; y por eso le pagaban una millonada por preparar cuatro platos que los prepara cualquiera.

Zacarías los invitó a comer en la bodega de una de las empresas y salieron más movidos que una balsa de ranas; y terminaron rezando en un prostíbulo, donde los recibieron como al rey Midas. Zacarías era un buen cliente. Invitaba a todos los grandes distribuidores que debía convencer para que colocaran sus productos antes que los de la competencia, que, aunque en el contrato firmado figuraba como distribuidor exclusivo, sabía que los “exclusivos” representaban otras empresas de la competencia con otro nombre. Ninguno de los tres mojó, pues, como decía el sardo, muy graciosamente, con acento sardo-andaluz: “Follar es de albañiles (con perdón de los albañiles); en estos sitios se folla, no se hace el amor como en casa.”

Cuando cada cual marchó a su nido, el sardo volvió al club a despiojarse con la que más le había gustado, a quien había invitado a una copa y susurrado que volvería en cuanto dejara a los señores importantes en el hotel. Hilarión lo sabía porque siempre se repetía la historia. No dijo nada. Era parte del juego.

El sardo no se llevaba demasiado bien con su esposa desde hacía algún tiempo. Su mujer esperaba muchos años atrás que la hiciera una princesa, que la llevara a recorrer medio mundo, que comprara un chalet

en Capri; y si no llegaba el presupuesto para Capri, en Las Islas Afortunadas. Pero el golpe de fortuna final no llegaba y ella seguía trabajando de funcionaria, y llevaba el sueldo a casa todos los meses, y gracias a eso comían todos los días; pero, de vez en cuando, el sardo ganaba millonadas, que fundía en cuatro días, eso sí, en regalos para su mujer, que era el único amor de verdad de su vida. La mujer del sardo lo miraba entre enamorada y enfadada, y antes de caer en brazos amorosos de aquel encantador de serpientes, le decía:

–¿No sería mejor que en vez de esta enciclopedia, de estos discos de música clásica y este abrigo, trajeras más dinero todos los meses?

–Tranquila, mi amor. Esto es cultura y la cultura es imperecedera. Está a punto de caer la mayor fortuna de nuestra vida; y trabajo para el resto de mis días, y una jubilación multimillonaria. Acabo de crear una sociedad para vender los productos de Bardenía por el mundo; y, más tarde, de Cataluña, Al Andalus, Galicia, Castilla... y más adelante, de los pueblos de Galia, Reino Unido y Alemania.

–¿Y de Italia? –preguntó ella, con los ojos cerrados, pensando en el querido italiano que estaba a punto de ferirse—. Con el éxito que tienen espaguetis a la boloñesa, el Oso Bucco, el Papa de Roma... Florencia... y Pisa...

–No sigas, que se me hace la boca agua. Y compraré una caravana, un hotel flotante sobre cuatro ruedas; te llevaré por todos los países del mundo, y parte del extranjero.

–No me digas esas cosas y ámame, *Feruccio* mío.

–Cada día me llamas de forma diferente. Eres un libro de amor, de poesía, de literatura. Eres como una pianola.

Quien en realidad era como una pianola era él o, quizá mejor, las palmas, las castañuelas y la guitarra que hacía sonar en los clubes nocturnos, con amigos tan absurdos para este mundo como él, que volaban escapando por encima de los colores rudos de las cosas que se maneja-

ban en la vida diaria, como se podrá comprobar más adelante, cuando, por causas todavía sin aclarar, terminó en un hospital y en silla de ruedas, que acabó aceptando y amando como si fuera el carro de fuego de la Biblia que lo transportaba del cielo a la tierra y de la tierra al cielo, con los brazos rotos y las piernas rajadas.

Hilarión fue a descansar de estas y otras batallas al refugio de montaña, con tío Garikoitz, a quien, últimamente, tenía bastante abandonado. A él y a su madre.

Camino de la cabaña, con las primeras luces del alba, silbaba canciones de amor, y, sobrado de felicidad, frotaba la hierbabuena del camino para recoger el aroma y extenderlo por el aire. El alma se le volvía verde, se llenaba de melodías, que tarareaba mientras caminaba por aquella vereda, que ya no era vereda más bien camino pedregoso y peñascoso, muy difícil de transitar, tanto, que se vio obligado a abandonar el vehículo al borde del camino y caminar despacio; ejercicio que en absoluto le importaba, ya que, durante diez o quince minutos que gastaba desde el inicio del camino hasta el caserío y la capilla, dejaba la porquería acumulada en el trabajo. Aquel espacio solitario era su salvación. Aquel cono invertido era su nido, contacto con el universo y con los espíritus de la música, que expandía por el sistema solar y por las galaxias, nacidas en el momento del Big Bang; música que tenía en alerta roja continua a los poderes de espionaje y contra espionaje sideral.

Llegó a la gran puerta de roble, abrió el cuarterón de la parte alta y silbó para avisar a su tío Garikoitz que ya estaba allí, aunque los perros ya habían ladrado y saltado desde que puso pie en el camino, celebrando la llegada de quien los llenaba de abrazos, caricias, palmadas en los lomos y besos nada más llegar. Hilarión tenía que procurar ir sin la ropa de vestir, porque sus fieras lo ponían hecho un nazareno de tanto cariño y revolcón.

Calmada la familia canina, pasaba a saludar a su tío, que siempre es-

peraba haciendo algo de provecho: escuchando música, edrando la hierva, alimentando la yegua robada o simplemente, escuchando el viento, los pájaros, que repetían melodías que habían aprendido en el techo acolchado de musgo de la capilla, construida a ese fin y para mayor gloria de la Virgen.

En el interior de la capilla se erguía el altar de granito desnudo. La virgen descansaba en el único monumento erigido en su interior: un pequeño obelisco de granito de un metro de alto por veinticinco centímetros de ancho y veinticinco de largo, con una inscripción a cincel con letra de escolar aventajado: Bardeniako Ama, obelisco, que soportaba una pequeña estatua medieval, que habría robado en alguna iglesia o algún convento o quizás algún fraile o cura hizo intercambio con él, cosa que nunca se sabrá. Garikoitz Sarasate nunca dio la más mínima importancia a esos detalles. Lo importante era que la virgen era testigo y gozaba de todas las maravillas que allí hacía sonar.

Hilarión se sorprendió de que el tío no diera señales de vida por ninguna parte. Después de la capilla, ojeó por las estancias y pensó que habría marchado a dar un paseo con la yegua guapa, pues ella tampoco estaba. Fue al frigorífico, que a pesar de que la casa no estaba conectada a red eléctrica alguna, disponía de toda clase de comodidad moderna, conectada a baterías gigantes, llenas a rebosar de energía, alimentadas por sistemas autónomos, novedad mundial, casi brujería, para quien no sabe de fuerzas abisales, como, desde hacía más de treinta años, tenía conocimiento el afinador de pianos.

Al acercarse pudo ver una nota en la puerta blanca del frigorífico, sostenida por un imán en forma de cubito de hielo de color amarillo ocre, semejando un enorme iceberg de resina cuadrado, que decía: “Voy a devolver la yegua. Si no me encuentras en el caserío, estaré en el sanatorio. Estoy más solo que la una.”

Hilarión se alarmó, porque esa actitud no era normal en su tío. Tomó

un vaso de leche fría y volvió a desandar el camino que había hecho. Se puso al volante del coche abandonado, y salió como un tiro hacia del sanatorio. Preguntó por él y allí tampoco estaba. Hacía dos días que se había marchado.

–¿Saben ustedes a dónde?

–No dio ninguna explicación.

–¿El doctor Arnotegi está aquí?

–También ha desaparecido. Creemos que se han marchado juntos a algún balneario o a las islas de los guanches. Al parecer, el cura oyó comentar algo de eso mientras ensayaban la misa de *Requiem* de Mozart. Ya aparecerán. No es la primera vez.

–Esperemos que no sea la última.

Hilarión pensó en llamar por teléfono a su madre, al caserío, pero para no alarmar a la familia, decidió ir directamente, no sin antes pasar por la cuadra de la yegua, para saber si efectivamente la había devuelto.

La dueña de la yegua, una alemana separada, con ganas desde hacía mucho tiempo de beneficiarse a Hilarión y a cualquiera que presentara cierto atractivo de macho bien armado, se supone, por contagio del picadero de caballos que regentaba, se entusiasmó con la visita del sobrino del ladrón.

–Sí, la trajo hace una semana. No dio ninguna explicación, porque no hace falta que la dé. Somos viejos amigos y cada uno echa mano del otro para cualquier necesidad. Además, mi hija Cleopatra está reservada para él.

En aquel momento apareció Cleopatra, más hermosa que nunca. Se abalanzó sobre él, con aquel cuerpo de modelo, con aquellos ojos azules de espanto y aquella melena rizada a lo afro, dándole un beso, y diciendo:

–¡Hola, tío Hilarión! ¿Cómo estás?

–Muy bien, ¿Y tú?

–Muy bien. Preparando el campeonato de salto.

–Estás más guapa que nunca.

–Tiene un novio holandés que monta caballos de carrera. Van a casarse pronto –explicó la madre.

–Es una buena noticia.

Cleopatra, teóricamente, era hija del padre alemán, esposo de la domadora de caballos; pero Hilarión siempre tuvo la convicción de que era hija de su tío Garkoitz, porque el parecido de esa hermosa criatura y una de sus hijas era tan exagerado que podría decirse que quien había mojado aquel pan era él y no su tío, que todo el mundo sabía que allí había mojado mucho, pero nadie podía probar, ya que, oficialmente, Garkoitz Sarasate afinaba el piano de la alemana muchos días del año, aunque más que afinar el piano lo que debía hacer era afinar su cuerpo, que convertía en violonchelo, al menos por las fotografías que el sobrino encontró en un album, siempre desnudos y en la misma postura: él sostenía desde la espalda de ella un pecho con la mano derecha y con la izquierda tapaba el ombligo o hacía vibrar los jardines secretos de ella, que soñaba, cantaba o gemía en forma de cantata y fuga de amor. Las fotografías no se sabe quien las hacía, pero Hilarión siempre quiso suponer que no disparaba el alemán sino la máquina, automáticamente. Quizá por esa razón, alguna fotografía estaba desenfocada. Quizá estaban hechas frente a un espejo y la mano izquierda era la derecha y a la inversa. Maravillas del amor.

Todo esto pasó por su atormentada mente en un relámpago, obligándole a despedirse con la excusa de tener prisa.

Se dirigió al caserío familiar, sin detenerse en ninguna parte, y, en el camino, cavilando y cavilando, pensó que el psiquiatra y su tío estaban en taparrabos en alguna playa, con alguna turista jubilada, tostándose al sol, o mejor, bajo algún cocotero del Caribe, porque a ninguno de los dos les gustaba estar bajo el sol, sino más bien a la sombra, con una

buena jarra de cerveza fresca, con aceitunas de aperitivo, o vaya usted a saber. Aquellos viejos eran una caja de sorpresas y no había quien pudiera con ellos.

Lo que no terminaba de asimilar, y que realmente lo alarmó, fue aquella frase: “estoy más solo que la una”, porque ya era la segunda vez que la había oído y era síntoma evidente de que algo importante estaba cambiando en el alma silenciosa de aquel ser privilegiado de la naturaleza, que nunca se quejaba de soledad, más bien todo lo contrario: la soledad para él era parte de su vida, la consideraba un don, un privilegio y una necesidad. “Estoy más solo que la una”. Esa frase le hizo daño al sobrino y se le clavó en lo más profundo. Había que valorar más a la familia; debía examinar el tiempo que dedicaba a su tío y a su madre. Estaba obligado a elegir. Había que dar prioridad a lo prioritario. No podía permitirse que su tío se sintiera abandonado, porque aunque la soledad nunca había sido un problema para él..., claro, el tiempo no pasa en balde... empieza a necesitar compañía...

Con estos pensamientos llegó al caserío familiar. Saltaron los perros a sus brazos, y dedicó los primeros minutos de la visita a calmar las efusiones amorosas de los canes y de los gatos de casa, que daban arañazos a los perros para hacerse sitio entre aquellos perros grandullones, que acaparaban todas las caricias y abrazos de Hilarión.

Calmados los ánimos de los animales, que dicen irracionales, contempló, sentados en la huerta, bajo el cerezo rebosante de cerezas y pájaros, en silencio, sonrientes, mirándolo como si de una aparición celestial se tratara, a los que dicen seres racionales: a su madre, a su tío y al psiquiatra.

Hilarión, que llevaba el susto y un disgusto morrocotudo dentro, se plantó ante ellos y sin antes dar un beso a su madre, dijo con voz áspera, mirando a su tío:

–Menudo susto me has dado. ¿No sabes avisar que te marchas?

–No tengo teléfono.

–No tienes teléfono, no tienes teléfono... ¡No quieres teléfono! El mundo está lleno de teléfonos. Aquí tienes teléfono, en la residencia hay mil teléfonos, en el picadero hay teléfono, las empresas regalan teléfonos... bien está que no quieras llevar un teléfono encima, pero hay teléfonos fijos en todas partes, en las calles y en las casas.

–Mira que le pregunté si te había llamado. Me contestó que tú no necesitas recibir más llamadas, que estás agobiado –dijo la madre, preocupada por el disgusto de su hijo.

Se acercó a la madre, la besó y estrechó con firmeza la mano del doctor Arnotegi, que reía con satisfacción de cómplice, como si juntos hubieran hecho una trastada en la escuela. Y añadió:

–¡Hola, hijo! ¿Cómo estás?

–Mal. Enfadado.

–No te enfades. Este es así.

–Y tú ¿cómo eres? –refunfuñó, con cara de pocos amigos, el afinador de pianos al psiquiatra–. Cuéntale la última fechoría.

–¿De qué fechoría hablas?

–Del coche.

–¡Ah! Nada. Una tontería. Cuéntale tú, que te hizo mucha gracia, y cuentas mejor las historietas de amor.

–Si a eso llamas historia de amor, no sé cómo llamarás tú a los entierros. Menos mal que es psiquiatra, que si llega a ser carnicero, filetea al pobre muchacho.

–Pobre muchacho, dices– replicó el psiquiatra–. Ese es un canalla. Creo que el hombre es un animal que puede llegar a ser bueno, pero ese es la excepción de la regla. Es un peligro social.

Hilarión, que ya había superado el susto, preguntó, para que no se enzarzaran como de costumbre en una discusión inútil:

–¿Se puede saber qué habéis hecho?

El afinador de pianos se levantó y a los pocos minutos volvió con un papel en la mano, y, dándosela a su sobrino, dijo:

–Lee.

–Es una citación del Juzgado.

–Denunciado por desacato a la autoridad, intento de asesinato y no sé cuantas cosas más.

–¿Y eso?

–Que se enfadó.

–¿Con quién?

–Con un muchacho de veinte años. No lo mató de milagro.

–¿Queréis hacer el favor de explicarme?

–Nada, que iba yo con mi coche grande –explicó el psiquiatra –, y, en la Plaza, después de dar tres vueltas sin poder aparcar, vi un coche que dejaba una plaza libre, y me puse detrás de él, marcando con el intermitente y las luces de alarma, dejando espacio suficiente para que saliera, para seguidamente aparcar yo. El coche salió, y, como mi coche es muy grande, tuve que hacer marcha atrás y maniobrar para aparcar en el hueco. Mientras realizaba todos estos preparativos, un coche más pequeño, más rápido que una flecha, se coló y me dejó sin aparcamiento. Me bajé del coche para explicarle al conductor la situación, y un muchacho con los pelos de punta, engominados, me miró fijo y me dijo, sin moverse del asiento y sin pestañear:

–Abuelo, hay que tener más reflejos.

–¿Vas a dejar el sitio libre, sí o no? –pregunté.

–Estás loco, abuelo –me respondió.

–Monté en el coche. Eché marcha atrás, aceleré, y empotré mi cochazo de chapa recia, antigua, contra la trasera del coche de pelopincho; apreté un poco más, se empezó a encoger el otro coche y se oían gritos del conductor. Paré el motor. Puse el freno de mano y la primera; me bajé del coche, cerré la puerta, y me acerque al pelopincho, que gritaba

como un loco, asustado. Lo miré fijo y le dije: “hay que tener dinero para comprar un coche como el mío.” Dejé mi coche y me marché. La policía vino a buscarme al sanatorio. Expliqué todo lo que tenía que explicar y nos vinimos aquí, a visitar a tu madre, que nos está tratando como a reyes, y no sé si nos vamos a marchar.

–Será un chiste, ¿no?

–De chiste, nada. Como tengo seguro a todo riesgo, que se arregle el seguro. Y si hay que pagar que pague; pero al niño ese nadie va a quitarle el susto del cuerpo en una temporada. Su coche quedó como un acordeón. Y él dentro, gritando como un desesperado. Pensó que lo iba a rematar. Tuvieron que serrar las puertas del coche para sacarlo. Eso sí, sin daños físicos aparentes, según el jefe de policía. El abogado de la compañía de seguros me ha dicho que declare que se me escapó el pie y aceleré en vez de embragar.

–Sois un peligro público.

–Yo, no. El psiquiatra.

–Los dos –contestó la madre.

Llegaban las vacaciones y el caserío se había convertido en un asilo de tres elementos peligrosísimos para la seguridad pública. Cada uno de los tres por separado, los hermanos Sarasate, y el nuevo miembro de la familia, el psiquiatra; aunque vistos así, de cerca, hacían un equipo curioso, capaz de convivir sin demasiados problemas, si seguían las indicaciones de Leire, si ayudaban en labores de casa, y si no discutían más de la cuenta. Demasiadas condiciones para personajes capaces de volver boca abajo todo lo que en este mundo está boca arriba por la fuerza de la naturaleza. Lo cierto era que no había mucho de qué preocuparse ya que la jefa se encargaba de mantener a raya a aquellos adolescentes perpetuos, que aunque eran la revolución a dos patas (ya un poco cansadas para aquellas fechas) eran de buen corazón y dóciles cumplidores de las órdenes de Leire Sarasate. Por la cuenta que les traía.

–¿Qué planes tenéis para el verano?

–Quiero ir a Barcelona a pasar unos días con mi hermana negra
–respondió Leire.

–¿Tienes una hermana negra? –preguntó el psiquiatra–. Vaya lujo.
¿De dónde la has sacado? ¿También es hermana de este?

El afinador lo miró como para asesinarlo y no tuvo tiempo de pronunciar palabra, pues Leire, percatándose de las circunstancias, dijo rápidamente.

–En la guerra civil se refugió, con su padre, en nuestra casa. Desde entonces, siempre se ha considerado hermana nuestra. No hace más que llamarme para que vaya a su casa. Tenemos que ir a los museos y exposiciones. Y al teatro. Y a la ópera.

–¿Tú también vas a ir con tu hermana? –preguntó a Garikoitz, el psiquiatra.

–No –respondió–. Con esta no se puede ir a Barcelona. Te mata corriendo de un sitio a otro. Ve tú, si quieres. Lo pasarás bien. La hermana negra es muy alegre. Si no tiene novio, tal vez te hagas novio de ella.

–Estoy viejo para esos trotes.

–No te preocupes por eso. Ella te rejuvenece en un santiamén. Le va la marcha un montón.

–Me lo estáis poniendo muy goloso. ¿Cuántos años tiene?

–Como yo, veintiocho.

–Al revés te lo digo para que me entiendas.

–Exactamente.

–Yo quiero ir a un simposio de lo que yo llamo “asociaciones espirituales de personas necesitadas de compañía”, donde se reúnen personas de toda clase y condición, bajo la dirección de un santón, que los llena de entusiasmo y a alegría. Quiero estudiarlo.

–¿Predicador americano?

–Algo parecido, pero estos no rezan. Hablan de la vida como un re-

galo, de la paz interior, de sentir la plenitud y descubrir el camino del Conocimiento, de corazón de niño, la semilla, regresar a casa, de lo que permanece, de la sed...

El psiquiatra sacó unos apuntes del bolsillo y leyó:

*Comenzaremos a despertar
el día que reconozcamos:
“Necesito a alguien que
encienda la lámpara.
Quiero paz en mi vida,
no fantasías ni imaginaciones.
Llevo demasiado tiempo
sin sentir verdadera satisfacción.
Quiero plenitud ahora,
cueste lo que cueste.
Necesito paz en mi vida.”*

Firmado: MAHARAJI

–Suena a Maharajá. Suena a engañabobos –sentenció Garikoitz.

–A mí me suena bien –dijo Leire.

Hilarión calló, pero el psiquiatra dijo, convencido:

–Quiero conocer a ese individuo y ver el tipo de personas que lo siguen. Es un fenómeno viejo que quiero estudiar.

–Un nuevo Jesús Cristo sin religión.

–Otro tipo. También hay religiones laicas. Lo que asombra de este tipo de gente es la capacidad, y el arrojo, para autodenominarse mensajeros. Y la gente cree. Parece como si usaran el hipnotismo.

–Yo opino que mientras sus seguidores lo hagan libremente, sin coacciones, y sin dinero de por medio, sin lo que lo convierta en secta, no está mal. Cada uno se defiende como puede. Unos con Jesús Cristo,

otros con Buda y otros con el Majarachi ese o con sucedáneos. ¡Qué más da! –dijo Hilarión.

–A la vuelta os contaré. Si quieres, puedes venir a las sesiones del majarachi con tu hermana negra. Tengo tres invitaciones –apuntó el psiquiatra.

–Muy bien –respondió Leire–, si encuentran la felicidad, ¡bendito sea Dios! ¿Cantan?

–No lo sé. Cuando vayamos lo sabremos.

–Es que mi hermana negra canta espirituales negros que ponen los pelos de punta. La pena es que todavía tiene complejo de negra.

–Yo le quitaré ese complejo. Ser negra es fantástico.

–¿Y tú qué sabes, si eres blanco? Ser negro es fantástico si eres rico –replicó Garikoitz. Tú no has visto a los negros pobres como los he visto yo en América.

Hilarión adivinó batalla dialéctica entre el psiquiatra y el exjesuita y cambió de tema preguntando:

–¿Quién quiere venir a la playa mañana?

–Yo –respondieron los tres niños octogenarios al unísono.

Al día siguiente los llevó a la playa, los invitó a un restaurante de categoría, compró helados, y los devolvió al caserío más contentos que unas castañuelas.

A la noche fue al aeropuerto a buscar a su mujer, que venía de un viaje de trabajo sobre el Kiwi, en Nueva Zelanda. Hilarión se echó en los brazos de su “cheroki”, consciente de que proporcionaba la paz del Majarachi, del Antiguo y del Nuevo testamento, la paz de los cherokis y mahorés. Ella también reconocía que, simplemente mirándolo, encontraba en el bardo algo inexplicable: una sinfonía con registros en todas las claves posibles. No se explicaba ni cómo ni por qué, pero seguía enamorada de aquel elemento extraño, que visto desde fuera más parecía beduino sahariano que un ejecutivo del más alto nivel. Era un alma

camuflada. Anika conocía todos y cada uno de los pasos del beduino Hilarión, incluidos los secretos, aunque nunca había estado en el refugio de montaña del tío. Del refugio no hablaban, pero él ya la había puesto al corriente de la existencia de ese misterioso lugar.

Tras la espantada del tío y de la nota escrita y, sobre todo, de aquella frase que se le había clavado como un dardo envenenado “estoy más solo que la una”, Hilarión decidió hablar con su tío para abrir aquel maravilloso espacio a los más íntimos.

Anika fue la primera que supo la decisión y se moría por conocer el antro misterioso de sus hombres, que al tío Garikoitz lo quería mucho, y, como esas cosas suelen ser recíprocas, el afinador de pianos adoraba a la mujer de su sobrino preferido.

El matrimonio no estaba libre de obligaciones de hijos ya que ejercían de ocupas en casa de sus padres y no se independizaban ni a tiros. Hilarión, en contra de su esposa cheroki, puso fecha a esa independencia. Treinta y cinco años era el tope, consciente de que en Bardenia los hijos nunca se independizan de los padres hasta que alguno de los dos muere, que, por ley natural, como en todas las partes del mundo, suelen ser los padres quienes primero se despiden para siempre.

Habían pasado varios años, desde que, harto de aguantar los años sabáticos que se tomaron, por su cuenta y riesgo, en los estudios, de forma continuada; en un acto calculado y frío para saltar al vacío, convocó a su hijo cheroki y a sus dos hijas cheroki, en el cuarto de estar de la casa hipotecada por el Banco, y dijo muy serio:

–Os doy tiempo hasta los treinta y cinco. Si no os marcháis, me marcharé yo.

Naturalmente, nadie le creyó. Pero se equivocaron.

10

El psiquiatra y Leire marcharon a Barcelona. Garikoitz aprovechó la ocasión para comunicar sólo a la mujer de su sobrino, a Anika, la decisión histórica en los anales de la música y del espionaje:

–Mañana iremos a Bardeniako Ama.

Ella no entendió qué quiso decir. No sabía que aquel secreto lugar tuviera un nombre tan original, y, además, tenía que hacerse la tonta y demostrar que no tenía la más mínima idea de la existencia del centro de operaciones atómico.

–¿Cómo? ¿Adónde?

–A las montañas. A las antípodas de Nueva Zelanda.

–Bardenia son las antípodas de Nueva Zelanda.

–Por eso. Podrás oír el sonido del centro de la tierra y calentarte con el mismo fuego de los volcanes de tu tierra.

Anika no entendía nada, pero como ya estaba acostumbrada a las alucinaciones de su beduino, contestó como si todo estuviera claro:

–Tengo curiosidad por verlo.

–De ahora en adelante podrás ir cuando quieras, pero, antes, tienes que jurar que no revelarás los secretos.

–Lo juro.

En el camino que conducía al fondo del cono truncado invertido, las hayas habían crecido tanto que lo habían convertido en túnel fresco y verde. Caballos, yeguas melenudas, grises, marrones y morenas de pintas blancas, caminaban y trotaban orgullosas y bellas en libertad. Observaban a Anika con extrañeza por desconocida. Se acercaron a ella y, con el ritual de caricias de hocico, la convertían en parte de la familia.

La clave estaba en silbar alguna melodía que reconocieran. Hilarión tenía por costumbre pegar con un palo en el tablón de haya colocado al inicio del camino, para, de esa manera, anunciar al bosque su llegada, en solitario o en compañía de su tío. Como ahora iba también Anika redobló el paloteo para indicar a la fauna y flora que alguien nuevo llegaba. El bosque respondió por simpatía y un concierto de txalaparta mágico sonó por el espacio. Anika, confundida por el sonido que nacía en el bosque, como si se tratara un musical en un campo de fútbol inmenso, abarrotado, no de aficionados sino de árboles, afirmó totalmente estupefacta:

–Hay alguien tocando la txalaparta por ahí arriba o por ahí abajo.

–Es el propio monte quien toca por simpatía. Celebran tu llegada.

Anika sonrió y pensó que Garkoitz quería decir, de forma amable y hermosa, que era bienvenida al lugar secreto.

Saltaron un pequeño riachuelo que nacía allí mismo, a la vera del camino.

–Es agua de la que bebemos. Un manantial subterráneo cruza hasta allí abajo y sale en el prado, junto a la casa. Allí está, mírala.

Anika se paró y contempló un paisaje de postal. Prados verdes, y la silueta de un caserío grande; y una capilla de piedra pequeña.

–¿Te gusta?

–Es una maravilla. Aquí, en invierno debe nevar mucho.

–Tanto que el valle se cierra. Entonces parece un cuento de hadas.

–Y cómo se llega al caserío.

–En trineo. Los pottokas vienen a buscarnos por caminos que ellos mantienen expeditos.

–Si los pottokas son paticortos.

–Pero muy anchos y fuertes. Hacen túneles en la nieve con el hocico. Si no pueden, llaman a las yeguas, y estas les facilitan el trabajo y allanan el camino. Y si no pueden los caballos y yeguas, llaman a los jaba-líes. Son familias que se lleva bien. Hoy por ti mañana por mí. Y si para todos ellos es imposible dominar la nevada, ponemos en marcha nuestros sistemas termonucleares autónomos y el camino queda expedito en cuestión de segundos.

–¿Tenéis estación termonuclear? –preguntó, sonriendo, Anika, pensando que el viejo Garikoitz usaba aquel humor tan fino, inteligente, de casero bardo, que adivina las intenciones de estrellas y animales años luz. Como sus antepasados cherokis que ponían el oído en la tierra o cerraban los ojos para sentir el silencio ruidoso del universo bajo la mirada de Manitu.

–Más o menos.

Garikoitz Sarasate, con los años, aquella barba blanca y largos cabellos, estaba tomando un aspecto venerable, de Dios griego, de sacerdote tribal, de sabio de leyenda. Probablemente, porque era todo ello. A sus veintiocho años invertidos, mantenía un aspecto saludable, musculatura firme y agilidad fuera de lo común. La vista le fallaba un poco. El oculista le había diagnosticado principio de cataratas, pero esto no le impedía manejarse perfectamente con unas gafas para cerca y otras para lejos, para el sol. Y de infrarrojos para la oscuridad, que usaba sólo cuando se encontraba en el centro de operación termonuclear, o como gustaba decir, *termomusical*.

En caso de mucha necesidad podía caminar con los ojos cerrados y orientarse por el sonido simpático del valle.

Quienes conocían al afinador creían que era persona privilegiada por

el hecho de mantener ese tono vital tan fresco. Pensaban que era porque hacía vida sana en la montaña, aunque de vez en cuando se agarrara unas melopeas morrocotudas con el psiquiatra y Andrea. Sus andadas nocturnas eran sonadas; todo el mundo sabía en el territorio que quienes conducían de noche invadiendo la calzada por el carril contrario, es decir, por el lado izquierdo, y aceleraban en las curvas, eran ellos, el psiquiatra, el afinador de pianos y el persianero. A esas horas, los habitantes del valle y los agentes del orden se apartaban de su trayectoria a los arces y los saludaban cariñosamente. Todos pensaban lo mismo: “Vienen de cenar en la sidrería con el dinero que han ganado en las apuestas del frontón. ¿Cuándo se matarán estos cachondos?”. Pero no. La suerte estaba de su parte y, desgraciadamente, la muerte no les vino por ese camino.

Aunque no fuera su intención llamar la atención, lo hacían, y de qué manera. Oficialmente eran personas serias, categoría probada, populares, de prestigio, hombres de bien, trabajadores, y a quienes se puede y debe seguir en criterios. Menos para hombres y mujeres de misa diaria. Para estos eran un escándalo popular y deberían ser retirados de la circulación lo antes posible y si se morían mejor, para ser puestos ante el tribunal del Altísimo, que seguramente los mandaría al infierno de Pedro Botero por ateos, impúdicos, que no dejaban en paz ninguno de los diez mandamientos o, al menos, no interpretaban, como manda la Santa Madre Iglesia Apostólica y Romana, a su modo infalible de ver.

A Hilarión, le preguntaban, por la salud de su tío, los jesuitas que sobrevivían a su edad, obispos y demás guardianes de la fe, y, principalmente, miembros del Filius Dei, con quienes últimamente topaba a menudo, ya que estaban en todos los puestos importantes de control, asunto clave que iba descubriendo mientras desarrollaba La Tienda de Bardenia. Estaban interesados en saber qué hacía para mantenerse en tan buena forma y con la cabeza tan en su sitio, tan lúcida, y si fallaba,

no era por vejez sino por exceso de revoluciones y por amontonamiento de ideas.

–Sencillo –respondía el sobrino–. Hace gimnasia todos los días, estiramiento de músculos de la torva con el método Pilates; toma un vaso o dos de sopa de cebolla; ama a sus semejantes, a pesar de lo algunos lo putean; no critica más que a los políticos, a los curas y sucedáneos; no se mete en la vida de nadie y lee buena literatura y poesía; compone y escucha música; frecuenta una mujer hermosa y cariñosa, y habla con los animales, las estrellas y las plantas.

–¿Y esa sopa de cebolla en qué consiste?

–Creo que en seis o siete cebollas, tres pimientos verdes, apio, media berza, tomate natural, y fuego en la olla exprés durante un cuarto de hora, tras el silbato de presión. No me preguntes más, porque lo hace en su central termonuclear, con el fuego de las entrañas de la tierra, con el magma y con el gas a presión que desprende “Bardeniako Ama”.

El interlocutor de turno santiguaba y cerraba los ojos implorando al Señor Dios Misericordioso por el tío y por el sobrino.

Pero lo mejor de todo aquello era que, aunque nadie lo creyera, era rigurosamente cierto todas y cada una de las afirmaciones que Hilarión recitaba de una forma automática, como el Credo, el Señor Mío Jesucristo o el *Ave María, Gracia plena, Dóminus tecum, Benedicta tu in mulieribus*.

Anika, conforme se acercaba al caserío, iba comprendiendo y explicándose la clase de familia que había tenido la suerte o desgracia de encontrarse en la vida: familia de locos, adorable a largo plazo; y dio gracias al cielo por no revelar a los humanos lo que a lo largo de su vida va a ocurrir, porque si así fuera, ella habría muerto de susto o de amor o de vaya usted a saber, porque aquella gente, que ya era su gente, era capaz de resucitar a un muerto o al menos hacer que pareciera que estaba vivo.

Pero lo peor de todo era que ella había dejado descendencia, dos

hembras y un macho, y esas locuras suelen ser contagiosas y hereditarias. Y del tío afinador de pianos no se conocían bien los detalles, pero se sabía que había reconocido una hija, que, al igual, llevaba apellidos (inquietantes para algunos, maravillosos para ella), tales como Iparraguirre, Sarasate, Eslava y Gaiarre.

–Misterios de la vida –repetía Garikoitz Sarasate Gaiarre cuando le preguntaban por los amores de su vida.

Y Anika había tomado esa frase como referencia, cada vez que intentaba entender algo que era imposible de entender.

Los perros y gatos saltaban locos con la presencia de sus dueños, y por la novedad de la desconocida Anika, que, como animales que son, intuyen a las personas buenas, de buen corazón. Se lanzaron a sus brazos, y tuvo que ser auxiliada por los dos hombres para que no la derribaran al suelo, cubierto de hierba verde, tierna y fresca, gracias a la música, al rocío, al sonido perpetuo del riachuelo, a las estrellas y a la luna.

Antes de entrar al caserío le mostraron la capilla, que más que capilla parecía un museo de instrumentos musicales o, más bien, una orquesta nacional, sentados sus músicos con instrumentos de cuerda, percusión y viento. Allí estaban los rostros de los músicos más afamados de la historia, sentados en sus sillas, cada uno con su instrumento correspondiente, en terracota, por las afamadas manos de artistas bardos, trasladados a ese misterioso lugar, con los ojos vendados. Rostros y cuerpos de músicos famosos de la historia de la música, dirigida por el sordo Beethoven.

Garikoitz Sarasate hizo chasquido con los dedos y sonó música de bienvenida; y en pocos segundos se amplió por el cono invertido montañoso y, desde allí, por satélites artificiales de la NASA, a los registros de centrales de Inteligencia y demás cuerpos de seguridad de estados miembros de la Alianza Atlántica y Alianza Antinuclear.

Los perros y los gatos se posaron sobre sus respectivos traseros y se

relamían los labios de gusto. Con la música sonando en el universo, pasó Anika a visitar el caserío, pieza a pieza, y, agobiada por tanta belleza, se sentó ante el fogón lleno de troncos sin encender.

El sol del incipiente verano había dejado calor tibio a través de los ventanales de aquellos muros de más de dos metros de grosor.

–Habéis hecho un buen trabajo.

–El tío.

–Los dos. Mejor dicho, los tres.

–¿Quién es el tercero?

–No llegaste a conocerlo. Desapreció hace mucho tiempo y no sabemos nada de él.

–¿Quién?

–Un ingeniero nuclear ruso, amigo mío, que montó lo que no has visto. Lo dejaremos para mañana, cuando nos levantemos frescos. Ahora vamos a comer. Tengo un hambre feroz –dijo el afinador de pianos, mientras habría la puerta falsa que los conduciría a la despensa, que más que despensa era un salón oculto bajo tierra, donde se celebraban reuniones, asambleas o conjuros.

–¡Qué maravilla! –exclamó Anika–. Nadie podría imaginar desde fuera un lugar como este. Es un museo.

–El museo es parte de su razón de ser. Lo entenderás poco a poco.

–¿Os apetece una buena ensalada mixta y unas costillas a la brasa?

–Con mucho gusto.

–¿Las hacemos en el fogón exterior, junto al riachuelo? –preguntó Hilarión.

–Por mi parte, fenomenal.

–Y por la mía, también.

–Entonces, mientras preparo brasa, vosotros preparáis la ensalada.

–Marchando.

En media hora saboreaban un gran cuenco de ensalada: lechuga, ce-

bolla, tomate temprano (todo de la huerta propia), aceitunas “machacás” preparadas por ellos, bonito del norte embotado por ellos, con chorro de aceite, elaborado por ellos, y vinagre de manzana producto de la casa.

–Mañana verás el molino donde está el trujal y todo lo necesario para elaborar vino y aceite; y si fuera necesario, por guerra nuclear o catástrofe ecológica, el pan.

–¿Hacéis aquí todo eso?

–Sí, señora.

–O sea que todo el aceite y el vino que has traído diciendo que era casero, auténtico, sin mezclas ni aditivos, es de aquí.

–Sí, señora.

–Elaboráis unos productos fantásticos. ¿De dónde sacáis aceitunas, si aquí no hay olivos?

–Los hay, aunque no los veas desde aquí. Un poco más al sur. Al principio experimentamos y creamos un microclima seco, como el de la Ribera, pero como el calor avanza y la temperatura está subiendo cada vez mas, ya casi no hace falta forzar para que los olivos den buena cosecha. Pronto será terreno seco y tendremos que hacer lo contrario, mantener clima húmedo por medio de aspersores gigantes para alimentar la humedad del bosque y la vegetación originaria necesaria para que viva el haya, robles, abetos, etc. etc. Las variedades de vino tinto, rosado y sidra que cultivamos, las sustituiremos por otras sureñas. Ya hemos empezado. El clima está cambiando a grandes zancadas.

–¿Dónde está todo eso? La huerta la veo con verduras, manzanos y demás frutales, pero los olivos y las cepas no veo por ninguna parte. Ni el molino.

–Mañana verás todo y levantarás acta de todo. Y mucho más.

–Lo que se podría cultivar en este paraje es kiwi y feijoa.

–También lo hay. Todo en pequeñas cantidades, para consumo propio, pero lo hay.

–Me estáis tomando el pelo.

–Cuando vayas a *infernuko erreka*, comprobarás eso y mucho más.

–Estoy en ascuas. No sé si podré esperar hasta mañana.

–Después de la siesta tienes mucho trabajo. La música celestial te espera. Los pájaros, los árboles, el bosque y el cristal, nos darán un concierto de bienvenida por la llegada de la reina del lugar.

–¿A qué reina?

–A ti. Pero después de que, en la siesta, Cupido se deshaga en tus brazos.

–Qué bonito y qué misterioso me lo pintáis.

–Y ahora, que aproveche.

–Gracias.

Hilarión se alzó de la mesa de piedra, bajo los cerezos silvestres y sauces, y presentó una parrilla rebosante de costillas de cordero, asadas con sarmientos, que olían a gloria celestial.

La felicidad, que sabía a brasa, a carne y a siesta, fue alimentada por la frescura de riachuelo, y por magma de deseos.

Al viejo Garikoitz le iluminaba una luz especial en los ojos, como si al final hubiera conseguido lo que quería: una hembra hermosa que bendijera con su belleza su central *nucleomusical*. Mientras sus sobrinos se amaban en la siesta, es decir, echaban la siesta y después dormían, él tomó el álbum de fotografías donde estaban sus recuerdos de violonchelo y otros instrumentos; y a la sombra de un roble milenario soñó y durmió soñando.

Anika gozó y durmió, menos tiempo que su esposo mantecoso, que terminaba derrengado de tanto luchar durante la semana para crear el sueño llamado La Tienda de Bardenia. El anciano Garikoitz quedó como San Virila, abad del monasterio, en la sierra, santo que permaneció suspendido en el aire del espacio durante cuatrocientos años, comprobando cómo puede ser la eternidad.

Anika poseía alma de diosa, de bruja guapa cheroki y andares de Cassandra, adivinadora de futuros; no pudo resistir la tentación, y, siguiendo el cauce del riachuelo, dirigió sus pasos sigilosos hacia el molino y tras el paseo entre hayas, robles y trinos de infinidad de pájaros que la seguían como si fuera la “bruja piruja” encantadora de sonidos y luces, llegó al molino.

Los habitantes del lugar no habían visto ni oído a Anika, nueva partitura, nuevo aprendizaje, nuevo olor, nueva alma.

Encontró el molino con aspecto ruinoso y destartado, como el caserío, por fuera. Bajó hasta la entrada, que se encontraba en un desnivel escarpado y de difícil acceso, con la ayuda de la estaca de haya que halló a la puerta del caserío, para ayudarse en el camino, que serpeaba arriba y abajo, a derecha y a izquierda, entre puentes de troncos y estacas de roble sobre pequeñas regatas conductoras de las ruidosas aguas de montaña.

Empujó la puerta, pero no se abrió.

Una roca porosa flanqueaba la pared y automáticamente adivinó dónde se escondía la llave, porque de tanto vivir con aquel hombre, que aunque más joven y robusto que el tío se parecía hasta en la forma de caminar, adivinó sus pensamientos. Estaba preparada para descubrir cosas nuevas, locuras nuevas y extrañas. Extrajo la llave, oculta bajo una piedra cubierta de musgo, y abrió. Empujó fuerte. La puerta era de roble y pesaba lo suyo. La puerta gimio. Los goznes oxidados chirriaron. Los pájaros tomaron los diferentes tonos e intensidades de la puerta, hicieron coro del chirrido, lo lanzaron al cielo y el lamento agrio despertó a Hilarión y a su tío, que dejó el experimento de la eternidad para otro rato.

Ninguno movió del lugar donde descansaba y dijeron las mismas palabras en su interior: “Mujeres, la curiosidad las mata.”

Ella entró en el recinto y quedó petrificada ante el espectáculo. Lo

primero que vieron sus ojos fue un cartel escrito en madera, iluminado por un rayo de sol que se filtraba inexplicablemente entre ramaje de hayas y robles.

En aquel punto, una extraña contorsión y pirueta en sus troncos milenarios dejaba al sol alumbrar el interior del molino en todas direcciones.

El cartel tallado al fuego decía:

FECHAS ANTERIORES A DICIEMBRE

El big bang (la gran explosión)	1 enero
Origen de la galaxia de la vía Láctea	1 mayo
Origen del sistema solar	9 septiembre
Formación de la tierra.....	14 septiembre
Formación de las rocas más antiguas conocidas	2 octubre
Época de los fósiles más antiguos (bacterias y algas verdiazules)	9 octubre
Diferenciación sexual (en los Microorganismos)	1 noviembre
Plantas fotosintéticas fósiles más antiguas	12 noviembre
Aparecen las eucariotas (primeras células con núcleo).....	15 noviembre

Los dragones del Edén.

El suelo del molino, de tablones de roble perfectamente ligados y protegidos por un barniz para barcos (la lata cerrada estaba en el armario empotrado, en la pared de piedra, de al menos dos metros de grosor).

El molino, por dentro, recién restaurado, limpio y reluciente. Bajo los tablones del suelo, dormían grandes cangilones desnudos, sin agua, a causa de que el riachuelo, en esa época del año, apenas fluye. Los útiles de la almazara estaban colocados ordenadamente en una esquina, así como los de la uva. Una gran olla a presión nacía de una roca, representando un mural de cerámica y óleo con relieve. Se sentó en la escalera de roble, cerró los ojos y pensó: “está demasiado ordenado. ¿Qué estarán tramando?”

Miró a la olla a presión, calculó la capacidad de líquido que podía albergar en su interior y dedujo que cabrían unos quinientos litros. Miró el cartel y volvió a leer:

El big beng (la gran explosión) 1 enero

Un sonido fino semejante a la cremallera de un vestido de seda, la hizo dirigir la mirada al techo, y comprobar que varios sensores y cámaras, junto a altavoces, la vigilaban. Al conectar la mirada con el diminuto objetivo de la videocámara, se encendió una placa luminosa, una losa transparente que emitía luz sin calor.

Se asustó y salió corriendo. En la huida dio un mal paso y oyó un chasquido que salió de su propio cuerpo. Cayó al suelo y se apoyó en el tronco de una haya. Gritó asustada, llena de dolor, mientras se sujetaba la pierna desde el tobillo, comprobó que su pie colgaba, y comprendió que tenía roto algún hueso. Los pájaros y los árboles, asustados también, recogieron los gritos de Anika y transportaron a los oídos del esposo y del tío; salieron como alma que lleva el diablo al lugar del siniestro, con una yegua, en previsión de lo peor. Llegaron al lugar del dolor y comprobaron lo que ella suponía: la tibia y el peroné salido de su sitio o quizá fracturado. Hilarión la colocó tumbada en la grupa; la yegua intuyendo la necesidad, había bajado al desnivel del camino para estar a la

misma altura del suelo, disminuyendo así el problema del manejo de Anika, moza recia y huesuda. Hilarión, a pesar del susto, sonrió y acarició a la yegua por el detalle.

Llegaron al caserío, con Anika a punto de desmayarse de dolor. Hilarión descubrió un todoterreno bajo redes y mallas de camuflaje, y tratando de evitar saltos del vehículo en el pedregoso camino, hazaña imposible, con los consiguientes gritos desgarradores de la esposa herida, llegaron a la carretera. Una lámpara intermitente de tractor conectada al vehículo anunciaba peligro grave y urgencia, y en poco más de veinte minutos llegaron a Urgencias. Allí, los enfermeros recogieron a Anika en una silla de ruedas y obligaron a los asustados acompañantes a esperar en la sala de espera.

No los dejaron entrar y les dieron con la puerta en las narices. La jefa del servicio, tiesa como un palo de escoba, dijo:

–Ustedes esperen aquí en la sala hasta que los llamemos.

Las seis de la tarde. A las diez de la noche todavía nadie les había llamado. Urgencias era un hervidero de enfermos y acompañantes. Tío y sobrino se miraban, paseaban y se lamentaban de la tardanza. Ninguno de los dos quería decir lo que pensaba. Garikoitz Sarasate iba y venía ante la batiente que cerraba el acceso a los familiares de los enfermos. Miraba cuando entraba o salía algún sanitario y rezongaba:

–La estarán operando. Se ha roto la tibia y el peroné y esta gente sin decir nada. La han matado, se les ha ido de las manos y no se atreven a salir del quirófano. Hilarión, desesperado, se acercó a la ventanilla de recepción y dijo:

–Señora, estamos desde las seis de la tarde para que nos llamen y expliquen qué tiene mi esposa, y nadie dice nada.

–¿Su nombre?

–Hilarión Iparragirre Sarasate.

–Con esos apellidos será usted músico.

Garikoitz Sarasate, pegado a la ventanilla y al sobrino, escuchaba la conversación, desesperado y nervioso. Asomó su venerable testa por la ventanilla y gritó:

–Déjese de música ni ocho cuartos y busque a mi sobrina o entro yo a buscarla.

–¿Cómo se llama su esposa?

–Anika Moon.

–Voy a comprobar en el ordenador donde está la enferma. Bonito nombre.

–Señora, los enfermos no están en los ordenadores, están en los quirófanos o en las habitaciones. O en el depósito de cadáveres.

Hilarión agarró a su tío por los hombros y le dijo:

–¿Quieres hacer el favor de calmarte y no complicar más las cosas?

–Está en espera de ir al quirófano –explicó la oficinista–. Ahora viene la doctora. Los hemos llamado antes por los micrófonos y no han respondido.

Garkoitz Sarasate miró a la señora como para matarla y clavándole los ojos, gritó:

–¡Nosotros no nos hemos movido de esa sala de espera!

La señora, con calma profesional, respondió:

–Es que no tenían que esperar en esa sala sino en esa otra.

Una doctora joven y llamativa preguntó por Hilarión Iparragirre Sarasate y dijo:

–Soy la doctora Gaiarre.

Y para romper la tensión que se mascaba en el ambiente por el retraso en la información, añadió:

–Con esos apellidos será usted músico.

Y el afinador de pianos, añadió:

–Y usted, María Calas. Déjese de músicas y díganos como está mi sobrina.

–Pase –dijo, indicándole el camino a Hilarión.

El anciano afinador de pianos se adelantó, y la doctora advirtió:

–Solamente uno. El esposo. ¿Usted es el padre?

–No. El tío.

–Espere aquí. Solamente puede pasar el esposo o los padres.

–¿Y esa ley quien la ha hecho?

Hilarión miro a su tío y dijo:

–Por favor...

Al cabo de media hora salió el esposo.

–Van a operarla hoy a la hora que sea.

–¿De qué?

–Se ha roto la tibia y el peroné. Vete a casa. Ya me quedo yo aquí.

–Yo no me voy de aquí mientras no la vea.

–Eres más cabezón que una mula.

–Seré lo que tú quieras, pero yo no me voy de aquí sin verla.

A las once de la noche los llevaron a otra salita más pequeña y allí le dieron a Hilarión las pertenencias de su esposa en una cajita: anillos, cadena, pulsera y pendientes. Él lo pensó, pero Garikoitz lo dijo:

–La han matado.

La enfermera que entregó la cajita añadió:

–Ha entrado en quirófano. Esperen aquí.

–Dos horas más tarde, cuando los visitantes habían desaparecido y reinaba un silencio sepulcral en los pasillos, se abrió una puerta desde la parte interior y aparecieron dos médicos sudando, con sangre en las batas, y preguntaron:

–¿Es usted Hilarión Iparraguirre?

Garkoitz, asustado, desesperado, añadió:

–Con ese apellido será usted músico.

Los doctores miraron con extrañeza al viejo melenudo y barbudo, y, por la expresión de sus rostros, debieron pensar que estaba loco.

–Estamos muy contentos cómo ha salido la operación. Tiene una avería como si hubiera caído del sexto piso o la hubiera atropellado un coche a doscientos por hora.

–¿Se encuentra bien?

–Está en la sala de postoperatorio.

–Queremos verla –dijo, así como quien da una orden, el afinador de pianos.

–No es posible. No hay habitaciones disponibles y van a dejarla en la sala de postoperatorio. Vengan mañana a las diez de la mañana.

–Usted está loco –dijo el anciano.

Y se coló al interior. Volvió la primera esquina, y encontró a un enfermero:

–¿Dónde está la sala de postoperatorio?

–No lo sé. No soy de esta planta. Pregunte ahí, a la vuelta.

Hilarión abandonó precipitadamente a los médicos y siguió por los pasillos a su tío. El anciano encontró una ventana tras la que una enfermera, a punto de jubilar, con cara de sota, leía, y preguntó:

–¿Sabe usted donde está la sala de postoperatorio?

–Sí. Esto es el postoperatorio.

–¿Está Anika?

–¿Qué Anika?

–¿Qué Anika va a ser? Mi sobrina.

–Aquí no se puede entrar.

–Abra usted esa puerta ahora mismo o la tiro abajo.

Algo extraño debió de notar en la mirada de aquel viejo la sota de bastos, que respondió:

–Solamente diez minutos.

Cuando llegó Hilarión, el tío sonreía con la mano de su sobrina entre manos, con cara feliz, porque todavía estaba bajo los efectos de la anestesia. Hilarión la besó y preguntó:

–¿Cómo estás?

–Ha sido muy duro.

–¡Han pasado los diez minutos! Salgan por favor. Y no vuelvan hasta mañana a las diez de la mañana. Son las normas.

Los hombres obedecieron humildemente, besaron a la enferma y salieron. A la mañana siguiente, a las nueve de la mañana, estaban tío y sobrino en la recepción del hospital preguntando por Anika. El sobrino no había conseguido que su tío se quedara ni en el caserío ni en la central *nucleomusical*. Los dos fueron a casa de Hilarión. Tranquilizaron a los hijos, nerviosos por la sorpresa. Tío y sobrino volvieron al hospital, pero antes establecieron un pacto: no abrirían la boca hasta hablar con los médicos y saber cómo se encontraba realmente la paciente. Acordaron que el periodo de convalecencia lo pasaría en el caserío con Leire, si para cuando saliera del hospital había vuelto de Barcelona. De no ser así, y si la enferma estaba de acuerdo, la llevarían al caserío *termonuclear*, donde el afinador de pianos tenía preparados y a punto todos los sistemas naturales de curación que había aprendido de los indios del Amazonas, únicos en los que el exjesuita creía por su eficacia probada, y en lo que el sobrino también estaba de acuerdo. Para ello tuvieron que decidir sobre otra cuestión vital: el caserío *termonuclear-musical* había que abrirlo al mundo, mejor dicho, a la juventud, que no era ni más ni menos que a los hijos de la siniestrada y de su padre el afilador, que sin comerlo ni beberlo estaba metido en un lío del más alto secreto, del secreto mejor guardado de fin del siglo veinte: *el Frío Nuclear*.

–Soy esposo de Anika Moon.

–Todavía no la han trasladado a planta, pero estará en la habitación 603 a lo largo de la mañana –informaron en ventanilla.

–Gracias –dijo el anciano Garikoitz, y tiró del brazo de su sobrino, que preguntaba si podían subir a la habitación.

–No preguntes más y vámonos de aquí.

El exjesuita enfiló hacia la sala de postoperatorio, abriendo todas las puertas habidas y por haber a su paso, después de colocarse una bata blanca que había metido en una bolsa y que había cogido en casa de su sobrino, sin que él se percatara del hecho; bata blanca con una inscripción bordada a la altura del pecho izquierdo que decía “Doctora Moon”, prenda de Anika del laboratorio bioquímico donde trabajaba.

Hilarión se quedó de piedra, pero reaccionó rápidamente con una sonrisa, pues sabía con quién se estaba jugando los cuartos.

–Estás guapísimo, con ese guarda polvos.

–Gracias. No es para menos.

Penetraron en la sala de postoperatorio sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo y pudieron comprobar que Anika no estaba en la cama que la habían dejado la noche anterior. La vigilante de la sala extrañó la visita, y se alzó de la silla muy despacio para ver cómo evolucionaba la visita de doctores desconocidos para ella. La sala, completamente a oscuras. La enfermera vio cómo el más anciano, cama por cama y levantando las sábanas, preguntaba: “Anika, ¿eres tú?” Ningún paciente respondía.

El problema era que el abuelo melenudo se había confundido de sala y el sobrino no se había percatado, ya que, en los hospitales, todas las salas, todos los pasillos y todas las puertas son iguales y habían entrado en la sala de desguace, donde los muertos esperaban al forense de turno.

–Vámonos a la sexta planta. Estará allí.

La enfermera se acercó a ellos y preguntó:

–¿Puedo ayudarlos en algo?

–No, gracias. Está todo en orden –respondió el afinador de pianos.

Ascendieron a la sexta planta. Fueron a la habitación 603 y allí no había nadie.

–Tenemos que esperar –dijo Hilarión–. Ya puedes quitarte la bata de doctora.

–Todavía, no. Mientras no estemos con ella, puede hacernos falta.

La señora de la limpieza entró en la habitación y dijo, mientras miraba al suelo arrastrando el cubo de la fregona:

–Salgan todos por favor.

Salieron, y sus ojos contemplaron lo que antes, por la prisa, no pudieron ver: pacientes caminando por el pasillo vendados hasta la cabeza, costuras en el cuero cabelludo, como las de Franckenstein; estroto, con brazos y piernas rotas; esotros, en sillas de ruedas, con quemaduras de no se sabe qué grado, que más parecían conejo braseado que persona enferma.

Enfermeras, alegres y buen humor, transportando bacinillas llenas de orines amarillos y excrementos varios. Enfermeros empujando sillas y camas cargadas de enfermos, abriendo las puertas con los pies escayolados, con el consiguiente grito del enfermo que se había roto la pierna, pero que desconocía que iba a servir para abrir puertas; niños llorando a moco tendido, por pánico a las batas blancas de médicos, huyendo despavoridos y escondiéndose, corriendo por el pasillo en búsqueda de refugio tras las puertas.

–Haz el favor de quitarte ese guardapolvo. ¿No ves que asustas a los niños? Y más con esas barbas y melenas.

Esas razones convencieron al exjesuita y cuando dio a su sobrino la bolsa que llevaba en la mano para que la sostuviera, mientras se quitaba la bata, llegó Anika en cama de ruedas, empujada por uno de los que el anciano había visto empujar la puerta con el pie del cojo, o eso le había parecido a él, y sin saludar a Anika le espetó:

–Llévala con cuidado o te las verás conmigo.

Anika no pudo menos que reír, mientras tomaba la mano del esposo, que respiró tranquilo, a pesar de su tío.

–No se preocupe Doctora Moon –dijo, acochinado, mirando al anciano barbudo, el rollizo enfermero.

Ya en la habitación, Garikoitz Sarasate se quitó el guardapolvo. Anika rió por primera vez desde la caída, y él la besó diciendo:

–No te fíes de esta gente del hospital, que yo conozco a uno que lo llevaron a operar de amígdalas y le quitaron las pelotas.

–A mí no pueden quitarme las pelotas. Eso sí, casi me quitan la vida.

Anika relató el suplicio que había sufrido para colocar tibia y peroné fracturado, sin anestesia, en vivo y en directo, y a Hilarión se le estremecían los congojos, pensando en los gritos de su esposa, que aseguraba nunca en su vida había sufrido tanto, “ni en los partos, a punto de reventar”.

El exjesuita, que durante toda su vida había soportado muy mal el dolor ajeno, se excusó, y dijo:

–Voy a cambiar de agua al canario. En la habitación no hay baño ni nada que lo parezca.

La habitación era un cuadro en ruinas: paredes descascarilladas, silla con apoya brazos sujetos con esparadrapo, negro de tanto roce; un cubo de basura para arrojar algodones y compresas, un lavabo con un grifo del año catapúm, junto al cubo de basura; y una cortina de plástico para separar la cama del otro paciente, que no había dado señales de vida, pero que debía existir, porque estaba la cama sin hacer y ropa de mujer en la otra silla.

–Parece que estamos en el tercer o cuarto mundo. Mucho hablar el ministro del ramo todos los días, inaugurando salas con maquinaria ultramoderna, traída de no sé que parte del mundo, y se ve que aquí no llega ni para pintura. Ahora vuelvo.

El afinador de pianos se marchó malhumorado. Volvió al rato con dos bolsas repletas de comida y bebida; y con un ramo de flores. Como él no podía con todo, hizo que el empleado de la floristería cerrara la tienda y subiera el centro floral con una dedicatoria: “Para la MOON (Luna) más preciosa del universo.”

–Gracias, tío.

–¿Tenéis hambre?

–Mientras esté con el gotero no puede comer.

–Pero tú no estás con gotero, y en algún momento tendrás que comer. Hoy, con los nervios, no hemos desayunado.

–Hay una cafetería en la primera planta. Puedes bajar a desayunar –insinuó Hilarión.

–Baja tú, si quieres –respondió Garikoitz–. Yo no me muevo de aquí mientras no vengan los médicos y nos expliquen con detalle qué es lo que le han hecho.

Dicho esto, sacó de las bolsas de plástico una botella de vino, jamón de bellota, chorizo de cantimpalo, queso viejo de oveja, que desprendía un fuerte olor a podrido; servilletas de papel, pero no vasos. Ese detalle se le había pasado por alto.

–En los hospitales no se puede comer en las habitaciones –dijo el sobrino.

–¿Eso quién ha dicho? –preguntó el tío.

–Eso lo va a decir la enfermera y los médicos en cuanto aparezcan por esa puerta –respondió, malhumorado el sobrino.

–Pues esconderé las bolsas en la parte de afuera de la ventana. No es la habitación. Y eso de que no se puede, ya lo veremos. Tampoco se puede tener a una persona diez horas esperando y estuvimos. Tampoco se puede tener en el siglo veintiuno una habitación sin baño, descascari-llada, con una silla vieja y sucia, y aquí está. Y suma y sigue. O sea que más les vale a las enfermeras y a los médicos que se metan en lo que les corresponde y callen.

–No sé para qué intento razonar contigo. Es perder el tiempo.

Anika sonrió e hizo a su esposo un gesto como diciendo “déjalo tranquilo. No le des importancia. Ya sabes como es”; y mirando a las paredes y a la silla dijo:

–Tiene razón.

En ese momento hicieron acto de presencia los médicos de planta, la enfermera y la enferma de la cama vecina.

–Salgan un momento, por favor –dijo la enfermera.

Hilarión, humildemente, enfiló la puerta, pero el viejo Garkoitz, no. El jefe de los médicos reconoció al Garikoitz de la noche anterior y el viejo lo reconoció a él. El médico joven era otro. Este, observando el pie de Anika, comprobó que tenía dedos cubiertos por las vendas y la escayola. Llamó al médico jefe, le señaló el pie, e inmediatamente ordenó que bajaran a Anika de nuevo para que le cortaran la escayola que no dejaba ver los dedos tapados.

El jefe de médicos expuso radiografías y las levantó para observar huesos, la placa y los tornillos que habían puesto la noche anterior a Anika. Garikoitz se pegó al doctor y comentó:

–Bonito trabajo. Fractura de tibia y peroné.

–¿Es usted médico? –preguntó la enfermera, que contemplaba con impaciencia aquel vejestorio sordo, pues no había oído la orden de abandonar de la habitación o se trataba de un médico jubilado que desconocía.

–No, pero como si lo fuera. He curado más fracturas de huesos, y cosas más graves, de las que pueda imaginar. He sido misionero en el Amazonas. Y allí, estuve obligado a llevar a cabo labores de cirujano, de comadrona y de enterrador. ¿Qué le parece?

–Me parece muy bien –dijo la enfermera, que a pesar de ser de las que llevan mil años en el servicio y ya no se asusta de nada, se asustó de los ojos de loco que puso el viejo misionero, que siempre lo hacía adrede, para asustar a monjas y enfermeras mandonas.

Bajaron de nuevo a Anika al sótano y media hora más tarde la subieron con los dedos limpios de vendas y escayola, presentando aspecto saludable, que era lo que los doctores querían observar.

Mientras Anika estuvo fuera, Hilarión y Garikoitz interrogaron a los médicos para saber con detalle lo que les interesaba. Los médicos se marchaban sin dar explicaciones y el afinador de pianos hizo un comentario en voz alta: “Al parecer es costumbre en ese cuerpo profesional no dar explicaciones.” Los médicos dieron respuesta a todas las preguntas y se marcharon. Cuando los médicos se marcharon, se quedaron a solas en la habitación con la señora de la cama vecina. El exjesuita Garikoitz sacó de la ventana la botella de vino, pan, queso y fiambres, y ofreció a la señora. Hilarión se marchó a la cafetería para no discutir con su tío.

–¿Quiere almorzar, señora? –preguntó el exjesuita.

La señora, que había escuchado que había sido misionero en el Amazonas, contestó:

–Gracias, padre. No puedo tomar nada. Van a operarme dentro de dos horas.

–¿De qué?

–De un tumor maligno en la cabeza. A vida o muerte. He decidido hacerlo porque quiero morir. Quiero ir al cielo.

–Usted sabrá, pero si es por lo del cielo, yo le aconsejaría que no se operara. Antes de ir al cielo, tal vez pase por el Purgatorio, y allí no se está nada confortable. Es preferible que esté una temporada larga en la tierra, se confiese, y haga propósito de enmienda durante varios años, y después, si el Señor se empeña en llevársela al cielo, pues nada, a disfrutar de la muerte y del cielo para siempre jamás.

–Lo he decidido, y quiero morir. ¿Podría confesarme?

–Con una condición.

–¿Qué condición?

–Que se olvide de querer morir. Usted todavía es joven y necesita vivir. ¿Tiene familia?

–Sí, tres hijos.

–¿Y no le da a usted vergüenza querer morirse a sus años?

–Desde que mi marido me abandonó, quiero morir.

–No diga tonterías. Los hombres somos cabestros. No merecemos la pena. No merecemos que alguien quiera morir por nosotros. No haga caso. Pronto encontrará algún otro que le haga feliz.

–¿Usted cree?

–Naturalmente. Yo también soy hombre.

–¿Me confiesa?

–*Ego te absolvo in nómine patris et filii et espíritu sancti.*

–Amén.

–Ya está.

–¿Ya está?

–Ya está. Al quirófano y que haya suerte.

Garikoitz Sarasate, suspendido *a divinis* por la santa madre iglesia, católica, apostólica y romana, por rojo y luchador de la teología de la liberación, echó al colete un trago largo, directamente de la botella, salvó un alma desesperada y abandonó la habitación más contento que unas pascuas. Su sobrina ya venía sonriente por el pasillo.

–Me ha dicho el médico que tengo que estar al menos una semana.

–A nosotros, también.

–Ya podemos avisar a la familia.

–Yo me encargo –dijo el anciano pianista–. Tú, acompáñala; y no dejes que nadie la toque. Esta gente es peligrosa. Yo conozco a uno que fue...

–A operarse de amígdalas y le cortaron las pelotas –concluyó Hilarión.

Garikoitz Sarasate se marchó.

El accidente de Anika retrasó varios acontecimientos y provocó algún otro. Retrasó la apertura al mundo de la central *musiconuclear*, y la marcha anual de Hilarión por aldeas y villorrios como afilador y paraguero.

Las circunstancias provocaron una crisis severa en la familia por diferentes motivos: criterios, celos, torturas psicológicas y una muerte inesperada.

Los planes urdidos por tío y sobrino se fueron al garete, porque la accidentada, Anika, decidió volver a su propia casa, después de una semana en el hospital. Leire Sarasate permanecía en Barcelona con su hermana negra, ignorante del accidente; por consiguiente, no podía atender a la convaleciente.

A Hilarión lo reclamaba el proyecto de la Tienda de Bardenia y tuvo que dejar que se ocuparan de su esposa sus hijas y su tío, que se convirtió en una madre y en una ama de casa casi con cofia y plumero, hasta que llegó la suegra de la enferma, Leire, que volvió de Barcelona sin el psiquiatra. El susto y el disgusto de Leire, morrocotudo; no por lo que hubiera sufrido su pobre nuera, eso ya había pasado, sino porque nadie la puso en conocimiento del siniestro, nadie había contado con ella para nada. Culpable, como es natural, Hilarión. De su hermano Garikoitz no quería ni hablar, porque ya sabía que era inútil.

Hilarión tuvo que oír de su madre lo que nunca había oído ni se imaginaba que pudiera oír. Él todavía no había cruzado, a pesar de los años, la frontera de ver la vida como hijo a verla como padre y esposo, responsable de familia, donde la madre ya no tiene influencia en sus decisiones y en su vida. Pero sin darse cuenta, en ese acto de no avisar a su madre de lo que había ocurrido, empezó a ejercer el liderazgo de su vida, que aunque creía que lo ejercía plenamente, faltaba mucho para que fuera cierto: su familia era una losa, inconscientemente, pero real. Las discusiones llegaron a tal punto que el hijo evitaba a la madre; y como la madre se empeñó en llevar el control de la enfermedad de la nuera, para demostrar que todavía servía para algo, no era una inútil y no estaba muerta, permanecía muchas horas en casa de la nuera, donde el hijo apenas iba. Lo que provocó un reconcome en la cabeza de Anika,

que tenía todo el día y toda la noche para pensar, cavilar, dar vuelta por arriba por abajo, y del revés, todas las palabras y episodios que ocurrían y habían ocurrido desde que tuvo uso de razón; y si a esto añadimos el dolor de la pierna, la impotencia de no servirse de sus propias fuerzas ni para ir al baño, ni para ducharse, el cataclismo estaba servido. Pasó el verano cociéndose todo este engrudo, que tarde o temprano debía explotar, porque, como decía el exmisionero jesuita:

–Esto pasa. Está oculto. Sólo hace falta la temperatura adecuada, el viento y el lugar para que se conforme la tormenta, el huracán o el tifón. Los destrozos ocasionados estarán en función de la virulencia del fenómeno y la experiencia de anteriores tormentas, huracanes, tifones o shunamis.

Como todo el mundo, Anika y su marido habían tenido sus más y sus menos. Pero con quien nunca había tenido roce ni problemas había sido con la suegra, gracias a que cada una vivía su vida, y Leire no tuvo mucho tiempo de meterse en la vida de nadie, porque bastante tenía con la suya desde que enviudó; y con la del hermano, que más que hermano fue el hijo solterón que no se va de casa así lo mates; aunque el jesuita tuviera su casa en el monte, su música y su entretenimiento.

Leire no tenía ni idea de lo que se cocía en las montañas, donde sabía que su hermano compró una borda, para el día de mañana arregarla y dejársela a su sobrino Hilarión, su sobrino preferido.

Hilarión reunió a los compañeros del proyecto y asignaron trabajo para todos y cada uno, menos para él.

–Me voy durante un mes y no me preguntéis a dónde, porque no os lo voy a decir. Quiero relajarme. Necesito descansar.

Estaban de acuerdo; de hecho, ya habían comentado la necesidad de que Hilarión descansara, pues de un tiempo a esta parte, no era el mismo de siempre. Protagonizaba episodios agrios y discusiones con los adversarios, cuando habitualmente era quien quitaba leña al fuego.

El psiquiatra, que tardó en volver de Barcelona una semana más, pero volvió, también se lo aconsejó:

–Vete al Caribe, pase lo que pase. Allí te harán olvidar las penas.

Tras su estancia en Barcelona para el estudio de grupos humanos unidos por un líder, que promete paz a través del Conocimiento y vaguedades para ser interiorizadas, ya no recomendaba fármacos, sino Caribe. Este cambio en su recetario no fue a causa de los discursos del líder Majarachi a sus discípulos, a quien respetaba, y abandonó el primer día de conferencia porque repetía siempre lo mismo; sabía que eso era parte de la estrategia del convencimiento. El psiquiatra cambió el recetario de fármacos por Caribe, porque la hermana negra de Leire Sarasate lo entretuvo contándole historias de amor mientras le enseñaba a amar, que por muy psiquiatra que fuera, y por más viejo que hubiera llegado a ser, no había aprendido a amar una mujer como mandan los cánones de la selva, del Caribe y de la raza negra, que en eso, como en muchas otras cosas, tuvo que reconocer superior. Esa fue la conclusión a la que llegó el director del psiquiátrico, jubilado, sin obligaciones ni ataduras de frenos ideológicos, que lo obligaran a ser recatado y poner pegas.

–Y ¿cómo es que has vuelto tan pronto? –preguntó el exjesuita al psiquiatra, no sin cierta sorna maliciosa.

–El pistoletazo, Garkoitz, el pistoletazo.

–¿Qué pasa, que a tus años ya no funcionas?

–Al revés te lo digo para que me entiendas. A tope. No es cuestión física, que con esa mujer no hay problemas, porque te pone Sansón con brebajes naturales, y con lo que haga falta. Es más una cuestión psicológica por extensión.

–Explícate, que yo no he estudiado psiquiatría.

–Que me gustan todas, ¡coño! Que después de esta experiencia amorosa voy por la calle como un salido de dieciséis años.

–Ya será menos.

–Pues, no será menos.

Este fue, como había sido y será hasta la hora de la muerte, el inicio de una discusión, una lucha, como si se tratara de dos machos cabríos que compiten por la hembra guapa del rebaño.

–Más te valía –dijo muy serio el exjesuita, mirarte en la cara de tu hermano sacristán.

–La diferencia entre mi hermano y yo –exclamó el psiquiatra–, es que a él le gustan los curas y a mí las mujeres.

El caso es que el psiquiatra recomendó a Hilarión refugiarse en el Caribe. Su tío fue más discreto y le dijo:

–Haz lo que tengas que hacer. Como si no quieres volver más.

El afilador y paraguero cogió sus bártulos y se marchó con rumbo desconocido, con intención de pasear por las calles de los pueblos y aldeas, que antaño en su juventud había recorrido con muchachas a quienes no acabó de amar, pues las circunstancias así lo mandaron.

La barba iba creciendo día a día mientras era feliz con su piedra de afilar, con los niños y con las chispas. Hilarión se fue a afilar cuchillos, navajas y tijeras a aldeas a las que no había vuelto hacía muchos años. Allí quedaron muchachas que pudieron haber sido su mujer.

Una fuerza irresistible lo empujó a recorrer aquellos pueblos, con intención de saber de sus primeros amores. Si fuera necesario, cauterizar, completar, o anular para siempre. Una fuerza interior, una música extraña pedía a gritos que terminara la melodía que había quedado sin acabar.

No era nostalgia, no; era necesidad de curación, de catarsis, de escribir páginas que estaban sin escribir; o leer las que se quedaron sin leer, o, tal vez, dejar en suspense, porque no todo tiene por qué terminar bien o mal. Puede terminar mediano.

–Lo único cierto y seguro es, que todo acaba con la muerte, se dijo

frente a la puerta del cementerio, donde comenzó la gira, pues de púber se refugiaba tras la tapia.

Pero, inmediatamente, le asaltó la idea de que un músico perpetua sus sentimientos con la melodía, que no muere mientras haya alguien que la escuche.

El aire de octubre se le hacía pequeño y el afilador anchaba los pulmones para aspirar todo lo posible. Era un aire tan suave, tan agradable que le daba pereza empezar a caminar por aquellas calles que todavía tenían el mismo olor que en su juventud. Fue el primer descubrimiento de la temporada. Las calles tienen su propio olor, como tienen su propio nombre. La luz, la misma. Sonido, distinto. No había carros ni mulas. Había coches aparcados y silencio.

Era domingo y amanecía. Hora extraña, día de la semana extraño, pueblo eterno. El centro de la aldea estaba como siempre, pero con adoquines nuevos, losas nuevas, rayas para aparcar; un orden pulido y moderno que lo convertía en dibujo de cartulina recién comprada.

Los chorros del agua de la fuente eran los mismos y su sonido volvía todo al mismo lugar de antes. La iglesia era la de antes, las mismas cigüeñas en el campanario, la misma campana, que sonaba por el valle cada cuarto de hora, dulce y firme, como la voz del cura cuando cantaba en latín con voz granada, fuerte, cálida y soñadora. Recordó la voz estremecedora del cura, tal vez porque lo hacía en latín. En los entierros y Semana Santa, triste; en las bodas, bautizos y Navidad, alegre. Los gorriones, las golondrinas, los jilgueros, las calandrias, eran los mismos y tarareó “carreteros calandrianos”; el amanecer era el que amanecía entonces, pensando en ella, cuando lo invitó a bailar, y solo bailaron una pieza en una sala oscura de baile, en la capital; no sabía bailar y decidieron sentarse y escuchar la música y beber poco a poco un refresco mientras acariciaba los largos cabellos negros, suaves, y su espalda, sin saber qué hacer.

Ella cerraba los ojos y escuchaba las caricias sin decir palabra. Poco antes de marcharse, dijo:

–No me acaricies la piel porque entonces no sabré qué hacer.

Ella sabía qué hacer, porque había tenido un novio al que se había entregado y él lo sabía; pero el joven Hilarión no sabía qué hacer para que ella se entregara como lo habría hecho con su novio, porque nunca había estado metido en un lío de tamaña envergadura, con una hembra tan hermosa que arrastraba al precipicio, pero no encontraba el punto preciso para arrojarse en él. Hilarión recordaba el beso que se dieron, cuando ella dijo:

–No me beses porque entonces no sabré qué hacer.

Y sus labios morenos, y cómo se marcharon a casa al amanecer. La dejó en la esquina de la plaza donde ahora se encontraba. Y marchó a casa contento, insatisfecho, fracasado, incompleto. Ahora todo estaba igual en su interior, en la memoria, pero... existía un más, un tal vez..., habían pasado más de treinta años.

–A los veinte años no se piensa en cuando vayas a tener cincuenta, hablaba el afilador al agua, apoyado en la fuente. Y eso es una desventaja, porque cuando tienes cincuenta sí puedes pensar en los veinte, recordarlos, rememorar los olores a membrillo, a melocotón mordido por los dientes de ella junto a la fuente, que, por cierto, ahora preside este horrendo letrero: AGUA NO POTABLE. Con los tragos que eché yo y mis amigos, y mis hermanos y mis padres y abuelos, que nos mandaban a recoger agua para refrescar el gaznate a la hora de comer, antes de la siesta, cuando todo crujía bajo el sol.

Ante estos recuerdos y para que no se apoderaran de él, Hilarión puso en sus labios el silbato de afilador, el mismo que cuarenta y pico años atrás le había regalado el afilador gallego en la puerta de la iglesia. Y silbó, calle arriba, dos, tres, cuatro, hasta cinco veces: doremifasola-sido, dosilasolfamiredo, suave, despacio, lento, menos lento, andante,

presto; de igual modo y manera, mientras caminaba calle abajo, y respiraba profundo para llenarse de niñez, de juventud y de olor de calle, de primer amor o de algo parecido, que le daba lo mismo.

No gritó “el afilador y paragüero se afilan cuchillos, navajas y tijeras”. No dijo nada. Solamente silbaba y caminaba, y escuchaba pájaros que empezaban a volverse locos, “porque, probablemente, hacía decenas de años que no escuchaban la melodía incrustada en el lugar del cerebro, corazón y garganta donde los pájaros tienen incrustadas melodías que sus antepasados han escuchado durante milenios, porque los afiladores y los pájaros existen desde antes de la era cristiana, y si no que se lo pregunten a ellos”, se decía en sus pensamientos.

Recorrió las cinco calles viejas y dudó si meterse por las calles adyacentes, las nuevas entonces, viejas ahora, que antaño llamaban “baratas”, construidas cuando gentes de piel y tamaño diferente arribaron para trabajar en la fábrica y vivir. Y otras más modernas, adosadas, que van construyendo (no tan baratas; más bien caras), los hijos de aquellos que vivían en las casas baratas y que todavía no han muerto de cáncer o de algo peor que les ha proporcionado el AGUA NO POTABLE –continuaba diciendo el afilador en su vivo pensamiento, mientras intentaba apartar de su mente las palabras escritas en la fuente. El letrero de la fuente se le clavó en el alma.

Paseó, silbando, por las calles de las casas baratas, pero no de las adosadas.

Y volvió a la fuente, sonora y bella por fuera, como siempre, pero podrida por dentro. La primera vez en la vida que volvió a desandar lo andado. El pueblo era pequeño, nadie en la calle y todo el día por delante para él. Decidió silbar y afilar un día en cada pueblo.

Las persianas de las casas baratas despertaban como si el sonido del afilador tuviera la virtud de alzarlas automáticamente. Los grandes balcones y ventanas de las ruas medievales, por idéntico aliento, comenza-

ron a sonar sus goznes, fallebas y hierros, porque antes hacían puertas y ventanas herreros, en combinación con carpinteros, y ahora sólo carpinteros; y no son de hierro sino de aluminio o de PVC, que eso ya no es ni hierro ni aluminio ni madera, es plástico.

Despertaron los abuelos y abuelas, que duermen poco, o al menos eso dicen, aunque parece más cierto que duermen tanto o más que el resto de los mortales; lo que les ocurre es que tienen todo el día y toda la noche por delante, sin mayores obligaciones, y les permite echar cabezadas cuando les apetece, a cualquier hora del día, y eso, aunque, para ellos, no es dormir porque ni tan siquiera son conscientes de ello, en definitiva, es quitar horas de vigilia.

Los abuelos y abuelas se asomaron a las ventanas y buscaron cuchillos, navajas o tijeras para afilar, y lo tenían difícil, porque en las casas modernas casi todos son de sierra o de una hojalatilla fina y barata, de usar y tirar, que la industria del acero necesita que se consuma mucho laminado salido de Altos Hornos y se estropeen rápido para que no se paralice el sistema.

El sol llevaba horas fuera del firmamento y todavía el afilador no había recibido ninguna solicitud de afilamiento de algo que hiciera sacar chispas a su piedra; pero ocurrió el milagro: una anciana, vestida de negro a la antigua usanza, se acercó al afilador con dos enormes cuchillos, par de tijeras y dos navajas camperas, oxidadas por falta de uso. Hilarión las examinó con admiración de obra de arte del siglo de oro, y aunque comprobó que estaban perfectamente afiladas, las tomó con la veneración de objeto sagrado, sabiendo que no podía defraudar a la señora, a quien nombró Reina por un día, gesto que la abuela agradeció de aquel mancebo, cual si fuese cierto la llegada del príncipe azul y la vida hubiera hecho justicia a sus sueños de eterna adolescente, y el afilador soltó chispas al aire como cíclope, silbando y sonriendo a la dueña de los cuchillos, que no decía nada y miraba a Hilarión como si se le hu-

biera aparecido la Virgen de Lourdes, de Fátima, y San José de la Vara Florida.

Minutos más tarde ocurrió lo que debía ocurrir: otro milagro; una señora madura, de buen ver, con atuendo deportivo, con cinta roja en la frente y gafas de sol, ritmo de carrera lenta para menopausias, pasó junto al afilador y le dijo:

–Hola, Hilarión.

Hilarión la miró, ella no detuvo el paso, y sin saber quién lo había saludado, contestó:

–Hola, corazón.

Acabó de afilar lo que estaba afilado, pero el brillo que la piedra dejó en el acero, haciendo desaparecer el óxido verdoso, justificó el cobro; pero surgió otro problema: no sabía cuánto cobrar a aquella emperatriz de la limpieza y le cobró como si no hubieran pasado treinta años, como si todavía pasaran a su lado las ovejas y los caballos, camino del prado, y los bueyes tiraran de la yunta que los unía arrastrando la carreta llena de heno, de hierba seca y helechos secos, llenando las calles de dulce olor a hierba cortada: a peseta por pieza. Inmediatamente se presentó otro problema: el cambio de moneda. El cobrar en euros era un martirio moderno. Por más que hubieran explicado durante años en la televisión una y mil veces el cambio de moneda, para los abuelos era como cuando anunciaron que iba a llegar la democracia, el parlamento, las elecciones y cosas de este pelo, que no lo entendían, pero aceptaron como se acepta a los que mandan, sabiendo que en el fondo serían los mismos perros con distinto collar. La señora no entendió la explicación del precio de afilar con el cambio de moneda e Hilarión abrevió:

–Diez pesetas.

–¿Y en euros?

–Por redondear, un euro.

–Cómo ha subido la vida, ¿verdad?

–Un poco. Ya sabe... el euro.

La anciana marchó feliz a casa y el afilador siguió dando vueltas alrededor de la plaza, silbando y anunciándose, hasta que volviera la señora deportista de buen ver que le había dicho hola y que él, en su entusiasmo mental, creía que era quien, en su juventud, había dejado sin terminar de amar.

Nubes negras aparecieron en el horizonte del pueblo, que en esas latitudes suelen coincidir con la altura de la torre de la iglesia. En breve amenaza de tormenta y lluvia. Gotas gordas intermitentes retumbaron en el agua de la fuente, en el suelo de la plaza y en el cogote del afilador y paraguero. Hilarión enfiló la bicicleta afilador hacia la terraza del bar, para protegerse de la tormenta que se estaba preparando y controlar la llegada de la deportista elegante. Aparcó la bici en la pared del bar y saludó al camarero, haciendo sonar el silbato de afilador. Era un muchacho joven. Para el camarero fue como quien oye llover. No hizo caso. Aunque había oído hablar de afiladores, nunca los había visto, y consideró que aquel tipo era una ridiculez más del camino de Santiago, que marchan con mochilas a la espalda, concha de vieira colgada al cuello, una estaca pintada de bastón, y botas de montaña, con lo fácil que es ir a todas partes en coche.

–Un café con leche, por favor.

–¿Caliente o templado?

–Con un poco de leche fría.

–Templado.

–¿Cuánto es?

–Un euro.

Hilarión tomó la taza de café y se sentó bajo el toldo de la terraza. Estaba solo. El camarero se acercó a él y preguntó:

–¿Quiere el periódico?

–Por favor.

Mientras el cielo se abría de par en par arrojando al suelo agua como para inundar el Arca de Noé, tomó el periódico en sus manos. La señora deportista apareció por la esquina de la plaza, chirriada y llena de barro, sin gafas de sol, sin cinta en la frente y con aspecto de haber sufrido un accidente o de que alguien la había majado a palos.

—¿Conoces a esa señora? Parece que hubiera tenido un accidente.

—Es mi madre. Viene del entrenamiento de rugby. Es la entrenadora del equipo.

Hilarión no dijo nada. Aunque recordaba que era una morenaza de escándalo, fuerte, de pecho erguido y apetitosa de boca y carnes, nunca hubiera imaginado que llegaría a convertirse en entrenadora de un deporte tan bestial como el rugby.

Lo que el afilador no sabía era que aquella mujer, cuando la dejó, sin volverla a ver ni escribir, por inexperiencia o por lo que fuere, ella, que había tenido experiencia amorosa con otro amigo suyo, quedó esperando, y se hizo entrenadora porque los jugadores de rugby le recordaban obsesivamente a Hilarión Iparragirre Sarasate, ancho de espalda, estrecho de culo: bardo seguro.

Nadie se explicaba cómo una profesora tan delicada fuera forofa y entusiasta de esa disciplina deportiva tan brutal.

Hilarión ojeó los titulares del periódico, y quedó paralizado. La primera página la ocupaba una sola noticia:

“Una bomba colocada en una furgoneta mata a su dueño.”

Era el padre de Patxi, el hostelero del proyecto, el amigo íntimo de Garikoitz. Saltó de la silla, preguntó por el teléfono más próximo (él nunca llevaba consigo el móvil cuando ejercía de afilador), y el muchacho le indicó el final de la barra. Llamó, habló con alguien y salió como alma que lleva el diablo con su bicicleta, no sin antes preguntar:

—¿Tu madre se llama Amaiur?

—Sí. ¿La conoce?

–Dale recuerdos del afilador.

La familia estaba consternada. Cuando Hilarión llamó desde el bar lo hizo a su tío para comunicarle la noticia. El afinador de pianos no se había enterado de nada, porque estaba recluido en las montañas, en el molino nuclear, comprobando si estaba en orden y no había habido ningún cambio digno de mención en las entrañas de la tierra.

Hilarión, al dar la noticia a su tío, no recibió respuesta inmediata, mas supo que su tío había oído y entendido lo que le había dicho, pues notó en el auricular del teléfono, tras segundos de silencio, cómo pasó saliva por el gaznate del afinador de pianos, como quien traga un erizo.

–¿Dónde ha sido?

–En la puerta de su casa.

–¿Cuándo?

–Esta noche. Voy a buscarte.

–Te espero en la carretera. Iré caminado hacia el pueblo.

–En un par de horas estoy allí. La familia irá por su cuenta.

Cuando Hilarión encontró a su tío, no caminaba por la carretera sino que estaba sentado en una losa que servía de señal, de mojón, mirando al bosque, como una momia alucinada, salido de este mundo, preguntando al universo vaya usted a saber qué.

Cuando el sobrino frenó y abrió la puerta para que subiese al coche (la bicicleta amarrada a la baca cual espantapájaros), el tío no abrió la boca, no pronunció palabra.

Se limitó a agarrarse al asiento para entrar y sentar mirando al frente. Tras colocarse el cinturón de seguridad, dijo:

–Vamos allá. Vamos al infierno.

En casa del asesinado el llanto era sofocado por la impertinencia de políticos y periodistas que no saben respetar el dolor ajeno, con la excusa de cumplir con su trabajo y salir en la foto.

Una periodista conocedora de la relación íntima que Garikoitz Sara-

sate tenía con el finado, se acercó a él y formuló una pregunta que llevaba veneno:

–Señor Sarasate, usted, amigo íntimo del concejal ¿qué opina de la autoría del crimen?

La periodista conocía al señor Sarasate, pero no lo suficiente como para aventurar una pregunta como esa, en un momento como ese preciso momento, uno de los más delicados de su vida, a pesar de estar cansado de enterrar políticos en Perú, cuando era jesuita, y en Bardenia, cuando no era jesuita.

–¿Y a usted qué le importa lo que yo piense?

Pregúntele al Director de su periódico, que está dando el pésame a la familia, sin respeto al dolor, para que lo saquen en la televisión, junto a todos los de su partido y calaña.

–Usted perdone.

–No hay de qué.

Garikoitz Sarasate se abrazó a la esposa, que no derramó lágrima alguna.

Después de exhalar un tremendo suspiro, dijo:

–Si hubiera hecho caso, no estaríamos donde estamos. Sólo quiero justicia. Quiero saber quién ha sido y por qué.

–Ahora no te atormentes. ¿Dónde está?

–En la habitación. Dentro de poco lo van a llevar al Ayuntamiento.

–Quiero estar a solas con él.

Patxi se abrazó a Garikoitz, tras soltar a Hilarión, y le dijo:

–Ven.

Ordenó que salieran todos de la habitación, y dejó a Garikoitz Sarasate, a solas, con su amigo muerto. Antes de cerrar la puerta, Patxi oyó cómo el afinador de pianos interpelaba al difunto:

–Eres más cabezón que una mula. Y ahora ¿qué? Te vas y nos dejas aquí a todos hechos una mierda.

Después de los funerales, volvieron a sus casas, menos Hilarión, que volvió a su ruta de afilador. El tío cayó en una de esas fases de silencio a las que tenía acostumbrados a quienes lo conocían, y se refugió en el caserío nuclear con sus músicas y mensajes, con sus sinfonías, con sus experimentos.

El afilador estuvo tentado de permanecer con él, al ver el estado lamentable en el que quedó tras la muerte violenta de su amigo. Pero el propio psiquiatra, que se había instalado en el caserío con la madre para hacerse mutua compañía, le aconsejó que se marchara a sus correrías de afilador:

–Déjalo a su aire. Necesita estar solo.

El sobrino lo sabía. A él le ocurría lo mismo.

Los compañeros de trabajo de la Tienda de Bardenia, al enterarse de la noticia, acudieron al funeral, y a dar el pésame a la familia; y a Patxi, ya miembro del equipo, y que viajaba con ellos, sobretodo, con el sardo andaluz, eligiendo los compañeros de carrera, donde el responsable de restaurantes debía contactar con los especialistas de la restauración de las distintas regiones europeas donde pensaban instalar Tienda de Bardenia y conocer las empresas de catering que servirían de soporte de suministros y personal competente.

A pesar del llanto y del crujir de dientes, los miembros del equipo se reunieron para hablar de estrategias empresariales.

Acabada la reunión, Hilarión se despidió de ellos, para que su familia no le echara en cara que a los compañeros de trabajo sí atendía, y a ellos, no.

5. ESTRATEGIAS Y MEDIOS

5.1 PRODUCTOS

Como política general de productos, el 80% de la facturación de los mismos deben ser de marca propia, y solamente el 20% en concepto de productos en exclusiva, siempre y cuando aporten a la empresa un valor importante en su posición y conocimiento, y sean de Bardenia.

5.2 DISTRIBUCIÓN

Como estrategia diferenciadora, y por las circunstancias de nuestros productos, debemos ir al mercado de productos no perecederos.

5.3 COMUNICACIÓN

Nuestro reducido presupuesto sólo nos permite ir a las revistas profesionales e intentar insertar noticias gratuitas en determinadas revistas.

5.4 PROMOCIONES

5.4.1 EN EL CANAL.

Se realizará a dos niveles diferentes:

Línea de descuentos.

Línea de acciones promocionales: se realizará un plan de bonos por compra para estancias de un fin de semana en Bardenia.

5.4.2 EN EL DISTRIBUIDOR

Rapell e incentivos para el distribuidor y para los vendedores.

5.5 INVESTIGACIÓN DE MERCADOS

Serán necesarios datos Nielsen.

5.6 ESTRUCTURA

Durante el presente año la estructura se irá montando en función de las necesidades.

El afilador dudó si volver al pueblo para encontrarse con Amaiur, y decidió hacerlo más adelante, pues no tenía ni cuerpo ni alma para flirtear como si el tiempo no hubiera pasado.

Fue a la estación de autobuses, sin saber en qué autobús montarse ni qué dirección tomar. Un drogadicto de los que se afinan en uno de los bancos, parlamento de colegas de litrona y metadona, le dio una idea,

cuando, al verlo con aquellas pintas y, seguramente, pensando que era del gremio de “colgaos”, le preguntó:

–¿Qué, colega, a Santiago en bici?

–Sí. Empiezo por Orreaga. El camino de Santiago desengancha y lava.

–Suerte, colega; pero a nosotros no nos lava ni el agua del Jordán.

–Ten fe, hermano. La fe mueve montañas.

–Ya, ya...

El drogata echó un lingotazo y el afilador preguntó por el autobús que lo llevó hasta Orreaga.

Cuando llegó, aparcó la bicicleta en la puerta de la basílica, entró en ella, se sentó en un banco, junto a una gran columna y escuchó los cantos gregorianos de los canónigos, sin prisa.

Fue tal la paz que penetró en él, que se durmió apoyado en la columna, hasta que un grupo de turistas lo despertó con el ruido de sus bastones. Se restregó los ojos y salió al patio del monasterio. La luz intensa lo deslumbró, y si no hubiera sido porque el afilador no creía en los milagros, habría pensado que se le había aparecido la virgen, sin pastorcillos, pero sí con ovejas:

–Hola Hilarión –dijo una señora, al frente de un grupo de niños, más ruidosos que una balsa de ranas en un campo de grillos.

El sol no dejó ver el rostro de aquel cuerpo de mujer exuberante y hermoso de cuarentona.

–¿Me conoces?

–Soy Oihana.

El afilador la tomó por los hombros, la giró, la colocó frente al sol, y de espaldas al sol, descubrió el rostro que había dejado de ver hacía muchos años, pero que conocía milímetro a milímetro, porque fue su primer amor, su amor platónico, el amor no correspondido, el amor de los mareos e insomnios.

–Oihana, ¡cuánto tiempo! Estas como de niña, no has cambiado.

Tontería que ninguno de los dos se creyó, pero que para él era lo más cercano a la realidad.

Los niños no dejaron oír a Hilarión lo que ella respondió, pues atropellaron a la maestra a gritos; y, ella, con gesto de manos, se despidió, intentando reducir al rebaño, ya desmadrado, que entraba en la tienda que hay junto a la entrada de la basílica, que, además de recuerdos del camino de Santiago, vende helados de chocolate y nata.

Las cosas no le estaban saliendo bien al afilador aquel día. Quiso desaparecer para no ver ni hablar a nadie, y acababa de reconocerlo la muchacha con la que soñó un millón de veces recorriendo el mundo en alfombras mágicas, en aviones de guerra, en diligencias, en caravanas del Oeste, en palacios de Viena, cual Sisí, cantando como Marisol: “Las cuerdas del amor”, y en los dibujos animados; y años más tarde, cuando se había hecho mujer, la soñaba como *Softá Loren*, *Brigite Bardot* o *Lina Lollobrígida*, que aunque no se parecieran ni en lo blanco del ojo, su imaginación se encargaba de arreglarlo para que fuera perfecto.

Se quedó tan aturdido que reaccionó de forma natural, llevado por flechas de amor, como si el tiempo no hubiera pasado. El funeral del padre de Patxi lo había dejado sin defensas y había quedado peor que el drogadicto que le dio la idea de montarse en el autobús. Cogió la bicicleta y entró en el templo. Buscó con la mirada a la maestra, que estaba junto al altar, explicando a los niños el estilo arquitectónico de la basílica; sonó el timbre de la bicicleta, tiritirrin, tiritirrin, tiritirrin, para que los niños hicieran caso y dejaran paso libre; se colocó con la bici frente a los alumnos, y ella calló asombrada, ante el afilador salido de las entrañas del tiempo; él la tomó de la cintura y, antes de darle un beso en los labios, dijo a los niños:

–Es la maestra más guapa del mundo.

Los niños gritaron:

–¡Se van a casar, se van a casar!

Ella, rosa de vergüenza, como si tuviera quince años, dijo:

–Estás tan loco como siempre.

Sonó el silbato doremifasolasido dosilasolfamiredo domisoldo, la cúpula reverberó, los niños guardaron silencio, embrujados, y el afilador y paragüero desapareció entre la penumbra.

El canónigo que preparaba los oficios divinos, y el maestro que acompañaba a la maestra, la miraron con cara de envidia.

Lo malo es que el maestro era el esposo de la maestra, el esposo de Oihana.

Hilarión no lo supo hasta más tarde; pero su “primor”, palabra que utilizaba para llamar a Oihana en su pensamiento, no sólo porque era bonita sino como contracción de “primer amor” pri-mor, perdió el apetito y ya no compraba ropa en primavera ni en verano para verse guapa; no saltaba delante del espejo, no se giraba frente a la luna del dormitorio, contorneándose para comprobar si se gustaba; cuando salió con los niños y con su marido de la basílica, perdió sus grandes ojos entre los peregrinos y no halló al afilador y paragüero, quién, presa del pánico, salió carretera arriba hasta el primer pueblo, en dirección contraria a Santiago de Compostela.

No tenía el alma para más trotes después de lo del padre de Patxi y huyó de sí mismo, pensando que la vida no es una tómbola de luz y de color, como decía antaño la canción.

Al día siguiente cambió de opinión y decidió probar fortuna lejos; se marchó a Galicia, comprobando que allí, en Galiza, enseguida se dieron cuenta de que era afilador extranjero, por la forma de sonar la flauta de Pan. Descubrió que los gallegos llevan un afilador dentro y enseguida notan si es afilador de pura cepa o no; como él notaba, cuando alguien cantaba un zortziko o bailaba el auresku, si era de la tierra o no.

Los gallegos lo miraban con curiosidad, pero allí no creaba asombro

en los ojos de los niños, que también debían tener fragua en el alma por el simple hecho de ser gallegos. Cogió los bártulos y se marchó a Portugal, y allí estuvo el resto del mes; pero tampoco allí pudo librarse de las coincidencias ni de presencias amorosas.

El tercer día de su estancia tuvo que ir a un Banco a sacar dinero, porque hasta el momento no había afilado ni cuchillo ni navaja ni tijera, y, por consiguiente, no había ganado un euro; y le apenó, porque era la primera vez en su vida que no podía vivir de lo ganado afilando; que le gustaba vivir como un afilador de verdad, limitándose a lo que sacaba de su trabajo de afilador, que de joven buenos dineros fueron, y, a lo tonto, el mes del verano, que afilaba cuchillos, pasándolo en grande, financiaba medio año de estudios en Perú.

En el Banco entregó el carnet de identidad para retirar dinero con un talón al portador, el cajero se quedó mirando fijo a la chaqueta y a los pantalones de pana del cliente, que Hilarión, para ejercer de afilador se vestía de reglamento, como está mandado, aunque la verdad es que más parecía un melero antiguo de la Alcarria que un afilador gallego. Pero, aunque estuviera desfasado en la vestimenta, él pensaba que le caía bien la ropa, y se encontraba guapo con su traje de pana verde o marrón.

Ese Banco tenía una larga historia para Hilarión. Historia, que se remontaba a quince años atrás; y si quisiera ser más exacto, a tiempos más lejanos, a tiempos revolucionarios, a la Revolución de los Claveles. Hilarión pasó una semana en Portugal, en los tiempos gloriosos, cuando Portugal prometía una primavera revolucionaria, social y política, aunque más tarde se convirtió, en su opinión, como todo lo que toca el dinero y el poder, en la democracia parlamentaria del liberalismo económico: progreso, para unos; explotación, status quo, para otros, entre quienes se encuentra el afilador.

Hilarión fue, en aquellos tiempos de ilusiones revolucionarias, a comprobar si su idealismo juvenil podía echar raíces en Portugal, como

consecuencia de la caída del Fascismo que oprimía al pueblo portugués, liberado por un militar decente, un tal *Otelo Saraiba de Carvalho*.

Marchó con su compañero de fatigas *Antoine*, troskista de pro, en aquellos tiempos de lucha por la libertad.

Antoine había tomado tan a pecho la revolución, que hipotecó el piso que había heredado de sus padres para ayudar a la causa, y pasó el resto de su vida trabajando como un negro para levantar la hipoteca.

Al Banco donde se encontraba ahora, fueron entonces a sacar dinero para pagar el hotel, y se quedaron a dos palmos de narices, pues los Bancos habían cerrado sus puertas por miedo a la revolución de los claveles.

Hilarión propuso al director del hotel dejar a *Antoine* como rehén mientras él iba a la frontera y sacaba dinero para pagar. El director del hotel debió de ver la cara de pardillo y buenas persona de los jóvenes revolucionarios, y aceptó cheque, más mil pesetas para gastos de ir hasta la frontera a hacerlo efectivo. No había otra forma, porque la revolución así lo ordenaba, y, más que la revolución, la necesidad de cobrar de alguna manera.

De la revolución de Los Claveles se quedaron con media docena de jarras de porcelana blanca, pintadas, con fusiles y claveles rojos, (introducidos en ánimo fría del arma) que compraron en el rastro; y una borrachera descomunal en las bodegas de Oporto, donde les dieron a probar de todas y cada una de las enormes cubas, y para acompañamiento de la deliciosa bebida, sólo galletas saladas, poco fundamento. Las consecuencias estaban cantadas, pero como eran jóvenes aguerridos, revolucionarios, y bardos, pensaban que no podían sucederles desgracias tales a tipos como ellos, y acabaron zorros perdidos y vomitaron hasta la primera papilla.

Años más tarde, ese Banco fue escenario de un acontecimiento que marcaría la vida de Hilarión y de su compañero de trabajo, un perito in-

dustrial, que se hizo cargo de la delegación de Papeles Pintados S.A., empresa de la que Hilarión era director comercial para Europa.

Habían pasado quince años, pero a Hilarión le dio la impresión que había sido ayer. Lo único que demostraba que no había sido ayer era que él iba vestido de melero, pues nunca lo había hecho en Portugal, en Lisboa, que es donde ahora estaba comprobando que el Banco estaba en el mismo lugar, así como Teresa, completamente cambiada, vestida de traje y corbata, guapa de escándalo, a quien los quince años que habían pasado la habían convertido en un ser moreno, atractivo y maduro, mejorando lo difícil de mejorar; una muchacha que quince años atrás decía tener veinte, que más que veinte años parecían veinte besos morenos derramados por la piel.

Del viaje a Portugal sacaron: el perito, una esposa; y el afilador, amante. Teresa casó con Ignacio Menta, perito industrial, guapo de película *Western*, alto, rubio y desequilibrado mental, o, tal vez, sexual, ya que pensaba, y decía, que las mujeres a las que sonreía debían rendirse a sus insinuaciones por el simple hecho de mirarlas; a quienes más tarde llamaba por teléfono mientras se masturbaba física y mentalmente, para dar más potencial al flirteo y conquista.

Teresa se rindió ante este guapo de revista americana de modelos, pero antes mojó aquel pan Hilarión, sin querer. El Banco portugués era accionista de la empresa para la que trabajaban. Finalizada la visita al director del Banco, se despidieron de él en su despacho; la secretaria se encargó de acompañarlos a la salida. Dicha secretaría tenía la simpatía dulce y melancólica de los portugueses. Hilarión preguntó:

—¿Dónde podemos comer platos típicos de la tierra?

Teresa explicó dónde se encontraba el restaurante que, a su juicio, convenía a los señores, y se le ocurrió decir que sería más fácil si los acompañaba; y que no era ninguna molestia porque ella tenía que ir en esa dirección dentro de cinco minutos. Los acompañó, y en el corto ca-

mino que separaba la oficina del restaurante, al hilo de la conversación, Hilarión la invitó a tomar café con ellos después de comer, si aceptaba hacer de cicerone para mostrarles la ciudad que no conocían. Ignacio Menta, convencido de su éxito, insinuó a la secretaria:

–Si tienes alguna amiga, puede venir contigo, y a la noche cenamos juntos, y vamos al teatro.

–Veré que puedo hacer –contestó Teresa.

A las cuatro, Teresa y su amiga estaban en el restaurante tomando café, y, a las cuatro y media de la tarde, se quedaron solos Teresa e Hilarión, paseando por la ciudad, porque la amiga de Teresa se había marchado con el perito al hotel a hacer el amor y no la guerra. Ellos visitaron la ciudad. Al atardecer, fueron a un concierto de *Maurice Ravel*, donde presentaban el *Bolero* y *El Vals*, dos piezas musicales que Hilarión adoraba, y que conocía muy bien, porque eran las piezas musicales preferidas de su tío el afinador de pianos y por tanto, obligatorio amar la música de aquel genial compositor, que aunque, oficialmente, era galo, era bardo.

Teresa vio cómo Hilarión vibraba con la música y con el paisaje urbano que ella le mostró. Aquel hombre, que le pasaba bastantes años, la dejó embelesada, y, al parecer, se enamoró de él, como se enamoró del *Bolero de Ravel*, que había escuchado antes, sin prestarle atención; pero en un teatro, junto a un hombre como aquel, a quien la música transformaba en turquesa, verdiazul, algo celeste y misterioso, la transformó por dentro. *El Bolero de Ravel* la emocionó tanto que el tiempo que duró la siguiente pieza musical, *El Vals*, tembló sin poder evitarlo, agarrada al brazo de Hilarión, que notaba los estertores de la muchacha, como si de orgasmos se tratara. En el descanso, Hilarión explicó a Teresa cómo la música de Ravel no habla de amor, como tampoco lo hizo el compositor a lo largo de toda su vida, pero la belleza que contiene excita, en quien la escucha, la parte más sensible de su ser. En Teresa fue

el erotismo. Tanto es así que, terminada la velada, pidió a Hilarión un favor:

–Háblame de ti, y déjame que me desahogue mientras me hablas.

Hilarión habló más que de él de *Maurice Ravel*, y de la montaña que con su tío había convertido en anfiteatro musical por simpatía, y ella se desahogó en el banco del parque, en la oscuridad. Desde esa noche, Hilarión tuvo un nido, un jardín secreto, en Lisboa, a su disposición, a quien llamaba, sin que nadie lo supiera, ni tan siquiera su propio tío Gariquito, cuando necesitaba desahogarse física o sentimentalmente. Cuando necesitaba calor y silencio del tipo que fuera, llamaba a Teresa, se hallara donde se hallara: en África o en Oceanía.

Pasaron meses desde el primer encuentro, y el perito industrial, nombrado director de la Delegación, anunció que iba a casar con Teresa. Hilarión, sin decir nada, pensó: “Cásate y tendremos mujer.”

A los seis meses de haberse casado con el rubio, Teresa se dio cuenta de que era lesbiana; y al rubio, que era un florero sexual, o al menos eso creía, no le importó compartir comida y casa con la novia de su mujer; y, a puro de insistir, consiguió compartir cama; pero, pronto, las mujeres dejaron de compartir su cuerpo y su alma con aquel guapo. Ellas se amaban; el guapo no estaba a la altura, y no muy claro si amaba a Teresa o se amaba así mismo, como una flor a la que llaman narciso.

Como Teresa no podía disponer físicamente de Hilarión, su amor resultó platónico, musical, extraterrestre, fatídicamente hermoso. Enseguida descubrió que el deseo ardiente y la ternura que podía proporcionarle Hilarión, que no lo hacía más que por teléfono y una o dos veces al año físicamente, la arrastró a su amiga Clara, que también era amor dulce y delicado ensueño. Teresa construyó a Hilarión en su alma como amor platónico, amor musical, fálico. Era con el único hombre que realizaba acto sexual, pero de una sola forma: la felación; y de Pascuas a Ramos, cuando Hilarión viajaba a Portugal. Ella iba a buscarlo en

el coche al aeropuerto. Él tomaba el volante y ella, desesperada, incontrolada, salida de casillas lésbicas, descargaba la pasión y el morbo, en la bragueta de Hilarión, que se veía impotente ante aquella avalancha de furor.

Ahora se encuentra de nuevo, e inesperadamente, en el mismo banco. La puerta giratoria lo lleva al interior, y el aspecto, el traje de pana, llama la atención, porque el guarda jurado echa la mano instintivamente a la funda de la pistola.

Hilarión pasa a caja, presenta un cheque y su documento de identidad, y el cajero, tras comprobar los documentos, recibe una llamada telefónica, la atiende y comunica al afilador que el director desea hablar con él.

—¿Algún problema?

—No creo. Pase al despacho, por favor.

Camino del despacho pensó que las cámaras comunicaban con el despacho y que su traje lo hacía sospechoso. La puerta del despacho estaba abierta y en la mesa un ejecutivo de traje y corbata.

—Hola, Hilarión, ¿cómo estás?

Era ella, Teresa, la hermosa Teresa.

Se abrazaron y se tomaron tiernamente sus manos. Se miraron en silencio durante varios segundos, y ella, siendo como era su jardín secreto, preguntó:

—¿Qué es de tu vida? ¿Qué tal vives?

—A rastras, como el trillo. He venido a afilar tus cuchillos y los de tus paisanos.

Comieron juntos y supieron el uno del otro lo que necesitaban saber.

Supo que ella marchaba de vacaciones al día siguiente al norte de Portugal. No le importó. Al día siguiente, estaba de afilador donde ella disfrutaba de las vacaciones con su novia. Se veían a la noche un ratito y a pesar de que ellas insistían en que durmiera en el apartamento, al-

quilado para las vacaciones, él desaparecía y dormía donde le apetecía: al raso, en una pensión, en hotel o en camping, cambiando, por ver caras nuevas.

Cuando Teresa y su novia volvieron al trabajo, él volvió a casa; y se encontró a la familia destrozada por un nuevo dolor:

–La policía ha detenido a veinticinco personas en relación con el asesinato del padre de Patxi.

–Eso suele ser normal después de un atentado. Tienen que hacer ver a la población que son eficaces.

–Tu tío está destrozado. Han detenido a su ahijada.

–Pero si esa criatura no piensa más que en los caballos.

–Se ha declarado culpable ante la policía, aunque, ante la juez, ha dicho que firmó la declaración bajo torturas. La juez no ha hecho caso, y ha dicho que eso era práctica habitual entre los terroristas, que tienen orden de la organización terrorista de declararse ante el juez torturados por la policía.

–¿Algún conocido más?

–Dos sobrinos tuyos y dos sobrinos de Patxi.

–¿De qué Patxi?

–Del hijo del muerto. Hijos de un hermano de su mujer.

–El tío estará mal.

–Fatal. Alguien ha entrado en el caserío del infierno, han matado a los perros y han registrado todo de arriba abajo. Según tu tío, en vehículos especiales, tanquetas, escaladores, inspectores de armas nucleares y fotógrafos. En el registro sólo han roto una guitarra.

–¿Dónde está el tío?

–En el caserío, con tu madre y con el psiquiatra, que parece más afectado que el tío Garikoitz.

–Voy para allá.

Llegó al caserío y encontró a los tres jubilados oyendo música con

los ojos cerrados, con aspecto de hechos polvo por dentro, pero relajados, sin señales evidentes de depresión o dolor extremo.

–Dice que es inocente; y, si lo dice, lo será, se limitó a sentenciar Garikoitz Sarasate, que pese a que su ahijada (que en realidad era su hija) estaba en la cárcel, y todavía no había podido verla, estaba seguro de su inocencia.

Los demás no manifestaban opinión porque tenían ciertas dudas, cosa que exasperó a Hilarión, que en eso estaba con su tío, sin ningún género de dudas.

–Y qué más da que sea inocente si el juez no se lo cree –añadió el psiquiatra.

–¿Qué más da? Todo. La tranquilidad de conciencia –respondió Hilarión.

–Odio –añadió la madre–. Si es inocente, y no puede demostrarlo, morirá en la cárcel de pena, sabiendo que no es culpable..., si es que no ha sido la autora del crimen.

–Si ella dice que no, no ha sido. Quien tendrá que demostrar será el juez –dijo Hilarión.

–Pero si el juez tiene en su poder una declaración firmada por ella donde dice que fue ella ejecutor material del asesinato –precisó el psiquiatra.

–Pero lo ha desmentido.

–¿Y qué, si nadie la cree?

–Tío, ¿has estado con la familia de tu amigo, del muerto?

–Sólo con Patxi. Su madre y sus hermanos no quieren verme ni en pintura. Dicen que su padre no vive por mi culpa, que lo he matado yo, que mi hija sólo ha sido el brazo ejecutor.

–¿Dicen que es hija tuya?

–Se lo he dicho yo, para que no tuvieran duda de que es inocente.

–¿Y ha servido para algo?

–No. Para todo lo contrario. El único que está más tranquilo es Patxi, que no dice nada.

–Es comprensible. No puede decirse nada seguro mientras no se celebre el juicio y haya una sentencia firme. Y aún así, veremos.

–La familia la da por culpable. Patxi dice que prefiere esperar a cuando haya juicio. Entonces hablará.

–Y del caserío de diablo, ¿qué me dices?

Garkoitz Sarasate se levantó del sillón donde estaba repantingado y dijo:

–Vamos a dar un paseo. Necesito estirar las piernas.

Pasearon en silencio.

Al día siguiente era día de trabajo. Hilarión se reunió con el equipo, que estaba al corriente de todas las desgracias que habían salpicado al jefe del proyecto La Tienda de Bardenia.

–Olvidemos mis problemas familiares y personales y centrémonos en nuestro objetivo. El tiempo lo arregla todo.

–Así me gusta verte, muchacho –dijo con alegría el sardo andaluz, que era el optimismo en persona.

El galo catalán, “Chupete”, se limitó a hacer un gesto con las cejas hacía arriba, diciendo:

–Bueno, si tú lo dices, así será; pero yo creo que el tiempo lo único que hace es retrasar los problemas.

El maño no podía disimular su preocupación y para no dar su opinión ni hablar del asunto, salió por peteneras.

–Mira qué ha llegado a mis oídos.

–¿Qué ha llegado a tus oídos?

–Que nos inventamos todo; mejor dicho, que tú te inventas todos los datos del estudio económico previo.

–No le des importancia a las habladurías y a los bulos de gente mal intencionada.

–No le daría importancia, si las habladurías no provinieran del departamento de industria del Gobierno, de su propio director general.

–¿Has hablado con él para explicarle que los datos son reales, que los has tomado de una empresa importante del sector a la que tú asesoras, que son válidas y extrapolables para un estudio previo, y que los datos definitivos lo sabremos cuando las empresas que participen en el proyecto nos proporcionen sus datos reales y que con ellos haremos el proyecto determinante?

–Todo eso consta en el informe previo. No he hablado con nadie, porque si damos más explicaciones de las que se han dado, dará la impresión de que estamos justificando algo.

–Yo también he notado algunas reticencias y silencios sospechosos en la caja de ahorros y Monte de Piedad, cuando fuimos a ofrecer la opción de liderar el proyecto –añadió el comercial sardo.

–Abundando en ello, he de decir que detecté una corriente negativa en los empresarios afines a personas del departamento de industria. Dan largas para los análisis financieros de sus empresas, sobre todo de una empresa, que he descubierto que los dueños son hermanos del director general; y otra, en la que la caja de ahorros y Monte de Piedad participa. Temo que alguien quiere bombardear el proyecto. Por motivos políticos o de competencia –amplió Hilarión.

Sonó el teléfono personal de Hilarión. La persona que llamaba no podía ser otra que el responsable del proyecto del Gobierno, ya que Hilarión había dado orden de que no le pasaran ninguna llamada, a excepción de la de este personaje. Abrió el dispositivo del teléfono sin manos, para que oyeran los presentes la conversación, y dijo:

–Dime, Juanito, ¿cómo estás?

–Bien, ¿y tú? Las vacaciones te habrán relajado.

–Sí, un poco; pero he vuelto y he encontrado más barro que antes.

–Estoy al corriente de los acontecimientos. Tenemos que hablar.

–Cuando quieras. ¿Te va bien mañana? ¿Almorzamos juntos?

–De acuerdo.

–Elige restaurante.

–¿Fuera o dentro de la ciudad?

–Fuera. Me tomaré la tarde libre para que estemos tranquilos.

–A las dos, paso a recogerte.

–De acuerdo. No vaya a olvidársete como la última vez.

–Me ataré un nudo en el pañuelo.

–No olvides atar el nudo. Hasta mañana. Un abrazo.

–Hasta mañana.

Ya habéis oído. El jefe está al corriente de todo. Resumamos todo lo que nos interesa aclarar para que lo traslade mañana en la cita. Vamos a redactar un informe completo.

La lucha por el control de La Tienda de Bardenia, que el sardo consideraba asunto “hecho”, se convirtió en una batalla campal en la que primó el navajazo trapero, fundamentalmente, como al final descubrió el sobrino del afinador de pianos, que empezó a tomarse en serio las palabras de su tío: ”tú no eres la persona adecuada para llevar adelante ese proyecto. Hay muchos intereses de por medio.”

En la comida, el jefe político del proyecto, a quien el afinador llamaba Juanito, hizo preguntas (afirmando) que no le gustaron un pelo al afinador, “te has inventado datos”, lo que confirmaba los bulos que el maño había oído. Hilarión no se dio por enterado, o hizo como que no se dio por enterado, y contestó con otra pregunta respuesta: “Supongo que has leído el anteproyecto. Ahí viene el nombre de la empresa de la que se han tomado los datos para el estudio previo, y se pueden comprobar.”

Juanito siguió apoyando el proyecto, porque Hilarión confirmó que seguía con entrevistas a más de cien empresarios significativos, donde halló de casi todo, como en botica: indiferentes, incrédulos, escarmenta-

dos de aventuras anteriores de la Administración, que años atrás en alarde de euforia, después de una semana en Brasil a papo de rey, y reina mulata, con cuatro whiskys bien encajados en el cuerpo, en el aeropuerto de Río de Janeiro, los componentes de la “Delegación Oficial” respondieron unánimemente a una idea genial del Presidente del Gobierno:

–¿Por qué no ponemos una tienda de productos de nuestra tierra en Brasil?

–Antes hay que hacer un estudio de viabilidad –añadió el asesor financiero del Presidente.

–Si hay que hacer, se hace.

–Mi primo puede hacerlo.

–¿Costará mucho?

–La estancia de mi primo un mes en un hotel, y lo que pueda valer un estudio de mercado de este tipo en cualquier asesoría financiera, que, lo hará mi primo, y conseguiré que no sea muy cara.

–Pon manos a la obra, y que te den los fondos necesarios.

Y el proyecto no funcionó, a pesar de que el del estudio, el primo del asesor del Presidente, después de pasar un mes en Brasil a ritmo de samba, les dijo que ir a Brasil, en aquel momento, sólo se podía ir para eso, para bailar la samba.

A Hilarión le dio la real gana de explicarle toda la historieta del Presidente y cuadrilla a Juanito, para que viera que no se chupaba el dedo, y que si no funcionaba era porque estaba envenenado desde antes de empezar. Para demostrarlo tenía nombres y apellidos de personajes notables de la Administración, cámara de comercio, bancos, caja de ahorros, sociedades de garantías recíprocas, alcaldesa y marido, alcaldes y concejales, ministros, primos, presidente, hermanos y demás interesados, pertenecientes a la misma congregación piadosa que maneja los hilos del dinero, del poder y de la iglesia.

–¿Y no funcionó?

–Pregúntaselo a tu primo, que, a su vez, es primo del director general de comercio y turismo, que a su vez es primo del presidente de la cámara de comercio, que bebía en el aeropuerto de Brasil con su prima, la ministra de industria. Debéis tener algún enemigo en vuestro clan, y debe ser el director general de industria que tiene, además de dos hermanos con empresa familiar, muy mala leche, y una jefa de departamento envidiosa de no liderar el proyecto y alguna otra cosa que no digo para no enturbiar más.

–¿De dónde has sacado todo eso?

–Los parentescos están en los registros civiles, y la mala leche, la envidia y clientelismo es plato obligado entre vosotros los políticos y equipos técnicos.

–¿No vendrás a decirme que tengo yo toda la culpa del retraso del proyecto?

–No. Por supuesto que no. Tú eres el más interesado en que vaya adelante, porque, si sale, te nombrarán miembro del consejo de administración y, con un par de empresas más, tienes la jubilación honrosamente salvada, con buen sueldo de consejero de empresa, más la retribución máxima por jubilación. Y me parece bien, pero si no espabilamos, va a costar más que la obra del *Pilar de Zaragoza*, y puede terminar como el rosario de la aurora.

–Es cierto. Pero tampoco hace falta que te pongas así. Tienes mi total apoyo.

–Te juro que al pariente del de turismo que asistió a la primera reunión, le hubiera propinado dos hostias, por no poner más que pegas, en vez de confesar que no tenía un duro, y que lo que le interesaba era dirigir el proyecto desde el despacho de abogado, una vez en su poder la copia de nuestro estudio; pero como todos sois de misa y rosario, y parecéis santos mortificados por cilicio y disciplinas, me he tenido que joder y aguantar. No obstante, seguiré adelante.

Se despidieron sin tomar ni café ni copa ni puro, porque a Juanito le entraron unas prisas repentinas y había olvidado decir a Hilarión que tenía que estar en su pueblo, en Las Bardenas, en un funeral de un tío de su primo, que era quien manejaba todos los hilos de la familia, desde que el Caudillo preparó la guerra con el general Mola en Irurzun, y lo nombraron registrador de la propiedad, con tiempo suficiente para cuando la Cruzada campara a sus anchas, victoriosa, al paso alegre de la Paz, registrara a su nombre y a los de amigos lo despojado a quien tuviera que huir por pertenecer al otro bando. Y recuperar lo que gobiernos anteriores habían dado a los pobres, quitándolo a los ricos.

En pleno fragor de batalla por la conquista de la Tienda de Bardenia, Hilarión, que no era hombre fácil de arredrar, viniendo como venía de familia guerrera barda, acostumbrada a luchar a muerte por los suyos, a perder, a ceder, a ganar y a quedar en tablas, consultó con su tío. Hilarión, guerrero nato, consultó con su tío el afinador de pianos, artista y estratega en el pleno sentido de la palabra.

Garikoitz Sarasate, hombre no muy corpulento, más bien tirando a pequeñajo (comparándolo con su sobrino), delgado y fino como mimbre, compuesto de formas y vestido a la última, estaba siempre dispuesto para entrar en pantalla, en escena, en la ópera o donde hiciera falta su presencia. Manos de músico, cabeza despejada, quijada prominente y nariz afilada, ojos negros, orejas sin lóbulo, que con los años fueron haciéndose filetes albardados, como ocurre a la mayoría de bardos. Transmitía armonía, serenidad, quietud y equilibrio; todo envuelto en pátina de acero inoxidable, bruñido de color, adquirido en la *Compañía de Jesús*, que lo hacían impenetrable, indestructible sin frialdad, porque también sabía sonreír, aunque ante extraños lo hiciera en contadas ocasiones. Rostro sereno, sin rictus en labios ni en ojos, al contrario de lo que suelen aparece en los políticos, a quienes su propia naturaleza traiciona, pues la piel y los músculos se resisten a disimular tanta men-

tira, según la radiografía que Garikoitz hacía de esa clase. El afinador vigilaba su aspecto de pulcritud externa de una forma particular y odiaba la mentira y el engaño.

Era mejor tenerlo como amigo que como enemigo; era hombre de pocos principios, pero firmes; era hombre de fe venida a menos, por no decir cambiada de dirección, por la fuerza de la vida, de los hechos, de los indios del Amazonas, que lo convencieron de que el Dios Sol era el Dios que daba de comer y de beber, y que el Dios que predicaban él y sus compañeros, Dios de ricos, era el que les quitaba el pan y el agua en nombre del desarrollo, de la democracia y liberalismo económico; era el Dios que los mataba, los torturaba y los echaba de sus tierras para llevarse la madera y los pájaros.

Su sobrino fue a consultarlo al caserío del infierno y lo encontró descompuesto, nunca visto. Barba de varios días, cabellos largos y alborotados, como crines de bestia. Vestía chilaba negra y gris a rayas, hasta más abajo de la rodilla. Calzaba bota de monte bien atada, y, entre manos, sostenía una escopeta de cañones recortados. Gritaba al cielo, profiriendo alaridos y gritos ininteligibles, cual leona herida o primate “ferido” con lanza de sílex.

Aquel hombre que nunca levantaba la voz, que hacía del verbo una melodía, que hacía sonar palabras en su cabeza antes de hablar para limar asperezas, gritaba y disparaba la escopeta de cañones recortados asustando ángeles, arcángeles y a toda la corte celestial, que se le antojaba OTAN, Pentágono y sus mariachis. Semejaba a un liberado de secuestro, y no al ilustre músico *Ravel*, con el cual tenía asombroso parecido.

Le habían asesinado los perros y roto la guitarra, adornada de nácar blanco y miel, que había dejado en la silla frente al altar, como plegaria ferviente a quien profesaba devoción: Bardiniako Ama, a la Madre de Bardenia.

–¡Las fuerzas del orden han invadido el territorio pero lo pagarán caro! –gritaba, a los cuatro vientos, el afinador de pianos.

Con la detención de su hija, tras la muerte de su amigo, se llevó a cabo lo que él esperaba hacía mucho tiempo: el asalto a su central termo nuclear musical.

Él estaba preparado para ese momento, y activó, lo que llamaba en el lenguaje nuclear, *glándula pituitaria*, por el paralelismo de función defensiva que esa glándula desarrolla en el cuerpo, segregando hormonas que provocan estornudos y mecanismos de defensa del olfato y sistema respiratorio.

Supo enseguida de qué se trataba, y lo controló con su sistema electrónico instalado por un científico ruso, años ha: mecanismos visuales y auditivos, táctiles, gustativos, olfativos y de equilibrio.

Las brigadas antiterroristas, disfrazadas de ninjas, armadas hasta los dientes, armas sofisticadas última generación, experimentadas en la última guerra de Irak (y en África), sin compasión, cuyos informes de eficacia fueron calificados de eficientes “mucho más allá de lo esperado e imaginado”, brigadas antiterroristas al mando del Comandante en Jefe, quien dirigía in situ la operación, a pesar de que fueran las dos de la mañana, hora en que los jefes están con la querida de turno, o roncando a pierna suelta junto a sus esposas, pensaba el afinador de pianos, mientras contemplaba en la pantalla el rostro autosuficiente del comandante en Jefe, desconocedor de las virtudes de los montes y bosques equipados con sistemas de radares ultrasónicos con los que Garikoitz podía ver con detalle hasta los huesos del comandante cuando sonaba mocos o arrojaba ventosidad anal, actos que aquella noche realizaba repetitivamente, ya que a la sazón había cenado borraja con patatas, y alubias rojas con ajo y berza, de segundo, asaz flatulentas y olorosas.

Los aires íntimos, contaminantes por fétidos, no dejaron títere con cabeza a su alrededor, lo que hizo que sus subordinados salieran al ata-

que, y al asalto del “pianista”, que así tomó el nombre la operación secreta antiterrorista más preparada de la historia contemporánea.

Garikoitz veía en la pantalla cómo se acercaban desde el camino romano, destrozado por el tiempo, y no reparado aposta para evitar la cercanía de extraños. El jefe operativo dio orden en voz baja de avanzar. Los ninjas equipados con radiotransmisores ultrasensibles, colocados en oídos y garganta para recibir y emitir mensajes sin que les oyera su propia manga de la camisa, avanzaron.

—Adelante mis muchachos, a por ellos —susurró con firmeza el comandante en jefe—. De frente y por los flancos. Envolved el objetivo.

Y se oyó en el firmamento, como si Dios estuviera tomando el pelo a la OTAN, que es el Dios de los ricos en la tierra:

—¿Cómo lo envuelvo, comandante, en papel de aluminio o al vacío? ¡Adelante mis muchachos, que son pocos y cobardes! ¡Si son mil, quietos en Lerín! ¡Si mil quinientos, en Lerín quietos!

—¡Me cago en tu padre! —gritó el comandante en jefe de los ninjas—. ¡Rodríguez, baja el volumen! ¡Eres tonto o comes mierda! Vas a echar al traste la operación secreta.

Los perros del caserío se volvieron locos de risa. Ladraban a los cuatro vientos, aumentando el sonido de sus ladridos por simpatía. Las fuerzas de seguridad, y sus jefes, percibían los aullidos de los perros como si estuvieran a un palmo de sus narices. Sus propios aparatos hacían de receptor amplificador de los de la naturaleza, de los domesticados por el afinador de pianos, ocultos a lo largo del territorio entre rocas, en forma de menhir, y dolmen, elementos misteriosos que los primitivos bardos colocaron en aquel lugar para que los dioses celebraran akelarres. Nunmulites, Amonites, fósiles de caracoles, caracolas, caracoletas y de cangrejos, convertidos en chip ultramoderno y transmisor fino, ampliaron los ladridos en rugidos de dragones a un metro de distancia. Los “números”, y los mandos, se tornaron azulete. La diarrea, no

contemplada en los códigos de conducta de especialista de terror, hizo aparición en sus intestinos, al creer que los perros se tragaban sus cabezas y sus pelotas.

El olor de su propia descomposición azuzó su desesperación y después de dos horas de espera, envueltos en su propio aroma, el alto mando decidió el asalto definitivo. Corrieron y saltaron sin orden ni concierto bajo los alambres de espino y el muro de piedra, lanzando escalas, y saltaron al prado. Encontraron dormidos a los perros guardianes, relajados de tanto ladrar y reír a mandíbula batiente, del susto infringido a los pobres guerreros de unidades de élite. El comandante en jefe dio orden de ejecutarlos, y así lo hicieron de inmediato: los dejaron como un colador. Garikoitz puso en marcha las presas de contención de agua, y el molino nuclear comenzó a funcionar con la fuerza del agua que llenaban sus cangilones y la energía oculta que guardaban bajo su apariencia de inocente y bucólico molino.

Se ocultó en el interior del refugio nuclear, bajo los herrumbrosos cangilones rebosantes de agua, y los sistemas musicales de defensa emitieron la primera nana espacial que hizo llorar y temblar de ternura a los matones de la Ley. Las montañas lloraban y gemían por simpatía. Los cantos, rotos al viento, del gitano Tomatito, El Berenjena y El Gazpacho, rompieron el alma del comandante en jefe y de 63'29% de los ninjas, que eran oriundos de Al Andalus, a quienes en vez de dar trabajo, les dan armas para asustar y matar a gentes de otras tierras, que aman tanto como ellos la suya, y darían su vida por defenderla –pensaba en su desesperación el afinador de pianos, al computerizar el acento sureño de los asaltantes.

Cuando llegaron las fuerzas del orden a la capilla de Bardeniako Ama, vieron la silla con la guitarra de adornos de nácar blanco y miel en el centro, sola frente al altar, y sonó la voz misteriosa, llena de alma, de un “cantaor” flamenco, ya muerto, que los amantes del arte y de la

vida amaron y aman, que respondía al nombre de Camarón. El coronel que comandaba aquel batallón se lanzó contra la silla, “loco perdió”, y destrozó la guitarra. El sonido cortante de las láminas de nácar por el aire activó el sistema musical nuclear y sonó el violonchelo de Pau Casals, que llenó el amanecer de cantos de pájaro, y, por simpatía, resonó en todo el planeta. Los aviones ultrasónicos de la OTAN y del Pentágono, fueron enviados con alerta roja a Bardenia; y, de paso, hicieron fuego sobre amapolas de Las Bardenas, en ejercicios de preparación para lo peor. Casi se estrellan doce de ellos contra el Pilar de Zaragoza, porque los pilotos, en vez de órdenes de ataque, oían canciones de amor en todos los idiomas, (entre otros, aquel canto religioso del mes de mayo “con flores a María, que madre nuestra es”) en los que se emitían mensajes en forma de verso. Los pilotos judíos, que habían abandonado Israel para no ser asesinos, volvieron a la base; y tres catalanes, que estaban preparándose para ir a Marte, desertaron por amor a Pau Casals.

El resto sufrieron espasmos cortos y fiebre alta, infectados por el virus, mortal de necesidad, de pacifismo utópico, y, antes de caer sobre la Casa Blanca de Estados Unidos, fueron derribados en el abisal triángulo de las Bermudas, que es donde desaparece lo que no interesa, en un pis pas, que para eso son electrónicos.

Las pérdidas fueron altas; pero vino bien a los ejércitos que ello sucediera, para concienciar a los socios de la OTAN del peligro de la música nuclear y de la necesidad de aumentar presupuesto para mejorar los sistemas de destrucción masiva.

–Comandante en jefe, póngase en pie y escuche –se oyó en el espacio y en los auriculares personales de todos los participantes en la operación de asalto, incluida la NASA, traducido a siete idiomas de forma simultánea–. Escucha, comandante –prosiguió la voz–. Nuestro límite de velocidad es la luz. El diagrama del espectro electromagnético, desde la longitud más corta (rayos gamma) hasta la más larga (ondas de radio)

será vuestra perdición, en forma de canto. El amor penetrará en vuestros huesos en un invierno nuclear, que nacerá aquí, el magma del corazón de la tierra. Tenemos poco tiempo. Solamente cinco mil millones de años para reconciliarnos, y huir, porque la tierra se acaba. Estudia el calendario cósmico. Queda solamente el mismo tiempo que hemos consumido. No es mucho. Estudia esta fórmula: $N = N^* \cdot f_1 \cdot n_1 \cdot f_2 \cdot f_3 \cdot f_4 \cdot f_5$.

N = número de civilizaciones técnicas avanzadas en el espacio;

N^* número de estrellas en la galaxia Vía Láctea;

f_1 fracción de estrellas que tiene sistemas planetarios;

n_1 número de planetas, en un sistema dado, ecológicamente adecuados para la vida;

f_2 fracción de planetas adecuados de por sí en los que la vida nace realmente;

f_3 fracción de planetas en los que una forma inteligente de vida, evoluciona;

f_4 fracción de planetas de seres inteligentes en los que se desarrolla una civilización técnica comunicativa;

f_5 fracción de una vida planetaria agraciada con una civilización técnica.

Todas las f es son fracciones que tienen valores entre 0 y 1; e irán reduciendo el valor de N^* .

Si nos limitamos a nuestro planeta, f_5 es, por ahora, inferior a 1/10 a la octava potencia; es decir, una millonésima de uno por ciento.

Besos.

Lógicamente, el comandante en jefe no entendió nada de nada. Pero alguno de la NASA sí entendió, porque es el mensaje que Carl Sagan envió tiempos atrás, que explica cómo habitamos un planeta que existe fuera de la lógica física por debajo del 1 por ciento; que se encogerá como una pasa, y, antes de que eso ocurra, hay que habilitar otro asenta-

miento, lejos o cerca, para poder estudiar el resto del universo, al parecer tarea ardua, si somos los únicos para llevarlo a cabo.

Inmediatamente después, sonó La Bella Molinera en el espacio y en los auriculares personales de los que habían participado en la operación, incluida la NASA. La voz suave y envolvente del tenor, acompañada por el piano, cantó para la humanidad tres *lieder* de *Franz Schubert*: el Saludo Matinal, las Flores del Molinero y Lluvia de Lágrimas. El comandante en jefe no lloró porque no tenía los oídos acostumbrados más que a sonidos de armas (cuanto más ruido, mejor le sonaban); y porque la diarrea se había llevado de su cuerpo todo líquido disponible para emoción. Pero notó un cambio súbito en su ser, y tuvo curiosidad por conocer esas melodías.

—Por algo se empieza —dijo Garkoitz, que controlaba los efluvios cerebrales del comandante en jefe, desde que posó sus reales en el monte termonuclear.

Días más tarde, el comandante comentó en su casa, a su mujer y a sus hijos, el incidente; y les hizo un gran favor, porque siete días más tarde cumplía años (y pasaba a la reserva) y no sabían qué regalarle. Sólo gustaba de libros de guerra, cromos de aviones y máquinas de matar. Poseía todos los cromos y libros de guerra editados y no había nada nuevo. Aprovecharon la ocasión, y le regalaron música: La Bella Molinera, y música de George Brassens, que francés sí entendía, porque había nacido en Haití, cuando a su padre, militar también, lo desterraron, por rebelde, al Caribe.

Le regalaron esos dos compactos, más que nada para que viera la diferencia entre uno y otro. Y picó en el anzuelo. Dejó el ejército, y hoy en día es uno de los mayores exponentes de la lucha de los pueblos oprimidos; y en la última manifestación en contra de la globalización ultraliberal del poder de los ricos, le sacudieron más palos que a una estera, por rojo.

El día del gran asalto, las brigadas especializadas en fotografía rastrearon los lugares del caserío, y del entorno, para analizarlas en laboratorios NASA, tratando de explicarse cómo aquella minúscula zona del planeta generaba semejante cantidad de energía. Pensaron echarle la culpa a San Francisco Javier, bardo huido de la justicia y reencarnado por mandato divino.

Cuando Hilarión llegó al caserío nuclear, contempló con horror a su tío disparando al aire con la escopeta de caños recortados, con los pelos alborotados, ataviado de chilaba y con botas de montaña, cuadro que a cualquiera hubiera inducido a risa o amedrentamiento, pero a Hilarión, el estado lamentable en el que encontró a su tío, le provocó una seria preocupación.

Estaba sufriendo demasiado. El refugio idílico que había construido para huir de la crueldad, se había convertido en un infierno. El dolor se había incrustado en sus huesos y lo transportaba con él a donde quiera que fuera. Se dio cuenta de que el mar, la montaña, el bosque y el cielo, funcionan al margen del dolor y de la alegría, aunque para él es el hombre quien llena de sentido la marcha del universo cuando lo contempla y es consciente de la visión; mas, a pesar de eso, el universo continua implacable, indiferente a su mirada.

El alma de Garikoitz Sarasate crujía pocas veces y una de ellas fue esta. El alma de Garikoitz Sarasate temblaba muchas veces ante la belleza, ante el más hermoso lenguaje sin fronteras, la música; pero esta mañana no temblaba, crujía ácido. Un dolor nuevo había aparecido en su espectro; él, que creía completo su catálogo del dolor, con instrucción de uso y reparaciones en siete idiomas, como un electrodoméstico de última generación, sufría de dolor frío y nuclear: el dolor de una hija torturada y encarcelada; acusada de asesinato, de pertenencia a banda armada, y un rosario interminable de delitos que él estaba convencido que no había cometido, porque había mirado a los ojos a su hija, el día

que, por fin, pudo visitarla en una cárcel a mil kilómetros de distancia, y le dijo que ella no había sido, que le arrancaron la firma de un documento que ni tan siquiera podía saber qué estaba escrito, porque estaba en blanco; y ella, tras cinco días sin dormir por ruidos estremecedores, desnuda, perro rabioso delante, con focos de luz que la persiguieron durante los cinco días, subida a taburete de hierro con cables colgados de los pezones, encapuchada, tras practicar con ella con bolsas de plástico hasta dejar de respirar, después de introducir su cabeza en una bañera llena de agua, meada, tocada y mordida por perros y por guardianes, firmó y escribió de su propio puño y letra que sí, que todo lo que podían escribir en ese papel en blanco era cierto, y una vez firmado se desmayó de dolor, de soledad, de impotencia, de terror, mientras oía: “Si se muere llénale los pulmones de agua del río. Y títala.”

La juez que la interrogó era flaca, seca; mientras ella denunciaba torturas, la juez comentaba con su ayudante que se le hacía tarde para recoger a sus hijos del colegio; no se enteró ni quería enterarse de lo que ella declaraba, y la envió a la cárcel sin creer nada de lo que ella declaró, porque ni tan siquiera escuchó lo que relataba, que era ni más ni menos cuanto le había explicado a él entre rejas y entre lágrimas:

–Señora juez, yo no he sido.

Y la juez, sin tan siquiera mirarme a la cara, contestó:

–Siempre estamos con la misma historia. Usted se ha autolesionado contra la pared. Llévensela a prisión.

Garikoitz Sarasate gritaba a los cuatro vientos, disparaba a los cuatro vientos, maldecía a los cuatro vientos, para que se oyera por altavoces del mundo; pero la montaña, el bosque, no emitió nada. La “simpatía” falló, porque no estaban acostumbrados a recoger estos sonidos, estos lamentos, nuevos para ellos, que habían nacido esa mañana..., en la que el afinador de pianos quiso vivir de nuevo para reventar el mundo. De ello lo salvó su sobrino, que se acercó y lo tomó de la cintura como a un

niño caprichoso y enrabietado; lo agarró bajo el brazo, en el aire, y dijo muy suavemente:

–Ya basta. Así no solucionamos nada. Vamos a pensar.

–Soltaré la válvula de seguridad si la condenan por algo que no ha hecho.

–¿Y todos saltaremos por los aires por culpa de una juez criminal? ¿Eso es todo lo que se te ocurre a estas alturas de la vida? ¿Tú, que has redimido el dolor de los demás con la fuerza de la música, sin armas, quieres detonar el sistema nuclear?

–Cuando vienen a matarte a tu propia casa, debes defenderte. No es lo mismo el dolor ajeno que el propio.

–Habrá víctimas inocentes.

–Miras la realidad con un solo ojo. Si la miras con los dos ojos, comprobarás que hay más víctimas por la tortura y la guerra que en el otro lado.

–Hay que terminar con la espiral. Hay que obligar un pacto.

Caminaron juntos hasta la puerta del molino termonuclear, y el sobrino, abriendo la puerta, dijo fríamente:

–Adelante. Suelta la válvula. Quiero morir contigo.

Garikoitz Sarasate miró a los ojos a su sobrino y contestó:

–Vamos a la capilla. Quiero oír música.

Hilarión sabía que esa era la señal del cristiano mártir, saliendo al anfiteatro a que los leones se lo coman ante el emperador, ante el pueblo, hambriento de pan y toros. O la señal de progresiones geométricas de “ojo por ojo, ojo al cuadrado”.

–Vamos.

El sobrino detuvo al tío ante el rosal amarillo de la puerta de la capilla, repleto de capullos; prietos algunos, abiertos otros; rosas abiertas, con toda su belleza y fragancia, desesperadamente abierta a la vida.

Entraron en la capilla. Garikoitz se hincó de rodillas ante el altar

desnudo. Visto de espalda, más parecía espantapájaros destartado, con los brazos en cruz, que músico con alma rota. Hilarión tomó en la flauta dulce, la hizo sonar como una lágrima temblorosa. Tembló el aire. Garikoitz se sentó al piano e improvisó melodías.

Hilarión siguió la pista musical de su tío hasta la extenuación. El afinador de pianos hablaba, mientras creaba música, sobre cosas incongruentes, sobre estuarios y mezcla de aguas dulces y saladas; explicó a la virgen, la tenebrosa y difícil vida de músicos a quienes el dolor y las dificultades habían ayudado a crear belleza, sonidos y contrastes profundos, melodías mágicas, bálsamo de tormentos; también compositores célebres que no tuvieron vidas tormentosas sino más bien cómodas, muelles y dulces, y citaba a Mendelshon, que a pesar de no haber sufrido tanto como Beethoven y otros, creó hermosas melodías.

Entre tanto, interpretó música de compositores que citaba, como si de un concierto de música dramática o lírica se tratara. La imagen del estuario le mandaba versos a la boca, versos que hablaban de aguas saladas que el calor eleva hasta el cielo creando nubes y transformando las aguas salobres en dulces, en forma de nubes; y estas, en fértiles riachuelos tras la lluvia, creando vida y volviendo al seno de la mar, para una y otra vez, en viaje cíclico, circular y eterno, volver a empezar sin sentido, porque sí.

El color llegó a su rostro, y el bosque, la montaña, los pájaros y los ciervos se recuperaron del espanto nuevo que su maestro de música “por simpatía” había clavado en lo más hondo de su ser vegetal y animal. El cono truncado a bisel recuperó su color; los menhires, su dureza y su rigidez; y los dólmenes, su redondez, su espacio; apareció de nuevo la sonrisa del Jorge Oteiza de terracota, viejo amigo del jesuita, que presidía el altar como sacerdote de la belleza del vacío y sonreía para aliviar el dolor del afinador de pianos, porque comprendía a Garikoitz Sarasate en su nuevo dolor.

Garikoitz Sarasate reconcilió su espíritu, pero por aquello de a Dios rezando y con el mazo dando, envió siete mensajes cifrados para saber quién había sido el responsable del interrogatorio de su hija.

Relajado, besó el suelo, y salió con su sobrino al caserío. Se duchó con agua tibia y perfumó su cuerpo con agua de colonia, que él mismo había elaborado con lavanda, recogida con sus propias manos en Las Bardenas. Hilarión ungió sus heridas con crema de caléndula, también recolectada en Las Bardenas, heridas que rocas, sol y ortigas habían infringido en el cuerpo, insensible por la rabia, del músico; y después de tomar tila, del tilo que había en la trasera de la capilla, pronunció unas palabras que llenaron de asombro al sobrino:

–Hay que abrir este espacio al mundo. Que me perdone el ruso.

Y marchó a su habitación en silencio.

El afinador de pianos llegó a ese pozo de paz hace muchos años, con la intención de ser un objeto más entre los que existen en una montaña de hayas y robles, abetos y silencio, de la fauna y flora que corresponde a esas latitudes. Huir del mundo siendo una pieza más.

Con el tiempo y con la ayuda de su amigo el científico ruso (a quien ayudó a escapar del espionaje americano y soviético, en Lima), fue dándose cuenta de que las leyes de la física, aplicada a la música, pueden cambiar la aspereza del mundo. El científico ruso trabajaba en las profundidades de la sima, junto al molino, para controlar la energía atómica, que nacía allí mismo, silente, de la fuerza del calor de las entrañas de la tierra. Mientras, el afinador de pianos descubrió que los monumentos megalíticos se comportaban de manera extraña al contacto con la música. El comportamiento de megalitos ante la música le hizo pensar en alucinaciones peligrosas; mas no, cantaban por simpatía, eco simultáneo nacido del fondo del ser pétreo.

Esta serie de circunstancias hicieron que decidiera transformar la selva en una alcoba de melodías, y animales y plantas en coro, con

ayuda de otro músico, Sergei Prokofiev, que compuso para que los niños aprendieran a distinguir el timbre de diferentes instrumentos de la orquesta: los pájaros, la flauta, y Garikoitz Sarasate enseñó a los pájaros a cantar, por simpatía, cuando sonaba la flauta; el oboe era el pato, y enseñó a patos, palomas y aves migratorias a cantar, por simpatía, cuando un oboe sonaba; el clarinete era el gato, y Garikoitz Sarasate enseñó a felinos y rapaces a cantar, por simpatía, cuando sonaba el clarinete; tres trompas eran el lobo, y de la misma forma, los lobos, animales de compañía, perros, gamos, ciervos etc., etc., cantaron por simpatía cuando la trompa. Y así, sucesivamente, con todos y cada uno de los instrumentos, a los que incorporó el pinkullo, flauta larga con cuatro agujeros; la flauta múltiple, y el arpa, instrumentos milenarios en la cultura peruana; además de ondas Martenot, txalaparta y sintetizadores. Todo ello formaba el potencial instrumental de aquel paraje único. Además de su belleza natural, el bosque sabía cantar de una forma ordenada, armónica y rítmica. Parecía un sueño, pero tío y sobrino lo hicieron realidad. Sueño que hizo olvidar a Garikoitz Sarasate que el dolor también existe, no sólo para los demás, sino también para él y los suyos.

Hilarión empezaba a caer en el mismo pecado, pero el trabajo de la Tienda de Bardenia lo despertó de su letargo y si a eso añadimos el dolor de ver a su tío en lucha por la vida, se comprenderá lo que en adelante ocurrió.

El viejo Garikoitz, antes de retirarse a sus aposentos, habló de “abrir ese espacio al mundo” y de que “lo sentía por el ruso”. Esas dos frases unidas, para Hilarión sólo tenían una interpretación, y pensó en dónde podía comprar una mesa de roble con cabida para treinta personas o quién podría hacerla. Pensó en las personas que debían inaugurar la apertura y apuntó en un papel a los amigos que quería que estuvieran en la inauguración y lo dejó encima de la pequeña mesa. Pensó en los nombres que había escrito, y comprobó que en la lista no había nadie

de la familia, si exceptuamos a Leire Sarasate. Esto le hizo pensar en su esposa e hijos y en las mujeres que había visto en su gira anual de afilador.

Con la mente en ebullición, se tumbó vestido (sin zapatos), y se durmió profundamente.

Cuando despertó, tras recorrer infancia, adolescencia y juventud en sueños, se sentía bien y pensó que el próximo año debía acabar todo lo que había empezado o mal terminado en su juventud. Sería una bonita experiencia.

No pudo degustar la nueva idea mucho tiempo porque el afinador de pianos despertó antes que él, y estaba afinando uno por uno los instrumentos colgados de las paredes, que eran multitud, como si de la preparación de una batalla final, en una guerra final, se tratara.

–Estoy quitando el polvo.

Mala frase para disimular. En aquella casa podía haber de todo menos moscas y polvo, mientras el afinador estuviera vivo.

Al ver a su tío sentado en el suelo, limpiando el arco de un violín, Hilarión recordó su infancia cuando su abuelo se negaba a ayudarle a recoger juguetes, después de jugar con él a piratas. El único que había recogido hasta el momento algún juguete era el abuelo y se negó a seguir haciéndolo mientras el nieto no lo hiciera, y el nieto, en este caso tenía que reconocer que era él, Hilarión Iparraguirre Sarasate, espetó al abuelo:

–Abuelo...

–No me hables hasta que hayas recogido. Los juguetes que hay en la cesta los he cogido yo, y tú no haces más que hablar sin recoger ni uno.

–Abuelo...

–¿Qué?...

–Estoy pensando una cosa de ti que no te la digo porque si te la digo te vas a cabrear.

El niño Hilarión tenía cinco años y el abuelo lo miró asombrado y susurró:

–Como para enseñarle álgebra al mocoso este.

Eso mismo pensaba del tío en ese momento, pero en lugar de decir esa frase, peligrosa a cualquier edad, para reclamar atención, dijo:

–Quieren hacerme gobernador.

El tío paró de limpiar el polvo, sonrió, sin decir nada, pensando que su pobre sobrino estaba tan sorprendido y asustado del comportamiento de su tío que no sabía cómo elegir un chiste que apartara de cabeza los tormentos que le hacían sufrir, o que estaba muy, muy tocado de la mandarina.

–Quieren hacerme gobernador –repitió Hilarión.

–Ya te he oído. ¿De dónde? ¿De la Ínsula Barataria?

–No. De Bardenia.

–Quien te ha querido gastar esa broma tan pesada.

–Va en serio.

–Y tú, ¿lo has tomado en serio?

–Muy en serio.

–No estás bien de la cabeza.

–Si tú lo dices...

–En nuestra tierra, a los gobernadores no los quieren ni en su casa.

–Ahora ya no son gobernadores. Son subdelegado del gobierno.

–Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Son los mismos perros con distintos collares.

–Dicen que yo conozco bien las dos orillas.

–Pero qué orillas ni qué niño muerto. Nuestra tierra no tiene orillas. Nuestra tierra sólo tiene una orilla. La historieta del mar rojo es un cuento de la Biblia, que estaba muy bien para aquellos tiempos que no se explicaban muchas cosas, pero, ahora, los cómicos hacen chanza, burla, chirigota y bufa de relatos bíblicos, en los concursos de chistes.

–Es el libro sagrado.

–Eso no se lo creen ya ni los ignorantes. Es un cuento muy bonito, pero cruel. Y además, no sé por qué tienes que meter la Biblia en estos asuntos.

–Has sido tú quien ha sacado a colación la Biblia.

–Ha sido para ilustrar el chiste.

–No se trata de ningún chiste. Creen que en nuestra tierra hay un conflicto que divide a la sociedad, y genera violencia. Lo comparan con el río que divide dos orillas, que coinciden con las dos formas de pensar.

–Me sorprende, gratamente. Hasta ahora no han querido reconocer conflicto. Son tan estúpidos, que para que no existan problemas, los niegan. Aquí no pasa nada. Habló Blas, punto redondo. Tal vez haya sucedido un milagro. Nunca te fíes. Algo buscan. Algo están buscando en las dos orillas. Mírales al bolsillo. Si no hay mucho dinero de por medio, no harán nada. Lo de las dos orillas es una entelequia. Aquí no hay más río ni más río que los ciudadanos. La cosa es muy sencilla. Existe una cosa que se llama preguntar. Y esto se hace cada día a cualquier nivel, en cualquier sociedad, negocio o familia. ¿Qué piensan los ciudadanos? Ese es todo el misterio y las orillas y el río y el mar y el cuento de nunca acabar. Y cumplir lo que ellos digan. Y punto. Lo demás es ganas de tomar el pelo al personal, que no se chupa ni chupará el dedo, como le gustaría a quien detenta el poder. Es muy sencillo: en una familia, cuando los hijos se hacen hombres y mujeres, maduran, deciden si casarse, quedarse solteros o irse a vivir solos o acompañados. Y si se casan, y no están a gusto, se separan, a ser posible sin broncas. Ese es el misterio del conflicto, la orilla blanca y la orilla negra. Y cuando en la casa común no te tratan bien, te insultan y te obligan de malas maneras, te rebotas y montas el número. Y te marchas. Aquí no hacen falta ni delegados ni subdelegados ni gobernadores. Somos mayorcitos y sabemos arreglar nuestros asuntos solitos. El resto son ganas de marear la perdiz para seguir como siempre, para chupar del bote: la ley

del embudo. Si quieres hacerte gobernador, delegado o subdelegado, te haces, pero no harás más que el ridículo si no informas bien a los ciudadanos y preguntas qué quieren. Todo lo demás son monsergas y excusas de mal pagador.

–Tú arreglas todo rápido.

–Como tiene que ser. Sin marear a la gente y sin mentir. Después pasa lo que pasa.

–¿Qué pasa?

–Que matan a la gente. Que matan a la gente por pensar distinto. Y eso es locura que ocurre como reacción, porque hay gobernadores y cosas por el estilo para mandar sin preguntar a los ciudadanos qué quieren, que son los que pagan, tanto a los que mandan como a los que torturan.

Hilarión, que quería despistar a su tío, se vio atrapado y no sabía cómo salir del atolladero. Y salió por peteneras.

–Me marchó.

–¿Adónde?

–A donde cagó el conde.

–Buen viaje.

Se marchó, pero adonde fue no lo tenía más fácil. Su equipo de trabajo estaba ultimando detalles, flecos, florituras –en opinión del sardo–, que ya había agotado su cota de trabajo.

El derecho a socio de la Tienda de Bardenia se adquiría cuando se pagaba la cuota de entrada, dinero que servía para hacer el estudio de viabilidad. Junto a la cuota de entrada, los socios debían aportar los datos de la empresa que el maño solicitaba.

Hilarión decidió realizar ese trabajo él solo. Estaba claro que algo o alguien estaba poniendo palos en la rueda del proyecto, con la excusa de que “unos extranjeros habían venido a poner en marcha algo que los bardos podían hacer perfectamente sin ayuda”, y más importante:

“Los empresarios no necesitan que nadie les diga qué deben hacer.”

Empresarios que... habían oído decir..., comentar..., y cuando el río suena, agua lleva...

En definitiva, que había más barro del que parecía. Y prensa, radio y TV estaba a punto de entrar en el conflicto, azuzados por quien quería aprovechar las aguas revueltas, y, a río revuelto, ganancia de pescadores.

Hilarión estaba dispuesto a cortar por lo sano. Pero antes quiso invitar al variopinto equipo al caserío atómico, que en adelante decidió llamarlo Pentagrama.

Invierno. La nieve y el viento frío atacaban sin piedad el entorno del caserío Pentagrama. Los invitados, el equipo de la Tienda de Bardenia, que procedía de lugares más cálidos, tiritaba, pese a la ropa de abrigo que portaba. El maño resultó ser el más friolero, aunque, en principio, debiera ser el menos afectado. Nacido en los Monegros, “allí hace de todo, y mucho. Mucho frío en invierno y calor en verano” —explicaba el catedrático a sus socios. Llevaba muchos años afincado en Barcelona y la suavidad del Mediterráneo había ablandado su piel.

El sardoandaluz soportaba cualquier cosa menos el tiempo gélido. El único hielo agradable para él, el del gintonic que tomaba todos los días del año en cantidades considerables.

El galo catalán, “Chupete”, soportaba muy bien el frío; aunque no lo pareciera, por la moquita que colgaba de su nariz, más por efecto de estornudos de coca, que por el frío de verdad, que “todo lo que viene de fuera, no mata”, según su filosofía.

Garkoitz Sarasate esperaba a los invitados vestido y compuesto como para la ocasión. Los recibió sin ceremonias, pero elegantemente, como sólo él sabía hacerlo, como a invitados de palco en teatro donde se ejecuta partitura importante. Sobrio y sencillo, afable y silencioso, amable y elegante, con la elegancia que da a bailarines de ballet los andares y a los músicos la armonía.

—Caballeros, os presento a Garkoitz Sarasate, mi tío.

El caserío, caliente y oloroso como una hogaza de pan recién sacada del horno de leña. Se pusieron cómodos; tras deshacerse de la ropa de abrigo, pasaron al salón museo comedor cuarto de estar. En la mesa de roble viejo, una serie milagrosa de aperitivos: pinchos elaborados con frutos naturales de huerta, de mar y de la montaña. Vinos, cava, anchos vasos de sidra vacíos, recipientes preferidos del afinador de pianos por el sonido que proporciona al oído y al tacto. Y diversas copas de tulipa para el cava.

El primero que tomó tulipa en manos fue el sardo andaluz, la contempló, le dio la vuelta, la volvió a poner en su sitio y dijo:

—Señor, Gari... koi... —y se atascó; los nombres bardos para un andaluz no son precisamente su fuerte—..., terminado en tz..., este territorio es como esa copa, un circo. Mejor dicho, un anfiteatro de cristal.

Garkoitz Sarasate tomó una botella de cava de la cooperativa de Alella y escanció lentamente el brillante líquido, mientras pronunciaba estas palabras:

—Ustedes los árabes llevan la belleza en la sangre. Brindemos por Al Andalus.

No estaba al corriente el viejo músico de que aquel elemento que tenía delante era más de derechas que el Papa polaco Woytila y su sucesor Benedicto, juntos, y pillo redomado. Había soltado aquella frase porque la oyó a Hilarión el primer día que lo conoció. Tenía buena memoria y sabía utilizarla en el momento más oportuno para encantar. Y, efectivamente, encantó a Garikoitz Sarasate, quien, zorro viejo, supuso que aquel halago era cumplimenta de comercial pillo, pero elegante.

Chupete entró en el recinto sagrado del afinador de pianos sin puro en ristre y preguntó:

—¿Puedo fumar?

El músico, que odiaba el humo que no fuera de leña, aunque el olor a tabaco habano le gustaba, contestó:

–Sí, pero abra alguna ventana.

Chupete abrió el ventanal más grande de la estancia y una racha de aire frío la inundó. Volvió a cerrarla y abrió una rendija en la ventana más alta y pequeña.

–Con el fogón encendido será suficiente –comentó Hilarión, para echarle una mano al galo catalán.

–Bonito lugar –dijo el maño, mientras miraba por los cristales de la ventana el bosque y los prados cubiertos de nieve–. En estos prados podría hacer cultivos de permacultura.

–¿Y eso qué es? –preguntó el afinador de pianos.

–Sistema de diseño para creación de medioambientales humanos sostenibles –respondió de tirón.

Y prosiguió en el mismo tono:

–Las culturas no pueden sobrevivir por mucho tiempo sin una base agrícola sostenible, y una ética del uso de la tierra, según permacultura de Bill Mollison.

Garikoitz Sarasate, que estaba al corriente de las habilidades de los visitantes, quedó mirando al maño, que por muy catedrático, era más de pueblo que los caracoles, y lo hacía patente aquella cara de rábano y orejas de repollo que transportaba desde que nació, y comentó:

–Suenan muy bien, pero si no me lo explica más despacio, me temo que me quedaré a dos velas.

–Tengo entendido que usted conoce las culturas del Amazonas.

–Un poco.

–Entonces lo va a entender rápidamente. Se trata de copiar a los indígenas en la forma de integrar cultivos y naturaleza, de animales y plantas, en la vida humana, pero de una forma más científica.

–Comprendo. Me interesa.

–Le traeré documentación sobre ello. Estoy elaborando un informe sobre este tema para el Gobierno.

–Lo agradeceré.

El afinador de pianos iba, poco a poco, sintonizando con los visitantes, y empezó a sentirse bien, pues, inicialmente, no las tenía todas consigo.

El abrir aquel espacio a gente burda y sin ninguna sensibilidad le daba pánico.

Chupete era el único que por el momento no había dicho nada positivo para que la visita fuera completa, ni lo haría, pues nunca hacía otra cosa que observar. Tenía costumbre de hablar siempre al final.

Se jactaba de no necesitar comprobar libros de cuentas para hacer análisis certero de las finanzas de empresas. Le bastaba con ver al portero, la secretaria, la distribución de elementos de producción, y al dueño o responsable de la empresa.

Allí no había ido a hacer análisis de nada sino a decidir que cada uno volviera a su casa hasta que aquel negocio tuviera una base financiera suficiente; negocio, que el sardo lo daba por hecho, y él nunca lo vio, pero sí posible, si se creaba núcleo inicial, empresas solventes, que diera base financiera suficiente.

El retraso en la puesta en marcha de la Tienda de Bardenia, si se llegaba a producir, suponía un grave despropósito para su oficina de servicios, negocio iniciado con el catedrático maño para seguir adelante, mientras una importante empresa de ámbito multinacional decidía si lo nombraba Consejero, lo que solucionaría su problema de trabajo y de ingresos regulares.

Las cosas no marchaban bien desde hacía algún tiempo para él. Cerró la empresa familiar de fabricación de electrodomésticos, porque, cuanto más facturaba, más perdía; y nadie le echaba cables suficientes para remontar la situación. Su matrimonio podía darlo completamente por perdido: su mujer ya no preguntaba por qué tardaba en volver a casa semanas enteras.

Hasta el momento había podido cubrir los gastos de la tarjeta de crédito de su esposa e hijos, limitado a mínimos de supervivencia, lo más parecido a una economía de guerra, en los últimos tiempos.

El maño no tenía problemas tan acuciantes porque seguía dando clases en la universidad y mantenía sus ingresos, que no conseguía incrementarlos por nada del mundo, ya que, proyecto que diseñaba, proyecto que, por una razón o por otra, no se ponía en marcha o se iba al garete.

El vendedor de ilusiones, el sardo, caminaba paralelamente a sus otros socios. Pero había puesto en marcha una empresa de servicio de descuento, dinero de plástico. Tarjeta que, si llegaba a funcionar, podría colocarle en poco tiempo a la altura de grandes entidades de crédito.

Mientras trabajaba para la Tienda de Bardenia, hacía clientes para su tarjeta; o sea que, no perdía el tiempo. También pasó mala racha con su mujer, que continuamente demandaba aportaciones a gastos familiares; y el vendedor de ilusiones terminaba convencéndola de que estaba al caer la empresa de su vida.

En definitiva, que Chupete y el sardo estaban a punto de engrosar listas de paro mayores de cincuenta años, situación que no querían ni pensar porque les creaba angustia vital, rayana en el suicidio o sucedáneos, como más tarde se pudo comprobar. A esto hay que añadir que sus hijos no encontraban trabajo, o al menos, eso decían. También la esposa de Chupete, trabajadora de multinacional, estaba a punto de perder su puesto, pues la multinacional de lácteos había decidido marchar a otro lugar, aunque fuera rentable, ya que, en la zona elegida, había menos reclamaciones salariales, menos huelgas, menos conflictos laborales y mayores beneficios. El paro planeaba por sus vidas como un cuervo negro, como jamás hubieran podido imaginar.

Hasta ese momento se pensaba que cumplidos los cincuenta años, la vida de campesinos, empresarios, y trabajadores en general, sin nombrar personas con alta cualificación, estaba resuelta.

Los hechos demostraban que no era así. Nuevo fenómeno social.

Hilarión no estaba exento de estos problemas, pero para él estaba claro: “Me voy a afinar pianos y, a lo peor, a afilar cuchillos, navajas y tijeras, que para comer un currusco de pan no hay que doblar la cerviz ante nadie.”

Anika tenía su trabajo, que no parecía peligrar, y unos ingresos suficientes; un poco justo por culpa de aquella maldita hipoteca que él nunca quiso firmar, para la compra de un piso. El piso en el que antes vivían era de alquiler, contrato indefinido, y él se encontraba en la gloria; pero las mujeres siempre quieren tener algo, tener un marido, tener un hijo, tener un amante, aunque sea en sueños, tener una buena cuenta corriente; y él, lo único que deseaba tener en vida era libertad suficiente para vivir libre, aunque fuera bajo un puente. Era consciente de que estaba trasnochado y fuera de lugar, porque el status social es el status social; pero a él se la refanfinflaba el status social y sus aledaños, que para él la categoría social era otra cosa. Eso hizo que el piso que habitaba con sus hijos estuviera a nombre de ella y que fueran al notario a firmar una separación de bienes. Hilarión no tenía nada a su nombre y eso lo hacía feliz.

Con Anika había entrado en fase curiosa y novedosa de relaciones personales, de compromiso: diplomacia.

“Eso es –y se pegó en la frente, diciéndose a sí mismo: ¡eureka!–, hallé la expresión adecuada para mi momento matrimonial, hemos entrado en fase diplomática, sin discusiones, diálogo, sin malas caras, sin cabreos, vamos, como relación amistosa por correo... y, de vez en cuando, nos encontramos y echamos una cana al aire, como pudiera ser con cualquiera de mis antiguas amigas o medio novias o medio nada.”

Los cincuentones reunidos en el caserío del infierno (Pentagrama en la mente del sobrino) estaban en parecida tesitura, a juzgar por la conversación que mantenían frente al fogón del afinador de pianos, que los

miraba desde su soltería pertinaz y desde su paternidad, ya no secreta, pues con la muerte de su amigo descubrió el pastel de paternidad, que nunca tuvo inconveniente en hacer público, pero no lo hizo porque la madre, en aquellos momentos, estaba casada con otro hombre.

El maño, ortodoxo, tradicional y conforme en asuntos matrimoniales, era el maño, que nunca había echado una cana al aire y su mujer era para él tan definitiva como la Pilarica, su Virgen del Pilar, que lo sacaba de todo apuro, como en su día sacó a su patria de las garras del emperador Napoleón. El maño se puso sentimental, y Garikoitz le dio la guitarra para que cantara aquella jota que dice:

*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.*

El maño tocó, cantó y lloró como niño recién destetado. Algo tenía dentro, y cantó seguido tres jotas, que le salieron del alma, embrujado por el canto regional y por la fuerza de la sangre de su padre anarquista, que le empujaba desde dentro. Al terminar la tercera jota, paró en seco, desvanecidos sus brazos, soltó el pañuelo de cuadros, prieto a la frente, cuadros marcados, marca de la casa, cual hierro rusiente en res; y, con furia de pasión racial, acabó con las venas del cuello hinchadas, auténtico jotero de rastrojo. Se sentó y dijo:

—Ya basta. Las jotas son buenas hasta tres. Más, no.

Aplaudieron el arranque del maño y su socio Chupete quedó sólo aplaudiendo la rabia cantora, que no conocía, de su socio.

—¡Bravo, mañico!

Garikoitz se puso al piano. Hilarión trabó el violín, y sonó limpia la jota de Sarasate, el famoso violinista bardo.

Chupete se colocó saxofón a modo de bandolera y un gemido profundo salido del metal hizo parar al tío y al sobrino. El sardo andaluz besó una flauta y el maño rasgó la guitarra buscando el tono. Se acompañaron, y se escaparon, cada uno a sus personales sueños, que debían ser comunes, porque el maestro afinador fue ligándolos nota a nota y urdieron un cesto de melodías tan hermoso como la camelia que temblaba en la puerta de Pentagrama. Pasaron las horas y los músicos sólo paraban para quitarse la sed con vino, cava de la cooperativa de Alella, y ron de la Martica. Agotados de cantar y sonar, fueron disminuyendo el furor hasta que Hilarión preguntó:

—¿En esta casa no se come, o qué?

Eran las siete de la tarde.

El paro amenazaba, pero la música les hizo olvidar. El afinador de pianos era feliz. Había abierto su casa al mundo y la inauguración fue un éxito. Su filosofía se cumplió:

“Vive y deja vivir; ama la vida mientras llega el momento de sufrir; sufre despacio, sin que el dolor te gane la batalla, y disfruta con los amigos de una buena copa, de una buena música y de un buen amor.”

Al día siguiente se despidieron hasta la próxima, que sería cuando Hilarión los llamara para chequear el estado de salud del proyecto La Tienda de Bardenia, que como glosaba con sorna galocatalana Chupete:

“Hasta ahora nos ha dado *moito traballo* y *poco escudo*”.

El valle vibraba por simpatía, como siempre, como una tulipa de cristal llena de arco iris y sonidos.

La Navidad y el invierno les dejaron un sabor de boca amargo porque tuvieron que viajar a tres cárceles distintas para visitar a aquella criatura que amenazó con suicidarse, si la condenaban por algo que decía no haber hecho, aunque un papel, firmado de su puño y letra,

demostrara lo contrario. La impotencia desarmaba a Garikoitz Sarasate y a Hilarión.

Aunque nunca lo habían hecho, pidieron ayuda a conocidos, altas esferas del poder político: Garikoitz a gobernadores, presidentes y capitanes generales; y el sobrino, como ejecutivo de alto nivel, a amigos políticos que, si ganaban las elecciones, le habían ofrecido el cargo de gobernador o de subdelegado del Gobierno, porque, aunque siempre fue independiente, era equilibrado y sensato, justo y con prestigio entre los bandos de las dos orillas.

Todo fueron buenas palabras. El asesinato terrorista era un asunto que nadie quería mencionar. Era tabú. Había que esperar al juicio, que nadie sabía cuando se iba a celebrar.

12

Pasaron dos años.

Hubo elecciones y ganaron quienes habían prometido el puesto de gobernador a Hilarión.

El proyecto la Tienda de Bardenia cayó en somnolencia inocente, en el Limbo, provocada por Hilarión, mientras cortaba la hierva del proyecto y preparaba otro para la competencia. Llamó a sus socios, y contestaron; pero de distinta manera.

Al maño se le había quemado la casa, el ordenador, los archivos y las copias. Le echó toda la culpa a Chupete, con quien había tenido bronca, sin llegar a manos porque los dos eran inútiles intelectuales: no proferían palabras de más encono que “¡desgraciado, marqués, engreído, inútil!” Y hasta catedrático utilizaron como insulto, como si ser catedrático fuera baldón, mala sombra, y cosas por el estilo. Como buenos intelectuales no se liaron a palos, no llegaron a las manos; aunque al maño le faltó un tris para sacar a relucir su alma de labrador de los Monnegros y encajarle al burgués Chupete “un par de hostias bien dadas”, como lo hubiera hecho su padre, que como no tenía nada que perder, al menos se desahogó repartiendo y recibiendo mandobles, a diestro y siniestro, en las manifestaciones reclamando pan y trabajo.

Solamente acudió Chupete; que explicó su tormentosa relación con el maño de forma concisa:

–No pasará de catedrático en la puñetera vida.

El maño, por teléfono, con la voz quebrada por el llanto, contaba perrierías de Chupete, y lo puso a caldo, a caer de un burro. Lo más bonito que dijo de él fue ladrón y vago. Estaba a disposición de Hilarión, pero de forma independiente. Hilarión lo consoló y le dijo que contaba con él, pasara lo que pasara.

–Pronto iré a Barcelona y hablamos. Tranquilo. La vida sigue.

El sardo andaluz apareció cuando menos se lo esperaba. Había desaparecido. Nadie sabía dónde se había metido. Un sábado llamó por teléfono a casa de Hilarión, a la noche.

–Ven a cenar a casa –le dijo Hilarión, que estaba terminando de preparar la cena.

Anika, todavía postrada seguía sufriendo. El médico, en las curas postoperatorias, apretó en exceso las vendas, se infectaron los puntos de sutura de la herida, y todo se complicó.

–Prefiero que salgas al bar de la Plaza, y allí nos vemos. Tomamos

una cerveza, y vuelves a tu casa a atender a tu esposa, que bastante tiene la pobre. Y que no se te quede coja...

Hilarión lo encontró diferente de voz; pero no le dio demasiada importancia, pues el sardo era un actor excelente, y podía simular cualquier papel, y más al teléfono, por mor de los métodos de venta que había aprendido de los americanos, y vendía a su padre y a su madre si fuera preciso, pese a ser sardo de navaja en faltriquera el padre, y andaluza la madre.

Hilarión salió a la Plaza y fue al bar. No veía a nadie. Desde una esquina vio una mano que saludaba. Un señor levantó por encima de los hombros las dos manos y pudo comprobar que aquel extraño personaje era su socio. Hilarión se acercó, y se fundieron en un fuerte abrazo.

—Esas gafas te hacen otro. Y el pelo lo tenías distinto. ¿Dónde te has metido? No ha habido manera de dar con tus huesos. Pensé que estarías en la cárcel.

—Lo han intentado, pero no lo han podido. Siéntate. ¿Qué te apetece tomar?

—Una cerveza.

—¡Camarero, una cerveza! —gritó el sardo—. Te cuento. Mira.

Se puso en pie y con la mano derecha golpeó la pierna izquierda como si fuera una puerta.

—Toca, toca.

Hilarión no entendía y puso cara de idiota, más cara de idiota que cuando perdía en el frontón partidos de pelota, que, como es sabido, en eso los bardos hilan muy fino, y el vencedor de la contienda, sin acritud, suele gritar, como si nadie lo oyera para que todos lo oigan: —¡No es el perder, sino la cara de bobo que se te queda!

—¿Qué toco? ¿La parrala?

—Toca, toca. La pierna.

—¿Te has vuelto maricón o qué?

Hilarión tocó la pierna y dijo:

–Está dura.

–Es de madera.

–¿Qué dices?

–Lo que oyes. Es de madera. Me caí al tren. Me atropelló, y salvé la vida de milagro.

–No bromees con esas cosas.

–No bromeo. Y ahí no acaba todo. ¿Ves esta cicatriz en el pecho?

–Sí.

–Me hicieron una traqueotomía. En el quirófano que me cortaron la pierna, un virus infectó mis pulmones, y, para salvarme, tuvieron que abrirme en canal.

Hilarión, que no daba crédito a lo que veía, sólo pudo decir:

–¡Madre mía!

El sardo se alzó la camisa y mostró una cicatriz en el estómago:

–¿Ves esta cicatriz?

–Sí.

–Pues, cuando estaba en recuperación de la pierna, que ya no es pierna sino muñón, y de la traqueotomía, le dije al médico:

“Ya que tengo que estar aquí al menos un mes, por qué no me miras el estómago. Lo tengo hecho polvo desde hace veinticinco años.”

–¿Cómo lo ibas a tener si no hacías más que fumar y beber? ¿Te lo han arreglado?

–El estomatólogo me hizo pruebas y al finalizar me dijo:

–Al quirófano en media hora. Tienes cáncer en todo el estómago.

Me operaron, me extirparon el ochenta por ciento y, gracias a la operación, por fin, saboreo pimientos del piquillo, que desde hace veinticinco años no podía comer. Soy feliz.

Hilarión lo miraba como no queriendo creer nada, pero el sardo, con su mirada de niño travieso, añadió:

–Ya ves, chiquitín; si no me hubiera atropellado el tren, treinta días más tarde hubiera muerto de cáncer de estómago.

–No hay mal que por bien no venga –añadió Hilarión de una forma automática, con más cara de idiota que la mostrada al principio—. Me dejás de una pieza.

–Pero eso no es todo.

–¿Qué más le puede pasar a una persona en tan poco tiempo?

–Mi mujer me ha dejado.

–Últimamente no andabais muy finos.

–No había dinero en la cuenta, se hartó de mí, y se marchó. Mejor dicho, cuando salí del hospital no tenía casa. Mi madre me recogió. Ya no tenía donde caerme muerto. Y, como colofón, el negocio que puse de tarjetas de crédito se lo quedaron mis socios. Mientras estuve ingresado en el hospital hicieron otra sociedad y se llevaron hasta los ordenadores y me dejaron la deuda de tres meses de alquiler. Ahora soy jubilado con pensión mínima.

–No sé qué decir.

–No te preocupes, ya tengo un trabajo, que no figura en ninguna parte porque oficialmente soy jubilado. Me pagan cash, en mano, en negro; y si viajo, gastos pagados, incluido hoteles; y el dinerito, cada semana, a lista de correos.

Hilarión se bebió la cerveza de un trago, y pidió un whisky doble con hielo para él y otro para el sardo.

–No pidas para mí. No bebo alcohol ni fumo.

–Ha sido un milagro. Eres un milagro.

–El Señor ha recompensado mi sufrimiento en este mundo y he descubierto un don que guardaba oculto: curo enfermedades con imposición de manos.

El camarero trajo el whisky doble y se lo encajó entre pecho y espalda de otro trago. Removió los hielos, y bebió el agua restante del

vaso. Mientras, miraba, tras los hielos a su socio de la Tienda de Bardenia, sin poder decidir si se había vuelto loco él o el sardo andaluz.

–¿Cómo dices?

–¿Te duele algo?

–Después de lo que acabo de escuchar, empieza a dolerme la cabeza.

El cojo de pata de madera, con el veinte por ciento de estómago, puso sus manos sobre la frente de Hilarión y un calor repentino corrió por su frente como un quemazo. Soltó las manos del nuevo santo milagrero y llamó al camarero:

–Un vodka doble, frío, sin hielo, por favor.

Lo tomó despacio, mirando al fondo del vaso.

–Bueno, chiquitín. Me voy al hotel. Márchate, que te esperan.

–He dejado la cena preparada. He dicho a Anika que venía a estar contigo y enseguida volvía. No hay prisa. Ella se servirá la cena. Ya puede moverse. Con dificultad, pero puede.

–No es Anika quien te espera. Mira.

Hilarión volvió la cabeza y, frente a él, una mujer hermosa, de pies a cabeza, sonriente, dijo:

–Buenas noches, caballero.

–Madre mía, ¿qué haces tú aquí?

–Lo mismo que tú.

–Bueno, chavalín. Hasta mañana. Que pases buena noche –añadió el sardo, levantándose y dando una palmada en el hombro a su socio Hilarión, que sintió cómo le subía el ardor del alcohol de repente.

–Hasta mañana.

Ella se sentó en la silla del cojo de la pierna de madera y, sin dejar respirar a Hilarión, dijo:

–Llévame a la playa.

–¿Cómo voy a llevarte a la playa? Es de noche. Además, ¿no es aquel tu marido?

–Sí. Va a celebrar con los amigos la cena de la escalera.

–¿Qué es eso de la cena de la escalera?

–Uno de enero, dos de febrero, tres de marzo, cuatro de abril, cinco de mayo, seis de junio, siete de julio...

–San Fermín.

–Todos esos días celebran cena. Se preparan para las fiestas.

–Buen precalentamiento.

–Desde que nos vimos en Orreaga, no he podido dormir.

–De eso hace más de dos años. Te habrías muerto.

–Déjame terminar la frase. No he podido dormir sin soñar contigo.

Llévame a la playa. Quiero estar contigo.

–¿Qué va a decir tu marido?

–Nada. Sabe que somos amigos. No es celoso.

Ella se levantó. Fue a donde su marido, y amigos de la cena de la escalera, cruzaron palabras, ella le dio un beso, y salió con Hilarión, que al levantarse dio un traspie que casi se rompe la crisma, si no hubiera sido porque se agarró al respaldo de la silla. Las sorpresas, las emociones y el alcohol, lo habían dejado más suave que el papel de fumar.

–Estoy... un poco borracho.

–Vamos en mi coche.

–Como quieras.

Puso música romántica, y él cerró los ojos asustado, emocionado y confuso.

No quería que pasara lo que había ocurrido el verano anterior con la amiga del rugby. Hacía dos años desde que desapareció por la plaza del pueblo, cuando él fue a afilar cuchillos, navajas y tijeras, con la intención de poder verla y completar lo que había dejado sin completar de joven, por inexperiencia y falta de saber qué hacer con una morena de ojos negros, piel morena y melena de yegua guapa, que cualquiera hubiera querido tener en sus brazos y él que la tuvo, no supo qué hacer con

tanta hermosura. El verano siguiente se acercó al mismo pueblo, a afilar cuchillos, pero en lugar de ir a la plaza se apostó al borde del campo de rugby hasta que apareciera la morena. Y apareció. Y se asustó. Y se escapó con ella a las fiestas de un pueblo lejano, y bailaron, y bebieron. Había aprendido tanto del marido con el que se había casado, que no recuerda si le dijo que era transportista o pintor, que lo dejó como los orejones, pero con mal sabor de boca, ya que en aquel arreglar lo que no tenía arreglo, no hubo ni un segundo de ternura.

Y al volver para recoger su bicicleta y seguir de afilador, vomitó como si de infidelidad continuada se tratara. Pero agradeció la experiencia. Aquel verano acabó diciéndose a sí mismo:

“De buena me libré”.

No quería repetir la experiencia con otro antiguo amor inacabado y estaba asustado de lo que su socio le había contado en tan poco espacio de tiempo.

Sin asimilar lo del sardo, el asalto del primer amor, sin consumir y sin consumir, lo dejó sin defensas, fuera de combate. Estaba aterrado y se durmió en el coche.

Su ánima asustada decidió dormir, huir de la vigilia y esconderse en el sueño.

–Cuando duermes tienes la misma cara de pillo que tenías.

Oyó el susurro, pero quería seguir durmiendo. Una pajita pasada por la nariz lo despertó definitivamente. Salió del coche y verificó que no había escapado. En realidad no quería huir, porque el primer amor sin madurar es el primer amor eterno.

–Buenas noches, princesa. ¿Paseamos?

–Como tú quieras.

Se despojaron del calzado y ella echó a correr loca de alegría. Él caminó despacio hacia ella, colocando sus pies en los huecos de las huellas que ella dejaba. Cuando llegaba a su altura, ella volvía a correr; y

así hasta que la arena se acabó. Hilarión pensaba que ella estaba más aterrada que él y mientras esto pensaba, ella se zambulló entre las olas, que no eran altas, más bien bajas y silenciosas. Hasta la mar debía estar asustada, porque, cada siete olas, la mar guardaba silencio inmenso, profundo, como en los versos y en las canciones de amor. Hilarión se sentó y contempló la belleza de aquella mujer, ya madura, que para él seguía siendo niña tímida de grandes ojos, que le volvieron tarumba durante años y que le había impedido amar a ninguna otra mujer.

Mientras ella volvía al encuentro del afilador, él decidió, consigo mismo, que no pasaría a más nunca, porque lo hermoso de ese amor era precisamente eso, ser ideal, etéreo, utópico y sin arreglo posible. Si se besaban, se tocaban o si se unían, seguramente el amor huiría, porque ella gozaría hábitos sexuales diferentes, estremecimientos descompasados... o tal vez nunca sintió la ternura que él necesitaba para ese menester, como llegó a la conclusión con la entrenadora de rugby; o, quién sabe si todavía podía quedar embarazada, ya que balanceaba en ese tiempo entre la fecundidad y la retirada.

Millones de hipótesis pasaron por su cabeza, cuando ella se sentó junto a él, mirándolo en silencio, hasta que dijo:

–Tienes el perfil del lado izquierdo, diferente del derecho.

–Tú, también.

–Ahora eres más guapo que de joven.

–Y tú, también.

–Mentiroso.

–Verdadero.

Entraron en un juego infantil de palabras inexistentes, lo mismo que cuando eran jóvenes, y eso los hizo felices.

–Camina cien pasos y vuelve cantado algo, como hacías antes.

–¿Desnudo o vestido?

–Como tú quieras.

–A medias.

Hilarión se quitó la ropa, menos los calzoncillos negros.

–¿Llevas siempre calzoncillos negros?

–Curiosa. Eso no te importa.

–Me importa.

–Te vas a condenar.

–Ya estoy condenada.

El afilador anduvo cien pasos y silbó como si tuviera la bicicleta de afilar:

–Doremifasolasidodosilasolfamiredo. ¡El afilador y paraguero!

–Eso no vale. Quiero una canción más bonita.

–Lo toma el ciclista, se hace dueño de la pista, lo toma el boxeador, bum-bum-bum..., golpea que es un primor.

–Idiota. Una canción romántica.

–Blanca y radiante va la novia...

–Esa es muy cursi.

–Ahora mismo no se me ocurre más y... “tengo una muñeca vestida de azul, con su camisita y su canesú.”

–Te voy a matar.

–Inténtalo.

Ella saltó como una pantera al cuello de él. Lo tiró al suelo y cuando iba a darle un beso a la luz de la luna, se quedó petrificada y dijo:

–Será mejor que no lo hagamos.

Hilarión cerró los ojos. Atrajo su bello rostro sobre el pecho, que rebotaba más que el de un corredor de cien metros valla, al finalizar la carrera, y dijo:

–Mejor así. Nuestro amor debe ser eterno: debemos amarnos a distancia.

–Pasearé delante de ti hasta el fin de mis días. Estés donde estés.

–Yo compondré canciones para ti. Vamos. Ven a un lugar secreto.

Permanecieron relajados, sin moverse, saboreando la miel de los dioses del amor.

Repentinamente, Hilarión sintió cómo el cuerpo de ella sacudía y se encogía.

—¿Qué pasa?

Ella se agarró el vientre y respondió:

—Mis tripas... mis tripas.

—He dejado el teléfono en el coche. Voy a llamar a Urgencias.

—No es necesario —respondió ella, en medio de gemidos dolorosos.

—Voy ahora mismo al coche.

—No. Son los laxantes.

—¿Qué laxantes?

—Los laxantes que tomo desde el último parto. Necesito ir al baño.

—Estamos solos en la playa y aquí no hay baño.

Ella se arrastró a las aguas saladas, se desnudó de medio cuerpo para abajo y reventó, mientras gritaba desafortadamente. Llegó la calma, y un olor ácido voló hasta el afilador, mezclado con olor a sal.

El terror desapareció del cuerpo y recordó el abono de oveja que depositaba cada primavera al pie de los árboles en el caserío de la música, y el verdor de sus hojas y el sabor de las nueces que comía en invierno a la luz del fogón con pan, dulce de membrillo, queso y vino.

Ella desnudó todo su cuerpo y penetró en la mar con gritos de júbilo. Surgió, de entre las olas, húmeda y feliz, sonriente y cantando, mostrando carnes prietas, un poco cargada de kilos, y el afilador vio en ella el Nacimiento de la Primavera de Boticelli y una de las tres Gracias pintadas por Rubens.

Con la camisa y pantalón secó el cuerpo maduro de su primer amor. Relajados, se tumbaron junto a riscos donde el agua del mar no llegaba y se durmieron.

Hilarión abrió los ojos cuando la luz empezaba a convertir la bruma

de la playa en algodón ligero. La ermita de Gaztelugatxe nacía de las tinieblas rosadas por el sol primero.

El alma de la mar y del afilador se llenó de gozo. Dio un beso a su princesa y ella despertó con sabor a sal en los labios. Se vistieron y marcharon al coche. Un tractor limpiaba la arena de la playa y los empleados de la limpieza hicieron su aparición. No se extrañaron, porque para ellos era habitual despertar a parejas enamoradas, al amanecer.

Hilarión se hizo cargo del volante y mientras ella lo miraba a distancia, sin decir palabra, llegaron al bosque de hayas. Corrieron tanto como el sol, que en ese momento de la mañana alumbraba el fondo del valle con sus primeros rayos. Movieron una valla de alambre espinoso y caminaron hacia un lugar, que Hilarión había bautizado como Pentagrama, sin saber exactamente por qué.

Con su primer amor enlazado a los dedos, tuvo conocimiento de por qué su subconsciente había bautizado con ese nombre ese lugar.

Desde allí, a la luz del alba, el valle semejava la hoja de cucurucho donde los castañeros colocan las castañas asadas, pero sin sellar. Papel no de estraza, sino blanco de escribir música, con pentagrama en clave de sol; clave, que la profundidad del valle colocaba junto al caserío, frente a la capilla, un poco más cerca que el molino.

–Todo lo que alcanzan tus ojos tiene un nombre.

–¿Qué nombre?

–Pentagrama.

Ella guardó silencio. Se sentó sobre una roca, un dolmen que quedaba oculto en una parte, respiró profundo, mientras los trinos de los pájaros y el canto del gallo llenaban el anfiteatro natural; tornó sus grandes ojos verdes, y dijo:

–Está claro. Esto es un pentagrama. En clave de sol.

Hilarión se quedó mirándola y preguntó:

–¿Cómo lo has sabido?

—Me lo acabas de decir tú.

Él, seguro de que no había pronunciado clave de sol, pues ya le parecía bastante arriesgado pentagrama, creyó que ella dictaba su pensamiento, como lo había hecho en la playa, y como seguramente lo hizo en Orreaga, y de joven, inconscientemente.

Descendieron al caserío; Garikoitz Sarasate se había refugiado en el caserío de su hermana Leire para mantenerse fuerte a la espera del juicio de su hija, que habían anunciado para “dentro de un mes”, tras dos largos años de intensa espera, y sirvió de excusa para convertir el caserío familiar en minigeriátrico de carcamales: Leire, Garikoitz y el psiquiatra.

Juntos sumaban más años que Matusalén y necesitaban ayuda. Garikoitz hizo venir de Perú a dos familias: una, Aymará; y otra, quechua, para que cuidaran de ellos, de forma ilegal, mientras Andrea conseguía papeles en círculos policiales conocidos.

Los hombres atendían las tierras y animales. Las mujeres, a su familia y ancianos. Los indígenas vivían en la casa, adecentada, que el abuelo construyó al final de la finca para guardar hierva, heno y alfalfa, que con los métodos modernos de recogida de forrajes en grandes ovillos, recubiertos de plástico y pacas depositados al borde de prados, la estancia no era precisa para almacenaje y permanecía vacía. La felicidad llenaba aquel caserío; y si no fuera por la pena que planeaba como un buitre sarnoso, hubiera sido perfecto.

Cuando arribaron al caserío atómico musical, Hilarión hizo que cerrara los ojos. Sonó la txalaparta y las palomas torcaces salieron a saludarla batiendo las alas. Ella abrió los ojos pensando que flotaba, que volaba sobre el bosque y el riachuelo. Cuando él terminó de tañer, ella lo tomó de la mano y lo acercó a la orilla del riachuelo. Ella se sentó y él posó su cabeza entre sus piernas. El agua bajaba limpia y recogía los primeros rayos del sol; las gotas descomponían la luz en poliedros de

colores. Hilarión sintió que la belleza de la vida era eso, simplemente eso. Y se lo hizo saber.

Algo le molestaba en el bolsillo izquierdo del pantalón. Pensó en una piedra, pero no, era el teléfono, que tras el susto de los laxantes, había decidido llevar consigo, por si su primer amor padecía otro ataque. Lo puso entre sus manos, y él, que sabía que el infierno y el demonio inventaron esos aparatos para romper la paz, con la excusa de comunicación, cayó en la tentación. Y su paz se rompió, porque se acordó que no había dicho nada a Anika ni al sardo, que estaría a punto de salir del hotel para entrevistarse con él; ni a Chupete, que iba a llegar un día de éstos.

Se incorporó y puso en marcha el teléfono. Comprobó que su tío había estado llamando desde las siete de la mañana y que tenía el buzón lleno de SOS.

—¿Qué querrá este hombre ahora?

—¿Qué hombre?

—Mi tío. De un tiempo a esta parte está nervioso perdido, histérico, en cuanto se le ocurre algo que hacer, me llama para que lo haga de inmediato. Se está convirtiendo en un maniático.

—Llámallo. No vaya a ser una urgencia de verdad.

Hilarión se acordó del laxante y la hizo caso.

—¿Qué mosca te ha picado a estas horas?

—¿Dónde estás?

—En el infierno.

—Ven inmediatamente. ¿Has oído las noticias?

—No tengo otro quehacer.

—Han detenido a dos en Galia, que dicen que fueron ellos quienes colocaron la bomba.

—¿Qué bomba?

—Qué bomba va a ser, la de mi hija.

Un bombazo estalló en el cerebro de Hilarión y cuando reaccionó, dijo:

–Voy ahora mismo.

La fortuna hizo que pasara por su mente la pierna de madera del sardo y llamó al hotel, que estaba a punto de abandonar. Le explicó lo sucedido, y le encargó localizar a Chupete, y decirle que esperara a que lo llamara para la entrevista. Llamó a Anika, que no estaba demasiado desesperada, porque el que su marido se reuniera con el sardo andaluz siempre le había creado problemas. Hilarión dijo que el sardo necesitaba consuelo y narró esquemáticamente el cúmulo de desgracias que había sufrido. Casi se olvida de lo de las noticias y terminó diciendo:

–Escucha las noticias y llama rápidamente a mi tío. Voy para allá.

La compañera mañanera de fatigas amorosas alucinaba en seis dimensiones, escuchando al afilador tantas noticias en tan poco rato. En el camino terminó de escuchar las historias que había oído desde el amanecer y lo dejó cerca del coche, despidiéndose con un beso, los ojos cerrados, sin palabras.

En el caserío estaban en alerta roja hasta las gallinas. Garikoitz y Leire estaban vestidos como para ir de boda. Dispuestos para subir al coche. No lo dejaron ni abrir la boca.

–Vámonos.

–¿Adónde?

–A la cárcel.

–Hay mil kilómetros de distancia.

–Cuanto antes arranquemos antes llegaremos.

–¿Queréis hacer el favor de tranquilizaros? ¿Os parece que sacar a de la cárcel es tan sencillo como oír una noticia de la radio y se acabó? Vamos a llamar, en primer lugar, a su abogado; y después, a quien haga falta.

–Ya he hablado con el abogado y va a hacer los trámites mientras

nosotros hacemos los mil kilómetros –sentenció, nervioso, el padre de la presa.

–Déjame que haga unas llamadas y que me tome un café.

Hilarión tomó café, se duchó, se cambió de ropa, e hizo llamadas. La última, para hablar con el nuevo ministro del interior, que era quien le invitó a ser Gobernador, antes de ganar las elecciones, y de quien no había vuelto a saber nada. La secretaria del ministro indicó que se hallaba en una reunión urgente, convocada por el Presidente, y añadió:

–A la tarde, hacia las seis, dará una conferencia de prensa aquí, en el ministerio.

Al oír la noticia de boca de la secretaria, quien tenía prisa era Hilarión, pero antes de salir tenía que convencer a su madre de que permaneciera en el caserío y no encontraba argumentos suficientes para hacerlo, sabiendo cómo era la madre que lo trajo al mundo, que a la chita callando era más peligrosa que su hermano Garikoitz. Una idea brillante pasó por su cabeza y soltó a bocajarro, mirando a su madre:

–Si yo me marchó, alguien tendrá que atender a Anika, ¿no?

Leire, que había adivinado desde el principio que a su hijo no le hacía gracia que se diera una paliza de mil kilómetros, contestó:

–Vale. Me quedo. Tráela al caserío.

–Llama a un taxi y que la traiga. No tenemos tiempo que perder –dijo Garikoitz.

–Yo la traeré –terció el psiquiatra.

–Si no tienes carnet de conducir.

–Pero sé. Me lo quitaron por viejo el mes pasado, en control de alcoholemia, cuando volvíamos de cenar de la sidrería después del partido de pelota. Pero una emergencia es una emergencia.

–Tiene razón –añadió Leire.

–Que Dios nos coja confesados. Haced lo que queráis. Pero procura que no tengamos más desgracias de las que tenemos –dijo Hilarión.

–Solo faltaba que te estozones con Anika –rezongó el afinador de pianos.

–Id en paz, que no me romperé la crisma. Palabra.

–Vamos.

Tío y sobrino salieron como alma que lleva el diablo, y sin parar ni a tomar un vaso de agua, a las cuatro de la tarde estaban ante el ministerio de interior. A las seis de la tarde en punto, el Ministro abrió la rueda de prensa para hablar de la decisión de retirar las fuerzas armadas enviadas a Oriente. Periodistas venidos de todo el mundo abarrotaban la sala de prensa; tío y sobrino contemplaban la parafernalia de flaxes, de cámaras fotográficas y el bombardeo de preguntas de periodistas.

Al finalizar la tromba de preguntas y respuestas, un periodista, levantando la mano y poniéndose de pie, preguntó:

–¿Señor ministro, qué hay de cierto en la noticia que ha saltado esta mañana a los medios, con relación al atentado y la muerte de un concejal en Bardenia? Dos detenidos en Galia se han declarado responsables de la colocación de la bomba y hay una joven en la cárcel desde hace más de dos años, por orden de la juez, que no admitió que la declaración que había firmado auto inculpándose le fue arrancada bajo torturas.

El ministro contestó de forma tajante:

–La organización terrorista ordena a sus miembros declarar ante los jueces que los han torturado. Es una estrategia.

Dicho esto, dirigió la mano hacia otro periodista, que no había hecho mención de preguntar, y el periodista, que, evidentemente, era de los que están en nómina del ministro de turno para sacarlo de apuros graves, no llegó a tiempo, ya que otro que estaba junto a él se le adelantó y preguntó:

–Señor ministro, está más que probado que el gobierno americano, Estados Unidos de América, y su ejército de ocupación, torturan a musulmanes sistemáticamente, por mandato de mandos superiores, ¿qué tiene que decir al respecto?

—Los gobiernos no torturan a nadie —contestó el ministro—. La responsabilidad es de quien ejecuta la acción.

Al fondo de la sala se oyó, ante un silencio sepulcral:

—¡Hideputa!

—¡Majadero!

Hilarión cogió a su tío del brazo y le dijo:

—Vamos. Aquí no pintamos nada.

Los policías secretas que guardaban al ministro se lanzaron a la búsqueda y captura de los autores de esas castizas expresiones, pero el ministro, al ver a Hilarión, hizo una señal para que volvieran a su lugar de control.

Salieron de la sala y cogieron el coche para hacer los quinientos kilómetros que faltaban para llegar a la cárcel.

Se detuvieron a comer y beber en un pueblo de la Mancha del que sí quisieron acordarse, porque cada vez que viajaron a Al Andalus los últimos años, aunque fuera para trabajos tan penosos como ir a una cárcel, lo hacían; y lo hicieron una vez más. Con más razón en esta ocasión que tenían algo que celebrar. Comieron en el patio, junto a la estatua de bronce de Don Quijote de la Mancha, ya de la familia. De aperitivo, tomaron aceitunas “machacas”; de segundo, migas de pastor, regándolas con buen vino de la cooperativa del pueblo. La sangre subió a la cabeza del tío y del sobrino; y tomaron café, copa y puro, como en las grandes ocasiones.

El tío fue informado de la marcha de la Tienda de Bardenia y de las desgracias del sardo andaluz. El afinador de pianos, como era costumbre, hablaba poco, pero decía mucho.

—Ya te dije a principio: ¡mándalos a la mierda! El que quiera peces, que se moje el culo.

—En eso estamos. Creo que tienes razón. Pero me fastidia dejarlo a estas alturas, por el sardo y por Chupete. El maño ya se arreglará.

–El sardo sobrevivirá. Después de caer a las vías del tren, si no es que se tiró, sobrevivirá.

–¿Por qué dices esas cosas?

–El paro, a esas edades, es un abismo. Me parece.

–Es muy grave lo que dices.

–Es una opinión.

Llegaron a la cárcel, y el director, que siempre había sido muy correcto, les dio la enhorabuena y confirmó que estaba esperando la orden judicial para liberar a los presos.

A las doce de la noche, los presos salieron libres, sin cargos.

En los pueblos de la comarca los recibieron con pancartas, danzas y música. Garikoitz estaba contento, pero no quiso mostrar alegría. Se negó a intervenir en el festival, porque su hija estaba libre, pero su amigo estaba muerto. Y los que lo mataron, ocultaron la verdad y guardaron un silencio sepulcral durante más de dos años, aunque de poco hubiera servido que hubieran hablado. No quiso hablar, porque no quiso maldecir a la justicia, a los torturadores y a quienes los encubren. No quiso hablar, porque no quería maldecir a quienes habían matado a su amigo por pensar de diferente manera. No quiso hablar, porque, por el momento, tenía cosas más importantes que hacer. Para maldecir tenía tiempo antes de morir. O después de muerto, que ya le daba lo mismo.

13

Recuperada la normalidad, Hilarión llamó al inefable Chupete para mantener una entrevista. Chupete contestó lacónicamente:

–Algún día nos veremos.

Hilarión no se sorprendió. Chupete era una de las pocas personas que conoció en su vida, de las que nunca pudo saber si hablaba en broma o en serio. Para él era un cachondo mental atormentado. Y así lo explicaba a su tío en el caserío del infierno, dónde se había refugiado desde que su hija estaba en libertad.

–¿Y eso como se come? –preguntó el viejo Garikoitz.

–Siendo catalán, galo y de familia bien, venida a menos, pero con posibles de más.

–No te esfuerces, que no merece la pena. ¿Te interesa?

–Sí.

–Entonces, no hay más que hablar.

–Es realista y ayuda a sus amigos.

–Buenas virtudes, si son ciertas.

Hilarión miró a su tío, mirada turbia, sin saber si contestar bien o mal a aquella pertinaz manía de última hora de utilizar para todo la duda socrática. Esa actitud nueva ante los acontecimientos y ante la vida lo

ponía nervioso. Chupete, para él, era una pieza clave en el desarrollo del proyecto. Aunque el maño hubiera cuestionado su utilidad, en la última conversación telefónica que mantuvieron:

–Porque, a fin de cuentas, yo redacté el estudio; Chupete solamente actúa de relumbrón, porque sus apellidos están unidos a grandes empresas financieras; ahora que el gobierno de Bardenia promete financiación, Chupete no es necesario para nada; más bien, supone impedimento. Algunos empresarios se consideran menospreciados porque un técnico extranjero analiza sus cuentas y les dice cómo tienen que hacer negocio y vender en el mundo.

–Tú, también eres extranjero para ellos.

–Yo soy maño.

–Pero no eres bardo.

–Pero tú sí eres bardo.

–El equipo, extranjero. Y aquí, sólo están bien visto los extranjeros, si los contrata quienes manejan el cotarro, que se afincaron en esta tierra en la guerra y se han hecho dueños de los controles. Eso sí, en nombre de Dios. Que por cierto, su jefe, que lo han hecho santo a marchas forzadas, con mucha prisa, antes de que se les muriera el Papa polaco del condón, era paisano tuyo.

Hilarión calculó la dureza de la respuesta, para que el maño no se rebotara demasiado y para, a su vez, desviar el enfrentamiento con Chupete, cargando las tintas sobre algo de lo que no tenía culpa, pero, al ser verdad, y venir de un paisano suyo, al maño le obligaba a pensar cómo defender la integridad de su tierra, pese a los nuevos santos a la medida de la necesidad del poder político religioso, con la que no estaba de acuerdo.

Para disminuir la tensión creada entre el maño y Chupete, quiso mantener la entrevista. Hilarión lo dejó a su libre albedrío. El galo catalán apareció en la Plaza, sin previo aviso. Lo vio de frente, pero no lo

había reconocido. Más parecía un agente de las SS nazi, que analista de empresas. Vestía traje azul a rayas, corbata negra, abrigo de cuero marrón hasta los tobillos, como los nazi en las películas de guerra.

Hilarión se quedó de piedra, cuando aquel personaje se acercó a él y le dijo:

–¿Me invita a un vermut con aceitunas?

Como siempre que Hilarión se quedaba perplejo, cara de bobo, se restregó la nariz, y contestó:

–¡Madre mía!

–¿Me invitas o no?

Entraron en la cafetería, y el afilador pidió al camarero Felipe, amigo por fuerza de costumbre de servirle aperitivos más de treinta años:

–Felipe, dos aperitivos, por favor.

–¿Lo de siempre?

–Sí, por favor.

–¿Como siempre?

–Sí.

–Qué pesado es ese tío. Si es lo de siempre y como siempre ¿para qué pregunta? –añadió, malhumorado, Chupete.

–No te conoce y podías querer otra cosa. Parece que estás un poco susceptible ¿no?

–¿Y qué es lo de siempre?

–Cuando lo traiga, sabrás.

–Importante conclusión.

Hilarión lo miró de arriba abajo y prosiguió:

–¿Vienes de Holywood o de tomar el sol en el desierto?

–De Estados Unidos. Un mes con un amigo notario, ayudando a redactar unas escrituras. Gastos pagados y buena minuta.

–Enhorabuena. Al menos a alguien le sale algo bien. ¿Has estado con Patapalo?

–Sí.

–¿Y?

–No creí nada de lo que me contó.

–¿Y?

Hilarión estaba utilizando con Chupete lo que él mismo le había enseñado para que los empresarios hablaran sin cortapisas.

–Era todo cierto menos lo del tren.

–¿Y?

–Fui a la asociación de parados de más de cuarenta y cinco años para informarme y confirmaron mis sospechas: se tiró al tren, pero tuvo la suerte de que cayó mal para ser atropellado bien.

–¿Y?

–Y, mierda.

–Bueno.

–¿Y?

Hilarión se percató de que Chupete le había tomado la delantera y optó por preguntar cosas molestas.

–¿Y el maño?

–Es un inútil.

El camarero colocó encima de la barra dos campari con mucho hielo y sifón.

–Yo quería vermut.

–Siempre hemos bebido esto.

–Es la primera vez que pruebo esa pócima.

Hilarión tomó a broma el frugal improprio, pero se percató de que Chupete hablaba en serio. La respuesta inapropiada, más frases inconexas que pronunció seguidamente lo alarmaron.

–Vuelvo a Nueva York la próxima semana... estaré unos diez días. Me darán resultados y entonces sabré a qué atenerme. Te llamaré por teléfono. Me marchó. Me espera mi mujer. Hasta la próxima.

Abandonó el vaso encima de la barra, sin tocar, y se marchó.

–Lláname al caserío de mi madre –dijo Hilarión, antes de que Chupete volviera la espalda.

Hilarión, desconcertado, no dio importancia al incidente. Hacía tiempo que se habían visto y, probablemente, el efecto de la cocaína o alguna porquería de las que tomaba, le había sentado mal.

De vuelta al caserío de su madre pensó en los acontecimientos de los últimos años, decidió consultar con Anika las determinaciones que debía tomar en su vida laboral.

Anika todavía no podía valerse por sí misma. Decidió quedarse el periodo de convalecencia en el caserío con los tres ancianos, que la cuidaban como a una reina. Lo pasaba en grande con las chácharas del psiquiatra y del afilador de pianos. Y con Leire, que era quien menos había estudiado, pero la que más sabía; y, sobre todo, la de más sentido común. Aquel psiquiatra era genial, pero estaba como un cencerro.

El músico ya se había tranquilizado un poco y accedió a quedarse en el caserío con Leire, el psiquiatra y Anika. El hecho de estar más tranquilo y relajado, no era impedimento para que discutiera con su amigo por mero placer de discutir, e insultarse, como si de un juego de niños se tratara.

Cuando arribó Hilarión al caserío, encontró a los tres (y mujeres peruanas, de la cocina), escuchando las explicaciones del psiquiatra sobre el sentido de las infidelidades matrimoniales, distinguiendo entre infidelidades de pensamiento, palabra y obra, según la escuela de Salzburgo, Sigmund Freud y una colección enorme de nombres raros, que justificaban la infidelidad terapéutica, en su justa medida, según necesidades y conciencia, que obligaba a ser infiel, porque:

–El deseo y la sensibilidad no pueden evitarse. La vista es la que trabaja. No puede evitarse que otras personas te gusten. Otra cosa es que, si has suscrito contrato de fidelidad con tu pareja lo cumplas o no, seas

capaz de cumplir o no. Esto es como la tarara sí la tarara no, el condón, aborto y religión. Uno es asesino según las creencias de quienes juzgan. Los hay para quienes eres asesino si te pones un condón; con la píldora anticonceptiva y con el aborto, aunque sean días; y así, para mentes obtusas, las faltas graves, los delitos y los asesinatos se van tipificando por horas, días, semanas, meses.

–De lo último que has dicho no te he entendido nada de nada. Pero da gusto ver cómo razonas –comentó Leire.

–Es que estas cosas no son de entender. Son de creer.

–¡Ah! Entonces me creo todo, porque no entiendo nada.

–Así, mejor. Doctores ha la santa madre iglesia que te sabrán responder.

–Amén.

14

6. AUTOCONTROL DEL PLAN DE EMPRESA

El objetivo fundamental del plan es analizar y corregir las desviaciones de las previsiones establecidas; para ello se fijan pocos controles, pero efectivos, entre los que se encuentran:

- Resultados de ventas: Total por áreas.
- Márgenes brutos resultantes. (Variaciones por costos o precio de venta.)
- Cuenta de explotación.

Chupete no daba señales de vida. Hilarión, preocupado, llamó a su casa, contra costumbre. No le gustaba llamar a casa de compañeros, salvo en contadas ocasiones, cuando era urgente o imprescindible. Respondió su esposa. Hilarión tenía en especial consideración a esa mujer, que de joven tuvo que ser muy bella, y todavía conservaba rasgos. En ocasiones tuvo la suerte de compartir largas horas de conversación, cuando veraneaba en la costa azul, cerca de Cannes. En la huerta, predio lleno de luz y brisa, a orillas del Mediterráneo, disfrutaron de gambas a la plancha o cocidas, berenjenas asadas, aceitunas, aceite de oliva y de largas pláticas bajo la sombra de cabrahigos. De origen cubano, conservó la gracia del diminutivo a nombres de las personas y cosas por las que sentía cariño.

–Está muy malico –respondió al teléfono, casi sin voz.

–¿Qué le pasa?

–Está perdiendo la memoria.

–¿Qué le han diagnosticado?

–Cáncer de cabeza. Se ha extendido por los pulmones. Metástasis.

–Él ¿lo sabe?

–Aún no. Pero esta mañana, después de ponerle la inyección de morfina, me ha preguntado con cara de asustado: ¿crees que me curaré?

Un suspiro profundo se oyó en el auricular del teléfono y el silencio se adueñó de la situación.

–¿Crees conveniente que vaya a estar con él y decirle algo que se te hace muy difícil?

–No, creo que no. Te llamaré, si es preciso. Está ausente de casi todo lo del trabajo. Seguramente quiere huir de los problemas.

–Espero tu llamada. Un abrazo muy fuerte.

–Un abrazo. Adiós.

Hilarión miró a su alrededor, y a pesar de no haber nadie, se sintió acorralado. Respiró hondo y pensó en los suyos.

El caserío, convertido en minigeriátrico y clínica de recuperación, le pareció, en la distancia, lugar maravilloso, lleno de vida, y se consoló diciendo a su agobiado pensamiento:

“Es inútil huir de la realidad. Las cosas son como son; la muerte es cuestión de tiempo. Hay que prepararse para ello. Hay que mentalizarse para llevar la vida y la vejez dignamente. Los *masai* mueren como muere la tarde en la noche; es un bonito pensamiento, ¿por qué no los bardos?”

Camino del minigeriátrico familiar se cruzó con el todoterreno del tío, que tuvo que esquivar, porque iba escorado, invadiendo el carril contrario, y seguro, echando pestes de los conductores que venían de frente.

–¿Adónde irá este viejo a estas horas? –pensó, en alto, mientras le dejaba paso.

El viejo, que no veía tres en un burro sin gafas, no las llevaba puestas, y, por supuesto, no se enteró de que casi atropella a su sobrino.

–Irá limpiándose los lentes con el pañuelo –siguió pensando a voz en grito, para tranquilizarse; porque su tío, de un tiempo a esta parte, había tomando las formas de comportamiento distendidas, relajadas, más bien tirando a rebeldes, del psiquiatra, que a puro de tratar con locos durante toda la vida, había perdido el punto de relación social.

El tío, siempre disciplinado y correcto, como corresponde a la milicia jesuítica, últimamente, se echaba el mundo por montera y más parecía judío errante por el desierto que un jesuita santamente militarizado.

–Será la edad –volvió a decirse.

Al llegar al caserío, preguntó a Anika:

–¿Sabes a dónde ha ido mi tío?

–No. Alguien llamó por teléfono, colgó y dijo: “Ahora vengo.” No irá muy lejos, Ha salido sin arreglarse, con la ropa de trabajar en la huerta. Por cierto, se ha olvidado las gafas.

–Lo sé. Casi me tira a la cuneta. Y no se ha enterado. Con gafas ya es un peligro público. Imagínate sin ellas.

–Ha telefoneado Pialcuadrado –terció el psiquiatra–. Ha quedado con tu tío en el molino.

–¿Qué Pialcuadrado?

–No sé. Pialcuadrado me ha dicho que se llamaba. Preguntaba por Don Garikoitz Sarasate. Le he pasado la llamada, y ha salido como un tiro. He oído comentar algo de un ruso, de...*Vasilievitch* o algo así. Y algo sobre Irak.

–¿No habrás soñado?

–Muchacho, estás ante un viejo que tiene memoria de elefante.

–¿Los elefantes tienen buena memoria?

–No lo sé, pero como son tan grandes, puede ser. Tengo entendido que van a morir al cementerio de los elefantes, por muy lejos que estén.

Como por ese camino no había la más mínima posibilidad de aclarar nada, después de dar un beso a Anika, Hilarión dijo:

–Voy a ver dónde está este hombre, y, si lo encuentro, a darle las gafas. Me preocupa. Últimamente hace cosas muy raras.

–Sí, será mejor que vayas a buscarlo, añadió Anika.

–Te acompaño –dijo el psiquiatra.

–Olvídate de mí –espondió Hilarión.

Fue directamente al caserío atómico musical (pentagrama para él y su primer amor). Dejó el coche en el borde del camino, porque con ese coche no se podía hacer ni cien metros en el pedregal o barrizal, según el tramo, lleno de cuestas, curvas y peñascos.

Caminó los cincuenta primeros metros y bastó para saber que su tío había llegado, no sabía cómo ni con quien, pero había llegado; y estaba de buen humor, porque el valle repetía con júbilo la sonata de quince variaciones de *Beethoven*, al piano, que, seguramente, interpretaba en la capilla. Anochecía. El piano dejó de sonar cuando Hilarión se acercaba a la capilla. Se oyó un susurro:

–¿Quieres algo más?

–*Carmina Burana*.

–No puede ser. Necesito más gente para interpretar y cantar. Como no quieras que te ponga el disco...

–No. Quiero que lo interpreten árboles, animales y las plantas.

–Para eso necesito que esté mi sobrino. Él interpreta la cuerda. Suelta, y déjate de exigencias. Puedes estar agradecido que te he traído a la base de operaciones.

–Ya te ha costado, ¿eh? Llama a Hilarión y te cuento todo. Es importante que él sepa lo que tengo que contar. Para que todo salga bien harán falta varios años. Tú y yo no vamos a llegar, porque ya estamos pidiendo tierra.

–Oye, estarás pidiendo tierra tú, que pasas de los noventa; yo estoy como una rosa.

–Que te crees tú eso. ¿Quién ha tenido que conducir para llegar hasta este maldito agujero, eh? Pues el nene, yo, el viejo; que sin gafas ves menos que tres en un burro, y yo, a mis noventa y dos, aquí me tienes, parezco un chaval. Dame tono que voy a cantar un zortziko.

–No, por favor, que destruirás mi trabajo de cuarenta años.

–No seas miedica y toca. Canta tú y yo te sigo.

–Cuando me cuentes lo que tienes que contarme.

–Eres un chantajista.

–Y tú, más.

El afilador, sentado en el hueco de la puerta abierta de la capilla, no

sabía si reír, llorar, mesarse los cabellos o echar a correr. Si la discusión fuera entre dos niños lo entendería, pero la conversación era entre el espía número uno de la organización y el capo. Menos mal que todavía no había dicho nada secreto. Se hubieran enterado hasta en la *Konchin-china*, porque el sistema de simpatía estaba abierto, y el valle, que todavía no tenía instalado sistema de filtros, de seguridad, hubiera divulgado a los cuatro vientos siderales toda la información que Andrea tenía para el capo Garikoitz.

Hilarión se puso en pie y tocó en la puerta de roble:

–Toc, toc, toc...

Como la puerta era maciza, con clavos remachados, apenas si se oyó. Y mucho menos aquella pareja de antigüedades, que si la vista la tenían mal, el oído les iba parejo, por no decir peor.

–¿Se puede? –dijo Hilarión, mientras daba palmas, no muy fuertes, para no despertar a los pájaros y al bosque; pero sí lo suficiente, para que la buena resonancia de la capilla hiciera llegar a los jefes de la Cosa Secreta el saludo.

–Adelante –respondieron, instintivamente, como si supieran que Hilarión estaba detrás de ellos.

Antes de besar a Andrea, cerró el sistema de megafonía cósmica y les dijo:

–Se va a enterar de todo lo que habéis hablado hasta el Espíritu de la última estrella que ha nacido en el universo.

–Todavía no hemos dicho de nada importante –respondió Andrea– Era necesario que vinieras tú.

–Por eso estoy aquí. Lo he oído en el firmamento.

–Si hace unos minutos que hemos hablado de la necesidad de tu presencia ¿cómo has llegado tan pronto? Es un milagro.

–Es que me desplazo a la velocidad de la luz. Más rápido no puedo.

–Os cuento. Ya sé quien era el jefe –susurró el espía Pialcuadrado.

tensivo a la población en general y medir el oxígeno consumido para cobrar el *impuesto de respiración*, eso sí, progresivo y con descuento fiscal por familia numerosa. Pero a los solteros, buen palo, para que se decidan de una vez por todas a tener hijos y familia, y trabajen durante los últimos cincuenta años de su vida, para alimentarla y pagar la hipoteca, y de esa manera no golpear más, y traen niños a la tierra, que tenemos la tasa de natalidad más baja del mundo, y tienen que venir *sudacas* y moros a parir y cotizar en la seguridad social para que el sistema funcione.

–Respira Andrea, que te va a dar algo. Desde que te jubilaste, no haces más que intoxicar tu ánimo con doctrinas subversivas, que minan la democrática Partitocracia de Pacotilla, y te vas a condenar –dijo, sonriente, el afinador de pianos.

–Estoy condenado desde que nací. Es cosa de familia. A mí, en este mundo, ya me han dado todo lo que me tienen que dar. Menos tú, que todavía no me ha sacado el whisky y los hielos para celebrar la noticia.

Garikoitz sacó un buen whisky de malta y añadió:

–Si me gustan las noticias que me traes, sacaré cava del bueno, de la cooperativa de Alella.

–Sentaos y escuchad.

Tío y sobrino se sentaron con un vaso de whisky en la mano, y chocando los vasos, Andrea brindó:

–Por los fedayines.

–Por los fedayines –repetieron tío y sobrino, mirándose con ojos de sorpresa, sin saber por qué había que brindar por fedayines en aquel preciso momento.

–Ya sabemos quién fue –volvió a decir Andrea.

Garikoitz, que no solía perder la paciencia con facilidad, dijo:

–Como vuelvas a repetir lo mismo otra vez sin decir quién, por qué y para qué, te pongo de patitas en la calle y te borro de la lista.

–Calma fiera –respondió Andrea–. El jefe que torturó a tu hija está como jefe de inteligencia en Oriente Medio. Está enseñando a los marines a sacar información de los presos de Guantánamo y de Afganistán. Y pronto irá a otro país en conflicto. Mañana sabré su paradero exacto.

–Termina ese whisky que voy a abrir el mejor cava. Ven a la bodega conmigo y termino de enseñarte la casa.

Bajaron al sótano, y Andrea, girando tres veces sobre sí mismo, exclamó:

–¡Maldito hideputa! Aquí me traías cuando me vendabas los ojos. Y el molino aquel al que también me llevabas ¿dónde está?

–Estás a cien metros de él. Luego iremos.

–De eso quería hablarte también. Es la segunda noticia.

–¿Qué noticia? Y no andes con rodeos, que si no hablas rápido, te mando al infierno del molino, y eso conoces bien.

–Está vivo.

–¿Quién está vivo? ¿El torturador? Por poco tiempo.

–El ruso.

–¿Qué ruso?

–¡Qué ruso va a ser! El del invierno nuclear. Está aquí.

–Estás loco. Hace más de treinta años que no sé nada de él.

–Está vivo. Pronto recibirás una llamada de *Vasilievitch*, que es pariente de *Rostropovitch*.

–¿Qué Rostro Pálido?

–He dicho pariente de *Rostropovitch*, el músico, el del violonchelo, que estás perdiendo oreja a marchas forzadas.

–No grites tanto, que no oigo bien. Cuándo aprenderás que cuanto más ruido se mete, menos se entiende y peor se oye.

Garkoitz Sarasate había preparado aquel lugar fresco y hermoso de forma tal que se oía lo mismo en una esquina que en el centro, con el simple hecho de abrir los labios, susurrando. Andrea estaba con el mo-

rro caliente por efecto del alcohol y gritaba demasiado para el exquisito gusto del afinador de pianos.

Andrea, habitualmente, sólo bebía vino tinto, chiquiteando con los jóvenes del barrio, si jóvenes se puede llamar a sesentones y jubilados, quienes bebían diariamente antes de ir a comer al menos una pinta por cabeza, y para cenar, otra, amén del vino que en la comida o cena pudieran consumir. Andrea iba enterrando a todo el que pasaba la barrera crítica de haber trasegado y filtrado por el hígado mil hectolitros, pero a él, no sólo no le afectaba, sino que parecía rejuvenecerle. “Milagros de la naturaleza” –solía decir el psiquiatra, a quien conocía desde que Garikoitz se lo recomendó para que pusiera en orden los ventanales del Sanatorio.

El día que llegó Andrea al Sanatorio, se presentó al director del Psiquiátrico, de la siguiente manera:

–Soy Andrea. Vengo de parte del de los pianos. No sé muy bien qué hago aquí, pero aquí estoy. He dado una vuelta por fuera del edificio y he llegado a la conclusión de que usted no necesita persianas. Necesita un tanque.

–¿Cómo dice? –respondió, preguntando, el psiquiatra.

–Que necesita un tanque para arrancar los barrotes de las ventanas. Y si no los quita, yo no pongo persianas. Los locos están fuera: colocan persianas metálicas en todos los escaparates; y barrotes hasta en los campos de fútbol.

–Tiene usted razón. Hágame un presupuesto de quitar los barrotes y de colocar en su lugar persianas.

–Mejor será que derribe el edificio y construya otro nuevo. Por la experiencia que tengo, si está esperando que el Gobierno gaste un duro en persianas para locos, ya puede esperar sentado. No pagan las del gobernador, como para apoquinar pasta para la de los locos. No hay presupuesto.

–Empiece por la mía.

–Pago por adelantado.

–De acuerdo. Dígame cuanto vale y le daré dinero. Aunque sea de mi bolsillo. Ahora bien, ándese con mucho cuidado y hágalo bien, porque de lo contrario lo encierro y no sale hasta que San Pedro se quite la boina.

–Por la cuenta que me trae.

Como trabajaba bien y el psiquiatra pagaba puntualmente, se hicieron grandes amigos y así llegaron a constituir un serio peligro para la sociedad bien pensante que lleva por bandera “la legalidad vigente”. Aunque, con el tiempo, demostraron que quienes menos cumplen la ley son los que dicen defenderla, pese haberla elaborado a su medida.

Con el psiquiatra, Andrea aprendió mucho, pero, probablemente, el psiquiatra aprendió más con Andrea. Una de sus frases favoritas, de acuerdo los dos, era:

”La ley está hecha para los hombres, no los hombres para la ley”. Aunque cada uno lo interpretaba a su manera, pero eso es otro cantar.

Cuando se aclaró que la persona que iba a ponerse en contacto con ellos era el violonchelista ruso, tío y sobrino no daban crédito a Andrea y no entendían qué tenía que ver el célebre músico con el ruso del invierno nuclear. Andrea lo aclaró rápidamente:

–El *Vasiliévitch* ese, es primo del ruso nuclear por parte de padre; y primo del otro que toca el chelo, por parte de madre. Los rusos conservan el apellido del abuelo.

–Vaya lío.

–Es primo suyo y quiere verlo. Alguien le ha dicho que tú sabes donde está. Y en alguna parte está, porque ha enviado una carta con matasellos de Bardenia.

–No es posible.

–No sólo es posible sino que es cierto. La he tenido yo en mis ma-

nos. No pude traer una fotocopia porque el que me la enseñó, mi contacto, no la pudo hacer. En aquel momento hubo un corte de luz y no pudimos hacer la fotocopia.

–¿Y qué decía la carta?

–Y yo qué sé. Estaba en ruso.

–¿Y cómo sabes que la había escrito él?

–La carta estaba acompañada de un escrito de bufete de abogados explicando el encargo que había hecho el *Vasiliievitch* ese, que era quien había recibido la carta de su primo. El encargo, con letras mayúsculas subrayadas: “LOCALIZAR Garikoitz Sarasate.”

–El músico es un hombre muy ocupado y lo ha encargado a un bufete –aclaró Hilarión–. En Estados Unidos es costumbre.

–Eso mismo me explicó mi confidente cuando me pidió dinero por adelantado por esta información. Tuve que amenazarlo con sacar a la luz unos cuantos trapos sucios y decirle que nosotros no pagamos ni un duro y que si me pasaba algo tengo depositada una carta en un notario que saca a la luz muchas cosas que harán rodar cabezas. Y él lo sabe. Entonces, me explicó cómo en los Estados Unidos de América funciona todo a base de bufetes, de lobis, o algo así –dice que le llaman–, que cobran comisiones multimillonarias por todo. Lo mismo por conseguir una entrevista con el Presidente, que por sacar a un condenado del corredor de la muerte. Vamos, que es como Al Capone, pero a lo fino, legal. Allí todo tiene un precio, y si quieres algo, taca-taca, al contado y por adelantado. Y por lo visto, este hombre, el primo del ruso, ya ha soltado la panoja, que, según mi contacto, ha sido un millón de dólares de vellón, para encontrar a su primo.

–¿No será una trampa de la CIA?

–¿Y a mí que me cuentas? Si lo es, no me lo van a decir, ¿no? Sobre todo si no les damos ni un duro.

–¿No será que quien tiene que pedir dinero a ese bufete somos

nosotros por decir que vamos a buscar al ruso? Ha sido el personaje más buscado de los servicios secretos rusos, americanos, judíos, ingleses etc., durante décadas. Y, ahora, de repente, sin venir a cuento, ¡zas!, está aquí, y nosotros sabemos dónde. ¿No te parece un poco raro?

—¿Y a mí que me cuentas? Yo me limito a decirte lo que oigo. El espía eres tú.

—¿Y a ti quien te ha dicho que soy espía?

—Nadie, pero lo imagino. Si no ¿por qué me has traído ahora en coche, a cara descubierta, y no con los ojos cerrados como antes? Tú me dirás.

—Dejemos ese asunto para otra ocasión. Ahora, pongamos manos a la obra. Esperemos a que se pongan en contacto con nosotros y luego actuamos.

—Hay que sacar algo de tajada de este asunto. Ya está bien de hacer el primo. Todos sacan pasta gansa, menos nosotros. Parecemos Hermanitas de la Caridad. Que suelten la mosca.

—Andrea, no metas a las Hermanitas de la Caridad en esto, que ellas no hacen más que ayudar a los pobres necesitados. Y si sacamos algo, lo entregaremos para ayudar a los pobres.

—Oye, que el que fue jesuita eres tú.

Pocos días más tarde, *Mstislav Vasilievitch* se puso en contacto con Garikoitz Sarasate, por mediación de un bufete de abogados de *New York*. El afinador de pianos pasó la gestión a Hilarión, que en relaciones internacionales era un experto.

Para asegurarse de la veracidad del asunto, Hilarión exigió, por indicación de su tío, establecer contacto directo con el interesado en la gestión, es decir con *Mstislav Vasilievitch*.

El abogado norteamericano, erre que erre, se negaba a que así fuera. Hilarión no cedió y le dio su última palabra:

—Señor *Von Karajan*, por muy ario, que usted sea, por muy pariente de *Herbert Von Karajan* que usted sea, y por muy agente del Mosad

o de la CIA que usted sea, aquí, en Bardenia, ni pagamos ni cobramos por venir a visitarnos, por vivir con nosotros. Más bien todo lo contrario, los invitamos a comer y beber como Dios manda.

Envíe mensaje a quien ha pagado por el encargo. Será bienvenido.

Colgó el teléfono. El ilustre letrado del Lobby israelita, encargado de manejar asuntos de alto nivel, secretos y públicos, se quedó con la boca abierta, porque nunca le había ocurrido semejante cosa. Más bien lo contrario. Él tenía a bien explicar a sus clientes:

“Cuando escuchan mi nombre y apellidos, y el bufete al que pertenezco, se abren de piernas y dicen: señor Von Karajan, pase y vea.”

Tuvo que estudiar el mapamundi para localizar Bardenia y no lo encontró, porque a pesar de ser de pura raza aria, de origen alemán, se había educado en *New York* y ya se sabe que allí no aprenden geografía más que a tiros, y confunden Barcelona con Cancún.

Desesperado, el ilustre letrado volvió a llamar a Hilarión, rogándole le indicara en qué parte de Europa se encontraba Bardenia. Este le contestó cantando:

*Bardenia es tan pequeño,
que no se ve en el mapa,
pero bebiendo vino,
nos conoce hasta el Papa.
Bat, bi, iru, lau,
bost, sei, zazpi,
euskaldunak irabasi,
irabasi. Aurrera.*

Y, de nuevo, sonaron las alarmas siderales a los cuatro vientos. Hilarión desvió la llamada al teléfono del caserío Pentagrama y la montaña hizo de altavoz cósmico por simpatía.

–Señor Iparraguirre, por favor; no me cuelgue, por favor –se oía al otro lado de la línea–. Que me juego el puesto de broker, que por muy ario que sea y por ilustres apellidos que tenga incorporados en mi *currículum vitae*, aquí, en este trabajo, soy un número más, uno cualquiera, como los operarios de las fábricas de coches y electrodomésticos o guardiles; y si no consigo lo que me piden, me mandan con cajas destempladas a la puta calle. *Please, please* (que suena como pliiis, pliiis).

El afilador de cuchillos, navajas y tijeras, que ya había toreado por chicuelinas bastantes norteamericanos a lo largo de su carrera profesional, contestaba.

–¡Plaaas, plaaas, que no me vas!

Y el norteamericano, rojizo de pelo y piel, volvió a la carga con gemidos tumultuosos y moqueo constante:

–Por la memoria de sus antepasados, no me abandone, que aquí en América no es como en la vieja Europa, que allí paga la seguridad social, y aquí, pagamos el seguro de asistencia sanitaria, de vida y muerte, médicos, y la escuela de nuestros churumbeles, con dinerito caliente, de nuestro bolsillo, y necesitamos robar como sea y donde sea; y el que no tiene dinero es un cero a la izquierda y termina en las cloacas de *Manhattan*. Usted sabe que en EEUU no tener dinero es un crimen. La vida es así. La felicidad va pareja a la cuenta corriente.

Hilarión quiso tensar más el dialogo de la negociación y lo hizo con frialdad:

–Lo tienes fácil, monstruo de la Triste Figura. Ernesto *Hemingway* es la pista que puedo dar. Si decides venir con el interesado en saber donde se encuentra el ruso del invierno nuclear, te invito al campeonato de *bertsos*, a menestra de verdura, ajoarriero, chuletón, cuajada y crema catalana.

–No entiendo nada.

–Claves de alto voltaje gastronómico y de unidades de espionaje de élite.

–Voy a volverme loco.

–Voy a darte otra pista para que puedas localizarnos. Llama al Congreso de *Idaho* y te pondrán al corriente. O en *Trois Pistoles*. Allí pescábamos ballenas y capamos corderos con los dientes.

Se oyó a través del auricular del teléfono un golpe seco y se cortó la comunicación. El letrado americano había caído de espaldas. Tenía más altos los pies que la cabeza y del soponcio que le dio, levantó un poco los pies, apoyados sobre la mesa escritorio, y se descalabró de espaldas.

Poco más tarde se supo de boca de Andrea, a quien llegó la información a través de su contacto en el centro de operaciones secretas, que el susodicho abogado fue degradado en el bufete. Su nuevo destino fue cobrar comisiones a Presidentes de países pobres, o sin Estado, antes de llevarlos al Presidente de los Estados Unidos para hacerse una foto en el ala izquierda de la biblioteca de la Casa Blanca. Más tarde, esa foto la publicarían en periódicos de los países pobres, cuyos presidentes volvían más pobres a casa, porque había tenido que robar del erario público millones de dólares para pagar la noticia y que se supiera que era verdad que habían estado en la capital del imperio yankee y se habían hecho foto, no en el despacho oval, que eso es para ricos o para quienes ceden terreno a las tropas americanas y aliadas para que acampen en su territorio *gratis et amore*, sino en la biblioteca, a escondidas, previo pago de uno dos o tres milloncejos de dólares, según el producto interior bruto del país, o región, de la que procede el beneficiado de la distinción fotográfica.

–Vaya país de los cojones –dijo el afinador de pianos, que jamás pronunciaba una palabra mal sonante, porque su propia estructura craneal, acostumbrada a la melodía, se lo impedía.

15

Para la recepción del ilustre músico ruso, fue reunida en el caserío del infierno toda la familia. Incluidos, el psiquiatra y Andrea. El caserío del infierno se abrió definitivamente al mundo y desde ese día recibió, oficialmente, el nombre de Pentagrama, que a jóvenes y niños les daba mucha risa, pero que a los sesudos yernos y sesudas nueras pareció correcto (por no decir pijo) y hasta apocalíptico o clásico, por lo de griego.

A Anika la trasladaron días antes en parihuelas.

“Pero decidí bajar a pata coja, apoyada en el brazo de mis hijas, porque las enfermeras que me transportaban en parihuelas en forma de silla de ruedas, se retorcieron los tobillos, cayeron al suelo pedregoso y se resintieron el lumbago y los riñones, y hubo que llamar a un tractor para devolverlas, en la misma ambulancia que me trajeron, a Urgencias, donde les decretaron baja profesional por avería, en tiempo de trabajo, *in itinere*, que, al parecer, quiere decir camino del trabajo” —explicaba, jocosamente, la cheroki al Jefe de Recursos Laborales del laboratorio donde trabajaba, que la llamó por teléfono para saber de ella y cuándo calculaba que podría volver al trabajo.

Leire revisó todo el caserío de arriba abajo en un tiempo récord y solamente se la oía decir:

–Ya me parecía a mí... ya me parecía a mí. Y esto, y esto y esto.

La pobre madre y hermana encontró en Pentagrama todo lo que durante años desaparecía, de forma misteriosa e inexplicable, del caserío materno: la aspiradora, el plumero de quitar el polvo con colores de la bandera gala, ollas, cubiertos, mopa, colchones, cajas de plástico para guardar herméticamente alimentos, taladro, sierra, caja de herramientas, cubertería (menos mal que no era la fina), vamos, el ajuar completo. Menos las toallas, que aportó Hilarión de los hoteles que visitaba en distintos países por razones de trabajo.

La fiesta no comenzó hasta que Hilarión hizo entrada en el camino romano, adecentada la parte izquierda para la ocasión, para que el ilustre visitante pudiera caminar sin riesgo de tobillo roto, pierna quebrada o accidente laboral, como había ocurrido con las enfermeras de la ambulancia que trasladó a Anika, una semana antes de la celebración.

Como al ilustre visitante, el gran violoncelista ruso *Vasilievitch*, había costado mucho esfuerzo traerlo, se organizó una fiesta, como Dios manda, por orden de Leire.

El afilador consiguió dominar, domeñar, doblar, la impertinencia prepotente norteamericana, y patentados sistemas de cobro mafioso, amenazando, con pruebas, que podía poner en jaque todo el sistema de comunicaciones de satélites.

–Usted está loco –decía, al otro lado del teléfono, el sustituto de *Von Karajan*, que ya era un espía, también ario, pero con pedigrí, como mandan los cánones del Pentágono.

El afilador se limitó a decir:

–El día seis de Julio no llegará señal luminosa a los satélites para retransmitir el *Riau Riau* a todo el mundo. El día siete de Julio no llegará señal acústica a los satélites para retransmitir desde el *Hulbert Hall* de Londres el concierto de *Bela Bartok*. El día ocho de Julio arderá la subestación eléctrica que alimenta las casas de tu barrio; y el día nueve de

julio, el Papa de Roma, con Cruz y Corona, lanzará al espacio un millón de condones, hinchados, en forma de globo, para ser destruidos con escopetas de perdigón, como en las ferias, por las jóvenes promesas del Filius Dei, haciendo el ridículo una vez más. Nosotros cambiaremos la dirección del viento y llevaremos esos condones hasta Kenia, que allí hay mucho enfermo de SIDA y a las Bardenas, inutilizando cazas de la OTAN, llenando sus turbinas de condones hinchados de helio..

–Estás loco.

Hilarión no dio más explicaciones y cortó la comunicación.

El día diez de Julio del año en curso, una furgoneta de transportes especiales, escoltada por cuatro motoristas oficiales de la *Royal Navy*, buscaba el paradero de Hilarión Iparragirre Sarasate Gaiarre Eslava, para entregar, en mano, mensaje urgente. El mensaje decía:

–OK.

Y traducido: “Okey, de acuerdo, no siga con más demostraciones que va a crear alarma roja y fundir los plomos del Pentágono; alarma social en el centro de Investigaciones Sociológicas, en el Kremlin y en las catacumbas nucleares...”, explicaba, a hurtadillas, el espía Andrea al psiquiatra.

El ilustre violonchelista suspendió los conciertos de la segunda quincena de Agosto y aunque dijo que era por razones de salud, estrés, tensión arterial o melanoma maligno en parte muy íntima del cuerpo, la verdad era que fue al caserío Pentagrama a saber del primo del frío nuclear, científico desaparecido y nunca hallado, único sobreviviente familiar del campo de concentración.

Al violonchelista lo recibió la montaña, y sus habitantes, en perfecto orden de coro cósmico, con melodía cantada por el coro del ejército ruso, compac disc comprado para la ocasión, previo ensayo con fauna y flora del valle.

Como el camino era largo y difícil de transitar, estaban previstas

canciones interpretadas por la coral Ñoñostiarra, que es la mejor, y que al ser de la tierra, suena mucho mejor en el Valle del Infierno, convertido en Pentagrama.

La edad avanzada del ruso no le permitía caminar rápido y se sentó las cuatro veces que cayó, antes de llegar a la capilla. El sol bañaba su rostro venerable y la brisa de los hayedos endulzaba su rostro, tanto o más que la sonoridad de los dólmenes, nummulites, amonites, menhires, y la sonrisa abierta del viejo cascarrabias Jorge Oteiza, en terracota, que aguardaba en una esquina de la ermita la llegada del gran músico.

–Spasiva, spasiva –decía, una y otra vez el anciano músico–. Compondré una sonata para este lugar mágico.

Antes de la llegada del músico ruso hicieron asamblea familiar y determinaron normas mínimas de educación y comportamiento. Cada cual iría como mejor le pareciera. Cada familia aportaría a la celebración postre diferente. El resto corría por cuenta de Garikoitz Sarasate, que aunque fuera generoso, no se daba cuenta de que no todos son músicos en la vida y que tampoco son ascetas misioneros taladrados por la miseria de los indios del Amazonas y por la doctrina del capitán Iñaki de Loyola, que gastaba menos que un ciego en novelas, para buen vivir y buen yantar, a pesar de ser compañero del también bardo Francisco Javier Azpilicueta, que se tuvo que marchar a La Conchinchina por no reñir con el Iñaki de marras.

Estos detalles históricos se vio obligado a recordar el psiquiatra al afinador para traerlo a mandamiento cuando el psiquiatra se percató de que el afinador de pianos había previsto comida vegetariana y música clásica para toda la semana de estancia del músico ruso del violonchelo.

–Haz el favor de tratar a la gente como Dios manda. Y al ruso dale vodka. Y a los niños piruletas, helados de chocolate y nata, y que se manchen bien. Que aunque sean músicos y sepan tocar el piano, el

violín y las maracas, no los vas a tener todo el día haciendo el tonto, tocando el piano.

–De acuerdo. Prometo alimentar bien a los invitados y dejar libres a los niños. Pero tú promete que al ruso lo vas a dejar en paz y no le vas a preguntar por su infancia, por sus padres, por la revolución ni por los campos de concentración y la miseria del género humano en situaciones límite.

El psiquiatra levantó solemnemente la mano y dijo:

–Prometo.

Pero como no dijo qué, después de hipnotizarlo, acribilló al ruso a preguntas, sobre todo cuando pudo comprobar que el violonchelista era un libro abierto y había tomado el caserío como si estuviera en la dacha que tenía a las afueras de Praga, después de los primeros tientos a la botella de vodka.

–Mikis, tú y yo tenemos que escribir un libro –dijo el psiquiatra.

–Cuando tú quieras, pero no me llames Mikis –replicó el ruso–. Llámame amigo, porque mi nombre es Mstlav y cada vez que me llamas Mikis me acuerdo de *Teodorakis*, que estará buscándome como un loco por los hoteles de Atenas, porque quedamos para hoy a las doce en el Partenón a comer juntos.

El profesor ruso fue feliz desde el primer momento que vio a aquella familia a la puerta de la capilla, con ramos de flores y vestidos de una manera tan original que ni en los mejores circos y obras teatrales había visto en los días de su ya larga vida.

Andrea se puso traje negro con el dobladillo de las piernas suelto. Más parecía un enterrador de mediados de siglo que un persianero agente secreto. No se sabe dónde ferió un sombrero de hongo de esos como los de la *City* de Londres y, la verdad sea dicha, parecía un payaso con orejas grandes y nariz afilada.

El psiquiatra venía de la huerta y se le había olvidado que tenía que

venía el ruso. Para el director del psiquiátrico no era importante la fachada, como nunca lo había sido, y, como siempre decía, dijo:

”Cuando te vuelves loco, te pones en pelotas o te mueres, somos todos iguales.”

Ni Leire, que era quien mejor comprendía al loquero, pudo, en aquella ocasión, hacer carrera con él. Tampoco le importaba mucho porque para ella suponía menos trabajo.

O sea que el psiquiatra apareció con bombacho de huerta, con botas llenas de barro, las manos y uñas negras de estiércol, y una gorra de *Guinness* que un representante de bebidas espirituosas había regalado a Hilarión en una de las bodegas. Un cuadro.

Y un dolor para Anika, que el presentarse en público de forma elegante, como buena cheroki, daba mucha importancia. La única, con Leire, arreglada para la ocasión; aunque también es cierto que cualquier cosa que se plantaba en el cuerpo le sentaba bien; no así a su esposo mantecoso, que aunque era sobrino de Garikoitz, en eso de la vestimenta era bastante desastre.

Y demostró, una vez más, cuando llegó a la capilla con la camisa blanca fuera del pantalón, con el nudo de la corbata a la altura de la parte baja del esternón, con la chaqueta al hombro, y suma y sigue; efecto todo ello de evitar la caída del anciano músico por el camino.

El afilador, al inicio del camino, lo montó en su bicicleta de afilar y lo sujetaba como a un niño que está aprendiendo a andar en bici. Al ruso le hizo una gracia terrible y aunque mordió el polvo y barro del camino en cuatro ocasiones, los golpes no le daban dolor sino más bien risa.

Gorikoitz Sarasate lo recibió de etiqueta, frac, monóculo del siglo dieciocho y prismáticos de nácar propios del Bolshoi. Sombrero de alto copete, que, en su día, robó a un cuáquero que le hacía la competencia en Perú.

Las jóvenes, como hacía calor, estaban en topless en el riachuelo.

Recibieron al invitado, que para ellas era uno más de la cuadrilla de la abuela y tío abuelo Garokoitz, con un pareo, paño de seda traído por Hilarión de Estambul, haciendo de falda y de sujetador.

Los muchachos quedaron un poco más raros. No había uno decente, según las normas al uso en gente que va al teatro y a la ópera; y eso que eran casi todos músicos de conservatorio, aunque ejercieran de albañiles, fontaneros, electricistas o periodistas de revistas del corazón y paparachis, con contratos basura.

Para ellos, aquella situación era como si fuera una paparrucha. Se presentaron en Pentagrama, sin dormir, de madrugada, y porque les habían prometido costillada y buena música rock por ordenador, último hallazgo de su tío y padre Hilarión.

El objetivo principal del resto de invitados fue un día de campo. Después de subir un monte de mil quinientos metros, bajar a comer y beber hasta que el cuerpo aguante. Lo que en argot montañero se llama “garrafonera”. Y a cantar, sin compasión, jotas bardeneras, rancheras, chachachá, mambo, pasodoble, música popular *heavy metal* y de protesta; y lo que haga falta, celebrando, de paso, la llegada del genio ruso, que no esperaba que la gente de Bardenia fuera tan divertida, cantara tan bien y levantara el codo tanto o más que sus paisanos rusos, y no cayeran redondos al suelo por el efecto de la bebida, porque estos bardos:

“Que parecéis sacados de Era Cuaternaria –pensaba en alto el violonchelista después de los primeros vodkas–, sabeis beber y bebéis vino en las comidas, y licores con los postres; no como mis paisanos que beben vodka con el papeo y terminan sin apreciar ni la comida ni el vodka, porque caen patas arriba como muertos.”

El alma del ruso se quedó pasmada, cuando, al llegar, el hijo de Hilarión, quien, para gracia o desgracia de la propia criatura, respondía al nombre de Garikoitz Iparragirre Moon, acompañado por sus primos y

hermanas solteras, más dos hijas de un hermano de Hilarión, Irati, (preñada de seis meses) y Leire (como su abuela, huida de la justicia), llenos de herrajes en las orejas y tatuajes en tronco y extremidades, hicieron sonar la txalaparta y el acordeón, y las hayas, robles y abetos temblaron de emoción y arrullaron al ruso como si fuera un bebé recién venido al paraíso Tierra.

De los niños y niñas mejor no hablar, porque, cuando llegaron al caserío, iban guapos y arreglados como un pincel para las fotografía de rigor con la abuela, con los primos, tíos y tías, incluidos Andrea y el psiquiatra; mas, en cuanto vieron los helados que el tío abuelo Garikoitz había preparado, en cumplimiento de las promesas hechas al psiquiatra, lo que era verde se convirtió en negro, y lo que era blanco en azul, verde y rojo, “como debe ser” –afirmaba orgulloso el afinador de pianos.

Como decimos: un circo.

La velada, tumultuosa, alegre y disipada, transcurrió sin mayores incidentes: algún plato roto, alguna lágrima infantil y algún suspiro. Al finalizar la jornada festiva, quedaron en el caserío Pentagrama los machos viejos, que no estaban para ir a ninguna parte más que a la cama, como los niños.

Hilarión llevó a su madre y a su esposa al otro caserío, huyendo de la vejez y de la juventud.

Los jóvenes siguieron la fiesta en algún lugar de la zona, menos los que tenían niños, que tuvieron que aguantar y arrastrarlos a la cama sin bañar, porque era muy tarde y estaban reventados.

La luna, asombrada de tanto beso, se durmió. Solamente se veía, de perfil, el chinchorro donde descansaba la pobre luna como en las banderas musulmanas. Las estrellas aprovecharon la noche, y el sueño de la luna, para cucar el ojo al afinador de pianos, a Andrea, al psiquiatra y al ruso, que en un no poderse aguantar sublime, tocó el violonchelo y una melodía de Schumann los dulcificó para ir a la cama y para que

soñaran con los niños que habían jugado a su alrededor, niño que llevaban dentro, comiendo helados y rompiendo cristales.

Antes de marcharse a su habitación, el ruso dijo una frase que parecía no venir a cuento, pero que más tarde, cuando contó su vida, comprendieron:

–El mayor éxito de la persona en la vida es tener hijos y ayudarlos a crecer. Esto hace hermoso vivir. Buenas noches.

–Buenas noches –respondieron los personajes que permanecieron en Pentagrama

Y se fueron a dormir.

16

ANÁLISIS FINANCIEROS. CUENTA DE EXPLOTACIÓN

Para establecer la cuenta de explotación se han tenido en cuenta las cifras de venta que tienen que ajustarse en estudios posteriores.

Garikoitz, como siempre, despertó con el alba. El gallo ya había anunciado que la vida sigue, que el sol empuja a los astros y a los plane-

tas. Al menos, esos eran los primeros pensamientos que asaltaban al afinador de pianos, de un tiempo a esta parte. Quedaba algo por fregar en el fregadero y fregó. El día anterior, antes de marcharse, al toque de corneta de la abuela Leire, como era costumbre familiar, todos y cada uno participaron en la limpieza y orden. Los jóvenes recogieron, con la ayuda de los niños, la mesa y los útiles de asar carne y pescado. Los hombres fregaron y colocaron la vajilla en su sitio. Las mujeres barrieron y dejaron todo en perfecto estado de revista.

Garikoitz silbaba suavemente mientras colocaba los elementos necesarios para el succulento desayuno de tostadas con mantequilla, mermelada y miel, todo elaborado por él y su sobrino, más jamón serrano y aceite de oliva, ya que Andrea tenía esa costumbre, y es de entender, puesto que su trabajo, durante toda la vida, había sido colocar y quitar persianas, y para ese ejercicio hay que estar bien alimentado, como él explicaba a quienes lo acompañaban en la primera comida del día.

Otra cosa era el psiquiatra, que se limitaba a tomar un café con leche, sin más. El pobre hombre no gustaba de hablar al levantarse, y tenía que explicar sus costumbres cada mañana, porque Leire o su hermano eran más pesados que el plomo:

—¿No vas a comer nada más? Toma esto, toma lo otro, come, bebe... un poco más de café... un poco más de leche.

Y el bueno del psiquiatra sonreía y respondía cada día lo mismo:

—No me pasa más comida por la garganta. No tengo hambre. Hay que comer cuando se tiene hambre.

Y lo dejaban por imposible.

El afinador de pianos se ponía las botas y comía de todo y en cantidad, aunque daba la impresión de que era un asceta por su aspecto pulcro y fibroso.

Poco más tarde, los tres mosqueteros, el afinador de pianos, el persianero y psiquiatra, esperaban, sentados a la mesa, pero el ruso no se

despertó. Esperaron un rato y Andrea, que no tenía costumbre de esperar, porque durante toda su vida se preparaba el jamón con aceite de oliva, pan y un trago de vino tinto y a correr a trabajar, preguntó:

–Este, ¿se habrá muerto?

–Qué cosas dices.

–Si no aparece en cinco minutos, yo empiezo a desayunar. Tengo hambre.

–Pues come –sentenció el psiquiatra.

–Empecemos. Cuando se levante, ya desayunará. Buen provecho –dijo Garikoitz, acercando las tostadas recién hechas y la cafetera, que acababa de dejar de simular que el tren chuchú había llegado al final del trayecto.

El olor a pan tostado y a café despertó al músico ruso, pero se sentía tan bien en aquella habitación rústica, cálida y luminosa, que decidió darse media vuelta y seguir durmiendo.

Los tres mosqueteros terminaron de desayunar, agobiados por la palabrería de Andrea, que si ya hablaba mucho durante el día, a la mañana, recién despierto, era un torrente imposible de detener. El psiquiatra se ausentaba con el pensamiento a los espacios siderales o lugar parecido, mientras sorbía el café con leche; y Garikoitz escuchaba, pero no hablaba, porque comía de todo y en cantidad.

Andrea seguía hablando y hablando mientras recogía y fregaba los vasos y tazas que habían usado en el desayuno, y preocupado, terminó diciendo:

–Voy a ver si el ruso está muerto.

–Déjalo en paz, que descanse –gruñó el afinador de pianos–. ¿Crees que todos son tan carraca como tú? ¡Calla de una vez, y ve a dar una vuelta por el monte, que aburres a un muerto!

–¿Vienes, doctor?

–No. Voy a esperar, en silencio, a Mikis.

–Hasta la vista. Que os sea leve.

Andrés tomó su palo de avellano y fue a pasear por caminos y veredas hasta la cumbre de mil cuatrocientos cuarenta y siete metros de altura (inscrito en el mojón junto al buzón que recoge los mensajes de los montañeros que llegan a la cima), con la bota de vino y noventa y dos años a la espalda. Despacio, pero sin parar, consiguió llegar a la cima. Miró el buzón y vio una carta escrita por alguien que escribía en ruso. Se quedó petrificado y pensó:

“Está vivo. Pero si no recuerdo mal, aquel tipo era más viejo que yo y bebía más vodka que yo vino. El vodka lo habrá conservado como conserva el formol a mis serpientes. Bueno. Tal vez aquí está escrito dónde está y nos evita problemas.”

Andrea tenía por costumbre hacer todos los días largas caminatas. Pedía el cuerpo, su propia naturaleza inquieta. Era una necesidad. En esta ocasión, con más razón. No sabía inglés y sentía que iba a estorbar en la conversación, teniéndole que traducir alguno de los asistentes cada vez que decía algo el músico ruso. De esa manera si él no estaba, los dos mosqueteros restantes hablaban tranquilamente sin estorbo de persianeros analfabetos, se decía en su pensamiento.

Y así fue. Cuando el ilustre invitado despertó y llegó al comedor, fue un gozo verlo comer jamón serrano, pan y aceite, como lo hacía Andrea, que para ser analfabeto de idiomas extranjeros no debía ser tan tonto, porque el célebre músico, un fenómeno intelectual y musical, sabía apreciar lo bueno de aquella mesa. Nunca jamás se le había ocurrido a nadie poner delante de las narices del ruso para desayunar unas lonchas de jamón irregulares, gruesas, cortadas del pernil a golpe de cuchillo, con un pan cabezón y una aceitera del año catapún, llena de aceite casero. El ruso, a media mañana, se puso morado de jamón y de vino.

Para rematar, tomó un carajillo de ron y una copita de vodka. Le entró sopor y se disculpó porque le apetecía volver a la cama:

–El estrés de los artistas y de los famosos es matador –dijo antes de levantarse para echar la siesta del carnero.

–Así es –confirmó el psiquiatra.

El artista se marchó tarareando alguna composición que estaba escribiendo, tal vez la sonata que había prometido componer. Se olvidó de la cartera de cuero que trajo a la mesa, supuestamente, con la carta de su primo, documentos, pastillas para la tensión, colesterol, azúcar y todas esas cosas que a esas edades controlan los octogenarios, más, las de un músico tan célebre como este que da conciertos hoy en Roma y mañana en Moscú.

El afinador de pianos se percató del hecho. Fue a abrirla para examinar qué había dentro. El psiquiatra, que lo vio, dijo:

–No sabía que eras tan rabisalsera, tan verdulera, tan aldraguera. Unas llevan la fama y otros cardan la lana.

Garikoitz indicó, con el dedo en los labios, que guardara silencio; y con el pulgar de la otra le señaló un punto rojo que parpadeaba en un ángulo alto de la estancia. El psiquiatra entendió que algo había en aquella cartera que hacía sonar alguna alarma. Garikoitz fue al ordenador, tecleó unas claves, pulsó unos iconos y la luz roja dejó de parpadear. El psiquiatra se acercó al ordenador y vio en pantalla tres nombres conocidos.

¿Están espiándonos? –preguntó.

–Así parece.

–¿El violonchelista es un espía?

–No necesariamente. Puede que lo estén utilizando.

–¿Has cortado la comunicación?

–No. La he desviado a circuitos que informan de la prostitución infantil de la iglesia americana. Ellos, los espías creen que sigue operativo en este lugar. Les enviaremos mensajes que les alegre la vida.

En aquel momento, se oyó en la entrada del caserío:

–¡Ave María Purísima!

–Sin pecado concebida –respondieron desde el ordenador.

Era Hilarión.

–*Ora pro nobis Sancta Deigénitrix.*

Y se oyó en todo el valle, dirigiéndose al espacio sideral:

Ave María Purísima...sin pecado concebida...*Ora pro nobis Sancta Deigénitrix...*

Entretanto, en la cumbre de casi mil quinientos metros de altitud, Andrea se había quedado un poco modorro, recostado en el mojón del punto geodésico de la montaña. Descansando del esfuerzo de la ascensión, contemplaba, entre cabezada y cabezada, el valle, con la carta del ruso nuclear en la mano. Su cabeza despejó cuando oyó las plegarias Ave María Purísima...sin pecado Concebida...*ora pro nobis Sancta Deigénitrix*, como si estuvieran rezando junto a él y dijo, mirando al punto geodésico:

–Rezando el rosario a estas horas... qué raro. Si es mediodía. Será el *Ángelus* en algún partido de pelota... Será el ruso, que está mandándome mensajes desde el cielo...Pero si es latín, y latín ya no hablan más que Dios y los curas. Será Dios. Me habré muerto.

Se tocó la cabeza, se tentó la ropa, se tocó las botas de monte y se mordió un dedo, y, naturalmente, se hizo daño.

–¡Joder, qué daño me has hecho! Perdón, qué daño –gritó, mirando al cielo, como si estuviera cara a cara con Dios y mordido el dedo–.

Será que me voy a morir de un momento a otro. Por si acaso, voy a pronunciar antes mis últimas voluntades.

Andrés tenía fe de carbonero y no se complicaba la vida con dudas ni con teorías de ninguna clase, porque como él decía:

“Si no creo en este Dios, tendré que creer en el de los moros, en el de los judíos o en Buda, y eso es complicado y más trabajo. Otra vez a aprender cosas nuevas para lo mismo.”

Se puso en pie y, mirando al cielo, dijo:

–Señor, si ya me ha llegado la hora, me muero y ya está; pero antes de que nos veamos las caras me gustaría decir algo, que me tienes muy mosqueado.

Esperó un poco, por si el Señor Dios contestaba, pero como no respondió nada, prosiguió:

–Yo me creo lo del catecismo, pero no me convence ni un pelo lo que dice el Papa ese polaco y su sucesor el Bene, que llevan mil años diciendo las mismas cosas, que no convencen a nadie más que a la comparsa esa que tiene de curas, monjas y seculares, que, para más recochineo, tienen la central aquí, en Bardenia.

Hizo otra pausa, por si el buen Dios se dignaba hacer acto de presencia, pero como no fue así, prosiguió:

–A ver si te los llevas antes que a mí y pones a otro un poco más arreglado, un poco más joven, que deje casarse a esos chicos y esas chicas que se quieren, que tú y yo ya sabemos que lo más importante es el cariño, el quererse. Y lo del condón. ¿Es que no te das cuenta que son un poco burros estos hombres? ¿Por qué no ha de tener que follar y disfrutar la gente sin coger el SIDA?

Andrea se dio cuenta de que había dicho follar y pidió disculpas a Dios por la palabrota.

–Perdona, ya sabes tú que los que trabajamos con las manos somos mal hablados y juramos bastante, pero somos buena gente y no lo hacemos de mala fe. Es para desahogarnos. Esta es otra de las cosas que quería comentar. Ya sabemos que el polaco y el Benedicto son buenos, personas trabajadoras, incansables, y todo eso que se dice, pero llévate-los cuanto antes, que te lo agradeceremos muchos.

Se rascó la nariz y la oreja izquierda.

–Otra cosa, ¿tú ya estás al corriente de lo del paro, de lo de las torturas, de lo de los atentados y de lo de las invasiones de los que dicen que

son los defensores de la Democracia y rezan mucho y matan más, montan guerras diciendo que defienden el bien, contra eje del mal, y que tú estás contento cuando matan, porque los que mueren son demonios, que tiene armas de destrucción masiva y todo es mentira porque lo único que quieren es su petróleo? Cuando pienso en estas cosas, y, sobre todo, cuando las analizo, porque me tocan de cerca, pienso que todo es un cuento chino, incluido tú.

Esperó respuesta al duro ataque, pero nada.

—Todo esto lo aclararemos frente a frente, mano a mano, cuando me llames a tu presencia; pero ándate con ojo, que me parece que, en esta ocasión, quien tiene que juzgar soy yo. Ya sabes que no me gusta juzgar a la gente, pero si me pongo en serio, puedo ponerte a caldo, porque, esto de aquí abajo, te aseguro que funciona al revés, y si tú tienes algo que ver, mejor será que nos llevemos bien y nos respetemos: tú por tu camino y yo por el mío.

Se apoyó en el mojón y alzando sus viejos huesos, añadió:

—Bueno, Señor, hasta la próxima, que tengo que ver qué cuenta un ruso, que dicen toca el violonchelo como los ángeles. ¡Ah! Dale recuerdos a mi padre y a mi madre. Pronto nos veremos.

Apoyado en la vara de avellano, poco a poco, *poliki poliki*, fue bajando hacia el caserío, con la carta del ruso en el bolsillo.

En el caserío se confabularon para descubrir si el violonchelista ruso era espía, aunque descartaban que aquel venerable anciano tuviera nada que ver con los servicios secretos rusos, israelitas o norteamericanos.

—Pero nunca se sabe —dijo el psiquiatra—, porque tú también eres venerable y viejo y mira cómo andas. Hay cosas que con la vejez se acen-túan. Quien nos va a decir que este no ha sido agente doble en sus tiempos mozos, cuando andaban los rusos y los americanos a la greña, con aquello del frío nuclear, y la guerra fría. Voy a intentar hipnotizarlo para que sepamos la verdad.

–¿No te estarás pasando un poco?

–Intento ayudar.

–Pero, ¿la moral y la ética? ¿La conciencia?

–¿A estas alturas me vienes con éstas? ¿Tú crees que si es del servicio secreto va a pensar en la conciencia, la moral y la ética? Para estos, la conciencia es verde y se la comió un burro. El mundo está en manos de “inteligentes”, que justifican todo, la muerte y la tortura, por una cosa que llaman “Seguridad de Estado”, que los inmuniza de todo: de la ley y de la Biblia en verso. La mayoría de los Estados del mundo están oficialmente en contra de la tortura, pero se pueden contar con los dedos de una mano los que no la practican.

–¿Vas a hipnotizarlo para sacarle información?

–¿Para qué crees que se hipnotiza, para jugar a manitas, para jugar a médicos?

–De todo habrá.

–Tú lo has dicho. Pero no lo hipnotizaré sin su consentimiento.

–Tú sabrás lo que haces. Pero que conste: no autorizo hacerlo para sacar información. Alguien tiene que romper ese nudo demoníaco y ser honrado y decente.

–Querido amigo, no conozco a ser humano que no sea culpable y no deba ser juzgado por algo que ha hecho. Y te lo dice un viejo que ha dedicado la vida a estudiar por qué los hombres, las mujeres y niños, se vuelven locos. Es cuestión de identidad. He consultado Internet y los datos biográficos de nuestro ilustre invitado dicen que es judío y estuvo internado en campo nazi.

–¿Y eso qué tiene que ver con el espionaje?

–En los campos de exterminio, los nazis despojaban a los judíos de sus ropas y les marcaban, como a las reses, un número, para anular su identidad. En los campos de concentración, los nazis permitieron que los propios prisioneros gestionaran el funcionamiento interno del

campo. Y los prisioneros hicieron del campo de concentración una copia de la sociedad civil. Existían jerarquías entre ellos. Los primeros en entrar al campo, mandaban sobre los siguientes, y así sucesivamente. Los últimos en entrar al campo de concentración eran los primeros en ser ejecutados y tenían, entre los propios presos, el nombre de musulmanes. El torturado se convirtió en torturador. Ahora puedes entender por qué los judíos masacran a los palestinos y por qué los palestinos matan con hombres bomba y mujeres bomba. Y todos se creen inocentes. Así es el ser humano. La miseria reina en sus entrañas y yo al menos no sé por qué. Una cosa es clara: el que tortura lo hace para mantener el poder. Para mantener esta dinámica, necesitan espías por todas partes.

—¿Sufrirá?

—Graba todo para que podamos más tarde saber si hemos torturado al supuesto espía, física o psicológicamente y pueda defenderse y condenarnos, si es preciso.

El músico ruso se alzó de la cama sin saber que iba a ser sometido a un lavado de cerebro, sin saber, al parecer, que era espía.

Andrea abrió la puerta de entrada, justo en ese momento. Parecían haberse puesto de acuerdo.

El persianero entró en el comedor, cansado, pero feliz.

—Tengo hambre.

—Pues come —respondió el psiquiatra, que acto seguido continuó, repitiendo lo que siempre repetía y que todos habían aprendido y repitieron al unísono—: Hay que comer cuando se tiene hambre.

Andrea, con cara de felicidad, partió el currusco, la punta, del pan tierno que había traído Hilarión, y se lo metió a la boca.

El psiquiatra fijó en él su mirada y dijo:

—¡Eh aquí un hombre feliz! Parece venido de hablar con Dios, como Moisés cuando bajó con las tablas de la Ley con los diez mandamientos.

–Pues mira, has dado en el clavo. Esta mañana hemos hablado Dios y yo un rato, allí arriba, mientras alguien rezaba el rosario en latín.

–¿Y qué te ha dicho?

–Nada.

–Lo que quiere decir que has hablado tú con él. No él contigo.

–Así parece. Y le he dicho cuatro cosas bien dichas.

–Pero no te ha contestado.

–No. No sabría qué decir.

Mstislav Vasilievitch dio los buenos días, pero le advirtieron que ya eran tardes. Eran las tres de la tarde y la mesa, preparada para comer de nuevo. El genio del violonchelo no hizo ascos a nada, desde la ensalada hasta el postre, pasando por las alubias rojas, las guindillas y las truchas con jamón serrano.

Como el ilustre invitado no soltaba prenda acerca del primo ruso desaparecido, los nervios empezaron a hacer mella en los bardos y para no perder el tiempo, Andrea, que no podía parar quieto entre tanta sonrisa y amabilidad, y si a esto añadimos que todos hablaban en inglés y no entendía más que lo que de vez en cuando le traducía Hilarión, tanto rato sin hablar, él, que hablaba hasta por los codos, sin poder aguantar más, hizo una señal al ruso, pidiendo la vez para hablar, y todos callaron para escuchar al persianero, conscientes de que estaba rabioso por decir algo, y, quienes lo conocían, sabían que para él estar callado era un suplicio:

–Tengo una carta para que me traduzca del ruso.

Y sacó del bolsillo la carta que había recogido del buzón de la montaña y se la dio al ruso.

Garikoitz preguntó:

–¿De dónde has sacado eso?

–Del buzón de la montaña.

–Lo que faltaba para el duro.

Y tradujo lo que Andrea había dicho. El ruso leyó la carta con detención y se puso triste. Seguidamente, añadió:

–Ha muerto. Descanse en paz.

–¿Qué dice la carta?

El ruso, con lágrimas en los ojos, tembloroso, después de buscar en el bolso de piel las gafas de leer, se las colocó, tomó el papel en sus manos trémulas, y, con crotaleo de voz, leyó:

–Ahora que estoy muerto... –Y un sollozo inundó la garganta del músico; un ligero desmayo hizo que el papel cayera de sus manos y lo portaran a la cama para que tomara fuerzas.

Los cuatro mosqueteros contemplaban cómo el célebre músico pasaba de las lágrimas al ronquido más desesperado de un anciano en el primer sueño.

–Está durmiendo –dijo Andrea–. Doctor, ¿qué opina del enfermo?

–Que está borracho y necesita dormir la mona.

Salieron desconcertados de la habitación e hicieron asamblea.

–¿Qué hacemos?

–Nada. ¿Qué vamos a hacer?

–Esperar.

–Y tú, ¿no podías haber dicho antes que habías encontrado esa carta? –preguntó el afilador.

–Se me olvidó. Tenía tanta hambre que se me olvidó.

–¡Qué desesperación! –gritó Garikoitz. Estás jugándote la vida y se te olvida porque tienes hambre.

–Pues es verdad. ¿Qué quieres que te diga, que no me daba la gana, que esperaba darle una sorpresa cuando mintiera? Este es de la KGB.

–Calla, por favor.

–Calma, muchachos. Pronto lo sabremos. Es el momento perfecto para hipnotizarlo.

–¿Lo vas a hipnotizar? –preguntó Andrea–. ¡Qué guay!

–Cuando despierte, le explico, pido permiso y lo hipnotizo. Dejadlo de mi cuenta. Voy a ver cómo está de dormido.

–Cuidado con lo que haces –insistió Garikoitz–. Ya te he dicho que no cuentas conmigo para torturarlo.

–¿Quién ha hablado de torturar? El hipnotismo es una terapia.

–Tú, sabrás.

–¿Doctor, puedo acompañarte? –dijo, entusiasmado, Andrea.

–No. ¿Has estado tú alguna vez en el médico?

–Sí, una vez.

–¿Y te puso en pelotas?

–No. Me miró los ojos.

–Y si te hubiera puesto en pelotas, ¿te habría gustado que todos los de la sala vieran cómo te cuelga ese botoncillo de mierda?

–Pues, no. Pero no te pases. Botoncillo tendrás tú.

–Cuando llame, os acercáis, ¡en silencio! Si puedo, lo traeré aquí. Si se complica, lo haré en la cama. Hasta ahora.

El psiquiatra marchó, y los espías quedaron esperando y haciendo cábalas sobre el científico ruso que enviaba las cartas después de muerto. Y más recochineo: las depositaba en un buzón de montaña a mil cuatrocientos cuarenta y siete metros de altitud, en el pico más alto del valle.

–Tratemos de pensar un poco –dijo Garikoitz.

–Si estaba vivo cuando escribió la carta...

–Para escribir una carta hay que estarlo, digo yo –aclaró Hilarión.

–O muerto –añadió Andrea–. Cuando recogí la carta, rezaban el rosario junto a mí, pero no había nadie. Ave María Purísima, sin pecado Concebida, *ora pro nobis Santa Deigénitrix*...

Tío y sobrino quedaron mirando a Andrea y sonrieron.

–Tienes razón –dijo Garikoitz–, pero calla un rato y escucha. Si pensamos que está en el cielo, no tenemos ningún problema. Todo está

resuelto. Si en esa carta nos indica sus últimas voluntades, las cumplimos y ya está.

Hilarión tomó el relevo de la conversación por indicación de su tío:

–Pero, en el supuesto de que estuviera vivo cuando escribió la carta, tenemos que preguntarnos varias cosas. ¿Cómo subió hasta la cima un anciano de más de noventa años?

–A pie –respondió Andrea–. Yo tengo noventa y dos y he subido y he bajado.

–Respuesta acertada. Un euro para el concursante. Y calla un poco.

–Segunda pregunta –apresuró a decir Garikoitz, evitando que Andrea siguiera hablando–. Si esto es así, ¿estuvo aquí, en el molino? ¿Está todavía vivo o está muerto en el molino?

–Vamos al molino –respondió Andrea–. Esta allí.

–¿No dices que está en el cielo?

–Es verdad, ya no me acordaba.

–Respuesta no acertada. Devuélveme el euro. Y calla un poco.

–Si está muerto en el molino –añadió Garikoitz–, asunto resuelto.

Lo enterramos y como habrá ido al cielo...

–Devuélveme el euro. Puede estar muerto en el molino y a la vez en el cielo.

–Toma el euro, pero calla un rato, Andrea.

–Por alusiones, ¿puedo hablar? –siguió el persianero.

–Te enrollas como una persiana. No. Hasta que se levante el ruso y traduzca la carta que le has dado.

En ese momento se abrió de par en par la puerta del comedor cuarto de estar museo, y apareció el ruso con los brazos y las manos extendidas, diciendo:

–Abra kalabra, pata de cabra....

A un chasquido de dedos del psiquiatra paró en seco y el doctor le ordenó:

–Siéntate y toca el violonchelo que va a darte el maestro Garikoitz.
Toca lo que te apetezca.

Garikoitz se apresuró a poner en sus manos el violonchelo, que para eso no le parecía inmoral hipnotizar, y aunque fuera inmoral daba igual:

“podría tocar una obra inédita y grabarla y publicarla con mi nombre, Garikoitz Sarasate Eslava y pasar a la historia de grandes hombres de la música, aunque, a decir verdad, no tengo interés en pasar a la posteridad por nada.”

Susurraba el afinador de pianos mientras colocaba en manos del ilustre violonchelista el instrumento de cuerda, pareciéndole al sobrino Hilarión, que quien estaba hipnotizado era su tío.

–¿Puedo acompañarlo al piano? –preguntó el afinador de pianos.

–Aprovecha la ocasión, que el futuro es muy oscuro, que el futuro es muy oscuro... ahhhhhhh, trabajando en el carbón –respondió, cantando, el psiquiatra.

Garikoitz Sarasate Eslava se puso al piano y avisó al psiquiatra:

–Cuando quieras. Es el momento más importante de mi vida como músico. Yo, acompañando al piano al mejor violonchelista de la historia.

El ruso estaba más tieso que una vela, sujetando el violonchelo, a la espera de que el doctor le diera cuerda para funcionar.

–¿No se cansa cuando está tanto rato en esa posición? –demandó Hilarión.

–No. En este momento, y mientras esté bajo efectos de la hipnosis, descansa. Hemos quedado que, después de tocar el violonchelo, nos hablará de la CIA.

–¿Y qué van a interpretar, estimados maestros? –preguntó Andrea, repantingado en una de las butacas con orejeras.

–¡Es verdad! –exclamó Garikoitz–. ¿Puede leer partituras?

–Sí.

–He hecho unas adaptaciones para violonchelo y piano, y si puede leer y no se enfada, podemos tocarlas y grabarlas.

–Mientras esté en este estado ni se cansa ni se enfada.

–Entonces, ¿me lo puedes dejar así tres meses?

–Sería complicado.

–Vendrán a saber de él los servicios secretos.

–Es verdad. Entonces lo explotaremos hoy a tope.

–Empieza ya y déjate de historias –ordenó el doctor.

Garikoitz abrió las partituras con arreglos musicales, mientras Hilarión colocaba un pequeño atril a altura adecuada para que el ruso leyera la música, quien seguía más quieto que un mazo.

–Empezaremos por *Felix Mendelssohn-Barthody*: “En las alas del viento”. Cuando quieras.

–Maestro Mikis, cuando quieras, puedes empezar. Ahí tienes las partituras. Te acompañará al piano el maestro Sarasate.

–¡Oh, Sarasate, Maestro de maestros! –dijo el ruso–. Será grande honor ser acompañado por maestro del violín.

–Pasará las páginas Hilarion Iparragirre Sarasate Gaiarre Eslava –explicó el psiquiatra.

–¡Ah! Gaiarre, la voz más hermosa que ha sonado en la Tierra –exclamó el maestro. Doble laringe.

El ruso intentó levantarse para hacer honor a Gaiarre e inclinarse ante él, pero como el psiquiatra le había ordenado que se sentara para tocar, los huesos no se lo permitieron y permaneció sentado.

Hilarión abrió los canales de simpatía y el mundo parecía flotar alrededor del caserío Pentagrama. Las puertas del firmamento temblaban de misterio y todo hubiera sido maravilloso si no fuera porque Andrea, repantingado en el sofá, se durmió. Hora de siesta. Agotado de subir y bajar la montaña. Roncaba como un demonio. El doctor lo despojó de botas, colocó un calcetín en cada hombro del persianero y esto sirvió de

sedante durante toda la tarde y parte de la noche, que duró el maravilloso concierto de violonchelo y piano.

El afinador de pianos interpretó seis piezas clásicas y otras tantas hizo el sobrino, hasta que terminaron riñendo como niños: ahora me toca a mí que tú ya llevas seis... no seas abusica..., hasta que intervino el psiquiatra gritando:

–¡Ya basta! ¿Os parece que es como un reloj al que das cuerda y cuando se termina, otra vez? Pues no. Se acabó. Vamos a echar gasolina al motor, que si no se para. Vamos a darle de comer al caballo. Garikoitz, trae el vodka del frigo y vasos.

El afinador de pianos obedeció al doctor y trajo lo que pidió. El psiquiatra se escanció un cuarto de litro de vodka en un vaso grande y de un lingotazo se bebió la mitad. Fue a su habitación y trajo un mueble de baño, lavabo antiguo, muy bonito, con jofaina y jarra, que Hilarión compró tiempo atrás en los traperos de Emaús. El ruso seguía más tieso que un carámbano.

–¿Le damos un poco al maestro?

–No. Cuando lo despierte. Pero mientras tanto echa en la jofaina, para que el olor a vodka inspire al maestro.

–¿Y cuando lo vas a despertar?

–Cuando vuelva del baño.

Y marchó al retrete. Entre tanto, Andrea fue desperezándose. Al verse con los calcetines en los hombros, creyó que estaba en las trincheras del frente y de un salto se puso en orden de batalla a bayoneta calada, y gritó:

–¡A por ellos, que son pocos y cobardes! *Avanti pópulo, avanti allora, chi non labora non mangierà! Il Vaticano...!*

Garikoitz se lanzó encima, reduciéndolo, bloqueándolo, a medio metro del ruso, al que iba a atravesar con una imaginaria bayoneta; y como el ruso seguía más tieso que una verga tiesa, corría riesgo de caer al

suelo como una estatua de escayola, y romperse, sin saber qué hacer con él hasta que el psiquiatra terminara de sus ejercicios materiales y espirituales, que cuando iba al baño llevaba libros de novela histórica y a veces se le olvidaba que estaba sentado en el verdadero trono de los hombres y había que avisarle para que dejara el puesto a otro.

–¡Qué pasa aquí! –gritó el persianero.

–No pasa nada –contestó Hilarión, mientras acariciaba su cabeza, que era lo único que tenía disponible para acariciar, bajo el placage del afinador–. Tranquilo, estás en casa. La guerra terminó hace sesenta y cinco años.

Andrea se relajó y vio al ruso, tieso como un ajo, y preguntó:

–¿Se va a quedar así para siempre?

–No. Hasta que lo despierte el doctor.

–¿Y dónde está el doctor?

–En el inodoro. Lleva mucho rato. Enseguida vendrá.

–Pues ya puede desalojar rápido y dejar el terreno libre, que yo necesito soltar las alubias rojas. Voy para allá.

Minutos más tarde apareció el psiquiatra con los ojos gordos. Se había dormido en el trono. Se encajó otro trago de vodka y procedió al desenchufe del ruso. Hizo chasquidos con los dedos y dijo:

–Mikis, despierta, y hánblanos de amor.

Mstislav Vasilievitch despertó y recitó un poema en ruso, que nadie entendió; dejó el violonchelo apoyado en el piano, no sin antes bailar, cual doncella dulce y amorosa, y besar el instrumento. Andrea entró al salón, sonriente y satisfecho de la vida. Al ver al anciano ruso bailar, exclamó:

–¡Éramos pocos y parió la abuela!

–Descansa un poco –dijo el psiquiatra, tomando al persianero del brazo y sentándolo–. Voy a tener que hipnotizarte a ti también.

–¿A que no tienes cojones?

–A que no, ¿qué?

–Que no eres capaz de hipnotizarme.

El psiquiatra lo miró fijo y pronunció tres palabras:

–Ñoño... trontrón... modorrón.

Con la primera, Andrea, abrió los ojos mucho, pensando que lo insultaban; con la segunda, los concentró como para preguntar qué quería decir (en su pueblo quiere decir atolondrado, alocado, un poco tirando a tonto, sin fundamento); y con la tercera, cayó como un cepo. El doctor hizo un chasquido con los dedos y Andrea quedó en el sofá como si nunca hubiera estado vivo.

–Sin roncar –ordenó el psiquiatra.

Y Andrea no roncó ni habló en el día y medio que lo tuvieron durmiendo, en posición fetal, en el sofá.

El ruso se quedó mirando a Andrea y algún parecido debía tener con su abuelo materno, porque se arrodilló ante él, pensando que estaba muerto y lo acarició. De rodillas, apoyó su venerable cabeza en las rodillas de Andrea y cantó una nana en ruso muy bonita.

–Está recordando su infancia. Siempre volvemos al seno materno –susurró el psiquiatra, para no entorpecer el mágico momento del místico ruso.

–Me parece muy bien que vuelva al seno materno, a la placenta de su madre o al limbo, pero ¿cuando va a hablar de lo que nos interesa? –preguntó Garikoitz.

–Déjalo que se relaje y se encuentre a sí mismo. Será más fácil.

–Si empieza a recordar desde el útero materno hasta el día de hoy, con los años que tiene este viejo, necesitará al menos tres meses para repasar los capítulos más importantes de su vida.

–No necesariamente. Lo conduciré a momentos que él considere claves, que no serán muchos. Los hombres pasamos, como mucho, dos o tres episodios definitivos que marcan nuestra existencia.

–¿Nada más?

–Nada más.

–¿Y ahora qué hace?

–Su abuelo debió ser muy importante en su vida. Seguramente le enseñaría a tocar el piano o a escuchar música. Ese es su regazo. La música lo ha salvado de todas sus angustias.

–¿No se dormirá?

–No. Antes me ha contado que estuvo en campos de concentración, que compuso una sinfonía, y la interpretaron los que iban a morir. Nunca se sintió tan satisfecho. Ahora, cuando los espectadores de todo el mundo lo agasajan con aplausos, nadie sabe que no siente nada, porque piensa en los que cantaron sus melodías en el campo de concentración y en los que le aplaudían antes de morir.

El ruso se levantó y se puso al piano.

–Katuska, Katuska –decía, sobre un fondo musical tierno.

–Está cantando a su primer amor –dijo Hilarión.

–Seguramente. Voy a preguntarle sobre sus amores.

El doctor se colocó frente al piano y preguntó:

–¿Mikis, estás casado?

El pianista, sin dejar de tocar, pero disminuyendo el sonido del piano a un hilo de armonía, contestó:

–No. Nunca me casé. Tuve relación con tres mujeres, pero nunca me casé. Mientras vivió mi padre, viví aterrorizado. Cuando murió, me quedé a vivir con mi madre. Cuando ella murió, ya era tarde para casarme y tener hijos. Me hubiera gustado tener menos éxito y más hijos. El mayor éxito de una persona en la vida es tener hijos, alimentarlos, verlos crecer, educarlos y, si es posible, ayudarlos a ser ellos mismos. Todo no se puede tener en la vida. A mí me ha faltado lo más importante.

Y atacó con rabia el piano.

–Mikis, ¿qué ha supuesto la música para ti?

–Mi tabla de salvación. Y no como cree la gente, por el éxito y el dinero. No. En el campo de concentración no tenía ni éxito ni dinero y la música me salvó. Al jefe de mi barracón, que era de los primeros que habían entrado al campo de concentración, y por tanto era de los que más mandaba, le gustó mi música y cambió la lista de los que iban a ejecutar al día siguiente y me cambió por otro. Yo lo consentí, porque soy tan miserable como cualquiera. Necesitaba vivir. Quería vivir. Y mandé a los hornos crematorios a otro en mi lugar. Los mayores enemigos de los presos éramos los mismos presos.

El ruso iba transformando su rostro y el doctor temió una crisis grave en el paciente, y cambió de tema preguntando:

–¿Qué te parece *Beethoven*?

–Maravilloso. Rompía los pianos a zarpazos porque no respondían a sus necesidades. Más música en la cabeza y en la imaginación, que piano real pudiera ejecutar.

–Y ¿*Stravinski*?

–Un sinvergüenza que vendió su alma al dólar. Pero resultó un músico genial, porque no lo podía evitar.

–Y ¿*Daniel Barenboim*?

–Un judío encantador, como músico y como judío. Dirige la escuela de música de los palestinos, siendo judío como es. La música romperá las barreras del odio. Es un maestro de la música y de la vida.

–Mikis, voy a hacerte una pregunta. Si no quieres no contestes.

El músico dejó de tocar, se levantó, se sirvió un vaso de vodka y se sentó junto a Garikoitz, a quien acarició diciendo:

–Enseguida hablamos de la carta de mi tío. Pregunta lo que quieras. No tengo nada que ocultar en esta casa. Mi tío me indicaba en su carta que viniera aquí, al molino del Infierno, decía, textualmente, que es el lugar más maravilloso del mundo. El nombre del lugar me llamó la

atención y por eso estoy aquí. Mi tío fue muy importante en mi vida, pero no tanto como para paralizar mi última gira por los escenarios más importantes del mundo. *Infernuko erreka*, ¿es correcto?

–Es correcto –contestó, emocionado Garikoitz Sarasate–. Ya no se llama así. Se llama Pentagrama. Mi sobrino Hilarión ha tenido la brillante idea de ponerle ese nuevo nombre. En la actualidad, responde más a ese nombre que al de molino del infierno. Aunque mientras no comprobemos si vive o no tu tío, seguirá siendo el molino del infierno.

–Un momento, por favor –dijo Hilarión mientras se levantaba a desconectar los micrófonos siderales en activo–. Si vamos a hablar de cosas secretas, hay que desconectar. Estábamos conectados. Los servicios secretos están alerta.

–He desviado el control –aclaró Garikoitz–. Servimos información trucada. Pensarán que estamos diciendo lo que oyen.

–O sea que, señor *Vasilievitch*, puede estar tranquilo, la CIA no se va a enterar de lo que aquí se diga.

El psiquiatra se colocó tras el ruso y susurró al oído:

–Si preguntan si eres de la CIA, contesta que no. De lo contrario te matarán. Si te pregunto yo cuántas son dos y dos, di que no sabes.

El hipnotizador extrajo del bolsillo un platillo con incrustaciones de piedras preciosas de distinto color, colocadas en espiral, y se la dio al célebre violonchelista.

–Mikis, fíjate en ese plato y cuéntanos qué ves.

Tío y sobrino fijaron la atención en el platillo y sonrieron.

–Veo la vía láctea.

–Muy bien. Colócate en una de las estrellas y dime cuántas son dos y dos.

–Dos más dos... dos más dos...

Se notaba a la legua que el ruso hacía un esfuerzo descomunal por hacer el cálculo y finalmente contestó:

–No sé.

–¿Tiene usted que ver algo con algún centro de investigación? –preguntó Garikoitz.

–Sí –contestó el ruso.

–Con qué clase de central, ¿americana, judía o rusa?

–Con todas.

–Con alguna más que otra, ¿no?

–Con las tres por igual.

–¿Y cual es su papel en esas centrales?

–De asesor.

–¿En qué asesora?

–En la música.

–¿Descifra claves?

–Descifro las claves del alma.

–¿Y cuales son las claves de su alma?

–La de un músico.

–Y ¿cuáles son las claves de un músico?

–La eternidad.

Hilarión estaba poniéndose nervioso y preguntó:

–¿Es usted de la CIA, sí o no?

–Es usted muy chistoso. ¿Cómo se le ocurre preguntar a un hombre como yo esas cosas?

–Porque necesitamos saberlo.

–Y si le digo que sí, ¿qué va hacer, matarme? Y si le digo que no ¿también, porque cree que miento? Siento decepcionarle, pero no. Solamente pertenezco a la asociación de músicos en paro.

–Pero usted no está en paro.

–Pero lo he estado, y sé qué es. Y por lo de matarme, no pase pena. Hágalo cuando quiera. Pero, cometerá doble error. Me matará, porque piensa que soy espía; pero no me matará, porque estoy muerto hace mu-

chos años. El campo de exterminio me mató por dentro. Se llevó la belleza a otro mundo. No sé cómo el ser humano puede decir que la vida es bella. La música es lo único que ha conseguido que siga viviendo. Y los niños.

El psiquiatra se levantó, dio un chasquido con los dedos, y el ruso despertó del hipnotismo.

El violonchelista se dirigió a Garikoitz y dijo:

–¿Sería usted tan amable de darme un vaso de agua? Tengo sed.

–¿Quiere agua mineral o prefiere de la fuente?

–Dios mío, qué preguntas hace usted. No traiga agua. Me gustaría beber del manantial directamente.

–No está fácil. Hay que atravesar varios caminos. La que cae en el grifo está canalizada desde allí.

–¿No está reciclada, no le han echado cloro y lejía para matar los gérmenes nocivos?

–Agua natural, no necesita aditivos como las aguas y los alimentos que se consumen en las ciudades.

–Y en los pueblos –añadió Hilarión. La tierra está podrida por los fertilizantes y por los desechos de las granjas de cerdos y de pollos. Todo está podrido.

–Entonces, señor Mikis, ¿quiere agua del grifo o de botella?

–No me llame Mikis, me recuerda a *Mikis Teodorakis*, que me estará buscando en Atenas, en Estambul o en la Patagonia. Quedé ayer con él para almorzar en el Partenón, y estoy aquí, a tres mil kilómetros de distancia, en el molino del infierno.

–Llámele por teléfono y dígaselo.

–Si le digo dónde estoy, va a volver a decirme: “*Mstislav*, ¡estás loco! O ¡ya has vuelto a beber!”

Garikoitz acercó un vaso de agua y la botella de agua mineral al ruso, y este, al ver a Garikoitz tan formal y tan servicial, dijo:

–¿Quieres matarme como en los hoteles o como los de la CIA? Lo del cloro es broma. Vamos al manantial, y así estiramos las piernas, que parece que he dado concierto de doce arreglos para violonchelo y orquesta, sin respirar. Tengo agujetas.

Tío y sobrino miraron al psiquiatra sin saber quién les estaba tomando el pelo, si el ruso o el psiquiatra.

–Este se ha enterado de todo –dijo Hilarión en bardo, para que el ruso no se enterara de la conversación.

–Imposible –añadió el psiquiatra–. Sólo lo consiguen los agentes del KGB, preparados para ello.

–¡Joder!, entonces este tío es del KGB.

El ruso, sí entendió lo de KGB, y para cortar la conversación que mantenían los bardos en bardo, preguntó:

–¿Al señor Andrea, lo dejamos así o lo despertamos?

–No. Déjalo un rato. Necesitamos un poco de tiempo para que usted nos cuente lo de las cartas de su sobrino, sin que nadie nos interrumpa.

–No hay mucho que contar. Pero antes quiero aclarar una cosa. No soy del KGB. Y tampoco soy ruso. Soy de ascendencia rusa, pero nací en Praga. Soy judío.

–Entonces es usted del MOSAD.

–¿Por qué está usted obsesionado en que tengo que ser espía?

–Porque todo esto de las cartas de su tío es un montaje.

–Es cierto, pero no lo ha montado ninguna central de inteligencia.

He sido yo. Mi tío me llamó por teléfono y me dijo cómo tenía que hacerlo. Está aquí y trabaja en un teatro que él llama Gallo Kiriko. Me dijo que usted me indicaría dónde está.

–Acabáramos. Su tío nos está tomando el pelo hasta después de muerto.

–No está muerto. Está vivo. ¿Me lleva al manantial o no? Allí tenemos la respuesta.

–Vamos al manantial.

–Vamos.

Los cuatro tomaron la senda del manantial y se dirigieron a él.

Las hayas vibraban con la brisa suave que anunciaba lluvia.

En el nacimiento del manantial, el músico del violonchelo se inclinó a beber agua del chorro natural de la roca. En el fondo, un pequeño depósito, creado por la fuerza misma del agua, guardaba una piedra escrita a cincel:

“Estoy en la playa. *Txantxangorri-Gaztelugatxe-Las Bardenas*. El teatro de la vida”.

Todos pasaron a beber agua y los cuatro leyeron lo mismo.

–¡Nos está tomando el pelo! –exclamó Garikoitz. Señor Mikis, lo siento por usted, pero no voy ni a Bardenas ni a *Gaztelugatxe*.

–Ni yo –dijeron el resto.

–En todo caso, a medio camino, al Teatro Kiriko.

–¡Si todavía es vivo, que venga aquí! –exclamó, contrariado y molesto, el afinador de pianos.

–Y si está muerto, que descanse en paz –concluyó Hilarión.

–Eso, eso, que descanse en paz, que va a dar más guerra de muerto que de vivo –apostilló Garikoitz–. Llamaré por teléfono al teatro, a ver si tienen noticias de él.

–¿Pero realmente existe el teatro Kiriko? Nadie me ha podido dar razón de su existencia. Me dijeron que, en tiempos, hubo un teatro en una nave industrial, y que ahora está semiderruida.

–Es un teatro mítico –respondió Garikoitz–. Él y yo fuimos los fundadores. Está cerrado, por traslado, parte a grutas de akelarre, de brujas; parte a Barcelona, pero allí tiene otro nombre. Tal vez por eso no le han dado razón.

Llegaron al caserío, y nadie recordaba que habían dejado dormido a Andrea. Hilarión preguntó al psiquiatra:

–¿Se habrá despertado ya?

–No. Ahora lo despierto. Si creéis que está todo claro con respecto al ruso, lo despierto; que no es ruso, sino judío, nacido en Praga, y dice no pertenecer a ningún organismo criminal legal de espionaje.

–Que le den dos duros. Hemos conseguido lo más importante.

–¿Qué es lo más importante?

–Acompañarlo al piano.

En la puerta de entrada, comprobaron que estaba entreabierta, y se extrañaron:

–Andrea se ha despertado y se ha escapado.

–Es científicamente imposible.

–Veamos cómo funciona la ciencia.

Cruzaron la sombra del zaguán, y, en el salón, pudieron contemplar cómo el sardo andaluz de la pata de palo, arrodillado, imponía manos, sudando cual corsario en plena batalla, afanado en volver a la vida al persianero, y gritando:

–¡Señor, cúralo! ¡Señor, haz el milagro, devuélvele el soplo huido del ánimo a través de mis manos! ¡Señor, no me abandones! ¡Señor, lleva a tu esclavo al huerto de Getsemaní!

Hilarión puso la mano en su hombro y le dijo:

–No te esfuerces, hermano milagrero. Está dormido.

–Doctor, ¿por qué no lo despiertas?

–Por mí, ahora mismo; pero piensa que está anocheciendo y si lo despierto va sentirse sin sueño, despejado, como si estuviera recién levantado, fresco como una lechuga. Y este, en esas condiciones, es un peligro público.

–Mejor será que lo dejes hasta mañana.

A todos los presentes les pareció bien la propuesta del psiquiatra y dejaron a Andrea hipnotizado hasta el día siguiente. El sardo, cansado del largo viaje, unido al esfuerzo de imposición de manos, que lo des-

gastaba más que picar una zanja de metro y medio a pico y pala, terminó reventado y se fue a la cama con un vaso de leche y unas palabras para Hilarión:

–Mañana hablamos. Tengo cosas importantes que contarte.

–Madrugamos; en el camino a Pakea, hablamos. Tengo asuntos que resolver en el Ayuntamiento de Pakea. Hasta mañana.

Garikoitz e Hilarión, a pesar de decir ante el ruso que no irían a ningún lugar de los indicados en la losa del fondo del manantial, en conversación aparte, acordaron que Hilarión fuese, de madrugada, a comprobar una de las claves escritas en el agua: Gaztelugatxe.

Las tres palabras unidas por guión, eran la clave: Txantxangorri-Gaztelugatxe-Bardenas.

Mientras Hilarión investigaba en Pakea, Garikoitz penetraría en las profundidades del molino del infierno con el violonchelista, el psiquiatra y el persianero, que eran más viejos que la pana y para dentro de cinco o seis años, como mucho, en opinión de Garikoitz, estarían criando malvas, y sentía, antes de que marcharan al otro barrio, si existía, la ineludible obligación moral de mostrar las bellezas de la ciencia y del arte, escondidas en los arcanos confines de Pentagrama, en las profundidades abisales de la Tierra, bajo la idílica apariencia del molino del infierno.

A la mañana siguiente, antes del alba, antes de que los ancianos de la tribu alzaran del lecho sus escuálidos cuerpos, marcharon a la mar el afilador y el cojo pata palo.

Amanecía. Las hayas temblaban con los primeros cantos de petirrojos que desayunaban alegres y risueños en el riachuelo del molino. En el camino, según costumbre de Hilarión al despertar, guardaron silencio, sin noticias de radio ni música. Contemplaron en silencio el misterioso despertar de la selva de hayas.

Cerca de Pakea, la bruma, venida de la mar, hizo noche de lo que

hubiera sido deslumbrante azul de cielo, azul de mar, rojo de fuego, sol fresco mañanero, marinero.

El dulce sonido de la campana de la iglesia se deshacía entre la niebla baja. Su plácido sonido expandía suspiros de las almas de los muertos, del cementerio, cercano al templo parroquial, porque en Pakea las almas de los muertos no van a parte alguna, sino que vagan controlando las acciones de los vivos.

El cojo respetaba con gusto el silencio de su socio. Había dos cosas que admiraba en él: una, que amara la soledad y el silencio como un don; y la otra, que fueran a un club de alterne y se marchara sin entrar con una de esas mujeres que quitan el hipo. El afilador las hacía felices con su verbo cálido. Estaba seguro de que ellas, las fontaneras del amor, estarían dispuestas a hacer el amor con su socio (no sólo follar), sin cobrar un duro, porque las atontaba recitando versos con los ojos entornados.

Para el cojo, Hilarión era un caso clínico:

—No me explico cómo se puede ir a un prostíbulo a recitar versos a las prostitutas —decía el sardo, después de cepillarse a la que más le gustaba, que no tenía que ser la más guapa, sino, y en eso sí era muy exigente, la más cariñosa y la más guarra.

Hilarión contestaba:

—Yo no comprendo cómo se puede ir a un prostíbulo cada dos días, tomar una naranjada, y sin preguntar ni cómo te llamas, ir al lecho con una mujer durante una hora, salir despeinado y risueño, y, cinco minutos más tarde, entrar con otra. Eres un fenómeno de la naturaleza.

Poco antes de aparcar junto al espigón de Pakea, Hilarión rompió el silencio.

—Ha muerto ¿no?

—Sí.

—¿Ha sufrido?

–No. Desde que aceptó la muerte, no sufrió.

–Y tú ¿cómo estás?

–La decisión de quitarse la vida, hace inmune al sufrimiento. Los suicidas no sufren. Yo empecé a sufrir cuando llegó la ambulancia a la vía del tren que me atropelló, pero no me mató; cuando el médico me dijo: “si me escucha, levante la mano.” Decidí levantarla, y con esa decisión de seguir vivo, llegó el dolor. Lo he superado. Cuando me vi en la silla de ruedas, sin cáncer de estómago, sin mujer, jubilado, me dije a mí mismo: “¿Qué haces aquí sentado como un idiota, como un muerto? La vida es bella.” Cuando vine a verte y me recibiste con cariño, como siempre, confirmé mis sentimientos, y decidí ser feliz con lo que la vida me dé. Y aquí estoy.

Aparcaron, y dirigieron sus pasos a la punta del malecón, frente a las rocas que sostienen en lo alto la ermita de Gaztelugatxe, junto a la estatua de bronce de Txantxangorri. La ermita, escondida entre la bruma. La mar, también. Los bañistas, pocos por ser hora temprana, aparecían en la playa como fantasmas. Los dos ejecutivos agresivos se apoyaron en la roca de granito que sostiene el monumento. La roca de granito presentaba marcas de barrenos que lo traspasaron en una cantera lejana mostrando el trabajo y el dolor.

–Dolor y firmeza que sustenta al pájaro de bronce, velero, grito al cielo, quilla, aguja gótica y plegaria –explicaba el afilador al sardo andaluz–, según de donde lo mires...

Y el sardo cojo no veía por ninguna parte, por mucha imaginación que echara, más que una mole de granito que sostenía un bloque de hierro fundido, pintado o bañado en bronce, acabado en punta y partido en dos.

La bruma no dejaba descubrir aquellas maravillas imaginarias a una persona que visitaba aquel lugar por primera vez.

Pata palo, como buen italiano, y descendiente de Abderramán por

parte de madre, era un ser muy sensible a la belleza, a las formas, al color, amén de imaginativo.

Su propia naturaleza hacía que todo lo viera de color, incluso después de atropellado por un tren, atacado por un virus maligno en la tráquea y operado de cáncer de estómago, la vida le parecía maravillosa:

–Porque ahora puedo comer pimientos del piquillo. La úlcera de estómago no me permitía más que olerlos, desde hace veinticinco años, y es lo que más me gusta en este mundo.

El cojo entendió a Hilarión, que describía el monumento erigido frente a la mar, cuando el bardo terminó diciendo:

–El escultor del monumento estudió conmigo. Con la gramática, lo pasaba fatal. Un día, desesperado, gritó en clase: *Nor, nori, nork... ala hil.*

–¿Y eso qué quiere decir?

–Quiere decir, más o menos: “O aprendo a conjugar el verbo o la muerte.”

–Qué raros sois los bardos. ¿Y aprendió a conjugar?

–Con los años.

El sardo andaluz poseía el don de ver las cosas de color; el bardo Hilarión, con luz y sonido. El bardo, si contemplaba una mujer hermosa, imaginaba una yegua con collar de flores de donde pendía esquila de sonido hermoso entre la niebla y el bosque. A un niño, lo asociaba a un potrillo con collar de cascabeles. En una yegua y su potrillo recién nacido sentía esquilas, cascabeles y relinchos de caballo padre, reto al sol, brindis del hijo al bosque, trotando por quebradas.

Pese a ser hombres de negocios, veían la vida de esa manera tan extraña. Así les iba: no pegaban pie con bolo. Tenía razón el tío Garikoitz:

“Para triunfar en negocios y en política, no hay que tener alma, no hay que tener entrañas. Y tú, y lo siento por ti, eres músico.”

En la playa aparecieron estampas bonitas. En la cruda realidad, trá-

gicas: un padre con niño asido a la mano izquierda y su anciana madre de la otra. El niño llegaba a la cintura del padre; y la anciana, hasta el hombro derecho. Seguramente el padre se sentía jamón en bocadillo, dispuesto a que hijo y madre lo devoraran a mordiscos.

El sol empujaba la luz desde arriba y, ayudado por la brisa de la mar, descubrió la mañana azul.

Una roca líquida nacía en la mar. Una nube de mariposas de agua convertía la roca en ermita, y la silueta bella de Gaztelugatxe nació del agua salada y de la bruma, de mariposa y roca líquida. El sardo se arrodilló gritando:

–¡Milagro! ¡Milagro!

Con los brazos extendidos, de rodillas, en posición de plegaria, el sardo miró al cielo, rezó y suplicó a Hilarión:

–¡Arrodíllate y reza conmigo!

El bardo, ensimismado, pensando en las abutardas, mirando a los bañistas que llegaban a la playa, contestó:

–El circo de la vida.

Durante largo rato, el sardo pronunció extrañas, largas oraciones, y el bardo contestaba con frases inconexas e inexplicables, como si estuvieran en éxtasis o con un colocón de marihuana auténtica.

–Aunque no existas, sé que estás allí, decía el sardo.

Hilarión lo miró, y no sabía si se refería a Dios, al diablo o a San Genaro. No intentó saber qué quería decir, y lo dejó por imposible, pensando que la belleza del momento había descompuesto su seso definitivamente. Hilarión buscaba, entre los bañistas, al ruso, y a su primer amor, de forma intermitente. Al fondo vio una muchacha rubia vestida de negro, con tabla de surf, caminando sobre las olas, y supo que era ella, que prometió pasear ante él y amarle en la distancia hasta la muerte.

El ruso no apareció, pero la salida de energía para eliminar el Invierno Nuclear, instalado entre las rocas, bajo la ermita, seguía operativa.

–¿Ves lo que yo estoy viendo? –preguntó, finalmente, el sardo.

–¿Qué ves?

–Millones de mariposas nacidas de la bruma y del agua, que se transforman en roca líquida multicolor y se convierten en roca y en ermita.

–Es la ermita de Gaztelugatxe.

–¡Ah! –dijo por toda respuesta el sardo.

Y se desmayó.

Hilarión continuó contemplando a los bañistas, que llegaban con hamacas, bolsas llenas de revistas, termos y sombrillas. Los viejos, huesos torcidos, la piel arrugada y triste; los jóvenes, con carnes prietas y escandalosas.

–Todo el año trabajando, para esto –comentó Hilarión, mirando al suelo.

Entonces, descubrió al sardo boca arriba y se asustó. Lo meneó suavemente. El cojo volvió a la vida terrenal, desde el Parnaso, y señalando el monumento que tenía encima preguntó:

–¿Y esto qué es?

–Txantxangorri.

A partir de ahí, el sardo cojo soltó al viento su imaginario y descubrió imágenes y facetas del monumento que ni el escultor imaginó.

–¿Se puede saber qué hago yo aquí? –preguntó el cojo.

–Lo mismo que yo: el ridículo.

–Menos mal. Si no es más que eso.

–Podemos marcharnos. Todo está en orden.

–Abandonamos el proyecto, ¿no?

–Sí. Hay alternativa, pero me han advertido que no es momento político. Que hay que esperar. Es una idea vieja que cíclicamente se le ocurre a alguien.

–Y tú, ¿qué vas a hacer?

–Afinaré pianos de clientes fijos. Ese dinero me servirá para comer. Afilaré cuchillos, navajas y tijeras. Recopilaré canciones populares, compondré melodías, e intentaré ser lo más libre posible. Y, ¿tú?

–*Chi lo sa. Forse, niente: il dolce farniente.* No sé. Iré al pueblo de mi madre y descansaré bajo la higuera, comeré y beberé frutos del campo y moriré bajo el sol fuerte y el mar, como las olivas.

–Tienes más vidas que los gatos.

En el paseo de la playa, presidido por la bandera de Europa y Pakea, un grupo de personas saltaba y bailaba alegremente tras una fanfarria. Los músicos y acompañantes gritaban, unánimemente, a ritmo de bombo, como una voz más: ¡In-de-pen-den-cia! ¡In-de-pen-den-cia! ¡In-de-pen-den-cia!

–¿Por qué gritan eso? –preguntó el cojo al afinador.

–Porque quieren ser independientes.

–Y ¿por qué quieren ser independientes?

–Porque les da la gana. Y no tiene por qué dar explicaciones ni a ti, ni a mí, ni a nadie.

Celebraban las fiestas del pueblo. La campana de la iglesia, dulce y misteriosamente tierna, llamaba a la celebración de la misa; su suave repiqueteo llenó el valle y la mar de sonidos serenos como azucenas.

Mientras tanto, el afinador de pianos hizo visita turística a las entrañas de la tierra, bajo el molino del infierno. El violonchelista, el psiquiatra y el persianero, seguían al afinador, semejando lo que, al marchar a la cama, Hilarión decía de los mosqueteros jubilados: "Vaya cuatro patas para un banco."

El molino estaba triste, por fuera. Estaba quieto. Los cangilones no volteaban agua desde hacía días. Garikoitz había desviado el cauce para evitar riesgos.

–Un molino sin agua es como un niño sin sonrisa –comentó el psiquiatra.

–Como un viejo sin dientes –confirmó Andrea, apoyando; aunque en poesía andaba un poco más corto que el psiquiatra.

Bajo cangilones, la roca a pie de farallón disimulaba la entrada, cubierta con musgo y acebo, nacido en la rendija de la roca. Un hueco en la roca, tras una cortina de agua, abrió una rendija que dejaba escapar luz y sonido.

–¡La bella Molinera! –exclamó el ruso, que se sostenía en el brazo del afinador de pianos.

La curiosidad mataba al psiquiatra, se precipitó, y resbaló en el suelo de roca húmeda.

Tuvo suerte de que Andrea se hallaba junto a él, y como buen montañero, intuyó la caída del doctor, y lo sujetó, antes de que cayera al suelo húmedo y rocoso y se partiera la crisma en pedazos.

–Tranquilo doctor, que esto no es suelo de pasillos de Sanatorio. Esto es una cueva. La cueva de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones. Yo me conozco esto con los ojos cerrados.

–¿Has estado antes?

–¿No te digo? A ojos cerrados. Este bandido me traía aquí para que pusiera mecanismos de apertura y cierre, con los ojos vendados, y cuando pasábamos la última losa, que ya notarás cómo se mueve, se escuchaba ruido de puerta gruesa cerrada con pistones neumáticos, me quitaba la venda y me dejaba sólo para que me acojonara de lo que tenía ante de los ojos.

–¿Qué tenías delante de tus ojos?

–No seas nervioso y espera. En diez minutos sabrás. Pero agárrate a mi brazo, que como no espables, no llegarás vivo. El que con niños se acuesta, “cagao” se levanta.

–Habla bien y con propiedad; se dice:

“El que con niños pernocta, excrementado alborea”

–Vaya cursilada. Con viejos no se puede ir a ninguna parte.

–Mira quién habló. Cualquiera diría que todavía tienes que hacer la primera comunión.

–Camina y calla.

–Sí, para que hables tú.

Minutos más tarde arribaron al vestíbulo de las entrañas de la Tierra.

A sus espaldas, se cerró roca con sonido de pistones hidráulicos, apenas perceptible, pues, lo que de verdad sonaba era la voz del barítono que cantaba la Bella Molinera.

Pese a los años, o quizá por ello, los ancianos temblaron de emoción como adolescentes, incluido el afinador de pianos, que no podía evitar un escalofrío cada vez que visitaba aquel sublime y primitivo templo de estalactitas y estalagmitas, reflejo de aguas vírgenes, colores tamizados, pinturas rupestres, fósiles milenarios, cientos de miles de años, cuando la mar era dueña de aquel Partenón a golpe de agua salada, viento y luz, que se retiró a contemplar desde fuera su obra maestra.

Galerías inmensas, arcos de mármol de color nuevo, inexistentes para quien miraba por vez primera basamentos y curvas: catedrales góticas, románicas, mozárabes; espacios azules: la Mezquita Azul, filigrana múltiple de estuco y mármol, hermana guapa de Córdoba y Granada.

De piedra, la ermita de Eunata.

Plazas y puentes, ruas, mercados, atrios, sostenidos por columnas dóricas, egipcias, jónicas, sin capitel, y alguna corintia, daban al lugar lo soñado por el diseñador y obrero, Jorge Oteiza; infundían espanto prieto, espanto bueno.

Espacios vacíos, paredes irregulares hechas a puro de luz y de fuego, lava hirviendo que renovaba continuamente las estructuras de cubos vacíos, cajas huecas de tiempo, de megalitos, de las cuales existe copia, titulados en bardo.

Perdidos en aquellos espacios, transformando las entrañas vivas, y

azogue de la corteza terrestre, doblegando la furia del magma, dejaron su obra también otros artistas:

“Frisos de manos” (periodo auriñaciense), “Rumor de límites, número cuatro” (Chillida), “Interactividad” (Ibarrola), “Meridiano 1960” (Nestor Basterretxea), “Estela” (Kontxa Cilveti), “Retablo” (Arce), “Respiración espacial”, “Desocupación espacial de la esfera” y “Mueble metafísico, número uno” (Jorge Oteiza.)

–¿Aquí trabajaba Jorge Oteiza? –inquirió el psiquiatra.

–Alguna vez. Lo que ves, es sólo la milésima parte de lo que hay.

–¿Y cada vez que venía le hacías entrar como a mí, con los ojos cerrados? –indagó Andrea–. Con la mala leche que mostraba, te mandaría a hacer puñetas.

–No. Este lugar tiene cuatro entradas y cuatro salidas. Una por *Txantxangorri-Gaztelugatxe*; otra, por Las Bardenas; una tercera, por el teatro Gallo Kiriko, que se encuentra a medio camino de las anteriores; y la cuarta, la utilizada por nosotros: *Infernuko erreka*, El Molino del infierno. En ellas están instalados los dispositivos de ataque y defensa nucleares, creados, hace muchos años, por el tío ruso de nuestro ilustre invitado, para evitar la guerra nuclear, el Frío Nuclear.

–¿Están operativos?

–El flanco Atlántico, *Txantxangorri*, está suspendido desde el tratado nuclear, pero seguirá sin desmantelar hasta que EEUU no destruya su arsenal atómico.

El teatro Kiriko está cerrado indefinidamente, pues se ha declarado una tregua unilateral por parte del Movimiento de Liberación independentista armado bardo. Las Bardenas están en alerta roja, mientras aviones de la OTAN bombardeen sus campos y no desaparezca el terror de sus bombas en primaveras, veranos, otoños e inviernos; y el ejército israelí asesine a palestinos y no retire su arsenal atómico de sus bases nucleares.

Cualquier día puede activarse sólo. Tiene límites de tolerancia muy altos, pero los niveles están llegando a alerta roja.

Y por último, la entrada y salida de *Infernuko erreka*, que sólo es para disfrutar del arte, en forma de sonido, de voz, de color, de melodía, de coro y de olor a fuego, nacido directamente del magma de la tierra, que alimenta de energía al el complejo Pentagrama. Los artistas como Jorge Oteiza entran por el Teatro Kiriko, tras sortear un laberinto sencillo, que hace perder el punto de referencia de entrada y salida, por razones de seguridad. Tu tío era gran hombre, gran científico y gran amante de mujeres bellas, del vodka y de Bardenia.

–No digas era. Es. Está vivo. Es necesario que esté vivo.

–Mikis, necesarios no somos nadie. Sólo el movimiento. Para que haya vida, para que haya música. Fíjate que tontería.

El psiquiatra, después de pronunciar estas palabras misteriosas, rogó silencio a los presentes y caminó por una galería llena de luz, de colores cambiantes que no calentaban.

–Si te pierdes, pronuncia la palabra “ederra” y volverás a la puerta del teatro Kiriko, que te llevará a las murallas de la vieja ciudad, entre patos, ciervos, cisnes negros y blancos, pavos reales y pavos ingleses, tortugas y palomas torcaces.

Durante los días que permaneció el violonchelista en Pentagrama, su tío ruso no dio señales de vida, lo que no produjo gran desazón en el célebre músico, ya que la contemplación de su obra como físico nuclear, le hizo sentirse orgullo de estirpe, de la sangre que corría por sus venas. Antes de marchar, rogó a Garikoitz, que, si sobrevivía a su muerte, llevara sus cenizas a Pentagrama y las esparciera en las entrañas del molino; y otro favor más:

–Que ese día, los bosques y animales de los montes que componen este valle interpreten la Novena Sinfonía de *Beethoven* y un canto a la Humanidad que estoy componiendo, de nombre Pentagrama. Y si tú te marchas antes que yo, que sea tu sobrino quien cumpla con estas últimas voluntades de este pobre músico, a quien nada más le asiste una razón para vivir: que la humanidad sepa sentir la música.

El psiquiatra y Andrea prometieron al ruso cumplir sus deseos si morirían más tarde que él, difícil asunto para Andrea, no sólo por la edad, sino porque la que había liado entre los servicios secretos era muy, muy, muy gorda.

Un mes más tarde, todo en calma chicha. Pentagrama, con sus pájaros, plantas y cielo. El minigeriátrico funcionaba bien. Hilarión y

Anika volvieron a su casa de la capital, soportando la presencia de las hijas e hijo, que estaba a punto de cumplir años llegando al límite, treinta y cinco, fecha para que el hijo o el padre abandonaran la mansión familiar.

Andrea tocó arrebato para que se convocara reunión secreta y urgente en Pentagrama:

–Escucha en la tele las noticias de mediodía –dijo al teléfono, de forma misteriosa, y las palabras clave para convocatorias secretas y urgentes–: “Pentagrama, bai”.

En el telediario dieron noticias habituales de mujeres maltratadas, aumento del paro en jóvenes y féminas, bajada de la Bolsa y subida de las hipotecas, muerte de emigrantes en pateras, recepción y boda de reyes y príncipes, atentados, emboscadas, muertos y heridos en Palestina, en Líbano, en Afganistán e Irak, cosas tan manidas como la muerte por hambre de un tercio de la población, noticias que no llaman la atención. Lo único novedoso parecía que un asesor del ejército americano y de la naciente policía irakí había sufrido una emboscada y producido heridos, y uno de ellos en estado crítico: tenía una bala alojada en la cabeza.

Hilarión llamó a su tío por medios secretos de comunicación y se citaron a la noche.

Pasó a recoger a su tío al minigeriátrico y tomaron el camino de Pentagrama donde aparecería, camuflado de pastor, Andrea.

–Saca el champán. El mejor, en la mejor copa.

–¿Qué celebramos?

–Está en coma.

–¿Quién?

–El torturador y asesino que mete agua del río en la bañera y en los pulmones de los torturados, adonde más tarde los arroja.

–¿El que hace que firmen declaraciones en blanco y que algún juez

utiliza para encarcelar a los torturados porque no estima necesario atender a denunciantes de torturas? ¿Y denuncia a los torturados por calumnias y falsos testimonios?

–Exactamente.

–Brindemos. Brindemos por la muerte de malditos. Andrea, buen trabajo, perfecto.

–Hemos hecho.

Los ancianos se abrazaron y brindaron:

–¡Para que sea la última vez que nos obliguen a alegrarnos de la muerte!

Llovía en el valle atómico musical. Llovía en Pentagrama. Llovía en el corazón de aquellos dinosaurios bardos. Lo manifestaban con lágrimas ácidas y dulces, diamantes que pocas veces mostraban en público. Llovía. Andrea se pasó un poco de rosca con la bebida, mezclando cava y whisky, y se empeñó en salir a mojarse al campo. Garikoitz le dijo:

–Te acompaño. Pero con una condición:

–¿Qué condición?

–Que te enfundes mi impermeable y mi txapela. Vas a enfriarte.

–¿Y tú qué vas a ponerte?

–La de mi sobrino.

Los ancianos, contentos como castañuelas, salieron tarareando bajo la lluvia canciones de *Nat King Coll...* "Hay morena, morenita de mi amor"... Y del bardo Iparraguirre... Zu, maitea...

Ascendieron por el camino viejo, por la calzada romana, y a la altura del primer menhir gigante, que tenía marcadas en la piedra un sol y una luna tirada de un carro de bueyes, se oyó el cerrojo de un arma automática que descerrajó todo su arsenal, acribillando a los dos bardos, que en ese momento entonaban una canción de amor.

Hilarión salió corriendo en esa dirección y los encontró a los dos, acribillados y sin vida. Habían muerto cantando, y, seguramente, sin en-

terarse de que habían sido asesinados. Esa idea embalsamó al afilador, mientras alzaba el cadáver caliente de Garikoitz Sarasate. Lo depositó en el altar frío y desnudo de la capilla y volvió a recoger el cuerpo sin vida del persianero Andrea.

Sin derramar una lágrima, marchó a dar la noticia a la familia.

Tres meses más tarde, cuando su hijo mayor cumplió treinta y cinco años, se marchó con su bicicleta de afilar cuchillos, navajas y tijeras.

Ahora recopila canciones populares, que los viejos del lugar por donde pasa, afilando cuchillos navajas y tijeras, todavía recuerdan. Compone melodías, intentando ser feliz; y, como buen bardo, trabaja cantando.

Pentagrama sigue allí. Procura seguir cantando sin explotar.